

EMMA FLINT

Muertes pequeñas

«Un logro fenomenal. *Muertes pequeñas* es una novela negra que hace latir el corazón con fuerza y que va mucho más allá.»



JEFFERY DEAVER

Lectulandia

En Queens, en el mes julio de 1965, las calles arden a causa de una ola de calor. Ruth Malone, una joven madre del barrio, se levanta una mañana y descubre la puerta de la habitación de sus dos hijos pequeños abierta de par en par. Han desaparecido.

No hay peor pesadilla para una madre, pero Ruth Malone no es como las otras. Siempre perfectamente maquillada, vestida de forma provocativa, la policía encuentra botellas vacías de alcohol por todo su apartamento... los detectives que siguen el caso hacen las suposiciones más obvias, ayudados por los cotillas y envidiosos del vecindario.

Pete Wonicke, un periodista inexperto al cargo de cubrir su primer caso importante, no puede evitar llegar a esas mismas conclusiones. Sin embargo, cuanto más tiempo pasa con Ruth, más se da cuenta de que los policías no siempre son los buenos y de que las obsesiones personales de ciertos detectives pueden estar influyendo en la investigación. Ruth Malone es fascinante, un reto y un misterio, pero ¿sería capaz de matar a sus propios hijos?

Basada en hechos reales, *Muertes pequeñas* nos cuenta una historia de amor, moralidad y obsesión, y analiza la capacidad que tiene todo ser humano para el bien y el mal.

Lectulandia

Emma Flint

Muertes pequeñas

ePub r1.0

Karras 01.08.2018

Título original: *Little Deaths*

Emma Flint, 2017

Traducción: Beatriz Galán Echevarria

Editor digital: Karras

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Para todos los que creyeron en mí
cuando ni yo misma lo hacía.
En especial para Janet y Rebecca,
que han estado a mi lado en todo momento.*

*Y para Alfie, que siempre me acompaña
y al que añoro a diario*

Las escasas noches en las que consigue conciliar el sueño, vuelve a ponerse en la piel de la mujer que fue.

Por aquel entonces rara vez dormía con un camisón limpio, la almohada mullida y la cara brillante, embadurnada de crema. Algunas veces se despertaba en una cama revuelta, con alguien que roncaba a su lado; otras muchas lo hacía sola, en el sofá, rodeada de botellas casi vacías y ceniceros casi llenos, con la piel saturada del humo rancio y el maquillaje del día anterior, el cuerpo dolorido, la mente vacía. Entonces se incorporaba con una mueca, consciente del dolor que sentía en el cuello y del sabor triste y agrio en la boca.

Ahora no se despierta con el aturdimiento típico del dolor de cabeza ni con la confusión de una noche turbia tras de sí, sino con una forzosa claridad. Sus días empiezan con una sirena, voces estridentes, sonidos metálicos, gritos. Con olor a lejía y orina arañándole la garganta. En estas mañanas no queda sitio para los recuerdos.

En aquella época se abría camino por el pasillo todas las mañanas y preparaba café en la cocina. Encendía el primer cigarrillo del día y escuchaba cómo el mundo cobraba vida a su alrededor: el estallido de la radio de Gina en el piso de arriba, los pesados pasos de Tony Bonelli en las escaleras. Puertas que se cerraban, coches que arrancaban. Los gritos de Nina Lombardo a sus hijos al otro lado del rellano.

Entraba en el baño y cerraba la puerta con pestillo. Hacía ya más de un año que Frank se había ido, pero ella seguía sin confiar en su privacidad. Se quitaba la ropa del día anterior y se aseaba en el pequeño lavabo: las manos, la cara, las axilas, bajo los pechos, entre las piernas. A veces sentía su propio olor, ese olor añejo y ocre que seguía considerando indiscutiblemente suyo y que tanto la avergonzaba cuando se despertaba acompañada.

«Como una perra en celo, ¿eh, cariño?».

Se frotaba entre las piernas con la esponja azul rugosa, fuerte, tan fuerte que dolía, y luego más fuerte aún. Se secaba, tensando el muslo con la palma de la mano, haciendo que pareciera firme durante unos instantes, para luego soltarlo de golpe y devolverle su ondulante forma habitual. Colgaba la toalla, se ponía el albornoz y recorría de nuevo el pasillo hasta la cocina, donde se servía el café; pensaba en el azúcar del tarro, pero nunca llegaba a echárselo en la taza.

Entonces volvía al dormitorio y se ponía unos pantalones y una camisa. Si le tocaba trabajar en el turno de tarde del Callaghan, sacaba el uniforme, lo colgaba fuera del armario y buscaba hilos sueltos y manchas. Una blusa almidonada,

planchada el domingo por la tarde. Una falda demasiado ajustada. Los zapatos alineados, con las puntas juntas y los tacones demasiado altos para que la camarera de un bar los llevara puestos toda la noche. Pero le daban un brillo especial que hacía aumentar las propinas y ayudaba a que las horas pasaran más rápido.

Se encendía otro cigarrillo, se ponía las zapatillas de estar por casa y se llevaba el café de vuelta al cuarto de baño. Solo entonces, despierta, atenta, sintiéndose protegida por la ropa, se atrevía a mirarse en el espejo.

Primero la piel. Siempre primero la piel. En los días buenos estaba pálida y suave como una fotografía en blanco y negro. En los malos, las manchas y viejas cicatrices le asomaban en la tez y debían disimularse. Colocaba la taza en el borde del lavabo, le daba otra calada al cigarrillo y lo apoyaba en el cenicero que tenía en el estante.

Todas las mañanas se aplicaba la base del maquillaje con unos dedos que le temblaban más o menos en función de la impresión que hubiera sentido al ver su imagen en el espejo o de la noche que hubiera pasado. Había días en los que las manos le temblaban y sudaban tanto que el maquillaje le quedaba irregular, y otros en los que su piel tenía tantas marcas que no conseguía arreglarla ni con dos capas de base. Esos días se abofeteaba la cara mientras se aplicaba el maquillaje. Castigándose. Se miraba a los ojos en el espejo mientras lo hacía. Con la fuerza suficiente para hacerse daño, pero no para dejar marca.

Después venía el colorete, esparcido sobre la familiar careta. Fruncía los labios, pasaba la brocha bajo los pómulos y mantenía los ojos entornados hasta que la cara del espejo le devolvía la imagen de un óvalo borroso en el que las líneas de color eran iguales. Ya estaba bien. Parpadeaba, cogía el lápiz, se concentraba. Primero las cejas: unos arcos altos y sorprendidos que enmarcaban sus ojos alargados. Luego la sombra, el delineador líquido, las tres capas de rímel. Trabajaba como una artista: mezclaba, difuminaba, oscurecía los colores. De vez en cuando daba una calada al cigarrillo o tomaba un sorbo de café. Un último toque de polvos; una gruesa capa de pintalabios; un buen cepillado, hacia arriba; un poco de laca. Y listo. Por fin podía mirarse en el espejo y ver su rostro completo.

Por fin era Ruth.

Ahora está con otras diecinueve mujeres temblando en una habitación alicatada mientras se acurruca bajo un chorro de agua tibia. Veinte pastillas de jabón verde barato. Veinte toallas finas colgadas de veinte ganchos oxidados.

Cierra los ojos, se aísla del eco de los gritos, los cantos, los improperios. Intenta convencerse de que está sola y se concentra en la ducha. Nunca se siente lo suficientemente limpia. En su primera semana pidió un cepillo de uñas; ahora hunde las cerdas en el jabón y se concentra en los fragmentos de color verde viscoso que va frotando y convirtiendo en espuma, una espuma fina que crece entre su palma y el cepillo. Después se frota la cara como solía hacerlo en el colegio de monjas: hasta

que le arde la piel. Vuelve a cerrar los ojos y se ve a sí misma con trece años. Diminuta, plana, con el pelo lacio y la piel grasienta, cubierta de espinillas y granos. Nota el agua salpicándole en la piel, igual que entonces; percibe el mismo olor a lejía y vapor de agua, y de pronto ya no tiene claro dónde está, aunque sabe que eso, en realidad, no importa.

Cuando los guardias le griten que se mueva, abrirá los ojos, cogerá su áspera toalla y se frotará la piel hasta que le escueza.

Después sostendrá en lo alto el minúsculo espejo que le han permitido tener y se irá mirando la cara, por partes; verá el brillo, la piel grasienta, las marcas... y sabrá que aún está siendo castigada.

Solo de vez en cuando acercará el espejo hasta los ojos —rápidamente, como para no ver lo peor— y se alisará las cejas; se llevará un dedo a la boca y luego lo pasará por las pestañas, curvándolas hacia arriba; se secará parte del brillo e intentará reconocerse en su reflejo. Esas pequeñas vanidades son lo único que le queda.

Se viste rápido con la ropa interior grisácea y el traje de algodón que le dieron, y se pone un jersey porque no consigue librarse del frío. Espera la inspección —de su litera, de su celda, de ella misma—, y llega la hora de desayunar.

Hubo un tiempo en el que desayuno era sinónimo de imágenes de revista con tazas de café, tostadas calientes y refulgentes toques de mantequilla. Con una madre, un padre y unos niños despeinados con bigotes de leche. Con sonrisas y besos, y con el comienzo de un día normal. Ruth creyó que aquellos pensamientos la ayudarían a mantenerse alejada de allí hasta que comprobó que las ideas alegres siempre regresan de noche, y que la luz de aquellas sonrisas matinales solo la empujaba a la oscuridad. Ahora se concentra en un solo instante. En el eco de los sonidos del hueco de la escalera. En las frías barandillas metálicas. En el tacto de la bandeja y los cubiertos de plástico. En el olor a huevos, gachas y grasa. En el sabor del café amargo y en el ruido de trescientas veinticuatro mujeres masticando a la vez.

Hay toda una retahíla de momentos como este, alineados uno tras otro como las cuentas de un rosario. Ruth solo tiene que ceñirse a uno cada vez, y así el resto desaparece y ella puede acercarse a la biblioteca y desearle buenos días a Christine. Christine es la bibliotecaria, está condenada a cadena perpetua y por ello tiene ciertos privilegios. Era maestra de escuela en Port Washington hasta que mató a su marido con una picadora de hielo y un cuchillo de cocina.

Christine tiene casi sesenta años: esbelta, morena, indefectiblemente amable y serena. Su marido quiso dejarla por su secretaria, de veintidós, y ella tuvo que usar el cuchillo de cocina para matarlo cuando la picadora de hielo se le atascó en el hombro. Se salta el desayuno porque siempre intenta controlar su peso, de modo que los libros suelen estar ya apilados para cuando Ruth llega a la biblioteca.

El trabajo de Ruth consiste en cargar los libros en el carrito, con los lomos hacia fuera, y en dar cierto sentido a su ruta, pensando en lo que podría querer leer cada reclusa. Después se pone en camino y realiza su ronda, recogiendo los libros que

había repartido los días anteriores y dando otros nuevos; tomando nota de quién ha leído qué y apuntando cuáles son los libros que han sido devueltos correctamente y cuáles tienen tantas hojas dobladas o se hallan en tan mal estado que necesitan tapas nuevas o, directamente, deben desecharse.

Y todos los días, mientras empuja el carrito por los distintos rellanos, se acerca a la puerta de las celdas y saluda a las mujeres que conoce, Ruth piensa en aquella última mañana. Ha aprendido a no pensar en el desayuno, pero no puede evitar seguir recordando aquella mañana. Las figuras acurrucadas en sus camas, dormitando o leyendo, siguiendo con el dedo los renglones de los libros para no torcerse durante la lectura, hacen que no pueda olvidarlo.

Aquel último día acabó de maquillarse la cara y cerró la puerta del baño al salir. Minnie daba vueltas por el pasillo y gimoteaba levemente. Ruth chascó la lengua y le puso la correa. Se calzó, cogió las llaves y salió a la calle. El aire brillaba con la promesa de otro caluroso día en Queens. Pasearon durante quince minutos; anduvieron por jardines limpios y soleados, y entre filas de edificios idénticos entre sí. Minnie tiraba de ella todo el rato y Ruth sonreía a los hombres con los que se cruzaba o saludaba a alguna mujer parapetada tras sus gafas de sol.

De vuelta en casa, bebió un vaso de agua fría, recalentó el café y se sirvió otra taza. Vio comer a Minnie durante unos instantes y decidió que ya era hora de ir a despertar a los niños.

Solo que ellos siempre estaban despiertos. Todas las mañanas, antes de correr el pestillo y abrir la puerta de la habitación de sus hijos, Ruth ya sabía lo que iba a encontrarse: en invierno ambos estarían acurrucados en la misma cama, bajo la manta azul, y Frankie habría pasado un brazo sobre los hombros de Cindy mientras le leía un cuento. Tendría los ojos fijos en aquellas páginas, el libro apoyado sobre las rodillas y seguiría las letras con la mano libre. Cuando llegara a una palabra que no sabía pronunciar, se la saltaría o miraría los dibujos y se la inventaría. Cindy tendría su muñeca en las manos, estaría chupándose el pulgar, y su mirada saltaría continuamente del libro al rostro grave de su hermano. Cuando él leyera algo gracioso o hiciera una de sus voces especiales, ella aplaudiría y se reiría.

Pero los días calurosos, como aquella mañana de julio, los pequeños estarían levantados, de pie sobre la cama de Cindy, mirando por la ventana y saludando a todos los que pasaran por la calle. Los rostros de los desconocidos devolverían siempre el saludo a ese par de sonrisitas llenas de dientes, a esas mejillas suaves y tiernas. Ruth sabía que podía estar orgullosa de sus niños. Podía estar orgullosa de sí misma, de hecho, pues los estaba educando prácticamente sola. Tenían juguetes y libros, su ropa estaba limpia y en buen estado, comían verdura para cenar todas las noches. Estaban a salvo, y el barrio era de lo más agradable: en una ocasión los niños saltaron por la ventana porque querían seguir disfrutando de la primavera, y una

mujer mayor los llevó de vuelta a casa antes de que Ruth se hubiese percatado siquiera de que se habían ido. Tuvo que disimular su sorpresa. La mujer tenía una pinta algo extraña —pelo rojo y brillante, y un vestido floreado sin forma—, pero abrazó y besó a los niños antes de despedirse de ellos y verlos entrar en la casa. Era obvio que le habría encantado acompañarlos dentro, pero Ruth se mantuvo firme en el umbral, sosteniendo la puerta a modo de escudo.

—Es duro, señora Malone, lo sé. Yo también paso sola mucho tiempo. Es duro.

Su voz era áspera, tenía un fuerte acento. Alemán, o quizá polaco. Le dirigió a Ruth una mirada de desaprobación.

Ruth le dedicó una sonrisa tensa y abrió la boca para despedirse.

—Lo que pretendo decirle, señora Malone, es que si necesita ayuda solo tiene que pedirla. Vivimos aquí al lado —añadió, señalando hacia la calle con el dedo—. Número 44. Pásese en cualquier momento.

Ruth dejó de sonreír y la miró directamente a la cara.

—No necesitamos su ayuda. Estamos bien.

Y cerró de un portazo. Fue hasta la cocina, cogió aquella botella que nunca abría antes de las seis de la tarde y se tomó un trago largo. Después entró en la habitación de los niños, que la estaban esperando, y les dio una bofetada con sus manos diminutas. Porque la habían hecho beber. Por la forma en que la anciana la había mirado. Porque estaba muy cansada de todo.

Aquella última mañana, escuchó una leve risita mientras se acercaba a la habitación. Corrió el pestillo y oyó un ruido sordo: sus hijos acababan de saltar de la cama de Cindy y se dirigían hacia la puerta. Cuando abrió, Frankie pasó corriendo junto a ella y giró a la derecha para ir al baño. No quería usar más el orinal de Cindy. Ya era mayor, dijo, casi tenía seis años. Cindy solo tenía cuatro; aún era su bebé. Ruth se inclinó y la cogió en brazos, hundió su cara en la suave melenita dorada, se dio la vuelta y empezó a caminar por el pasillo. Las piernas de Cindy se balanceaban junto a su cadera, uno de sus brazos regordetes le rodeaba el cuello. Sintió la mirada de su hija fija en ella mientras sus deditos le acariciaban las mejillas maquilladas, las pestañas de hollín, el pegajoso arco de Cupido de los labios. Caricias que parecían besos. En su piel, entre su pelo. En ocasiones Cindy le decía: «Pareces una señora princesa», y pintaba de rosa los labios de sus muñecas, les dibujaba circulitos rosas en las mejillas y les pintaba el pelo con sus pinturas de dedos.

La princesa mami.

Ruth llegó a la cocina y dejó a Cindy en el suelo. Frankie entró con las manos mojadas, se sentó en su sitio y frunció el ceño al ver los cereales.

—¿Podemos comer huevos?

Ella suspiró para sus adentros. Las nueve de la mañana y ya estaba agotada.

—No. Cómete los cereales.

Él pataleó.

—Quiero huevos.

—¡Por el amor de Dios, Frankie, no tenemos ni un puto huevo! ¡Cómete los cereales ya!

Al salir de la sala vio la carita de Cindy y supo que estaba a punto de ponerse a llorar. Se dirigió a la puerta, salió y cerró dando un portazo. Respiró.

Era consciente de que los niños se habían quedado llorando, Minnie ladraba y los vecinos la observaban desde las ventanas. Carla Bonelli desde el tercer piso. La zorra entrometida de la madre de Sally Burke, desde el edificio de al lado. Nina Lombardo, asomando la cabeza desde la puerta de más allá. A la mierda todas. Ninguna de ellas tenía que criar sola a dos niños, tratando de mantener un trabajo, ganarse la vida y lidiar con un exmarido loco. Ninguna podía entender cómo era su vida.

No tenía que haber sido así. Después de nueve años y dos hijos en común, todo lo que en su día la había enamorado de Frank —el tono en el que pronunciaba su nombre, el modo como la miraba— se había reducido al eco de un familiar dolor de cabeza.

Se le anegaron los ojos de lágrimas y parpadeó un par de veces para librarse de ellas. Luego se sentó abatida en las escaleras y sacó unos cigarrillos y un encendedor del bolsillo.

Por un instante volvió a la entrada de otro edificio, en un verano de antaño. También estaba sentada en las escaleras y se acariciaba la curva de la barriga con la mano. La puerta se abrió de golpe, su marido se le acercó y se inclinó con suavidad. Ella se volvió a mirarlo y él la besó en la mejilla, apoyando la mano sobre la suya y sintiendo las pataditas del bebé.

—¿Cómo estás, cariño?

—Bien. Cansada.

Se estiró. Bostezó. Ahora siempre estaba cansada. Igual que cuando estaba embarazada de Frankie: las dos últimas semanas solo había tenido ganas de dormir.

Él se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta.

—Te he traído un regalo.

Ruth cogió el paquetito y tiró del papel. Había algo suave en el interior, no eran joyas. ¿Unas medias, tal vez? ¿Un camisón?

Era un conejito de juguete: una suave piel de peluche y unos ojos de cristal que la miraban fijamente.

—Es para el bebé.

Ella asintió con la cabeza y se puso en pie, diciendo algo de la cena. Dejó el conejo en el escalón y solo al cabo de un rato se dio cuenta de que él lo había puesto en el cuarto de Frankie, en un estante al que no podía llegar.

A veces se pregunta si fue entonces cuando empezó a despreciarlo.

Aquel último día tardó un rato en volver en sí. Parpadeó de nuevo, se dio cuenta de que el cigarrillo se había consumido hasta el filtro, se detuvo y volvió a entrar, saludando con la cabeza hacia la ventana de Maria Burke. La cortina se movió levemente y Ruth no pudo reprimir una sonrisa.

Ahora, mientras arrastra el carrito con los libros de celda en celda, esto es lo que recuerda: a sí misma volviendo a entrar en su piso, en su cocina, sirviéndose más café y observando a sus hijos por encima del borde de la taza.

Cindy estaba tomándose los cereales, con los ojos azules fijos en los de su hermano. Frankie, a su vez, no apartaba la vista de su tazón medio vacío. El gesto huraño, los labios apretados. Igual que su padre.

Ella se les acercó y preguntó:

—¿Os divertisteis ayer con papá?

Los pequeños la miraron. Vio que no sabían cuál era la respuesta correcta para aquella pregunta.

—¿Qué hicisteis?

Cindy dejó caer la cuchara haciendo ruido.

—Nos llevó a su casa nueva. Era bonita.

—¿Sí? No sabía que papá se había ido de casa de la abuela.

No podía creer que la madre de Frank lo hubiese dejado irse otra vez.

Y que él hubiese tenido los huevos de hacerlo.

—¿Y ahora vive solo? —preguntó.

Cindy sacudió la cabeza hacia los lados, de nuevo con la boca llena. Ruth esperó y fue Frankie quien respondió:

—Tiene una habitación en una residencia. Comparte baño con otros tres hombres. Y también tiene una cocina, con un armario para cada uno. Los armarios tienen candados.

Ella asintió y tomó otro trago de café para ocultar su sonrisa. ¿Cómo demonios esperaba Frank conseguir la custodia de los niños si ni siquiera tenía una casa que ofrecerles? Dejó la taza en la encimera.

—Muy bien, mami no tiene que ir a trabajar hoy. ¿Qué os apetece hacer?

Cindy dejó de masticar y se quedó con la cuchara colgando en la mano. Frankie alzó la mirada, boquiabierto.

—¿De verdad?

—De verdad. ¿Queréis ir al parque?

Cindy comenzó a gritar, dejó caer la cuchara de nuevo y empezó a bailar, aún sentada en su silla.

—¡Al parque! ¡Al parque!

Frankie miró a Ruth a través de sus largas pestañas.

—¿Puede venir papá?

Se produjo un silencio. Todos contuvieron la respiración. Ruth dio una última calada a su cigarrillo, se dio la vuelta y lo aplastó en el cenicero. Aún dándoles la espalda, dijo:

—Ya viste a papá ayer, Frankie. —Entonces volvió a mirarlos—. Pero ¿queréis ir al parque o no?

Frankie asintió y Cindy volvió a sonreír.

—¿Puedo ponerme el vestido de margaritas, mami?

Ella sonrió a su hija. Su bonita y angelical hija.

—Pues claro. Acábate el desayuno e iremos a lavarnos y vestirnos. Frankie, ¿tú quieres ponerte la camiseta de los Giants?

Él se encogió de hombros, con la mirada fija en su taza.

—Frankie, te he hecho una pregunta.

—Sí, mamá —dijo, aún sin mirarla.

—Está bien. Mamá va a acabar de arreglarse. Frankie, pon los platos en el fregadero cuando hayáis acabado. Después puedes ver los dibujos con tu hermana.

El pequeño asintió. Ruth decidió dejar las cosas así por esa vez y se llevó el café al baño. Se retocó el maquillaje y se puso pintalabios.

No sabía que aquella iba a ser la última mañana que se mirara al espejo libremente. La última que su cara fuera suya y de nadie más.

Es más fácil pensar en el resto de aquel día a través del filtro de su relato.

Recuerda una habitación sin ventanas. Sillas de madera.

Entonces un clic. El susurro de una grabadora. Un hombre aclarándose la garganta e indicando la fecha y la hora.

Entonces las preguntas. Y sus respuestas vacilantes, temblorosas.

—Hicimos un pícnic en Kissena Park.

»Supongo que... sobre las dos y media.

»Mmm... albóndigas y un refresco. Pepsi.

»Fuimos en coche. Los niños iban sentados delante, conmigo.

Frankie bajaba a toda velocidad por el tobogán, hacia ella, inclinado hacia atrás, con las piernas hacia fuera, la barbilla levantada. Daba un salto al final y corría de nuevo hacia la escalera. Cindy estaba en uno de los columpios para bebés, con las barras de seguridad, protestando porque su madre se olvidaba de empujar.

—¡Más alto, mamá, más alto!

Empujaba con más fuerza.

—¡Más, mamá!

Su risa era como agua burbujeante. Sus manos regordetas aplaudían. Su pelo rubio ondeaba al viento.

—¡Otra vez! ¡Otra vez!

Empujó hasta que se cansó. Entonces fueron a sentarse a la sombra, algo alejadas del resto de las madres. Ruth extendió la manta azul que había cogido de la cama de Frankie y miró a su hijo, que seguía en el tobogán. Uno de los niños de Norma dio una patada muy fuerte a una pelota y esta fue a dar a la cara de Cindy, que empezó a llorar. Frankie salió disparado hacia él: el niño era dos años mayor y le sacaba más de una cabeza.

—¡Eh! ¡No hagas daño a mi Cindy! ¡Ni se te ocurra hacerle daño!

El niño lo miró como si estuviera a punto de echarse a reír, así que Ruth llamó a Frankie para que volviera con ellas y le hizo ver que Cindy estaba bien. Compartieron la última botella de refresco entre los tres.

Cinco minutos después habían olvidado el incidente y Frankie salió trotando de nuevo hacia el parque. Ruth se recostó en la áspera corteza de un árbol, sosteniendo a Cindy contra el pecho, acariciándola, escuchando a lo lejos las voces a su alrededor.

«Y yo le dije, le dije, por el amor de Dios, Phil, es tu madre, tienes que decírselo, y él dijo que sí, que sí, pero yo ya sé que no dirá nada; es tan...».

«... de modo que su jefe se vino a cenar el sábado. Hice ese rollo, el de la receta de Joanie, ya sabes. Y mi pastel de limón. Repitió tres veces. ¡Tres! No me lo podía creer».

Notó que la cabeza de Cindy se inclinaba sobre su pecho y sintió que sus piernecitas se volvían más pesadas. Dejó que se le cerraran los ojos...

«Dice que se queda trabajando hasta tan tarde, pero ya sé lo que eso significa. Llamo a la oficina y nadie contesta. Y cuando vuelve a casa, le digo inmediatamente, le digo, sé lo que estás haciendo, Bob, pero él solo...».

Ruth volvió en sí, sobresaltada. Tenía los brazos vacíos. Se incorporó, con el corazón latiéndole con fuerza. Angela vio la expresión de su cara y sonrió.

—Están allí, con Norma. ¡No te preocupes!

Ruth lanzó un suspiro, asintió con la cabeza, miró el reloj y se puso en pie.

—¿Te vas ya?

Se sacudió la parte de atrás de los pantalones; dobló la manta.

—Tengo que irme. He de hacer una llamada y preparar la cena a los niños. Nos vemos, Angie. Nos vemos, Norma.

Caminó hacia el parque, llamó a Cindy y a Frankie, y los rodeó con un brazo. Salieron del parque juntos, los tres. Por última vez.

—Nos fuimos a las cuatro.

»Porque sabía que era la hora de marcharse. Tenía que hacer una llamada antes de las cinco.

»Arnold Green. Mi abogado.

»Me pidió que le devolviera la llamada. Solía acabar a las cinco, pero ese día me dijo que se quedaría un poco más.

»Bueno, volvimos a casa. Ah, no, antes compré algo para comer. En el Walsh's Deli. En la calle principal. No tenía nada para comer en casa.

»Mmm... carne. Ternera. Y una lata de alubias. Y leche.

»No, fuimos directamente a casa. Los niños salieron a jugar, y yo volví a llamar al señor Green. Hablamos durante... no sé, tal vez quince, veinte minutos.

»Bueno, sobre el tema de la custodia. Oiga, ¿de verdad es necesario todo esto? ¿Qué tiene esto que ver con lo otro?

»Está bien, está bien. Lo siento. Es que estoy enfadada, supongo. Entiendo. Disculpe.

»¿Tiene otro cigarrillo?

»Me dijo que mi exniñera iba a testificar en mi contra.

»No. Nada de los niños. Dice que le debo dinero. Seiscientos dólares. Y una mierda. Dice que si le pago no testificará a favor de Frank. Él quiere la custodia y ella me amenaza con ayudarlo.

»Ya se lo he dicho, no es cierto. Está intentando chantajearme para que le dé un

dinero que no le debo.

»Y un cuerno. —Una pausa. El clic de un encendedor.

»No es más que otro problema con el que tengo que lidiar. Otro de los regalos de Frank.

—¡Joder, Arnold, está mintiendo! Ya te lo he dicho antes: es una mala puta que está enfadada porque la despedí.

—Está bien, Ruth, está bien. Cálmate.

—¡Estoy calmada! Por el amor de Dios, ¿qué pasará con esto? ¿Cómo puede afectar al caso?

—Depende. Primero tengo que oír lo que quiere decir. Voy a hablar otra vez con ella antes de la audiencia.

—No puede ganar él, Arnold. No puede.

—No te preocupes, ¿vale? Ella no causa buena impresión. Al juez no le gustará. Ya hablaremos de eso mañana.

—No quiero que se quede con los niños. No dejaré que lo haga. No lo haré.

—No ganará, Ruth. Ningún juez alejaría a dos niños pequeños de su madre a menos que... Nada, no le darán la custodia. Todo irá bien.

—¿Estás seguro? No parece tenerlo tan claro como la semana pasada...

—Ruth, no te preocupes. Todo estará bien, ya lo verás.

—Espero que tengas razón. Frank no puede quedarse a los niños. No puede. Prefiero verlos muertos antes que con él.

—Sí, entonces empecé a cenar. No, espere, antes hice otra llamada.

»Un amigo. Me dijo que volvería a llamarme.

»Solo un amigo.

»¡Está bien, caray, está bien! Se llama Lou Gallagher.

»Sí. Lou Gallagher. El tío de la construcción. —Otra pausa. Murmullo de voces, lo suficientemente débiles como para que la cinta no pueda distinguirlos.

»Lou dijo que volvería a llamarme, así que empecé a cenar. Los niños estaban fuera, con Sally. Sally Burke.

»Les di media naranja a cada uno y ella los ayudó a pelarlas.

»La oí hablando con ellos, y se reían. Estaban... Dios mío, yo... —El sonido de un chorro de agua llenando un vaso.

»Gracias... Yo... entonces los llamé para que entraran en casa.

Mientras ponía la mesa, de pie sobre la alfombra, pensó en su conversación con Arnold Green. Y en Frank, que había aparecido en su casa el mes anterior para

decirle que iba a luchar por la custodia de los niños. Con cuánta rabia y desdén le recordó las noches que ella había pasado fuera, los hombres con los que había hablado... bailado... ligado.

«No vales para ser madre. Necesitan a alguien de confianza; alguien que los cuide. Tu propia madre coincide conmigo».

Observó a los niños comer mientras notaba que las palabras de Frank se extendían en su interior como una macha de aceite.

—¿Queréis ir a dar un paseo? —preguntó entonces.

Frankie y Cindy, ambos con su taza de plástico en las manos, estaban acabando de tomarse la leche.

—Vamos, vamos, antes de que oscurezca.

Los niños, en el asiento de atrás, tapados con la manta azul, emocionados por la aventura. Ruth, sola, en el asiento de delante, mascando chicle y apretando fuerte el volante. «¿Cómo se puede ser tan hijo de puta? ¿Qué le hace pensar que podrá separarme de mis hijos? Que se lo piense dos veces. Conozco a Frank. Sé que no podrá hacerlo solo. Así que está con otra. Vale. Pues voy a encontrarla».

—¿Queréis que juguemos a algo? ¡Venga, vamos a buscar el coche de papá!

«Si encuentro tu coche, encontraré tu casa, y quién sabe lo que descubriré allí, ¿eh, Frank? Tu nueva vida, tu nueva novia. ¿Cómo te atreves a hablarme de los hombres que hay en mi vida? Ni por todo el oro del mundo me creería que estás llevando una vida monacal, hipócrita asqueroso.

»¿Dices que soy una mala madre? Te vas a llevar una sorpresa enorme y eres demasiado tonto para darte cuenta».

Condujo durante una hora. Los niños fueron quedándose cada vez más callados en el asiento de atrás, y al final oyó la respiración de Cindy y unas palabras entrecortadas y sin sentido en boca de Frankie, que estaba soñando. Ni rastro del coche de Frank.

Bostezó. Se desperezó. Comprendió que estaba demasiado cansada como para seguir conduciendo. Dio media vuelta y emprendió el camino de regreso a casa. Antes de llegar, paró para repostar.

—Desvestí a los niños, los lavé. Tenían tierra y hierba en las rodillas, de tanto jugar en el parque, y durante la cena se habían ensuciado un montón. Les puse unas camisetas limpias, les cambié la ropa interior y los metí en la cama.

»Nueve y media.

»Sí, estoy segura. ¿Cree que dejaría a mis hijos despiertos toda la noche? Eran las nueve y media.

»Entonces empecé a limpiar la casa. El señor Green me dijo que los de la custodia vendrían a echar un vistazo y tenían que concluir que era un buen lugar para los niños, así que había empezado un proyecto de limpieza importante: ya sabe, pintar el

pasillo, limpiar los lavabos, cambiar la mosquitera del cuarto de los niños...

»¿Qué? No, tenía una de recambio. Hace un tiempo puse aire acondicionado en mi habitación, así que quité la mosquitera y me la guardé.

»Pues la llevé a su habitación a principios de semana, pero no la colgué porque... porque vi que tenía algún pipí de perro, ya reseco. Cuando Minnie tuvo a sus cachorros utilizamos la mosquitera para que no se escaparan, y supongo que no la limpiamos del todo bien. De modo que volví a ponerles la suya, la que estaba rota, pero no pude atornillarla. Lo que iba a hacer era limpiar primero la mía y reparar después la suya, lo antes posible.

»No, cerré la ventana. Por los insectos.

»Después recogí todas las botellas vacías que había por la casa y las tiré a la basura. También hice una montaña de ropa vieja para dar. Básicamente cosas de Frank. Cosas que dejó cuando se marchó. Y fregué los platos. Estaba tan cansada que me senté en el sofá para ver un rato la tele.

»Mmm... *El fugitivo*, en la CBS.

»Hasta las once y media. Entonces volví a llamar a Lou.

»No, no estaba en casa, sino en el Santini. En la carretera de Williamsbridge.

El teléfono sonó diez o doce veces, antes de que una de las azafatas lo cogiera. Ruth pidió que le pusieran con el señor Gallagher, y la chica le preguntó cómo se llamaba. Cuando supo que no se trataba de la señora Gallagher, su voz se volvió menos educada.

—Deme un minuto. Veré si está por aquí.

Dejó el teléfono y Ruth pudo oír sus tacones repicando en el suelo mientras se alejaba. Música, risas, el tintineo de unas copas. Se preguntó qué estaba haciendo Lou. Quién más había allí. Por qué tardaba tanto.

Por fin volvió a oír pasos, y el sonido de fondo cambió cuando él cogió el auricular.

—¿Hola?

—Lou, soy yo. No me has vuelto a llamar.

—Estaba ocupado, cielo.

Tenía las piernas cruzadas sobre el sofá. Sacudió el cigarrillo sobre un cenicero ya demasiado lleno.

—Podrías venir... —Lamentó el tono de súplica que sonaba en su voz.

—¿Dónde estás?

—En casa.

—Estoy cansado, Ruth. Voy a tomarme una copa y me iré a casa.

No estaba solo. Lo sabía, como también que esa noche no pensaba volver a su casa. Estaba otra vez con las tías de la bolera. Esas que, para alejarse de sus maridos, dicen que van a la bolera con sus amigas. Ella también había sido una de esas cuando

estaba casada.

Colgó con la sensación de tener un picor que no alcanzaba a rascarse. Se recostó en el sofá, fumando y pensando.

Sonó el teléfono. Dio un salto para cogerlo y contestó con la respiración entrecortada, pero solo era Johnny.

—Hola, nena, adivina quién está aquí.

Estaba borracho. Se habría pasado todo el día bebiendo otra vez.

—Meyer. Y Dick. ¿Te acuerdas de Dick, nena? Dick Patmore. Quiere verte. Joder, yo también quiero verte, nena. Te echo de menos. Hace semanas que no te veo. ¿Por qué no vienes?

—No tengo canguro, Johnny.

—Pues busca una, ¿no? Yo te lo pago. Ya sabes que con el dinero no tengo problema, nena.

—Es tarde y tengo el asunto de la custodia... Mañana voy a ver a mi abogado.

Oyó su respiración tensa, entrecortada.

—¿Johnny? Voy a...

—Antes habrías encontrado una niñera, habrías venido aquí como un rayo.

—Oye, no es un buen momento.

—¿Qué es lo que ha cambiado? Yo no. Yo aún te quiero, nena. Ruthie. Te quiero, Ruthie. —Entonces cambió de tono—. ¿Es ese tío? ¿Gallagher? ¿Está ahí ahora?

—No, claro que no. Es que...

—¿Estás con él en casa? Últimamente siempre estás con él.

—Johnny, aquí no hay nadie. Es tarde y tengo que irme a dormir. Llámame mañana.

Colgó y encendió la tele otra vez. Se sirvió otra copa.

—A medianoche fui a echar un vistazo a los niños. Frankie estaba medio dormido, aunque tenía que ir al baño. Intenté que Cindy hiciera lo mismo, pero se dio la vuelta y siguió durmiendo, así que la dejé.

»Sí, volví a cerrar con pestillo. Como siempre.

»No, no recuerdo haberlo hecho, pero lo hago siempre.

»Lo pusimos hace un año. Frankie se despertó una mañana y se comió todo lo que había en la nevera. Estuvo vomitando varias horas. Después de aquello le pedí a Frank que pusiera un pestillo en la puerta de los niños.

»Entonces saqué a Minnie a pasear. Vi a Tony Bonelli y lo saludé con la mano. Él también estaba paseando a su perro. Estuve fuera veinte minutos. A la vuelta me quedé en las escaleras un ratito. Era una noche muy agradable. Fresca. Oí a gente hablando a lo lejos. Y música. Pensé que igual había alguna feria.

»Creo que cerré la puerta con llave cuando entré.

»Lo creo.

»No lo recuerdo.

»Oiga, le digo que no lo recuerdo, ¿entiende? ¡No lo recuerdo! Si hubiese pensado que era necesario recordarlo... ¿Cerró usted su puerta ayer por la noche? ¿Eh? ¿La cerró?

»Disculpe. Le ruego que me disculpe. Estoy nerviosa.

»No, no pasa nada. Puedo seguir.

»Le puse agua a Minnie, fui a mi cuarto y me tumbé. Solo quería descansar un momento, pero debí de quedarme dormida. Algo me despertó. Creo que no dormí mucho rato.

»No sé... dos y media... tres menos cuarto...

»No lo sé, no. Una pesadilla, quizá. Me pareció oír llorar a los niños, pero luego presté atención y no oí nada.

»Fui al baño. Ah, y entonces volvió a sonar el teléfono. Esta vez era Frank.

»Quería hablar de Linda. La canguro. La que dice que le debo dinero.

»Yo solo quería que me dejara en paz. Le dije que se fuera a la mierda. Le colgué el teléfono.

»Sí, muy enfadada. A veces me llama en plena noche, para despertarme. Quería cabrearme y lo consiguió.

»Volví a sacar a pasear a la perra. Una vuelta a la manzana. Luego me quedé diez minutos más en las escaleras.

»No, no fui a ver cómo estaban los niños. Ya lo había hecho a las doce, y entonces estaban bien. Estaban... Dios...

»No, estoy bien.

»Le digo que estoy bien.

»Me bañé. Seguía enfadada y me bañé con agua fría. Luego volví a la cama.

»Hacia las cuatro menos cuarto, creo. Las cuatro, quizá.

Se despertó cuando sonó la alarma, a las ocho, empapada en sudor. Ecos de una pesadilla: un niño llorando, un cielo oscuro, una cara blanca.

Hizo un esfuerzo por incorporarse, se pasó las manos por el pelo, bostezó. Otro día caluroso. Oyó a Gina toser en el piso de arriba y luego a Bill Lombardo gritar a su esposa al otro lado de la pared. Oyó un portazo.

Preparó la cafetera y se dirigió al baño, donde se desnudó y se lavó. Se puso el albornoz y volvió a la cocina, donde se sirvió una taza de café y encendió el primer cigarrillo del día. Se suponía que iba a ver a su abogado más tarde, pero, mientras tanto, se vistió con unos pantalones claros y una camiseta rosa. Descalza, se llevó la taza al cuarto de baño y empezó la rutina de devolver a Ruth a la vida en el espejo.

—Salí del lavabo y fui a pasear a la perra.

»Nueve menos cuarto. Quizá un poco más. No encontraba los zapatos.

»Quince minutos. O menos.

»Mmm... varias personas. Nadie conocido.

»Volvimos y puse la comida a Minnie. También el agua. Luego me tomé otro café.

»Sí, las nueve y diez. No más.

»Nada extraño. En algún piso se quemaba algo. Una tostada, quizá. Y sonaba la radio de Gina. Ah, y el teléfono de alguien vibraba todo el rato, a lo lejos.

»No, nada más. Excepto... bueno, el silencio. El piso estaba en silencio.

»Sí. Recuerdo haberlo notado ya entonces. Me pregunté si seguirían durmiendo. Y entonces... Entonces abrí la puerta.

Pero nada de eso cuenta cómo fue.

Minnie gimoteando, inquieta. Los pasos apresurados y conscientes de Ruth mientras jugueteaba con el dobladillo de su camiseta. El calor subiéndole a través de las capas de maquillaje. Su reunión con Arnold Green prevista para el mediodía. Frank. El alquiler que tenía que pagar al final de la semana.

De nuevo en el piso: el sabor del café tibio. La grieta en el techo —ya la había visto la semana anterior, pero la había olvidado—. El olor a laca de pelo colándose por la puerta del baño, medio abierta. Su dolor de cabeza y su infructuosa búsqueda de una aspirina.

Y el silencio. No solo su presencia, sino su intensidad. El modo en que el espacio, normalmente lleno de voces, risitas y pisadas, no era ahora más que eso: espacio.

Y la visión de su propia mano frente a sí, corriendo el pestillo, empujando la puerta. Y una vez, y otra, y otra, las imágenes que vinieron a continuación: la madera pintada de blanco barriendo lentamente el suelo de la habitación; la luz abriéndose paso a través del hueco de la puerta, cada vez mayor; su mano cayendo junto a la cadera, rompiendo la densidad del aire, y su voz, atrapada en la garganta seca. Y la habitación. Vacía.

Así fue como empezó todo. Con una puerta cerrada de una habitación vacía. Con Ruth corriendo hacia la calle a toda velocidad, apretando con fuerza un manajo de llaves en la mano, con la palma cada vez más sudorosa, y dando vueltas a la manzana gritando sus nombres.

Empezó con rabia. «Si han vuelto a escaparse por la maldita ventana, se van a enterar de lo que es estar castigados».

Pero entonces la rabia fue dando paso a una gradual conciencia de la respiración irregular, del estómago revuelto. De la piel y el pelo empapados al regresar a la esquina de la calle 72.

Miró en ambas direcciones, incapaz de decidir hacia dónde ir.

«Una mala elección podría ser definitiva. Podría».

Se mordió el labio para interrumpir aquel pensamiento. Giró a la izquierda.

Demasiados niños. A cada destello de pelo rubio le daba un vuelco el corazón. Entonces vio a un niño a lo lejos; había algo en su modo de caminar... Fue hasta él, lo agarró por el brazo y le hizo darse la vuelta.

—¡Frankie! ¿Qué coño...?

Miró la carita del niño. No la había visto nunca. Inmediatamente le soltó el brazo. A duras penas lo vio abrir la boca y romper a llorar. A duras penas oyó a su madre diciéndole:

—¡Oiga! ¡Señora! ¿Se puede saber qué...?

Siguió caminando, cada vez más rápido, incapaz de discernir adónde estaba yendo. Miraba fijamente a todo aquel que se cruzaba con ella. Avanzaba haciendo eses; evitando las grietas del suelo.

«Pisa una grieta y te romperás la espalda. Pisa una grieta y los niños no volverán».

Se tapó la boca con la mano para evitar que se le escapara sonido alguno. Empezó a correr, sin saber realmente adónde iba. Giró una esquina y volvió a aparecer en la calle 72. Vio una figura acercándose hacia ella. Se dio cuenta de que era Carla Bonelli. Vio que los labios de la mujer se movían. Hizo acopio de todas sus fuerzas y logró articular unas palabras:

—Frankie y Cindy están... están... no los encuentro... Ayúdame a encontrarlos...

Carla quiso ponerle una mano en el hombro, pero Ruth se zafó de ella, irritada, mirando en todas direcciones con los ojos como platos.

—Encuétralos. Por favor.

Y siguió corriendo, dando tumbos, abrazándose a sí misma, como si tuviera frío. Carla se quedó ahí quieta, mirándola.

De vuelta en casa, Ruth cogió el teléfono y marcó un número con los dedos temblorosos. Apretó el auricular con fuerza contra la oreja y cerró el puño de la otra mano, clavándose las uñas en el interior de la palma, mientras escuchaba los timbres de la línea.

Esperó.

Esperó.

Y entonces:

—¿Frank? ¿Tienes a los niños?

»¡No digas chorradas! ¿Los tienes?

»No están aquí. Están...

»¡Pues claro que he mirado en su habitación! Y he dado la vuelta a la manzana.

»Veinte, treinta minutos. ¡No lo sé! He mirado en todas partes y no... no los encuentro.

»Por favor, si los tienes dímelo. No me hagas esto, Frankie. Por favor.

Fue la última vez que lo llamó Frankie.

Él le dijo algo que no logró descifrar. Solo entendió la palabra «voy» y, en cuanto colgó el teléfono, se aferró a ello como si fuera lo único que le quedaba. Fue hasta la ventana para esperarlo y se puso un cigarrillo en la boca. Necesitó tres intentos para encenderlo.

Frank llegó. Ella abrió la puerta y él la abrazó. Ruth se quedó rígida y por fin le dio unas palmaditas en los hombros. Frank la soltó y se mantuvo quieto, en el pasillo.

—Tienes que... —Ruth señaló hacia la cocina y él empezó a hacerse cargo de la situación.

Cogió el teléfono y ella le oyó decir:

—Quiero dar un aviso... Mis hijos han desaparecido. Quiero informar de que mis hijos han desaparecido.

»Hace una hora.

»Malone.

»¿Mi dirección o la de mis hijos?

»No, estamos... en este momento viven con su madre.

Colgó, puso más café y le dijo a Ruth que se sentara. Echó un chorrito de *brandy* y la observó mientras se lo bebía. Era la última de las botellas que Gina había bajado en Año Nuevo. A Ruth le ardió en la garganta y sintió un escalofrío, pero al menos dejó de tener ganas de vomitar. Lo miró y vio que sus labios se curvaban sobre sus dientes en un intento de esbozar una sonrisa.

—Vale, cielo, vale. La poli está en camino. Tenemos que calmarnos. Tenemos que pensar.

Minnie trotó hasta ellos y apoyó el hocico en la rodilla de Ruth, que la apartó de inmediato. En ese momento no podía soportar que la tocaran. Además, tenía que

hacer pis y no sabía si lograría ponerse en pie.

Ya en el cuarto de baño se miró en el espejo. Su rostro estaba cubierto por un velo de sudor, y tenía el rímel corrido.

Reparó aquel despropósito lo mejor que pudo, levantó el brazo para peinarse y se dio cuenta de que olía a sudor. Volvió a mirarse en el espejo. Bajo esa capa de maquillaje, su cuerpo, su rostro, todo... todo estaba mal. Ella estaba mal. Olía mal.

«Como una perra en celo».

Fue al dormitorio y se cambió de ropa. Se puso una blusa limpia que resaltaba su figura. Sabía que vendrían hombres desconocidos a mirarla, a hacerle preguntas. Ojos que no se apartarían de ella. Ojos que la cubrirían como manos. Tenía que estar lista para eso. Tenía que estar guapa.

Mientras volvía a la cocina alguien llamó a la puerta.

Vinieron dos. Dos polis, en su casa. Uno de ellos, el más joven, preguntó:

—¿Entiendo que están separados, señor y señora Malone? —Eso fue lo primero que dijo. Y luego—: ¿Tiene esto algo que ver con la custodia?

Ella no supo a qué se refería. No supo qué decir.

Estaban sentados en la cocina. Ruth puso un cenicero limpio sobre la mesa y el policía mayor respondió a una llamada. Cuando volvió a la cocina intercambió una mirada con su compañero y pidió a Frank que lo acompañara al salón. Ella se quedó a solas con el joven. Le dijo su nombre, pero enseguida lo olvidó.

El poli se quedó ahí sentado y empezó a hacerle preguntas. ¿Cuáles eran los nombres completos de los niños? ¿Sus edades? ¿Era la primera vez que desaparecían? ¿Tenía una fotografía reciente de ambos?

Y entonces:

—¿Cuánto tiempo hace que se ha separado de su marido, señora Malone?

—Yo no... ¿Qué tiene eso que ver con los niños?

Él no dijo nada. Se limitó a esperar.

—Desde la primavera pasada. Frank se marchó de casa en abril del año pasado.

—¿Por qué se separaron?

Ella lo miró, ahí sentado, con su traje barato y sus zapatos gastados, y supo que no podría hacérselo entender. Ninguna de sus razones había sido suficiente para Frank, ni para su madre, ni para la mayoría de las mujeres que conocía, así que obviamente tampoco lo sería para ese poli, que apenas era un niño.

—No nos llevábamos bien. Discutíamos mucho.

—Y ahora él pide la custodia exclusiva de sus hijos, ¿verdad? ¿Qué motivos arguye?

—Dice que yo... Dice que los niños estarían mejor con él.

El policía escribió aquello y su voz se endureció.

—Señora Malone, si lo que está sucediendo es algún tipo de plan urdido por usted para recuperar a su marido, le advierto de que lo mejor que puede hacer es dejarlo antes de que todo llegue demasiado lejos.

Ella lo miró sin dar crédito. ¿Un juego? Notó que la cara empezaba a arderle y sintió un cosquilleo en el cuero cabelludo. No pudo aguantar más y gritó:

—Pero ¿qué coño está diciendo? ¿Por qué no salen a buscar a mis hijos? ¡Tienen que encontrar a mis hijos!

Él se aclaró la garganta, ignorándola.

—¿Ha escondido usted a los niños en algún sitio?

Algo en la expresión de Ruth le hizo levantar las manos.

—Está bien, está bien —dijo, en un tono que pretendía ser conciliador.

Estaba sudando y tenía la cara sonrosada. Parecía un estudiante de instituto.

Ruth tragó saliva y dio una larga calada a su cigarrillo. Luego nego con la cabeza, aunque para entonces el poli ya había salido de la habitación.

El cigarrillo siguió consumiéndose hasta que la ceniza le llegó a los dedos, y lo tiró al fregadero. Luego se echó agua fría en la mano. El contacto del agua con la piel la despertó: notó un sabor amargo en la boca y se dio cuenta de que tenía el estómago revuelto.

El tiempo fue pasando. Frank entró en la cocina y le preguntó si había comido algo aquella mañana. Ella se encogió de hombros. Quería que se fuera. Tomó más café. No conseguía oír más allá de la respiración áspera de Frank mientras fumaba y, de vez en cuando, la voz del policía al teléfono.

Frank salió de la habitación y oyó correr el agua del baño por las cañerías. Entonces alguien llamó a la puerta y reconoció la voz de Carla Bonelli. Un murmullo del que solo logró descifrar «... para ayudar. ¿Puedo verla?». Más murmullos, y luego la puerta al cerrarse. Frank entró y le dijo:

—Era Carla. Quería verte. Le he dicho que mejor en otro momento.

No lo entendió, pero asintió.

—Le he pedido que se lleve a la perra. Al menos hasta... bueno, por ahora —añadió.

Asintió de nuevo, se encendió otro cigarrillo y se quedó mirando el reloj de la pared hasta que recordó que llevaba una semana estropeado. Que por su culpa habían llegado tarde al dentista de Frankie.

Otra vez la puerta. Pasos en el pasillo. Ruth miró a Frank y él a ella. Voces. Dos hombres aparecieron en la puerta: uno de ellos era el joven de la cara sonrosada.

El otro era mayor. Emanaba una calma que la hizo sentirse reconfortada por unos instantes. Era grande, cuadrado de hombros y llevaba un traje ancho que le colgaba cuan largo era. Su piel era amarillenta, cerosa, de poros abiertos, y la papada le sobresalía por encima del cuello. Los ojos, grandes, emergían más allá del ceño, y su nariz se contrajo al mirarla, como si oliera mal.

Ella se alisó la falda y se tocó el pelo.

Aquel hombre le recordó a un actor que había visto en alguna parte. En una peli con Ingrid Bergman, quizá. Una que vio en la tele alguna tarde, después de comer.

Él seguía mirándola y Ruth se dio cuenta de que acababa de decirle algo. Tuvo

que pedirle que se lo repitiera.

—Soy el sargento Devlin, señora. Yo llevaré su caso.

Su voz era puro Bronx.

Jerry, ese era el nombre del actor. Jerry no-se-qué.

Ella asintió y quiso darse la vuelta, pero él continuó:

—Hemos introducido su nombre en nuestros archivos, señora Malone. Parece que nuestros agentes ya habían estado aquí antes. Varias veces. —Sacó un trozo de papel del bolsillo—. Quejas por exceso de ruido en abril y junio del año pasado. Y el 5 de marzo y el 19 de mayo de este año.

—Yo no...

—Y un cargo por embriaguez pública, el 12 de noviembre de 1964.

Ella se acarició el pelo y carraspeó.

—¿Y eso qué tiene que ver con mis hijos?

Él se quedó quieto, mirándola, y de pronto le espetó:

—Tenemos que registrar el piso. Quizá debamos llevarnos alguna cosa. ¿Algún inconveniente, señora Malone?

Negó con la cabeza. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Frank y ella se sentaron en silencio. Ella se mordía las uñas. Miraba el reloj una y otra vez. Cualquier ruido la sobresaltaba. Entonces Devlin reapareció en la puerta.

—Les ruego que nos acompañen.

Ella lo miró.

—¿Los han encontrado? ¿Han encontrado a Frankie y a Cindy?

Él la miró a los ojos.

—Acompáñennos, por favor.

Ella se quedó quieta.

—¿Los dos?

El sargento posó la mirada en Frank.

—Sí.

Supuso que los llevaría a la habitación de los niños, pero en lugar de eso salió a la calle y los precedió hasta los contenedores que quedaban en la esquina. A Ruth casi se le escapó la risa al ver lo que habían hecho: los contenedores estaban vacíos y su interior, repartido por toda la acera. Dos agentes de uniforme hurgaban entre las pilas de basura: botellas de leche vacía, envoltorios de comida, latas de comida para perros, peladuras de naranja, papeles, filtros de café. El olor le revolvió el estómago. Devlin señaló una bolsa de basura abierta.

—¿Es suya, señora?

Ella miró al sargento y luego a la bolsa. Se acercó para ver qué había en su interior. Nueve o diez botellas vacías. Ginebra. Bourbon. Vino. Volvió a mirar al policía. ¿Era una broma?

—No lo sé. No recuerdo qué he tirado últimamente. Es posible.

La expresión del rostro de Devlin no cambió ni un ápice. Parecía congelado,

como si lo hubiesen puesto en pausa. Por fin hizo un gesto a uno de los policías uniformados, que se les acercó con un sobre en las manos. Se lo acercó mucho a la cara y ella retrocedió. Lo habían sacado de entre trozos de comida podrida.

—Lleva su nombre, señora Malone.

Recordó que era el sobre de alguna factura, pero no sabría decir de cuál. Estaba bastante segura de que lo había abierto sin mirarlo, lo había tirado a la basura y había dejado la cuenta en el cajón de la cocina, preguntándose cuándo iba a poder pagarla.

—Estaba en la misma bolsa que la bebida.

—Ah. Bueno, entonces supongo que es mía.

—¿Y las botellas?

Ella miró de nuevo a la bolsa.

—Pues imagino que también. Si la factura estaba en la misma bolsa...

—¿Todas? —Devlin hizo un gesto extraño con la boca.

—Pero ¿qué tiene que ver esto con los niños? ¿Por qué no están buscando a Frankie y a Cindy?

—Solo tratamos de hacernos una composición de lugar, señora.

—Estuve limpiando y ordenando. Mi abogado me dijo... Van a venir del tribunal de menores, a hacer una inspección. Me dijo que limpiara el piso. Que lo pintara. Que lo pusiera bonito. —No miró a Frank.

Devlin la observó durante un buen rato y, luego, sin apartar la mirada de ella, le dijo al policía de uniforme que tenía detrás:

—Anote eso, oficial. Involucrada en un caso de custodia.

Hizo que sus palabras sonaran feas, sucias.

Ruth se volvió hacia Frank, quien evitó devolverle la mirada.

—Solo estaba limpiando.

Él asintió, pero siguió sin mirarla.

Fueron pasando las horas. Ruth deambuló por el pasillo, entró en el salón, se mordió las uñas, fumó para ver si el humo la ayudaba a bajar el nudo que tenía en la garganta. Había un hombre con un pincel y un botecito, arrodillado junto a la mesa auxiliar, espolvoreando un producto en busca de huellas. Había estado haciendo lo mismo en todas las habitaciones, dejando a su paso un rastro de polvo blanco. La miró, pero no dijo nada.

De vuelta al pasillo, se dio cuenta de que la puerta de la habitación de los niños estaba entornada y un rayo de luz se extendía sobre la alfombra desgastada. Dio un paso hacia allí y vio a tres hombres inclinados sobre el escritorio que quedaba junto a la ventana: eran Devlin, el policía de la cara sonrosada y un tipo con una cámara.

—Asegúrate de registrarlo todo.

La voz de Devlin era prácticamente un susurro, pero su tono sonaba intenso, concreto. Ella se quedó quieta, en el marco de la puerta.

Parecía que las voces de las personas que se hallaban fuera sonaban a cientos de kilómetros de distancia, distorsionadas por la cálida y brillante tarde.

No había nada en el escritorio: apenas un par de libros de Frankie, una lámpara y un tubo de crema para el eccema de Cindy. Ruth lo había arreglado todo hacía un par de días. Había guardado la pila de ropa que se había ido formando sobre el escritorio y había recogido los juguetes de los niños. También recordó haberlo limpiado, frotando la docena de marcas circulares de tazas que se habían ido acumulando. Recordó el olor a cera limpiadora.

El fotógrafo levantó la mirada hacia Devlin. Era bajo, tenía el pelo lacio y llevaba gafas redondas. Bajo sus brazos podían verse sendos surcos de sudor y su corbata estaba torcida. Ruth lo observó mientras se inclinaba y enfocaba la cámara. La luz del sol a través de la ventana mostró una nube de motas de polvo blanco danzando en el aire.

El disparador hizo clic una vez. Dos veces.

Le dolía la cabeza. Se dio la vuelta y se marchó.

Llegaron más policías. El teléfono no paraba de sonar. Devlin seguía allí. Entró en el salón, le dijo a Ruth que quería hablar con ella y la condujo hasta su dormitorio. Ella entró, con el conejito de juguete de Cindy aún en las manos. Se quedó de pie, con la espalda apoyada en la puerta. Entonces notó que le temblaban las piernas y decidió sentarse en la cama, para que él no lo notara.

Quiso decir algo, pero pensó que si abría la boca las lágrimas que tenía en la garganta le saldrían a borbotones, así que se mantuvo callada. Algo en su fuero interno, algo instintivo y remoto, le impedía dejarse ir. En lugar de aquello se quedó encorvada, abrazando al conejito contra el pecho, manteniendo a raya el miedo y las náuseas. Su boca insistió en abrirse una vez más, pero ella apretó la mandíbula y la obligó a cerrarse. Sabía que debía mantener a raya su peor parte, la que estaba desordenada, la que estaba mal.

Devlin sacó una libreta de notas y empezó a hacerle preguntas. Al principio no lo oyó. Lo único que sentía era el peluche suave y gastado entre las manos.

—No tiene a su conejito.

Su voz sonó calmada.

—¿Señora Malone?

—Cindy no... no tiene a su conejito. Estará asustada sin él.

Miró al sargento a los ojos. Él la observaba con el ceño fruncido.

—Señora Malone, tengo que hacerle unas preguntas. Intente concentrarse.

Asintió con la cabeza y notó que su voz sonaba áspera e inerte al contestar.

—Medianoche. Entré a ver cómo estaban a medianoche. Llevé a Frankie al lavabo. Estaba medio dormido, sin embargo, tenía que hacer pis. Intenté despertar a Cindy, pero se dio media vuelta y siguió durmiendo, así que la dejé.

- »Ya se lo he dicho. Corrí el pestillo.
»No, no lo recuerdo, pero siempre lo hago.

Devlin volvió al salón y pidió a Frank que le acompañara a la habitación de los niños. Intrigada, Ruth se asomó a la puerta de su propia habitación y los vio caminar por el pasillo.

Oyó:

—¿Y usted qué piensa, señor Malone? ¿Qué cree que ha pasado?

Silencio. Ruth casi oyó los pensamientos de Frank; lo vio recorriendo la habitación con la mirada y preguntándose qué debía responder.

—No lo sé. ¿Cómo iba a saberlo?

—Señor Malone, yo tengo cinco hijos. Entiendo cómo se siente. Pero ¿no hay nada que quiera contarnos? Lo que sea. Hasta el detalle más insignificante puede servirnos de ayuda.

De nuevo la voz de Frank, lenta, titubeante:

—La ventana está abierta. Supongo que quien se llevó a los niños tuvo que entrar por ahí.

La voz de Devlin sonó dura:

—¿Por qué dice eso?

—Bueno, Ruth nunca dejaría la ventana abierta sin la mosquitera. Le dan mucho miedo los insectos. Una vez le picó una avispa en el brazo a Frank Jr. y tuvimos que llevarlo a urgencias, porque se le hinchó un montón. Está claro que quien se llevó a los niños entró por ahí.

—Señor Malone... ¿está usted completamente seguro de que no ha sido su mujer la que ha escondido a los niños?

Silencio.

—No lo creo. No lo sé.

Estaba en el salón, tumbada en el sofá, tapada con una manta pese a que hacía calor. Frank le insistía en que descansara un poco. Se había puesto el conejito de Cindy cerca de la cara y no dejaba de acariciarle el pelo raído, aspirando el olor de la piel de Cindy, la melenita de Cindy, el aliento dormido de Cindy. En un momento dado se levantó para hacer pis y vio que la puerta de su dormitorio estaba entornada. La abrió y vio al joven policía de la cara sonrosada arrodillado en el suelo.

—¿Qué demonios está haciendo?

Él dio un salto y se volvió hacia ella. Llevaba en las manos una caja azul que había encontrado bajo la cama.

—¿Qué va a hacer con eso?

El policía miró la caja y se sonrojó, y por un momento Ruth pensó que iba a

pedirle disculpas. Por lo visto, enseguida recordó lo que estaba haciendo y su rostro recuperó su expresión hierática.

—Pura rutina, señora.

—¿Rutina? Esa caja es mía y no tiene nada que ver con mis hijos. ¿Por qué no están en la calle, buscándolos?

Notó una sombra en su interior y un intenso olor a colonia barata: Devlin.

—¿Qué sucede, inspector Quinn?

—La señora Malone estaba...

—Estoy seguro de que la señora Malone solo desea cooperar con nosotros en todo lo que esté a su alcance, ¿no es así?

Ruth bajó los hombros, dejó caer las manos —que previamente había cerrado en forma de puños— y comprendió que su privacidad ya no valía nada: ahí estaba su ropa interior, esparcida por toda la cama, los cajones abiertos, los bolsos y zapatos fuera del armario...

—Sabemos lo que hacemos —dijo Quinn, abriendo la caja azul.

Una cascada de postales, cartas y tarjetas se le cayó al suelo. Las recogió una a una y leyó las firmas. Eran varias docenas. Todas escritas por hombres. Algunas eran de Frank, de antes de casarse. Otras las había escrito durante todo un año Johnny Salcito. También había varias de Lou Gallagher, que se remontaban a marzo o abril. Y había más, de otros hombres; hombres a los que apenas recordaba.

—¡Dios mío! —dijo el inspector.

Alzó la vista. Sus ojos pasaron de largo a Ruth y se posaron en Devlin.

Ella alzó la barbilla y se permitió una sonrisita. Entonces se dio la vuelta y vio que Devlin la estaba observando.

Apartó la mirada. Y dejó de sonreír.

Era miércoles cuando recibieron la llamada en el *Herald*. La mañana del miércoles más caluroso de julio. Pete Wonicke estaba sentado a un escritorio que no sentía como propio.

En mayo había pagado a Horowitz veinte dólares para que le cambiase de sitio, pero, aunque habían pasado ya más de dos meses, seguía sin acostumbrarse al nuevo. Su escritorio estaba ahora lo suficientemente cerca de las secretarias como para enterarse de todo lo que llegara a la centralita y tuviera que adjudicarse a alguien. El resto de los reporteros, que llevaban ya un tiempo trabajando allí, tenían contactos con los policías locales o con los soplones que tenían en nómina. De vez en cuando recibían una llamada, desaparecían un par de días y volvían luego con algo. Pete sabía que la única manera de dar con una historia decente era tener un golpe de suerte.

La noche anterior había ido a tomar una cerveza con Terry DeWitt, y ambos habían acabado la noche en un oscuro sótano de Bowery. Las estanterías de la barra tenían varias filas de botellas, y una capa de humo denso y azul flotaba en el ambiente a la altura de las cabezas y hacía que a Pete le lloraran los ojos. Era el típico sitio al que nunca habría ido de haber podido escogerlo. Pero Terry DeWitt había estado en el *Herald* durante casi ocho años, y antes había pasado seis en el *Courier*. Se había ganado un respeto. Incluso se había hablado de ofrecerle una columna fija. Era el tipo de hombre al que a Pete le interesaba conocer.

Terry había salido del bar a medianoche y Pete acabó jugando tres partidas de billar contra un tipo llamado Lucky al que le faltaba un dedo y no dejaba de mascar tabaco. Cuando se despertó en su cama apenas unas horas más tarde, completamente vestido y sudoroso sobre las sábanas, le pareció oír todavía un pitido que provenía de la noche anterior. Llegó a la oficina en bastante buenas condiciones —fue el primero del turno de día, como siempre—, pero ahora el pitido empezaba a retirarse dando paso a una resaca que le martilleaba el cráneo y le recomendaba que se tomara otro trago para dejarlo en paz.

Pete se desperezó, estiró las piernas y siguió escudriñando los boletines nocturnos en busca de una historia sobre la que escribir, atento a lo que sucedía a su alrededor. Resacoso como estaba, luchaba por concentrarse en el repiqueteo de las teclas de las máquinas de escribir, el timbrado de los teléfonos, la modulación de las voces al hablar y, sobre todo, el constante zumbido de los fluorescentes. Se apartó el pelo de la frente y se abanicó con un cuaderno. La redacción olía, como siempre, a una mezcla de vestuario y cafetería cutre: el tufo a hombres que no se duchaban con demasiada frecuencia se confundía con el hedor a ropa rancia, tabaco y fritos. Y aquel día le

estaban dando náuseas.

Se preguntó si podría hablar con una de las mecanógrafas para que fuera al Brooke y le consiguiera una cerveza. Metió una mano en la chaqueta para coger su billetero y entonces notó el crujido de la última carta de su madre, lo cual no hizo sino revolverle aún más el estómago y bañarle la piel en sudor.

Janine no dejaba de ir de un lado a otro de la oficina, del despacho del jefe a la copiadora, y sentía su mirada clavándosele en el cuello. Disimulando, mantuvo la cabeza inclinada sobre la pila de papeles que tenía en su mesa, y dejó que su mente pensara en algo dulce, frío y refrescante. El tintineo de una cuchara larga contra una de esas antiguas copas de postre, la espesa espuma amarilla que se forma al derretirse el helado.

Siguió hojeando los boletines y tomó alguna que otra nota aislada. Su mente volvía continuamente al papelito blanco que tenía doblado en el bolsillo. Sobreponerse a la familiar sensación de sofoco era un logro reciente, fruto de la distancia que separaba el mundo en el que vivían las cartas de su madre y el suyo propio en Nueva York.

Ella le escribía todas las semanas en un finísimo papel blanco que compraba en la papelería de su ciudad. Cada vez que notaba la delgadez de aquel folio, su baratura, se sentía en la obligación de comprarle a su madre alguna caja de algo bonito. Un papel de cartas grueso de color crema, por ejemplo, o uno con marca de agua y un suave aroma de lilas, o unas tarjetitas de color azul pálido con un marco de flores. Algo procedente de una tienda de Manhattan: les pediría que lo envolvieran y se lo enviaran, y él imaginaría su rostro cuando lo abriera y se sentiría así recompensado por gastar un dinero que en realidad no tenía.

Pero entonces pensaba en cómo le hacían sentir sus cartas. Y se odiaba al pensar que en el fondo sabía, porque lo sabía, que no iba a ser capaz de leer las palabras de su madre plasmadas, con su pulcra y cuidadosa caligrafía, en un papel que en realidad había sido concebido para mujeres ricas de ciudad.

Así pues, Pete enviaba siempre una respuesta rápida y poco elaborada a las cartas de su madre. Lo hacía a las pocas horas de recibirlas, y luego la culpa lo obligaba a llevarlas encima durante unos días, en parte también como salvoconducto. Le había dicho que enviara sus cartas al periódico, porque quería que viera la dirección; quería que cada vez que le escribiera fuera consciente de que su hijo lo había logrado. De que había conseguido lo que se había propuesto. De que tenía un trabajo real, en la ciudad, en un lugar en el que el correo llegaba hasta su escritorio.

No obstante, por mucho que tratara de regodearse en aquella sensación, por mucho que se repitiera y quisiera creer que había triunfado, siempre volvía a la angustia y a la preocupación: en su fuero interno no dejaba de preguntarse cuánto tiempo más iba a poder seguir en ese trabajo. La tirada del periódico no hacía más que caer y los rumores sobre los recortes empezaban a multiplicarse. Pete no podía permitirse perder el trabajo, no solo porque a duras penas alcanzaba a pagar el

alquiler de cada mes, sino porque había invertido mucho tiempo escribiendo informes meteorológicos, breves sobre accidentes de tráfico y resúmenes de partidos de fútbol universitario... y se lo debían. Llevaba ya mucho tiempo esperando su momento y, cuando llegara la llamada, esa llamada, quería estar listo.

Y en aquella calurosa mañana del mes de julio, la llamada llegó.

Fue Janine quien cogió el teléfono. Se quedó en silencio unos minutos, mascando chicle y anotando algo en una libreta mientras murmuraba «oh» y «ajá» cada cierto tiempo. Él se quedó mirándola, con curiosidad, y se fijó en que la patilla de sus gafas estaba rota y que el pintalabios se le había empezado a correr, como minúsculas líneas de sangre en torno a la boca.

Entonces Janine dijo: «¿De qué edad?» y «¿Cuál es la dirección?».

Un niño perdido, pues. Un adolescente que llegaba demasiado tarde a casa o un niño pequeño que se había perdido en la calle en un momento de despiste de su madre. A veces sucede. Pasarían un par de horas de pánico y entonces alguien lo encontraría llorando en una acera y llamaría a la policía, y la historia tendría un final feliz y una bonita foto del niño y de la madre, ambos llorosos y al mismo tiempo sonrientes, con una mezcla de conmoción y alivio.

Previsible. Soso.

En cualquier caso era una historia y quizá llegara a convertirla en algo: un artículo sobre el aumento de la delincuencia, o bien sobre las madres trabajadoras y la generación de los niños de la llave. Algo con un cierto trasfondo humano. De modo que apartó los boletines que andaba revisando, se puso en pie y se enderezó la corbata.

Janine colgó, acabó de escribir algo en su libreta, arrancó la hoja en la que lo había hecho y se levantó para ir adonde estaban los redactores. Pete se interpuso en su camino antes de que ella hubiese dado media docena de pasos.

—Hola, Janine.

Ella se sonrojó. Mascó su chicle. Se quitó las gafas y empezó a jugar con el cordón del que colgaban.

—Eh, Pete.

—Hoy estás preciosa. ¿Te lo había dicho?

Ella se puso aún más roja y se pasó un mechón de pelo por detrás la oreja.

—Oh... no...

—Bueno, es que eres preciosa. Tu marido es un tipo afortunado. Espero que lo sepa.

Ella se rio, tapándose la boca con una mano para esconder sus dientes torcidos, y lo miró, cambiando su peso de una cadera a la otra.

—Cuéntame, ¿qué ha pasado? —dijo él entonces, señalando con la cabeza el papel que Janine llevaba en la mano.

—Oh, nada. Solo es un niño. Ha desaparecido en Queens. En... Mmm... entre Queens College y Kissena Park.

—¿Y a quién se lo vas a dar?

Ella sonrió una vez más.

—Bueno... el señor Friedmann me había dicho que pasara la siguiente llamada a Jack Lamont.

Jack Lamont. El que había cubierto la historia de la prostituta asesinada el mes pasado. El que había conseguido —a saber cómo— una entrevista con el testigo estrella del juicio de Mendoza en marzo.

Por el rabillo del ojo, Pete vio que Jack se levantaba para ir al baño o a la máquina de café.

Se inclinó hacia delante, percibió el olor a cigarrillos, perfume y maquillaje de Janine, y rozó suavemente la manga de su blusa.

—Este color te queda francamente bien.

Ella abrió mucho los ojos y se ruborizó de nuevo. Él se atrevió a apartar entonces la mirada para asegurarse de que Jack se había ido. Así era, en efecto.

—Por cierto... creo que Jack no está hoy.

Ella parpadeó.

—¿Ah, no? Caramba, habría jurado que lo había visto.

Ambos dirigieron la vista hacia el escritorio de Jack, vacío. Entonces Janine miró a Pete desconcertada.

—No te preocupes. Ya me quedo yo con lo del niño. Lo haré por ti.

—Oh, vaya, no sé. Es que el señor Friedmann dijo...

—Venga, Janine. Apuesto a que Friedmann prefiere que la noticia esté en manos de alguien, aunque no sea Jack, a que se quede sin cubrir mientras el *Star* o el *Courier* le dedican un espacio.

Le cogió el papel de la mano y se lo metió en el bolsillo del pantalón. Luego le guiñó un ojo.

—Oh —titubeó ella, de nuevo—. Pero el señor Friedmann dijo... Es decir...

—No te preocupes por eso. Ya me encargo yo.

Pete conducía despacio, buscando un sitio para aparcar. Podría haber pensado que tenía mal la dirección: era un barrio tranquilo, no parecía uno de esos lugares donde los niños se perdían. Pero ahí estaban las mujeres. Eran diez o doce, y formaban pequeños grupos sobre una parcela de hierba reseca que quedaba a la entrada del bloque de pisos. Ligeramente despeinadas, cuchicheando, con los rostros brillantes por el calor. Entonces reconoció a un tío que trabajaba en el *Courier*. Anderson, tal vez. Algo que sonaba a sueco. Ya lo había visto antes en una rueda de prensa: su mata de pelo rubio y su descolorida chaqueta de pana lo hacían destacar entre el resto de trajes y corbatas.

Estaba apoyado en el capó de su coche y garabateaba en su libreta de notas.

Pete se acercó a él como quien no quiere la cosa.

—Pete Wonicke, del *Herald*. Eres Anderson, ¿verdad?

El tipo apenas levantó la mirada del papel.

—Anders.

—Eso. Perdona.

Pete se quedó ahí quieto un momento y luego sacó su propia libreta. Necesitaba tener las manos ocupadas. Vio a un policía doblando la esquina del edificio con una bolsa en una mano, y a otro de pie, cerca de donde estaban las mujeres, observando las ventanas del edificio con el ceño fruncido.

De modo que se tomaban el asunto en serio.

—¿Se sabe ya lo que ha pasado? —preguntó.

Anders se encogió de hombros.

—Un niño se ha escapado de casa. Nada del otro mundo. —Su voz sonaba seca. Aburrida. Miró a Pete de arriba abajo—. ¿Por qué? ¿Esperabas algo más emocionante?

Pete sintió que empezaba a arderle la cara y miró hacia otro lado, haciendo como que trasteaba con la cámara. Se alejó de Anders, tomó dos o tres fotos del edificio y se dirigió hacia el grupo de mujeres más cercano. Ellas vieron su libreta de notas y la cámara, e inconscientemente empezaron a retocarse la melena, a adecentarse las blusas y a acicalarse.

Pete echó mano de su mejor sonrisa y se detuvo frente a ellas.

—Buenos días, señoritas. Soy Peter Wonicke, del *Herald*. Estoy aquí porque el director del periódico está muy preocupado por el niño que ha desaparecido. Me pregunto si alguna de ustedes podría decirme...

—Niños.

Le estaba dando la espalda, pero Pete no tuvo ninguna duda: la que había hablado era ella. Piernas robustas, cadera ancha, un vestido estampado ceñido y zapatillas de andar por casa. Pelo rubio teñido recogido en un moño para esconder las raíces. Una cara redonda con exceso de colorete. Sin anillo de casada. Fumaba y no apartaba la vista del policía que estaba escribiendo en su libreta.

—Disculpe, señorita...

—Eissen. Gina Eissen. —Se volvió a mirarlo—. Con dos eses.

Dejó escapar el humo de su cigarro en el espacio que quedaba entre ambos.

—Ha dicho usted «niño» y son dos. Los desaparecidos son dos niños: Frankie y Cindy Malone.

La mujer lo miró por fin y él fue consciente de su inexperiencia, que le cubrió todo el cuerpo como un grueso abrigo de lana. Sentía cosquillas en la piel y tenía húmedas las axilas.

Se dio cuenta de que había una chica algo inquieta entre las mujeres del grupo. No paraba de moverse. Debía de tener unos catorce o quince años. Y, de pronto, otra dio un paso adelante. Era alta, de melena rizada y nariz aguileña. Llevaba un cárdigan celeste alrededor de los hombros y un bolso blanco colgado en bandolera. Le tendió

una mano perfectamente cuidada.

—Soy Maria Burke. ¿Cómo ha dicho usted que se llamaba?

—Wonicke. Peter Wonicke, del *Herald*.

—Ya veo. Bueno, señor Wonicke, me alegro de que su periódico haya enviado a alguien a cubrir esta noticia, y le agradezco sinceramente que al menos usted lleve corbata, a diferencia de ese otro reportero de allí, aunque me temo que ambos están perdiendo el tiempo.

Maria Burke lo miraba al hablar, pero sus ojos no se encontraron.

—¿Cómo dice?

—Los hijos de la señora Malone no están perdidos. Digamos que la señora Malone es a veces un poco... despistada, y parece que los pequeños salieron de algún modo de su habitación cuando ella no los vigilaba. Eso es todo. Aquí no hay ninguna historia. En este barrio los niños no desaparecen.

Eso le serviría.

—¿Ha dicho Malone, señorita Burke?

—Señora Burke. Y eso he dicho, sí.

—¿Qué edad tienen los niños?

Apuntó los nombres de los niños, sus edades y las de sus padres, cuánto tiempo llevaban viviendo en aquel piso y, en definitiva, la opinión de la señora Burke con respecto a todo: desde la ropa que llevaba la señora Malone hasta la cobertura del *Herald* de las últimas elecciones presidenciales, pasando por la negligencia de los funcionarios municipales en Queens. Incluso hizo una foto de aquel grupo de mujeres. En ningún momento perdió de vista a la quinceañera, quien, por fin, acabó dando un paso hacia Maria Burke.

—Esto... ¿mamá?

La señora Burke estaba en plena disertación sobre el reciclaje de basuras en el barrio y apenas tuvo tiempo de intercalar una frase en su discurso:

—Ahora no, cariño. Mamá está ocupada.

—Pero es que...

—Sally, te lo he dicho mil veces. Es de mala educación interrumpir a los adultos cuando están hablando.

—Pero es que se trata de Frankie y Cindy.

Eso lo cambiaba todo y merecía toda su atención.

—¿De qué se trata?

—Bueno, es que... —Se retorció los dedos de las manos al hablar y miraba alternativamente a la señora Burke, a Gina Eissen y a Pete—. No sé qué hacer. He intentado contárselo a los polis, pero ellos también me han dicho que están muy ocupados.

—¿Contarles qué, cariño?

—¿Veis ese cochecito de ahí?

Todos miraron en la dirección que ella indicaba. Efectivamente, había un

voluminoso cochecito de bebé, con una caja grande encima, a pocos centímetros de una ventana que quedaba un poco abierta. Pete cogió su cámara y tomó un par de fotografías.

—¿Qué le pasa?

—Anoche estaba mucho más allá del edificio de la señora Rossi. Alguien lo ha movido.

La chica miró a Pete.

—¿Ve la ventana abierta? Es la de su dormitorio. El de Frankie y Cindy.

La señora Burke parecía impaciente.

—¿Y?

—Bueno, es solo que... he pensado que quizá alguien movió el carrito para... ya sabes, para poder sacarlos por la ventana. O quizá lo usaron ellos para salir solos.

—Venga, Sally, no seas ridícula. Dos niños tan pequeños no sabrían mover solos un cochecito como ese. ¡Si a duras penas llegarían a la altura del mango! Para ya de llamar la atención, querida, y deja que los policías hagan su trabajo.

Pete notó los ojos de Gina Eissen en su nuca y se dio la vuelta para encontrarse con ellos.

—¿Y usted qué opina, señorita Eissen? ¿Qué cree que les sucedió a los niños?

No se lo pensó ni un segundo.

—Alguien se los ha llevado.

Una mujer bajita y morena que había estado en silencio hasta entonces dejó escapar un gemido ahogado. Se volvió para mirarlos, y su piel aceitunada pareció cobrar vida de pronto.

—¡No digas eso, Gina! ¡Ni en broma!

Esta dejó caer su cigarrillo y lo aplastó con el pie, despacio, deliberadamente.

—¿Por qué no? Me ha pedido que le dijera lo que pensaba. —Miró directamente a Pete—. Ruth Malone no habría perdido de vista a esos niños, señor Wonicke. Lo eran todo para ella. No es que sea distraída —al decir aquella palabra lanzó una mirada asesina hacia la señora Burke, que la escuchaba con una mueca en la boca—, sino que está muy ocupada. Trabaja muchas horas y está sacando adelante a sus hijos ella sola. Está ocupada y cansada, pero me juego algo a que habría intuido si los niños querían escaparse. Alguien se los ha llevado, créame usted. —Se mordió el labio inferior y tragó saliva—. Alguien, algún loco, llegó ayer por la noche y se los llevó, y ahora ella —inclinó la cabeza hacia la ventana abierta— se volverá loca si se queda allí.

De pronto, Pete sintió que aquella historia empezaba a absorber los temores de las mujeres que lo rodeaban. Al menos Gina Eissen creía que algo malo les había sucedido a esos niños. En aquel momento se dio cuenta de los intensos latidos de su corazón, de la boca reseca. Ese podría ser el comienzo de algo grande.

Aquí, durante las largas y oscuras noches o en las horas lentas y silenciosas que dedicaban a pasear por el patio, Ruth intentaba identificar el momento en el que todo cambió. Como si hubiera habido uno, uno único providencial.

Tal vez fue cuando Devlin encontró las botellas en su basura aquella primera mañana, o tal vez fue por la tarde, cuando llegó la llamada.

Ella estaba de pie en el salón, sujetando una botella de ginger ale y mirando por la ventana: por un lado, a los policías que había en el jardín de la entrada; por otro, a las mujeres agrupadas en la acera. A ellas las observó a través de las lamas de las persianas: sus ojos saltones, brillantes bajo el pelo encrespado; sus bocas de labios pintados, abriéndose y cerrándose sin parar; sus codazos mal disimulados cada vez que un policía se movía.

Y entonces, el teléfono. Ruth se dio la vuelta para cogerlo, pero el policía de la cara sonrosada fue más rápido que ella. Descolgó el auricular y se alejó de allí, murmurando algo que ella no entendió. Pensó que se trataba de una de esas llamadas entre policías. Que no tenía nada que ver con ella.

Pero entonces tapó el auricular con la palma de la mano y gritó:

—¡Sargento Devlin! ¡Tiene que coger el teléfono, señor!

La boca de Ruth empezó a abrirse para formular las preguntas que de algún modo ya sabía que nadie iba a responderle, cuando Devlin entró por la puerta, moviéndose con agilidad pese a su sólida constitución. Cogió el teléfono y se pasó una mano por la frente, apartándose el pelo.

—Aquí Devlin. —Una pausa—. ¿Cuándo? ¿Está seguro?

Sus ojos recorrieron la habitación mientras hablaba, aunque obviamente sus pensamientos estaban en otro lugar. Entonces su mirada se centró y se posó en Ruth. Después de aquel momento ella había tratado de imaginar muchas veces qué fue lo que él vio: la silueta de su cuerpo frente a la ventana, quizá; el pelo cubriéndole la cara cual velo; los ojos abiertos como platos, asustados y fijos en los suyos.

Durante un largo momento se miraron a través de la clara luz dorada. Ruth dio un paso adelante.

—¿Ya han...? ¿Qué ha...?

Entonces la persona al otro lado del teléfono dijo algo y la pregunta murió en sus labios. Devlin colgó y se puso frente a ella.

—Le ruego que me acompañe, señora Malone.

—¿Los han encontrado? ¿Han encontrado a Frankie y a Cindy? ¿Están... están bien?

Casi sentía las manitas de sus hijos sujetando las suyas. Imaginó las lágrimas que les corrían por las mejillas, sus camisetas sucias, los caramelos que les compraría.

La miró con una expresión que ella no supo interpretar.

—Venga conmigo, por favor.

—Pero ¿adónde? ¿Están bien?

Devlin no respondió. Se limitó a abrirle la puerta. Ruth se quitó las gafas y pasó por delante de él, hacia el pasillo. Estaba temblando.

Cuando salió del edificio, con Devlin un paso por detrás de ella, volvió a ver al grupo de mujeres en la acera. Mujeres a las que conocía, mujeres cuyos hijos solían jugar con los suyos. Algunas tenían lágrimas en los ojos, caras tristes o compungidas. Otras susurraban y se tapaban la boca con las manos. Vio ceños fruncidos y mohines. Vio pesadumbre. Vio rostros blancos por el miedo y la curiosidad, y vio también algo más, algo más duro, que evitó definir.

Ruth cruzó una mirada con Maria Burke antes de que esta apartara la vista. Como si de algo contagioso se tratara, Nina Lombardo también bajó los ojos.

Ruth siguió caminando hasta que llegó adonde estaban los demás policías. Un oscuro grupo de uniformes y trajes, y allí, mirándola en primera fila, Johnny Salcito. Ruth se detuvo en seco sorprendida, incapaz de apartar los ojos de aquel rostro: esa cara atractiva y angulosa que hacía más o menos un año había empezado a deteriorarse (los pómulos eran ahora más anchos, menos firmes, y las venitas rojas de la nariz, más numerosas); aquellos ojos tristes y marrones que se habían fijado en ella en infinidad de mesas de infinidad de bares y restaurantes, y que la habían atravesado, calientes y dilatados, mientras jadeaba sobre ella. Ahora aquellos ojos estaban vacíos.

Johnny dio un paso atrás, hacia el grupo, cruzó los brazos y dijo algo a uno de los policías, que soltó una carcajada. La observó de nuevo, hierático, y ella le devolvió la mirada hasta que sus ojos se anegaron en lágrimas y su figura se difuminó, confundándose con el resto de seres hostiles. Todos la examinaban.

Las mujeres entraron en sus casas para preparar la comida; algunas reaparecieron algo más tarde. Llegaron más policías y se agruparon en el césped de la entrada, conversando en voz baja. Pete se acercó a un par de ellos y les preguntó si tenían algo que comentar; todos respondieron lo mismo: que no había noticias y la búsqueda de los niños Malone seguía en marcha.

Pete miró a su alrededor en busca de Anders, pero su coche ya no estaba. Hizo alguna foto más. Trató de capturar la expectación de la espera. Los murmullos, las actitudes tensas, las caras de preocupación.

Una mujer pequeña y morena repartió unos bocadillos y se sonrojó cuando Pete le dio las gracias. Se presentó como Carla Bonelli. Se quedó a su lado mientras comía, charlando sobre el trabajo del señor Bonelli, y luego le ofreció un vaso de leche.

Pete le preguntó si tenía alguna foto de los niños desaparecidos, y ella entró en su casa y reapareció enseguida con un álbum perfectamente cubierto con papel floreado. Pasó varias páginas con italianos de caras redondas en bodas y festejos, y por fin se detuvo, levantó el celofán y sacó dos fotografías del álbum.

Una era de un grupo de niños jugando en la calle —¿esta calle?, no había detalles suficientes para asegurarlo—, bajo un chorro de agua plateada que salía a borbotones de una boca de riego abierta. Pete se fijó en los detalles de la luz; el arcoíris rompiéndose sobre la figura de una niña que daba vueltas sobre sí misma y cuya melena mojaba el aire como un aspersor. Advirtió los detalles de su traje de baño con volantes, apretado contra su rollizo cuerpecito y, a su lado, la silueta delgada de un niño en pantalones cortos. Debía de ser uno o dos años mayor que ella, pero una cabeza y media más alto, musculoso, moreno y con los dientes muy blancos.

La otra mostraba a esos dos mismos niños en un sofá, con una mujer en medio. Ella rodeaba con un brazo a la pequeña y él se recostaba contra su pecho. Los tres sonreían a la cámara. Tenían el mismo gesto en la boca y la misma frente despejada, pero la sonrisa de los niños era pura inocencia y felicidad, mientras que la de la mujer moría en los labios antes de llegar a los ojos.

La señora Bonelli rozó la foto con los dedos.

—Son ellos. Frankie y Cindy. Y su madre, Ruth —dijo aquello y después añadió—: La vi, ¿sabe usted? Esta mañana. No me puedo creer que haya sido esta mañana.

—¿Vio a la señora Malone? ¿Dónde?

—Allí —dijo, señalando hacia la esquina de la calle—. Estaba buscando a sus niños. Me dijo que habían desaparecido.

—¿Y usted qué hizo?

—No supe qué hacer. Ni siquiera tuve claro si lo que decía era cierto. Que Dios me perdone. Pensé... —Se le llenaron los ojos de lágrimas—. Pensé que estaba borracha. —Tragó saliva—. Nunca me lo perdonaré.

Pete trató de consolarla, pero solo alcanzó a decir:

—Señora Bonelli, seguro que... bueno, esperemos a ver qué nos dicen.

Ella asintió. Se enjugó los ojos con el delantal. Cogió la bandeja y el vaso, y volvió a entrar.

Pete echó un vistazo a su alrededor y guardó rápidamente las fotos en su libreta de notas. Cerró el álbum y lo dejó en las escaleras de la entrada. Volvió al coche. Ahí ya no había nada que pudiera hacer: tenía los nombres, los detalles de fondo. Por lo que había visto y oído, los policías sabían tan poco como él.

Encendió el motor y decidió buscar un teléfono para llamar a la oficina, regresar y escribir sus notas.

En aquel momento se abrió la puerta del edificio de Ruth y un murmullo recorrió el grupo allí reunido como la brisa en un campo de maíz.

Un policía uniformado salió por el umbral de la puerta. Incómodo al descubrirse tan observado, aligeró el paso hasta el coche de policía que había aparcado al final de la calle, entró y se sentó en el asiento del conductor.

Un segundo tipo apareció en la entrada, entornando los ojos por el sol del atardecer. Era grande, de hombros anchos, llevaba el pelo peinado hacia atrás y su cara cuadrada tenía la piel amarillenta.

Aunque iba vestido de paisano, también era policía. Caminaba como si lo fuera, y los agentes uniformados se cuadraron ante él cuando lo vieron.

Pete levantó su cámara y presionó el disparador.

Clic.

Él sostuvo la puerta y una mujer apareció tras él.

No era como la había imaginado. Pero en cuanto fue consciente de que se le había ocurrido aquella idea, se preguntó cómo la había imaginado en realidad; qué le habían inducido a pensar aquellas mujeres con sus comentarios. La imaginaba rebelde y salvaje, pensó. Con el pelo alborotado y la ropa descolocada. Un punto histérica.

En su lugar, aquella mujer brillaba como en la fotografía. Su aspecto era tan cuidado como el de una muñeca. Era delgada, llevaba unos pantalones claros que le llegaban hasta la mitad de las pantorrillas y una camiseta ajustada. Y era bajita, o al menos eso parecía al estar flanqueada por dos hombretones: el policía delante de ella y un tipo detrás, con un pitillo en la mano.

Llevaba el pelo corto. Parecía oscuro bajo el umbral de la puerta, pero estalló como una llama roja y dorada en cuanto salió a la luz del sol.

Clic.

Ruth levantó la cabeza; observó primero a las mujeres y luego a los policías. Su boca dibujó un círculo de sorpresa, como una O. Pero antes de que Pete pudiera descubrir lo que había visto, ella se dio la vuelta y siguió al policía vestido de paisano hasta el coche que los esperaba.

Miró entonces al tercer hombre, el tipo del pitillo. Todavía lo sostenía en la mano, pero sin prestarle atención, como si lo hubiera olvidado. Era un tipo grande, tanto como el policía, aunque este era pura eficacia y determinación, y él parecía perdido. Llevaba la camisa arrugada y su afeitado dejaba mucho que desear. Miró a la señora Malone mientras se subía al coche de policía, y su rostro cambió de expresión: la mirada aturdida de quien parecía que acababa de despertarse dio paso a una expresión muy similar al miedo.

Clic.

El motor del coche arrancó y se pusieron en movimiento. Pete hizo lo propio con el suyo y lo siguió tan de cerca como pudo.

Sentada en el asiento trasero del coche, inmóvil, en silencio, Ruth iba conteniendo la respiración durante largos y tensos momentos. Devlin iba delante, en el asiento del copiloto. No se atrevía a mirarlo, pero sentía sus ojos a través del espejo, una y otra vez. El peso de su mirada. El alivio cuando al fin la apartó.

Quería preguntar de nuevo adónde iban, pero sabía que no se lo dirían. Se forzó a sí misma a guardar silencio. A esperar. Debían de llevarla con sus hijos. Tenía que concentrarse en eso. En Frankie y Cindy.

El asiento de cuero fue calentándose y se le pegaba a las piernas a través de los pantalones. También tenía las palmas de las manos húmedas. La sirena sonaba a todo volumen y, mientras avanzaban velozmente entre el tráfico del mediodía, Ruth sintió que le llegaba una suave corriente de aire tibio proveniente de las ventanas delanteras mientras ella permanecía sentada, paralizada, atrapada. El conductor espetó algo al chófer de una vieja camioneta que tardó demasiado en dejarlos pasar.

Ruth observó su impaciencia desde la distancia. Se detuvo en la piel rosada y pecosa que emergía del cuello rígido de su camisa, y en su pelo recién cortado, un punto demasiado corto en la nuca. Se dio cuenta de que era el policía que había estado en su habitación. Quinn, se llamaba. Recordó lo mucho que se había enfadado con él al verlo de rodillas junto a su cama, pero enseguida sintió que aquella sensación se desvanecía y la reemplazaba una inesperada ternura, el deseo de protegerlo. Era demasiado joven para todo aquello: para tener un jefe como Devlin, incluso para ser policía.

Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Deseó estar en algún otro lugar. En algún sitio más fresco, espacioso, silencioso. Recordó entonces, inesperadamente, los veranos en la granja de su tío, en Nebraska, y añoró las ondulantes sombras de la hierba en la pradera cuando caía la noche y el amplio cielo iluminado por la luz del atardecer. Recordó el crujido irregular de la mecedora de su tía Shauna, el tintineo del hielo en su vaso de limonada, el trigo rozándole las piernas flacas y bronceadas... y deseó estar allí en ese mismo momento: meciéndose en el porche, mirando hacia el campo, escuchando la brisa susurrante, los grillos y el silencio de la noche en julio en una ciudad que se hallaba a miles de kilómetros de Nueva York.

El coche se detuvo bruscamente, y ella salió de su ensoñación y se vio impelida hacia delante; tuvo que poner la mano en el asiento de enfrente para no perder el equilibrio. El cuello rosado y pecoso no se movió.

Estaban en un descampado, en un barrio que no conocía. Confundida y repentinamente presa del pánico, Ruth buscó a Devlin con la mirada, pero este ya había salido del coche y estaba abriéndole la puerta. Lo habría considerado un gesto de cortesía de no ser porque aquellas puertas solo se abrían desde el exterior. El sargento se inclinó, extendió la mano hacia ella y Ruth se quedó horrorizada al notar que la sujetaba por debajo de la axila. Trató de evitarlo echándose hacia atrás y moviendo los hombros, porque no podía soportar la idea de que él notara que estaba sudando o de que se quedara con su olor adherido a la mano, pero él tiró de ella con fuerza y se encontró saliendo del coche, resbalando primero por el áspero terreno y avanzando luego a su lado, con aquella mano puesta en un lugar tan vergonzoso.

Avanzaron vacilantes. Ruth notó que la camiseta se le enganchaba a la piel y empezaron a dolerle los tobillos, porque las cintas de sus sandalias le rozaban en la piel hinchada por el calor. Sabía que estaba ruborizada, en parte por la temperatura y en parte también por la humillación a la que ese paseo y ese hombre la estaban sometiendo.

Una mosca zumbó junto a su cara y ella le dio un manotazo. Luego vino otra, y otra más. Agitó las manos, se abanicó con ellas y trató desesperadamente de mantener un cierto equilibrio. Demasiadas moscas. ¿Acaso la olían? ¿Estaban ahí por su hedor, amarillento y femenino? ¿Por las ingles, las axilas, incluso por el sudor que le corría en sucios regueros por el cuello y la espalda? Se sentía marcada...

Empezaba a tener dificultades para respirar por la boca cuando se dio cuenta de que aquel olor no era suyo. Venía de más allá. Un olor a carne que hubiera pasado demasiado tiempo bajo el sol. Con un punto dulzón.

Frente a sí, Ruth vio un oscuro enjambre de moscas que zumbaban con impaciencia mientras se empujaban unas a otras para acercarse a un lugar determinado.

Devlin la arrastró por el brazo y ella siguió tropezando, pero esta vez no por las piedras ni por los tacones: algo en su interior la llevaba a tirar hacia el otro lado, a resistirse. Se mordía el labio para contener las lágrimas, decidida a no permitir que él la viera llorar, fuera lo que fuese lo que hubiera bajo de esa nube terrible, negra y palpitante.

Entonces él tiró de ella con más fuerza y el forcejeo subió de tono, porque el olor era cada vez más fuerte y ya no podía fingir que no lo sabía. La verdad se hallaba en los labios sellados de aquel hombre y en su rostro inexpresivo, e incluso en la tensión almidonada de sus hombros. Ruth se retorció, gimió y le suplicó en voz baja que parara, cosa que hizo por fin. Pero no le soltó el brazo y ella no apartó los ojos de su cara. No quería mirar. Él no podía obligarla a mirar.

Pero lo intentó, claro. Le gritó que mirara y notó unas gotitas de saliva en la mejilla, aunque ya ni siquiera sentía asco. Entonces el sargento la agarró por los hombros e hizo que se diera la vuelta. Ella apartó la cabeza, pero él le sujetó la barbilla y se la movió, así que, al final, tuvo que mirar.

Había suciedad por todas partes. Suciedad y basura: latas y botellas destellando al sol, una bicicleta sin una rueda, bolsas de basura —algunas rotas por las ratas—. Y en medio de toda esa pila apestosa... algodón rosa claro. Un estampado florido. El atisbo de algo moteado como mármol púrpura y blanco. Y una melenita rubia. Extendió una mano, pero Devlin estaba allí, muy atento, y tiró de ella hacia atrás. Le prohibió que tocara nada. Ruth abrió la boca, pero las moscas y el calor y el olor y la súbita conciencia de que aquella era la melena que había lavado con champú, peinado y trenzado durante cuatro años hizo que todo se quedara oscuro por un momento. Devlin la sostuvo y, de pronto, le pareció casi gentil. Impidió que se desmoronara y la llevó lejos de allí. Por un segundo, ella se sintió agradecida por esa inesperada ternura.

Entonces vio a la multitud al otro lado de la calle. Vio la fila de caras hacia la que la conducía. Vio las manos haciendo visera sobre los ojos y las bocas moviéndose sin parar. Vio también las cámaras y notó el calor de su curiosidad.

Hubo un *flash*, y entonces, como sucede con la gota de lluvia que anuncia el

chaparrón, cayeron cientos más.

Y por si esto fuera poco, la manaza de Devlin sujetándole el brazo, y la boca junto a su oreja, baja y siseante.

—¿Es ella? ¿Es tu hija?

Bajó la mirada hacia sus pies hinchados, el mundo empezó a girar más rápido y se sumió de nuevo en una acogedora oscuridad.

No importa cómo interprete los acontecimientos después de aquel día; ese en concreto siempre se le hace eterno al recordarlo. Hubo horas de espera: por la mañana, en casa, antes de Cindy. Y después en la comisaría, en salas grises y anodinas con sillas de plástico donde la dejaron a solas con su dolor y su espanto. Sin alguien con quien hablar sobre sus peores miedos acerca de Frankie. Y al final, horas de preguntas de todos ellos, pero nadie dispuesto a responder las suyas. Nadie que la reconfortara. Solo la misma pregunta, una y otra vez.

Devlin y el resto de los agentes se iban turnando. Ella respondía como una autómatas. ¿Qué importaban ahora todas aquellas preguntas? ¿Qué importaba nada, en realidad?

Por fin dejaron que se fuera. Frank estaba en el vestíbulo, caminando, con la mano en el pelo, esperándola.

—Ruthie... Oh, Dios, Ruth.

No pudo mirarlo a la cara, así que dejó que la abrazase y se recostó contra él, exhausta.

Eran más de las once cuando llegaron al apartamento. Frank quería entrar, comparar todas las preguntas que les habían hecho y comentar las respuestas que habían dado, pero Ruth respiró hondo y le dijo que estaba agotada. Él frunció el ceño, si bien asintió, se aclaró la garganta y se marchó.

La puerta del piso se abrió antes de que ella tuviera tiempo de sacar la llave, y su madre apareció allí. Ruth la miró, vio su cara dura y arrugada, sus ojos vacíos, y sintió el recuerdo de mil reproches y discusiones creciendo en su interior y subiéndole por el estómago, como un vómito.

Cerró la puerta con cuidado, sin hacer ruido, y entonces inclinó la cabeza hacia atrás, dejó caer los hombros y cerró los ojos. Por fin podía llorar. Aún ahora recuerda el alivio que sintió al poder liberarse de aquella mujer que, en cualquier caso, había visto siempre lo peor de su vida. Fue como un vaso de agua fría tras un día de calor insoportable.

Abrió la boca y empezó a llorar, y las lágrimas le cayeron por las mejillas, y los sollozos se convirtieron en un llanto desconsolado. Aulló como un lobo hasta que le ardió la garganta y por la comisura de los labios se le escapó un hilillo de saliva. Lo limpió bruscamente y pensó en el aspecto que debía de tener: sucia, manchada e hinchada. Babeando. Y por un instante no le importó.

Su madre la estrechó en sus brazos por primera vez desde que era una niña, le frotó la espalda y la calmó como no había sabido hacerlo en los últimos veinte años. Entonces Ruth envolvió también con sus brazos ese cuerpo delgado y encorvado.

Su madre la condujo hasta el sofá.

—No digas nada, Ruthie, chiss. No digas nada. Todo estará bien. Es la voluntad de Dios, eso es todo. Cindy está con Jesús ahora. Chiss, Ruthie. No digas nada. Chiss.

Las palabras que pronunciaba su madre le parecían vacías, sin sentido, pero en cierto modo entendió que tenía que decirlas y se lo permitió. Era su forma de devolverle un poco de consuelo. Era todo lo que tenía.

Al cabo de un rato, su madre la soltó. Ruth se llevó la mano a la cara para secarse las lágrimas y luego se frotó la frente, como para borrar el dolor de cabeza. Sintió la piel tibia y grasienta, y apartó la mano con una mueca de disgusto. Se secó las lágrimas en el pantalón, miró —sin verlo— un dibujo pintado con muchos colores en la pared y observó a Minnie, acurrucada en un rincón con una oreja levantada.

Poco a poco se le fueron cerrando los ojos y la barbilla se le fue hundiendo en el pecho. Se quedó dormida sobre sí misma, como un pájaro, flotando entre las corrientes de sus sueños; y movió los pies frenéticamente, como si quisiera tocar el fondo de un lago frío y oscuro.

Se despertó con el repiqueteo de la vajilla; tenía la sensación de haber dormido tan solo unos segundos: oyó el chapoteo de la fregona en la cocina y durante un brevísimo y maravilloso momento se preguntó qué hacía su madre limpiando a esas horas y cómo era posible que no hubiese despertado a los niños. Su cerebro se activó en busca de claridad y enseguida recibió el durísimo puñetazo de la memoria.

Los niños.

Sus pequeños.

Abrió los ojos, hinchados por el llanto, y se enfrentó al horrible silencio de la habitación.

Estaba temblando, febril; le ardía la piel y le dolía el pecho. Se sentó, se abrazó a sí misma e intentó no pensar en su cuerpo, porque eso significaría pensar en los niños que había llevado en su seno, a los que había parido y alimentado y consolado y amamantado y abrazado y abofeteado y acariciado y amado. Significaría pensar en dónde podría estar Frankie, y alejarse del presente y del esfuerzo de respirar, y no se sentía capaz.

En aquel momento se abrió la puerta y apareció su madre. Ya no quedaba ni rastro de sus suaves susurros del día anterior. Su voz áspera y seca volvió a instalarse entre ambas, chinchándola, fastidiándola, echando sal en la herida que estaba abierta en la cabeza de Ruth y en su fina piel.

Y mientras hablaba y criticaba e incomodaba, su madre no dejaba de moverse de un lado a otro del salón: ahuecó los cojines, alineó las revistas con los bordes de la mesa y ordenó los zapatos por pares. De dos en dos, los de color rosa-bebé y los azul-niño-mayor. Sacudió la cabeza: no se le escapaba ni una. Después, unos toquecitos en su magnífico pelo canoso, el cambio del delantal por unas estupendas medias de color tostado, y una intensa base de Max Factor n.º 23 para ocultar cualquier vergonzoso

rastros de lágrimas en su piel.

Y eso era todo: la habitación estaba en orden, limpia y en perfecto estado de revista; su madre también estaba en orden, limpia y en perfecto estado de revista. Y en medio de todo eso, Ruth: desplomada en el sofá como un saco de ropa vieja. Con el pelo despeinado, la piel pegajosa y la blusa arrugada.

Su madre estaba en silencio, pero sus ojos, aquel par de duras piedras grises, parecían atravesarla y llegarle hasta la cabeza, donde su voz aguda seguía criticándola, insistiendo en que todo era culpa suya. La suciedad del piso era su suciedad, y eran su sudor, su olor, su dejadez, su cuerpo mojado y grasiento los que la habían traicionado. Era culpa suya que alguien se hubiera llevado a los niños, y era culpa suya que Frankie estuviera desaparecido y que Cindy se... se hubiera ido.

La voz siguió a Ruth hasta el baño, donde se lavó y se recompuso la cara, sin mirarse apenas en el espejo, intentando no pensar en Frankie, tratando de no ahogarse en las olas del horror, concentrándose en la temperatura del agua, en el jabón, en la espuma entre las manos, en la cantidad adecuada de maquillaje que poner en la brocha.

La voz la siguió también hasta la cocina, donde se preparó un té. Donde las marcas de la fregona aún eran visibles en el suelo y donde se había acumulado la suciedad en las esquinas marrones. Su madre había alineado los botes y recipientes en la parte posterior de la encimera, y se dio cuenta de que el bote de mermelada en el que Cindy había pegado conchas y purpurina había desaparecido: lo habría escondido o tirado a la basura.

La voz la siguió después hasta el dormitorio, donde se cambió de ropa lentamente, como si tuviera el cuerpo dolorido. Se peinó, de nuevo frente a un espejo, siguió evitando sus propios ojos y se roció con perfume, formando una especie de espiral ascendente en torno a la cabeza. Luego, al volver a la cocina, pasó frente a la puerta cerrada de la otra habitación y frente a Minnie, que gemía y arañaba la madera para que la dejaran entrar, nerviosa porque no encontraba a los niños. Ruth la riñó y la vio agachar la cabeza hasta el suelo.

En la cocina se sirvió el té y luego fue a buscar la fregona y el cubo que había dejado su madre; cogió la lejía y se lo llevó todo de vuelta al baño. Y mientras frotaba las manchas, la voz empezó a calmarse. Y mientras el cielo se teñía otra vez del azul intenso del amanecer, ella fregaba el lavabo, restregaba la bañera, pulía el suelo. Volvió a llenar el cubo varias veces, aspiró el vapor y el cloro que emanaba de su interior, se concentró en sus manos rojas y peladas, y en su dolor de espalda, sabiendo que, si se detenía, la voz se pondría a hablar otra vez.

Su casa era un piso de una habitación en el barrio más *hippie* que Pete había podido permitirse. Lo había alquilado porque prefería los bares y los vecinos bohemios a las aceras cubiertas de árboles y cochecitos de bebé. Su madre creía que vivía en un

barrio de estos últimos, que podía haber estado en cualquier ciudad de un tamaño decente. En su piso, en cambio, podía escuchar la música y las risas que venían del St. Mark's Place, ver la ciudad resplandecer y saber que había llegado a Nueva York.

Al volver a casa aquella noche, arrojó la chaqueta sobre el respaldo de la silla, se aflojó la corbata, encendió la lámpara, enjuagó una taza y la llenó de agua fría. Dio un trago largo y arrugó la nariz al notar un resto de sabor a café. Le habría encantado que le gustara el café, porque era lo que bebían todos sus compañeros del periódico. Era lo que bebía todo el mundo.

Se sentó en la cama. Por fin se había acabado el día. Se desató los cordones de los zapatos, se quitó los calcetines y la camiseta, los dobló sobre la silla y se tumbó en la cama, preguntándose si tenía algo en la nevera para el día siguiente. Si llamaría a la chica de ojos verdes que había conocido en un bar de Union Square. Si sabía cómo empezar a redactar el caso Malone. Eso le hizo pensar en Ruth, y en ella se detuvo: posó la mente en la imagen de su delgada figura. De su mano levantada. De su boca abierta.

Pensó de nuevo en la foto y en sus ojos despiertos. Se preguntó de qué color eran en realidad. Y cómo sonaba su voz.

También se preguntó si soñaría con ella, pero lo cierto es que, al despertar, no recordaba sus sueños en absoluto.

A la mañana siguiente, Frank llegó y sugirió que fueran a la iglesia. Ruth se limitó a asentir con la cabeza: era más fácil que discutir y necesitaba salir de casa. Pensó en las sombras frías del interior de la iglesia, en las escenas familiares de las vidrieras, en el olor a incienso.

Cuando llegaron, la misa ya estaba acabando. Ruth se sentó en uno de los bancos y Frank se dirigió con paso lento y apesadumbrado hacia el confesionario. Ella inclinó la cabeza y cerró los ojos, pero no rezó. Querría haber sentido con la oración el consuelo que había visto en otros; quería haber disfrutado del alivio de la confesión y la absolución, pero había perdido la fe cuando murió su padre.

Recordó a su madre rezando junto a su cama, la respiración dificultosa de su padre, su propia ira. Recordó haber salido una noche a hurtadillas para beber ron en el asiento trasero del coche de alguien mientras se dirigían a North Point, con la necesidad de olvidar lo que pasaba en casa. Se recordó a sí misma riendo mientras Charlie Houston le besaba el cuello. Riendo mientras él derramaba un chorrito de licor sobre su brazo y riendo mientras se lo lamía. Recordó su corazón latiendo con más fuerza en el preciso momento en que el de su padre dejaba de hacerlo. La mano de Charlie deslizándose por su falda en el instante en el que su padre murió.

Recordó haber llegado a casa al amanecer y haberse topado con la ira de su madre. Negarse a sentir vergüenza. Negarse a sentir. Enfrentarse al dolor junto a la tumba, sabiéndose blanca y silente mientras su madre iba encolerizándose, y esa voz

que le gritaba sin compasión: «¡Tú lo mataste! Saliendo todo el día, bebiendo y haciendo lo que sea que hagas... ¡lo mataste!».

No hubo espacio para su dolor entonces. Nadie quiso ver la locura o la fealdad que encerraba. Nadie quiso entonces, del mismo modo que nadie quería ahora. Recordó clavarse las uñas en las palmas de las manos para mantener controlado el dolor, y entonces levantar la vista y ver al Cristo crucificado, con los clavos en las palmas, y reír y temblar y jadear, y luego alejarse de allí sin saber si en realidad estaba riendo o llorando.

Y esa fue la última vez que estuvo en una iglesia, aparte del día de su boda. Cinco meses después de la muerte de su padre, con su madre avergonzada y tensa por la precipitación de aquel enlace, por lo que la gente podría pensar. Una semana antes de la ceremonia, Ruth dijo casi sin darse cuenta: «Deja que piensen lo que quieran. Pronto verán que no hay ningún bebé en camino y sabrán la verdad». La bofetada que le dio su madre y su voz cortante espetándole que no fuera tan vulgar la dejaron sin respiración.

Recordó haber corrido a su habitación y haber hundido la cara en la almohada, decidida a no dar a su madre la satisfacción de oírla llorar. Y más decidida que nunca a casarse y salir de allí.

Ahora la idea de confesarse con un sacerdote la asustaba de verdad. La idea de aislar su vulnerabilidad en ese pequeño cubículo, incapaz de respirar o de pensar, invisible para el hombre que tenía enfrente (el de la voz tranquila, el rostro difuminado tras la rejilla, la absoluta consciencia de sí mismo, la confianza en su Dios, la fortaleza...), le resultaba sencillamente insoportable. Si se abría ante él, rompería el dique que había tardado años en construir. Y una vez roto, sabía que no sería capaz de seguir conteniendo las emociones. No, mucho mejor mantenerlo todo bajo control; mantenerse a salvo y esconderse.

De modo que cuando Frank regresó del confesionario, ella se levantó y anduvo sin más hacia la luz del día que llegaba de la parte posterior de la iglesia, sabiendo que él la seguiría sin rechistar.

Ya en el coche se alisó la falda blanca y le dijo:

—Necesito parar en el centro comercial.

Él se dio la vuelta para mirarla, apenas unos segundos.

—Deberíamos volver, cielo. El sargento Devlin dijo que vendría más tarde. Tiene que hacernos más preguntas.

Ella miró fijamente hacia delante y pensó en el asiento trasero del coche patrulla del día anterior. En el parabrisas sucio, el cuello del conductor, el perfil de Devlin cuando la llevó a ver el cadáver de su niña.

—Tengo que ir de compras, Frank. Tengo que comprarme un vestido nuevo.

Pete entregó su primer artículo sobre el caso Malone y esperó mientras Friedmann lo leía recorriendo de arriba abajo la franja de alfombra que quedaba entre los escritorios de sucesos hasta que Jack Lamont le dijo que parara de una vez. Se sirvió una taza del café rancio que había en la cafetera del pasillo y le dio dos sorbos antes de darse por vencido y pedirle a Janine que le comprara una Coca-Cola en la tienda de abajo. Observó su reflejo en el espejo del lavabo e intentó esbozar una sonrisa con la que ocultar su aprensión. Y entonces Friedmann rugió desde su oficina:

—¡¡Wo-ni-ckeee!! ¡Aquí, ahora!

Friedmann tenía el artículo frente a sí. Cada línea estaba subrayada con lápiz azul. Hizo un gesto a Pete para que se sentara y dio unos golpecitos con el dedo índice a las páginas que tenía sobre el escritorio.

—Esto —tap, tap— es una mierda. Parecen los deberes de un puto colegio. Me importa un carajo la meteorología, cómo te sentías en la escena del crimen o quién más estaba allí. Yo solo quiero la puta historia, que, por cierto, también es lo que quieren los lectores. ¿¡Qué!?

Esto último iba dirigido a Jeff White, de pie en la puerta con unos impresos en las manos. Los dejó sobre la mesa de Friedmann y esperó a que este los clasificara. Pete aprovechó el momento para lanzar una mirada a su alrededor: las montañas de papeles, los estantes con los libros de referencia y la enorme pecera en la pared de detrás de Friedmann. Se decía que habían tenido que duplicar el grosor del muro y reforzarlo para que pudiera sostener el acuario sin agrietarse. Pete observó la colección de peces que nadaba tras el cristal y le pareció que se habían puesto todos de acuerdo para mirarlo a la vez. Mantuvo la vista fija en aquellos ojos redondos que no pestañeaban, en aquellas bocas abiertas, y se estremeció.

Friedmann devolvió los impresos a White.

—Consigue la confirmación. Una cita, lo que sea: algo que podamos imprimir. Y entonces muévela.

White asintió y salió del despacho, y Friedmann se recostó en su silla, apartó el artículo de Pete y agitó los dedos.

—¿Sabes qué vende periódicos, chico?

Pete abrió la boca, pero Friedmann negó con la cabeza.

—Ni se te ocurra interrumpirme cuando estoy hablando, joder. Te informaré cuando sea tu turno.

Dio un sorbo a lo que tenía en la taza de su escritorio.

—Las historias. Las historias venden periódicos. Historias sobre las mierdas que suceden. No sobre las mierdas que describes en un puto ensayo. Las-mierdas-que-

sucedan. ¿Lo pillas?

Pete asintió.

—Los lectores quieren tres cosas, Wonicke. —Marcó el tres con los dedos de una mano, y volvió a esconderlos—. Quieren ver dinero. —Un dedo alzado—. O la ausencia de dinero. Quieren provocar envidia, sentirse superiores.

»Quieren sexo. —Otro dedo alzado—. Siempre hay alguna tía buena. O alguna a la que podamos convertir en tía buena. Siempre hay un ángulo en el que ubicarnos.

»Y quieren un malo en la historia. —El tercer dedo alzado—. Todas las historias tienen uno. Todas necesitan algo de miedo.

Otro sorbo.

—Imagino que no hay mucho dinero en... esto... en la calle 72, así que tendrás que jugar las cartas del sexo y del miedo. ¿Dónde está el *sex appeal*? ¿En la madre? ¿En la niñera? Quiero algo *sexy*. Los lectores quieren algo *sexy*.

Pete asintió.

—Y el miedo... ¿De qué podrían estar asustados? ¿De qué tienen miedo los vecinos? ¿Hay un maniaco suelto que ataca a los niños? ¿Qué hizo con esas criaturas? ¿Y dónde está el que falta, el niño?

Pete asintió de nuevo y Friedmann se inclinó hacia delante.

—¿Hay algún desequilibrado ahí fuera?

—Yo... eh...

—¿Qué dicen los polis?

—Yo no...

—Claro que no lo sabes. No tienes ni puta idea. Pero tu trabajo es saberlo. Sal a enterarte.

—De acuerdo.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

—Preguntaré a los policías que llevan el caso. Aunque no tenían mucho interés en hablar conmigo.

Friedmann suspiró.

—¿Quién es el inspector jefe?

Pete repasó sus notas.

—Un tal sargento Devlin.

—Bueno, pues... Por el amor de Dios, ¿qué?

En esta ocasión fue una de sus secretarias la que lo requería para firmar un cheque. Pete volvió a mirar los peces. Sus movimientos lentos y lánguidos, sus colores brillantes. Y entonces observó a Friedmann: pelo gris, gafas de montura cuadrada y negra. De pronto, los ojos que se hallaban tras los cristales coincidieron con los de Pete.

—¿Por dónde íbamos? Los polis. Vale. Tu trabajo es acercarte a ese tal...

—Devlin.

—Devlin, eso. Encuéntralo y pégate a su culo. Tienes que estar más cerca de él

que su propia esposa hasta que el caso haya acabado. ¿Dónde vive ese tío? ¿A qué hora llega a trabajar? ¿Dónde aparca? ¿Dónde compra el puto café? El señor Devlin no tiene que ir a cagar sin que tú lo sepas. Vaya donde vaya, hable con quien hable, tú tienes que estar medio paso detrás de él, apuntándolo todo. ¿Lo entiendes?

Pete asintió, pero Friedmann tenía la vista puesta en el informe otra vez.

—Y las fotos. Dios. Las putas fotos son terribles.

Puso media docena de fotos sobre el escritorio y Pete les echó un vistazo. Todas eran primeros planos de Ruth Malone. Recorrió con la mirada las largas pestañas de ella, su pelo abundante y suave, sus labios apretados, tensos.

Pete levantó la mirada, desconcertado. Friedmann golpeó la pila con un dedo.

—¿Es esta una madre afligida? ¿Dónde está su maldito dolor, eh? ¿Dónde están sus lágrimas? Llévate a Reilly contigo. Dile que consiga una foto de esa mujer llorando, cueste lo que cueste.

Se echó de nuevo hacia atrás y, al ver que Pete no se levantaba de un salto, arqueó una ceja y le preguntó:

—¿Quieres decirme algo?

—Sí... es solo que... bueno, todo eso que ha dicho sobre el *sex appeal* y las lágrimas y tal... ¿Es que no quiere que escriba la verdad? Porque ese es mi trabajo, ¿no?

Friedmann soltó una carcajada.

—Tu trabajo es escribir lo que yo te diga. Y lo que te digo es cómo convertir una niña muerta en una historia. Si no quieres encargarte de la noticia, tengo cinco periodistas más ahí fuera que pueden hacerlo.

—¿Encargarme de...? O sea que... ¿la noticia es mía?

En aquel momento Friedmann se puso en pie, cogió un frasco de comida para peces que tenía en un estante y echó una pizca en la superficie de la pecera.

—¿Te gustan los peces, Wonicke?

Sin esperar la respuesta, y mientras observaba los peces subir a la superficie para alimentarse, añadió:

—A mí me relajan. Los miro y pienso que la vida debe de ser tan tranquila en su mundo... Todo silenciado por el agua.

Y con el mismo tono pausado y uniforme, dijo:

—Parece que hoy es tu día de suerte, Wonicke. Horowitz está con el juicio por fraude en Manhattan y acabo de encargarme a Lamont el caso del violador en serie. A O'Connor le quedan dos semanas de vacaciones, así que puedes quedarte con esta historia hasta que él vuelva.

Quince minutos en los archivos sirvieron a Pete para hacerse una idea de tres de los casos previos de Devlin. En uno de ellos venía adjunta una foto: la del tipo grande y con papada que había llevado a la señora Malone a ver el cuerpo de su hija. Mientras se dirigía hacia la puerta, Pete iba observando la foto, preguntándose qué debía de pasar por la mente de un tipo que podía hacerle algo así a una mujer,

preguntándose por qué lo había hecho. Y, mientras miraba la imagen, se dio de narices con Horowitz y se le cayeron todos los papeles.

—Mierda... Perdona, no te había visto...

Se inclinaron al mismo tiempo, pero Horowitz fue el primero en alcanzar la foto. Le echó un vistazo antes de devolvérsela.

—¿Qué, tienes algo interesante? —dijo mirando las páginas.

—Bueno, eso espero.

Pete hizo ademán de alejarse, pero Horowitz se dio unas palmaditas en los bolsillos y preguntó:

—¿Tienes un cigarrillo?

Horowitz fumaba Camel: fuerte, sin filtro, de los que a él le hacían llorar. Y de pronto quería uno de sus pitillos delgados y con filtro.

Pete sacó el paquete, lo inclinó hacia él, y cogió uno para sí mismo. Reprimió la risa cuando vio la cara que puso el otro tío.

Horowitz asintió al repasar las fotos de nuevo.

—Cuéntame, ¿cuál es la historia, chaval?

Pete sintió que un escalofrío de suspicacia le recorría el espinazo. Llevaba un montón de tiempo esperando aquella oportunidad ¿y ahora Horowitz también la quería? Joder, qué mala suerte. Bueno, pero el viejo ya tenía su caso de fraude, y Friedmann acababa de explicarle lo que quería antes de asegurarle que esta historia era suya. Dio a Horowitz la respuesta más escueta que pudo.

—Asesinato en Queens. Ayer. Una niña muerta, otro niño desaparecido.

Horowitz levantó la cabeza y miró a Pete directamente a los ojos por primera vez desde que chocaron en la entrada.

—¿Un asesinato? —sonrió—. Caramba. Vaya temazo. Tu primer caso así, ¿verdad?

Pete sonrió con una cierta inseguridad y asintió. Horowitz le dio una palmadita en el hombro.

—Tu primera gran historia. Felicidades, chaval.

Aún echó otra mirada rápida a los papeles y, como quien no quiere la cosa, preguntó:

—¿Este es el inspector jefe del caso?

Pete asintió de nuevo y Horowitz se incorporó y se alejó de allí.

Estaba ya a punto de llegar al aparcamiento cuando le dio por preguntarse cómo era posible que Horowitz hubiese reconocido a un policía a partir de un primer plano granuloso de un tipo vestido de paisano.

Pasó varias horas en el barrio de los Malone. Llamó a muchas puertas, se interesó por todos los detalles que tuvieran que ver con los niños y con los padres, y por fin se fue hacia la comisaría. Cinco pavos y un paquete de tabaco fueron suficientes para que el

sargento de turno le dijera adónde solían ir a comer los policías veteranos.

Tony's Diner resultó ser un local ruidoso y bien iluminado en Queens Boulevard. Pete dedicó a la camarera su mejor sonrisa de universitario y le pidió que le diera una mesa discreta y que no fuera a atenderlo durante un rato. Ella puso los ojos en blanco, pero le llevó un tazón de chocolate y un trozo de pastel, y lo dejó tranquilo.

Primero las fotos. La mayoría de las que le hizo a Ruth Malone seguían en el escritorio de Friedmann, y Pete se quedó solo con una en la que se la veía andando hacia el coche, con la cabeza vuelta hacia la fila de polis. Había un tipo en el medio que estaba escuchando al policía junto a él, pero miraba directamente a Ruth. Tenía la boca apretada y parecía extrañamente satisfecho. Pete tomó nota.

Luego, las fotos del edificio. Las mujeres. El cochecito de bebé con una caja en la parte superior: el que vio la hija de la señora Burke. Pete dedicó un ratito más a mirar esa foto, tomó otra nota y luego extendió el resto de sus papeles.

No tenía mucho: el descubrimiento del cuerpo de la niña, sus impresiones sobre la calle donde vivía la madre con sus hijos, y las entrevistas con los vecinos, los tres de ayer y dos más esta mañana. Y eso era todo.

Los niños eran ángeles. Esa era la palabra que todos utilizaban. Se preguntó si todo el mundo diría lo mismo en esos casos.

La madre, en cambio, no era muy popular, ni siquiera entre las otras madres. Se había separado de su marido: se decía que ella lo había echado, aunque nadie sabía por qué. Él era un tipo agradable, al parecer; mucho mejor considerado que ella, en cualquier caso. Tenía un buen trabajo —era mecánico en el turno de noche del aeropuerto—, no bebía, no le pegaba, ni siquiera le levantaba la voz. Esto último lo había dicho una mujer con un hematoma en la mejilla cuyo maquillaje apenas lograba disimular.

Pete miró la foto que había hecho a Frank Malone cuando apareció por la puerta tras su esposa. Estudió su rostro amable, regordete, y vio en él el miedo que ya había notado el día anterior.

En aquel momento Pete oyó unas voces y alzó la vista. Dos hombres estaban entrando por la puerta. A uno de ellos lo reconoció de inmediato, y fue lo suficientemente rápido como para meter todas las fotos en su carpeta, apenas unos segundos antes de que los tipos se sentaran en un reservado frente a él.

Devlin caminaba como si estuviera en un desfile de moda y, al sentarse, puso las manos entrelazadas frente a él, sobre la mesa. El otro hombre era más joven, y tenía el pelo rubio y la piel rosada y cubierta de pecas, como si acabara de pasar demasiado rato bajo el sol.

El local estaba bastante lleno y había un murmullo de voces de fondo, pero Pete se encontraba lo suficientemente cerca de ellos como para poder oír lo que decían. Pidieron la comida a la camarera y, cuando esta se fue, Devlin guardó silencio unos segundos, mientras alineaba los cubiertos, el salero y el azucarero. Después levantó la mirada y, con uno de sus gruesos dedos, señaló la arrugada camisa del otro hombre.

—Va usted desaliñado, Quinn. Quiero ver una mejora mañana. No permita que vuelva a verlo de esta guisa en ninguno de sus turnos.

—No, señor. Lo siento, señor. El caso...

Los ojos de Devlin se movieron hacia los lados. Pete trató de resultar invisible en su asiento.

—No hablamos sobre el caso, Quinn. Aquí no. No en un lugar público. ¿Lo entiendes?

—Señor.

—De cualquier modo, el caso no es excusa. Si el público o el jefe ven a un policía con la camisa arrugada, o a uno al que le da igual afeitarse o no, pierden la fe. No tiene una esposa o una madre que lo cuide, ¿verdad? Y es un descuidado, un desaliñado. Si ni siquiera puede mantener el orden en su casa, ¿cómo va a lograr encargarse del caso?, ¿cómo va a resolverlo? Eso es lo que piensa la gente. Todo el tiempo. —Se dio unos golpecitos en las sienes—. Tienes que ponerte en la piel de los demás. Pensar como ellos.

La camarera reapareció con dos platos de espaguetis y albóndigas. Olían bien. Devlin se ató la servilleta al cuello y Quinn hizo lo propio.

Pete observó fascinado cómo el sargento deshacía las albóndigas, envolvía su tenedor con la pasta y masticaba con la boca abierta mientras la masa de color marrón y rojo se agitaba suavemente y relucía por un instante en su lengua antes de desaparecer en su interior. Comieron en silencio y, al acabar, Devlin se limpió la boca con la servilleta, buscó un palillo y empezó a hurgarse entre los dientes.

Por fin se echó hacia atrás y la camarera volvió y recogió los platos. Al hacerlo se le cayó un tenedor junto a la mesa y Pete vio que el rubor se extendía hasta su cuello mientras se inclinaba a recogerlo, mascullando una disculpa. Devlin se limitó a mirarla con el ceño fruncido mientras ella se alejaba de allí con la cabeza gacha.

Entonces el sargento volvió a centrar su atención en Quinn y se olvidó de la chica, como si nunca hubiera existido.

—Está bien, tengo que irme. A las dos y media tengo reunión con el jefe. Quiere que cerremos rápido este caso, así que necesito que revise todas las declaraciones. La del marido. La de la esposa. Aquí hay algo... Algo turbio.

Se levantó y se dirigió a la puerta, dejando a Quinn solo con la cuenta.

Pete analizó al joven policía mientras este hacía una señal a la chica para que le trajera un café. No parecía la típica persona feliz ante la idea de enfrentarse a una tarde de papeleo. Estaba encorvado en su asiento, con la cabeza gacha, toqueteándose las pieles de alrededor de las uñas. Su labio inferior sobresalía más que el de arriba, lo cual le daba la apariencia de un adolescente hosco.

Quinn pareció darse cuenta de que Pete lo estaba mirando. Levantó la vista y sus ojos se encontraron, pero, antes de que pudiera abrir la boca, Pete lo saludó con un gesto de cabeza y le dijo, sonriendo:

—Su jefe se parece bastante al mío. Un grano en el culo, ¿verdad?

Quinn entornó los ojos.

—¿Eh?

—No he podido evitar oírlos. Pero ¿qué le pasa?

Quinn se encogió de hombros y dijo:

—¿Quiere algo?

Pete se deslizó en el asiento frente a él.

—Soy Pete Wonicke. Trabajo en el *Herald*. Me gustaría hablar con usted sobre el caso Malone.

Quinn empezó a negar con la cabeza antes de que Pete hubiera acabado la frase.

—Oh no. No puedo hablar con la prensa. Ni de broma.

Le trajeron el café, y Pete también pidió uno. Cuando la chica se fue, preguntó:

—¿Qué tal está el café de este sitio?

Quinn volvió a encogerse de hombros.

—Caliente y fuerte. Algo es algo. —Entonces frunció el ceño—. Mire, no puedo hablar con usted del caso. Mi sargento me echaría una bronca insoportable.

Pete asintió.

—Lo entiendo. No pasa nada.

La chica trajo el café de Pete. Él se puso una buena cantidad de azúcar y leche, y lo removió. Dio un sorbo y luego dijo, como quien no quiere la cosa:

—Parece un tipo duro. Tiene que ser difícil trabajar para él.

Quinn le lanzó una mirada cargada de suspicacia y Pete alzó las manos y se echó hacia atrás.

—No estoy preguntando sobre el caso, ¿de acuerdo? Solo trato de ser amable. ¿Cuánto tiempo hace que trabaja para él?

Hubo una pausa, y luego:

—Tres años. Un poco más. Desde que llegué a inspector.

Pete asintió.

—Me recuerda a un tío para el que trabajé. En una ocasión me pasó un informe que había escrito él para que lo revisara. Cinco mil palabras, a las cuatro y media de un viernes por la tarde. Me dijo que tenía que estar acabado el lunes a primera hora de la mañana. Y yo tenía planeado un fin de semana de acampada con un amigo.

Tomó un sorbo de café. Negó con la cabeza. Esperó.

Quinn dijo:

—¿Qué hizo?

—Me fui de viaje. Volví el domingo por la noche con la peor y más jodida resaca de mi vida. Me fui directo a la cama, y a la mañana siguiente le dije que su informe era perfecto y que era un genio.

Quinn esbozó una sonrisa y asintió. Pete dejó su taza en la mesa.

—Inspector, tengo que pedirle un favor.

—Ya le he dicho que no puedo hablar del caso.

—Lo sé, lo sé. Pero lo que necesito no son más que algunos datos. Información

que podría obtener de cualquiera. De hecho ya lo sé casi todo, solo se trataría de que me confirmara si lo que he averiguado es cierto.

—Bueno, no sé...

—Su nombre no aparecerá en ningún sitio.

—¿Datos? ¿Como cuáles?

—Como cuánto tiempo llevan perdidos los niños. Como cuál es el trabajo del padre. ¿A qué se dedica?

—Es mecánico en el aeropuerto.

—¿Repara motores y ese tipo de cosas?

—Supongo.

—Está bien, escuche, ¿le importa si tomo algunas notas? Solo para no olvidarme.

A veces tengo memoria de pez.

Quinn se encogió de hombros.

—Entonces... ¿trabaja a turnos? Me refiero al padre.

—Sí.

—¿Estaba en el trabajo cuando los niños desaparecieron?

—No, pero no vive con ellos. Él y la madre están separados.

—Qué duro para él. No estar con su familia.

—Supongo.

Pete negó con la cabeza y suspiró en voz alta. Entonces, como quien no quiere la cosa, añadió:

—¿Quiere otro café? ¿O un trozo de pastel? Apuesto a que ha estado trabajando a tope últimamente.

—Hemos estado haciendo entrevistas a puerta fría durante dos días seguidos. Tenemos a unos trescientos policías buscando a ese chico. Y también helicópteros.

Pete movió la cabeza hacia los lados.

—Y con este calor.

Pidió más café y dos trozos de pastel de nueces con helado.

—¿Y qué? ¿Han sacado algo en claro con todas esas entrevistas?

—Bueno, no puedo...

—Lo sé, lo sé. No esperaba que dijera nada en concreto. Era solo... ya sabe, así, en abstracto. ¿Va todo bien?

Quinn negó con la cabeza.

—Lo típico. Algunas mujeres suspicaces, algunas historias sobre el chico raro del edificio de al lado. Siempre salen esas cosas. Y ahora tenemos que verificarlo todo, cotejarlo e investigarlo o desestimarlo.

—¿Y cómo lo llevan los padres? Tiene que ser muy duro para ellos.

—El padre está hecho trizas. Es duro ver a un hombre así.

—¿Qué tal es?

—Es un buen tío. Es... normal, ¿sabes? No demasiado listo. Cree que los niños saltaron por la ventana y se escaparon. Que lo de la niña fue... que fue un accidente.

No se entera de nada. No sé si es porque está en *shock* o porque no tiene muchas luces.

Pete pensó en la fotografía que había tomado del cochecito debajo de la ventana de los niños. Aunque alguien lo hubiera empujado por la hierba con esa caja enorme encima, dos niños pequeños no podrían haber abierto la ventana y bajado la mosquitera.

Les sirvieron el postre y ambos comieron en silencio unos segundos. Entonces Quinn dijo:

—Sí, el padre es un buen tío, pero la madre... Bueno, ella es distinta.

—¿Ella estaba allí? ¿Esa noche?

—Sí. Dice que fue a ver a los niños a medianoche y que se fue a dormir entre las tres y media y las cuatro. Se dio cuenta de que no estaban por la mañana. Y no hay nadie que pueda poner en duda sus palabras, dado que el padre no estaba allí.

—¿Cuánto tiempo llevan separados?

—Casi un año y medio. Desde la primavera pasada. Y créame, lo lleva de la mejor manera posible. Maquillaje, ropa y tal. No tiene el aspecto de una mujer que acaba de perder a sus hijos. También trabaja de noche. Tiene dos niños pequeños y es camarera en no sé qué puto bar.

Negó con la cabeza, cogió otra cucharada de helado y se la llevó a la boca.

—Y el apartamento estaba hecho un desastre. Había una tonelada de botellas de licor vacías en la basura. El aliento le olía a *brandy* a las once de la mañana. Resulta que ella también es buena en eso: hemos enviado a agentes de la comisaría a su casa en numerosas ocasiones. Ruido, alcohol... cosas así.

Pete suspiró lentamente.

—Caray. Eso no está bien.

—Y eso no es todo. La mujer tenía una maleta llena de cartas en su habitación. Cartas de hombres. No solo de su esposo, sino de muchos otros más. Y no hablaban del tiempo, ya me entiende.

Quinn miró hacia delante un momento, mientras tamborileaba con los dedos sobre la mesa.

—Ayer —relató, mirando hacia la puerta—, mi jefe la llevó a ver el cadáver de su hija. Me dijo que quería ver su reacción directa, pero no sucedió nada. Nada hasta que vio a los malditos reporteros. Pero ni siquiera entonces lloró. Se desmayó ante las cámaras, pero no derramó ni una sola lágrima en ningún momento. Ni cuando vio a la niña, ni después.

Dio otro sorbo de café.

—El sargento nos ha dicho que no la perdamos de vista. Que sigamos insistiendo. Piensa que ahí hay algo y que, si perseveramos, lo encontraremos.

Pete lo miró. Observó sus ojos entornados, su mandíbula apretada, su mano sobre la mesa, abriendo y cerrando el puño.

Al cabo de un rato, Quinn volvió a la comisaría y a las declaraciones. Pete se

quedó donde estaba, removiendo su café, pensando en la señora Malone, en las cartas que Quinn había mencionado, en las botellas de licor en la basura. Era evidente que merecía la pena investigarla. Aquella era su primera gran historia, y quizá acabara antes de empezar.

Así que sacudió la cabeza, cogió su libreta de notas y se dirigió hacia la puerta. Aunque se tratara de un caso fácil y claro como el agua —sin demasiado misterio ni titulares en los diarios—, todavía tenía trabajo que hacer. Aún podía seguir las pautas de Friedmann y aprender algo de todo aquello. Incluso tal vez podía empezar a forjarse un nombre como reportero medio decente.

Con esa idea en la cabeza, siguió a Quinn de vuelta a la comisaría. El policía que había ahora en recepción no era el mismo que le había dado el nombre del restaurante hacía unas horas. Este tenía una mirada huraña y un gesto torcido en los labios que hacía que pareciera estar burlándose continuamente de todo. Cuando Pete le pidió ver a Devlin, arqueó una ceja y dijo:

—¿Quién pregunta por él?

—Mi nombre es Wonicke. Se trata del caso Malone.

El hombre bostezó, se rascó la axila y por fin cogió el teléfono.

—¿Ha descubierto algo?

—Esto... sí. Sí. Algo.

La mano se detuvo sobre el inalámbrico y el poli lo miró de arriba abajo.

—¿Por qué no me dice lo que sabe? Yo me aseguraré de que el sargento reciba la información.

Incapaz de inventarse una mentira con tanta rapidez, Pete se ruborizó.

—Es que... Necesito hablar con él.

El hombre soltó el teléfono y cogió una montaña de papeles que tenía delante.

—Mire, el sargento Devlin está muy ocupado en este momento con el caso, entre otras cosas. No puede atender a todos los que se pasen por aquí, ¿lo entiende? Si cambia usted de opinión, señor Wonicke, o si... recuerda lo que quería decirle, no dude en volver para informarnos.

Y dicho aquello centró su atención en los papeles que tenía delante. Pete se dio por vencido y salió a la calle. Encendió un cigarrillo y miró su reloj. Se le estaba acabando el tiempo: iba a tener que trabajar con lo que tenía. Devlin debería esperar.

LOS HELICÓPTEROS SE SUMAN A LA BÚSQUEDA DEL
NIÑO DE CINCO AÑOS SECUESTRADO EN QUEENS
(PETER WONICKE)

QUEENS, 16 DE JULIO. Cientos de policías fracasaron ayer en su intento de recabar pistas sobre el paradero del pequeño Frank Malone, de cinco años. El niño y su hermana de cuatro años, Cindy, desaparecieron de su piso de Queens la madrugada del miércoles.

Cindy fue hallada muerta el mismo miércoles al mediodía, en un terreno abandonado situado a kilómetro y medio de su casa. Por el momento se desconocen las causas de la muerte.

Desde ayer, tres helicópteros de la policía se han sumado a la búsqueda del niño, con la esperanza de atisbar desde el aire la camiseta blanca que llevaba cuando desapareció.

Los pequeños vivían con su madre, la señora Ruth Malone, una camarera de veintiséis años. Su

esposo, Frank Malone, es mecánico de aviones en el Aeropuerto Internacional Kennedy y no vive con la familia desde que la pareja se separó el año pasado.

Un alto cargo de la policía afirmó ayer que la esperanza de encontrar al niño con vida es cada vez menor. «El calor de estos días es muy intenso y, cuanto más se prolonga la búsqueda, mayor es el riesgo de deshidratación».

El padre de los niños pasó el día de ayer con los inspectores de la delegación policial 107 de Fresh Meadows, esperando noticias de su hijo.

La señora Malone, por su parte, una mujer delgada y pelirroja que llevaba un vestido negro último modelo, fue escoltada hasta la comisaría por la tarde. Allí la interrogaron durante más de dos horas, y luego regresó a su casa.

Los vecinos de la señora Malone coincidieron en afirmar que sabían muy poco sobre ella. Los niños solían jugar con el resto de chiquillos del barrio, pero la madre era «más bien reservada». Un vecino comentó que la señora Malone solía trabajar muchas horas, sobre todo de noche, y que a consecuencia de ello llevaba un estilo de vida algo «caótico».

«Nunca antes habíamos tenido un problema como este por aquí, la verdad», dijo una madre de tres niños en edad preescolar que prefirió permanecer en el anonimato.

El velatorio por Cindy se celebró el 19 de julio en el tanatorio O'Rourke. A un lado de la sala, monseñor Contri presidía la ceremonia, con su arrugada cara morena plácidamente coronada por un halo de pelo blanco y su voz convertida apenas en un suave murmullo. Cindy estaba ahora en el cielo, su alma descansaba en paz. Al otro lado de la sala, Ruth estaba de pie con su vestido negro nuevo, zapatos de tacón negros y medias de costura recta, un vodka doble en su interior y un cigarrillo temblándole en una mano; ofreció la otra mano, la que tenía libre, a todos los que se acercaron a ofrecerle sus condolencias. Sus ojos de color ámbar brillaban sin parpadear apenas, y su voz sonaba áspera por el tabaco y por el esfuerzo de contener las lágrimas.

Quería derrumbarse. Caer de rodillas, gritar, suplicar, desesperarse.

«Ellos son todo lo que tengo. No te los puedes llevar a los dos. ¡Son lo único que tengo!».

Pero en lugar de eso levantó la barbilla, tragó saliva y dijo a todos los que se le acercaban:

—Mis hijos son muy religiosos, ¿sabe? Cada noche rezan sus oraciones antes de irse a dormir. Todas las noches.

Le vino una imagen a la cabeza: Frankie y Cindy arrodillados junto a sus camitas bajo el seguro resplandor de la lámpara, y sus dulces vocecillas subiendo y bajando el volumen, siguiendo las familiares palabras de la oración. Y luego, una imagen de Frankie solo, arrodillado en un piso vacío, con los ojos cerrados por el terror, con la voz convertida en susurro. Suplicando. Rogando. «Seré bueno. Por favor, Dios. Por favor. Por favor. Nunca más le responderé mal a mamá. Por favor».

Ruth parpadeó, dio una larga calada a su cigarrillo y apretó los labios, sin más. Tenía una cola de gente que atender.

Tuvieron que pasar diez días más antes de que los policías les devolvieran el cuerpo

de Cindy. Diez días más antes de poder celebrar el funeral.

Ruth pasó aquel tiempo esperando a que su bebé volviera a su lado. Esperando a tener noticias de Frankie. Respondiendo a las preguntas de Devlin.

Se volvieron borrosos, aquellos días. Habían sido asfixiantes. Cada uno de ellos se había convertido en un descuidado resplandor sobre unas imágenes que se movían a cámara lenta, llenas de polvo marrón y amarillo, del que te entra en los ojos y en la garganta y espesa los pensamientos.

Una mañana se despertó en el salón. Tenía la boca seca y le palpitaban las sienes. Notó un agradable calor en la espalda y por un instante se permitió apoyarse de nuevo en el cuerpecito suave y pesado que tenía a su lado. Se permitió anhelar un imposible: aunque las lágrimas se agolpaban en sus párpados hinchados, se permitió soñar.

Y entonces Minnie bostezó, se desperezó y gruñó a su lado, y Ruth ya no pudo engañarse más y se entregó por completo al llanto. Presionó los puños contra sus doloridos ojos y sollozó, doblada sobre sí misma como si así pudiera ahuyentar el dolor. Oyó un bufido cerca de su rostro y sintió el hocico húmedo y curioso de Minnie: su lengua áspera le lamía la sal de la piel. Oyó su propio gemido de preocupación y alcanzó a dar a ciegas con el juguetito tranquilizador de la perra, que atrajo hacia sí. Y hundió su cara en el cálido y familiar pelaje y frotó su piel contra la del animal para impregnarse de su olor. Minnie gimió una vez más y ella la abrazó aún más fuerte, intentando dar y recibir al mismo tiempo el máximo consuelo que pudo.

Una tarde se disponía a prepararse un café cuando se dio cuenta de que la lata de Folgers estaba vacía. Revisó la despensa y vio que solo tenía un bote de pepinillos y media caja de galletas rancias. Ante aquel descubrimiento cayó en la cuenta de que ese día no había comido, y tampoco recordaba haberlo hecho el día anterior. No podía imaginarse queriendo comer algo de nuevo, pero una insólita necesidad de hacer lo correcto, lo que era normal, la llevó a levantarse, ponerse unos zapatos y coger el bolso y las llaves.

Como si fuera tan fácil dejar atrás un mundo y entrar en otro, Ruth salió de casa y cerró la puerta tras ella.

El polvo se adhirió a su piel pegajosa, se confundió con su pelo pajizo y se perdió entre los pliegues de su vestido de algodón. Sus zapatos blancos se tiñeron enseguida del color de la sangre reseca y, tras las gafas de sol, sus ojos también notaron la polvareda y parpadearon para no llorar.

Anduvo, olvidando adónde se dirigía y por qué había salido. Ponía un pie delante del otro, ignorando el resto de pies, de voces, de semáforos, de bocinas.

Y durante todo ese tiempo, el ritmo de sus pies marcó el ritmo de una serie de historias interminables, de posibilidades infinitas, de imágenes vívidas y definitivas de lo que podría haberle sucedido a Frankie.

Levantó la mirada, se dio cuenta de que estaba frente a la puerta del supermercado y recordó que necesitaba café. Cogió un carrito, entró en el local y avanzó por los pasillos iluminados.

Sus pies la condujeron por los pasillos y sus manos fueron metiendo cosas en el carrito: una caja azul, una lata con una etiqueta verde, un tetrabrik blanco.

Siguió caminando, cogiendo cosas y metiéndolas en el carrito, porque eso era lo que hacía la gente.

Siguió avanzando. Apartó de su mente las imágenes del rostro de Frankie cubierto de lágrimas, de su voz aterrorizada. Y esperó a que ambos salieran a la superficie.

Llegó a la salida y vio que la boca de la cajera formaba palabras que ella no logró oír, y asentía y le daba una bolsa. Entonces se percató de lo que había puesto en el carrito. Galletitas de animales. Batido de chocolate. Los cereales favoritos de Cindy.

Su mano se detuvo y su aliento se detuvo y todo el sonido del mundo se detuvo.

Fue vagamente consciente de que alguien la rodeaba con un brazo, y notó una silla y el tictac demasiado fuerte de un reloj. Oyó voces y un teléfono que sonaba en la distancia, y luego vio llegar a Frank: el olor familiar, el asiento cálido de su coche, la tranquilidad del piso. Él le ofreció un vaso de agua y ella miró fijamente el agua y luego a él.

—Quería café —dijo—. Me he quedado sin café.

Por fin les devolvieron a Cindy. Y eran las nueve de la mañana de otro sofocante día de julio y estaban en la capilla de Santa Teresa. Pequeña, íntima, treinta y cuatro grados en el interior. Ruth estaba de pie cerca del féretro: quería protegerlo. Tenía los ojos bajos y el rostro cubierto por el velo. Frank estaba tan cerca que notaba el calor que emanaba su cuerpo, oía cada respiración entrecortada, sentía cada palpitación antes de mirar a la cara a otro de los conocidos que se habían acercado para darles el pésame. Él les daba las gracias para que ella no tuviera que hacerlo, para que pudiera mantener la cabeza gacha y permanecer quieta y perfecta. Vestido negro, piel blanca, labios rojos.

Solo Gina, que llegó tarde, encontró una grieta de debilidad en ella y dejó entrar un poco de luz en sus pensamientos.

Sintió una mano en el brazo y una caricia; un gesto amable que interrumpió la cortés presión del resto. Ruth miró la mano, con sus cutículas mordidas y sus anillos baratos, y no fue capaz de levantar la mirada porque sabía que la comprensión en la cara de Gina le rompería el alma. Notó que las lágrimas amenazaban con anegarle los ojos, sintió pánico y, en su confusión, se apartó de Gina y miró el féretro. Una vez más, se sorprendió al observar lo pequeño que era. Lo blanco, liso y perfecto que era. Lo bonitas que le parecían las asas plateadas. Si la casa de muñecas de Cindy hubiese venido con accesorios para funerarias, esta habría sido la pieza central.

Un sonido se escapó entonces de su garganta, y tuvo que hacer un esfuerzo para

reprimir el llanto; para tragar la angustia que tenía instalada en el pecho. Eso pareció satisfacer a Gina, quien le apretó el brazo una vez más y siguió adelante. Ruth bajó la cabeza y observó sus pies mientras se alejaban: gruesos tobillos bronceados, con sendas cadenas de oro que Mick le había regalado; tacones azules oscuros gastados por la parte trasera; ese andar pesado y familiar.

Después de la misa, el lento viaje al cementerio. Las limusinas parecían una caravana de hormigas llevando una carga minúscula. Ruth estaba sentada en el primer coche, entre Frank y su madre, sintiendo el calor que le provocaban las medias y el sudor que se le acumulaba en el labio superior.

La tumba aún estaba fresca: un pequeño orificio revestido de algo brillante y verde, como si fuera a acoger una exposición de naranjas en una tienda de comestibles. Un montículo de tierra y dos hombres apoyados en sus palas a una cierta distancia, de pie bajo la fresca sombra de un árbol, esperando para arrojar tierra sobre su hija. Ella miró hacia el agujero mientras el padre O'Brien hablaba.

Cuando se dieron la vuelta para marcharse, Ruth vio que habían dejado un espacio junto a la tumba y comprendió que, si lo encontraban, Frankie descansaría al lado de Cindy. Su hija había estado sola en la muerte durante casi dos semanas. Pero, si lo encontraban, Frankie estaría con ella y la cuidaría, como siempre había hecho.

Tenía dos artículos sobre la mesa cuando llegó al periódico el día siguiente. Ninguno relacionado con el caso Malone. El boli azul del director serpenteaba de línea en línea, como pistas de caracol. Se sirvió una taza de café, le puso tres sobres de azúcar y empezó a escribir, aunque sus pensamientos siguieron centrados en Devlin, en Quinn hablando sobre la señora Malone, en la propia Ruth Malone.

Habían pasado dieciséis días desde que habían raptado a los niños y la pequeña había aparecido muerta, y aún no había noticias sobre quién podía haberla asesinado o dónde podía estar su hermano. La policía había emitido un comunicado en el que informaba de que Cindy había sido estrangulada, pero no había dado más detalles. Todos los documentos que podía imprimir no eran más que un refrito de nombres, edades y fechas; dónde habían encontrado a la niña; una descripción de Frankie y de lo que llevaba la noche en la que desapareció; especulaciones sobre lo que pudo haber ocurrido.

Pirotecnia. Así lo llamaba Friedmann. Mantenían a los niños en el ojo del huracán y esperaban a que sucediera lo siguiente.

Y fue esa mañana. Fue entonces cuando ocurrió lo siguiente.

Sonó el teléfono. Pete levantó los ojos como un resorte automático y vio que Janine lo miraba al empezar a hablar. Ahuecó su mano alrededor del receptor y se dio la vuelta levemente. Él empezó a prestar atención.

Entonces Janine dejó a la persona que llamaba en espera, pasó al lado de Pete ignorando su susurro de «Oye, qué está pasan...» y entró al trote en el despacho de Friedmann. Tenía que ser algo grande: ni siquiera quería arriesgarse a hablar de ello por la línea interna. Su falda ajustada la obligaba a dar pasos muy cortos, pero aun así fue lo suficientemente rápida como para que Pete dejara a un lado sus pruebas y abriera su libreta de notas por una página en blanco.

En ese momento sonó también la otra línea de Janine. Pete la ignoró, pero el aparato siguió sonando hasta que una de las secretarias cubrió su micrófono con la mano e hizo señales a Pete para que lo cogiera. Él levantó el auricular sin apartar la vista de la puerta de Friedmann.

Era O'Connor. En cuanto oyó su voz, Pete recordó a Friedmann: «A O'Connor le quedan dos semanas de vacaciones. Puedes quedarte con la historia hasta que él vuelva». Quiso parecer despreocupado.

—Eh, hola. Pensaba que estabas en Florida.

—¿Wonicke? ¿Qué eres ahora, una maldita recepcionista? Escucha, no tengo mucho tiempo. Estoy en Florida. En el maldito hospital.

—¿Qué te ha pasado? ¿Estás bien?

—No, no lo estoy. Si estuviera bien, no me encontraría aquí, joder.

Pete seguía mirando la puerta de Friedmann, pero ni él ni Janine habían salido aún.

—¿Está Friedmann por ahí?

—Encerrado en su despacho.

—Escucha, necesito que le des un mensaje. Tenía que volver mañana, pero voy a tardar otra semana. El imbécil de mi hermano ha tenido un accidente con la furgoneta.

—Mierda.

—Mierda es una descripción bastante adecuada, sí.

—¿Qué le ha pasado?

—Estábamos en un bar, jugando al billar, tomando cervezas. Nada del otro mundo, la verdad. Solo que mi maldito hermano no sabe beber. No quiso darme las puñeteras llaves de la furgoneta. Me dijo que estaba bien, que podía conducir. Y ahora está aquí, con dos costillas rotas y un pulmón perforado, y a mí me toca encargarme del puto papeleo del seguro.

—Por Dios, Con. ¿Se va a recuperar?

—¿Este gilipollas? Desde luego. Él está perfectamente. Soy yo quien está con la soga al cuello. Me han dicho que no podré conducir durante seis semanas.

Se oyó una voz a sus espaldas y O'Connor dijo en voz alta:

—Dos minutos más... Caray, aquí ni siquiera tienen un teléfono público que funcione. Estoy en la sala de enfermería. Tengo que salir de aquí, tío. Este sitio es una mierda. El calor, los malditos mosquitos. Tengo los brazos que parecen putos cojincitos de alfileres. En cuanto me retiren los cargos y acabe con el papeleo me iré directo al concesionario más cercano, alquilaré un coche y me pondré en camino... Sí, sí, ya la oigo, enfermera. Ya acabo. Total, que volveré dentro de una semana más o menos. Pongamos el lunes. El día 9. ¿De acuerdo? ¿Puedes decírselo a Friedmann?

—Claro.

—Pero dime: ¿qué está pasando por ahí? ¿Algo nuevo? ¿Algo interesante por lo que merezca la pena volver?

«¿Y yo qué voy a saber, Con? No soy más que la maldita recepcionista».

Pete echó un vistazo a la fila de secretarías, todas ocupadas con sus propias llamadas, con sus escritos. Miró entonces a su escritorio y observó sus notas sobre el caso Malone. Las transcripciones de entrevistas, con sus garabatos y preguntas al margen. Respiró hondo y trató de sonar desenfadado.

—No mucho, la verdad. Solo un par de accidentes de tráfico. Lo típico. Ya sabes.

—Vale. Bien. Pues dile que si entra algo importante, volveré el lunes. Que puedo encargarme de lo que sea entonces. ¿Sí? ¿Lo has apuntado?

—Claro. El lunes.

Pete garabateó aquella información en su libreta de notas, sin perder de vista la puerta de Friedmann. Cuando se abrió, Janine salió a toda prisa y Friedmann apareció

tras ella, escaneando con la mirada a los empleados.

—Tengo que dejarte, Con. Tómatelo con calma —se despidió Pete, antes de colgar el teléfono y ponerse en pie para captar la atención de su jefe.

Friedmann le hizo un gesto con la cabeza y Pete se dirigió hacia su despacho.

—Necesito que vayas a Queens, Wonicke. A toda leche. A la calle 68. Hay novedades en el caso Malone, pero aún no sé de qué se trata.

Pete dio el mensaje de O'Connor a Janine y salió corriendo hacia el aparcamiento. Condujo por el puente de Williamsburg lo más rápido que su viejo Chevy le permitió, analizando frenéticamente su mapa de calles en cada semáforo en rojo y buscando rutas alternativas.

La calle estaba acordonada, el asfalto brillaba bajo el calor de agosto. Era un callejón sin salida, probablemente un lugar en el que quedaban los niños con sus bicicletas los fines de semana: había un laguito artificial y unos árboles cubiertos por la maleza. Igual que el barrio donde vivían los Malone, este era uno de esos lugares que pasaba desapercibido.

Pero la historia de los Malone era noticia, y fuera lo que fuese lo que hubiese sucedido aquella mañana, había atraído multitudes. Pete vio policías por todas partes, montones de reporteros y grupos de observadores. Dos o tres junto al lago. El estado de ánimo también era diferente: no se apreciaba dolor. Ni simpatía. Pete miró los rostros curiosos de la multitud y se dio cuenta de que no eran amigos o vecinos, sino desconocidos en su mayoría, atrapados en el drama. Estaban en silencio, con los brazos cruzados, estirando el cuello para ver a los policías entrar y salir de los árboles. Esperando.

Pete salió del coche con la libreta en la mano, sudando bajo su ropa deportiva. Se ubicó cerca de los periodistas veteranos, que se apoyaban despreocupadamente en una camioneta. Reconoció a algunos de ellos por las fotos de sus artículos y columnas.

Eso era lo que él quería: ser uno de ellos. Quería tener su confianza ante una escena, su andar despreocupado, su capacidad de convertir a los vecinos y tenderos de la zona en fuentes de información, su habilidad para transformar rumores en historias.

Llevaba ya dos años en este trabajo; dos años escribiendo a máquina historias rutinarias, viviendo en un apartamento de una sola habitación donde los trenes hacían temblar el suelo por la noche y el vecino loco de al lado gritaba en sueños. Esta era su oportunidad. Lo sentía. Esta era «su» historia.

Veintitrés tensos minutos después, un policía se acercó al grupo de reporteros. Se tomó su tiempo, colocándose el cinturón por encima del vientre, balanceando la porra y prolongando la espera un poco más. Uno de los veteranos —¿Miller? ¿Mellor?— se abrió paso entre la multitud de periodistas para encontrarse con él a medio camino. El

policía habló en voz baja. El otro inclinó la cabeza, asintió y se quedó inmóvil mirando al suelo, y no se movió ni siquiera cuando el policía le dio una palmadita en el hombro y regresó arrastrando los pies hasta la cinta del perímetro. Entonces el reportero volvió también adonde estaban los demás y les dijo algo que ellos, a su vez, contaron a los chicos que quedaban más alejados del grupo. Pete se aferró a su libreta y se concentró en acercarse sigilosamente al grupo. Nadie le dirigió la palabra. Él se conformó con oír fragmentos de la conversación.

«Allí hay algo. Entre los árboles».

«Tiene que ser el niño Malone».

«He oído que han visto una pista. Como ropa o algo así».

«Los policías no dicen nada».

«Creo que harán una declaración dentro de una hora».

—Ha sido la zorra. Está claro. —Esto lo dijo un tipo con la nariz roja como si estuviera borracho y un párpado caído que parecía estar guiñando el ojo todo el rato—. ¿Os habéis fijao en cómo entra y sale de comisaría? Toda peinada y emperifollada... No ha llorao por los niños ni una sola vez.

Los demás asintieron con seriedad, encendieron sus cigarrillos y se tomaron sus cafés en tazas de cartón con tapa de plástico. Pete pensó en la melena de fuego de Ruth, en sus ojos siempre muy abiertos, y se preguntó por qué no había fingido siquiera llorar, por qué no había representado en ningún momento el papel de la madre de luto. Se preguntó qué debía de estar pasando bajo aquella superficie de la apariencia.

Sin dejar de darle vueltas al tema, se metió la libreta en el bolsillo y se giró, limpiándose el sudor de la frente y anhelando un poco de brisa. Él fue el primero, por lo tanto, en ver al fotógrafo de la policía salir de entre los árboles. El tipo estaba pálido y se tambaleaba ligeramente al andar: Pete lo supo.

El fotógrafo apoyó una mano en un coche patrulla que estaba ahí aparcado y se inclinó hacia delante, bien para recuperar el aliento, bien para vomitar. Pete avanzó rápidamente hasta él, le puso una mano en el hombro y le dijo:

—Ten, tienes pinta de necesitarlo. —Le ofreció un cigarrillo. El fotógrafo lo cogió con manos temblorosas y esperó mientras Pete le daba fuego. Con la primera calada recuperó parte del color.

El hombre miraba a Pete, pero sus ojos estaban muy abiertos y vidriosos, y Pete se dio cuenta de que todavía estaba viendo lo que fuera que hubiese dejado atrás, entre los árboles.

—He estado dos veces en Corea. Pero esto... Esto...

Se llevó la mano a la cara un segundo y se cubrió los ojos. Pete inclinó la cabeza con simpatía, pero siguió mirándolo.

—Ese pobre niño... Solo que... bueno, ya no es un niño. No tiene brazos, y el cuello... —Tragó saliva con dificultad—. Los animales lo han desgarrado. Y el médico ha dicho que con este calor...

Pete sintió que se le erizaba el vello de la nuca y los brazos, y notó en la boca el sabor metálico de las náuseas.

El fotógrafo dio otra calada larga.

—Parecía un pedazo de madera. Es lo que pensé cuando lo vi allí estirado. Apenas una silueta oscura en el suelo. Su cara... Joder, al principio pensé que era un puto tronco. Y el olor. ¡Dios...!

Al decir aquellas palabras el fotógrafo vomitó, y Pete retrocedió, sintiendo que se le contraía la garganta. Miró a los policías que salían de entre los árboles con la misma palidez verdosa que el fotógrafo, con la misma expresión aturdida, y vio también a los hombres que estaban en la furgoneta forense, hablando en voz baja, y a los de la ambulancia, que entraban con varias garrafas de alcohol, para los gusanos, supuso.

Y se preguntó cómo demonios iba a escribir sobre la pena y el horror de esta muerte. Cómo iba a lograr que la gente de Queens sintiera la misma rabia que él, su misma desazón ante la idea de que un niño provoque esta reacción de aturdimiento en los adultos.

El artículo de Pete apareció en la edición de la mañana, aunque con tantos cambios que no reconoció su propio estilo. Y el *Courier*, el *Star* y el *Times* también arrasaron con la misma historia. Pero algo era algo. Era la primera vez que un artículo suyo ocupaba la portada. Era un comienzo.

Pasó los días siguientes por los alrededores de la calle 72, trabajando en algún artículo de seguimiento. Se movía entre los equipos de policías uniformados, sin perder de vista a Devlin. Los agentes realizaron una segunda ronda de puerta fría por las casas, buscando posibles testigos. Lo que había parecido horrible hacía apenas unas semanas no era ahora más que rutina.

—Cualquier cosa sospechosa, señor, por insignificante que le parezca. Si se le ocurre algo, llámenos, por favor... No, no estará haciendo que perdamos el tiempo, señora... Sí, señor, algo terrible. Gracias...

Los vio mostrar una foto de Frankie y Cindy en cada casa; los vio esperar con expresión paciente y extenuada mientras los vecinos observaba las inocentes sonrisas de la imagen y acariciaban inconscientemente las cabecitas de sus propios hijos, que solían acercarse movidos por la curiosidad de ver a polis de verdad. Después los vio devolver las fotos, negar con la cabeza y coger la tarjeta que les ofrecían los policías, con la dirección de la comisaría y el número de teléfono público al que podían llamar en caso de tener alguna cosa. Nadie sabía nada. Nadie había visto nada. Nadie había oído nada.

Un día, Pete estaba saliendo de un piso a pocos minutos a pie de la calle 72, cuando vio a dos policías llamando a una puerta al otro lado del pasillo. La mujer que les abrió parecía ruborizada: sus manos regordetas se tocaron el pelo teñido de rojo,

cerraron su brillante bata rosa y se abanicaron la cara. Dijo que era la señora Gobek y no miró a los ojos a sus interlocutores en todo el rato que Pete estuvo allí, observando. Negó con la cabeza antes incluso de que le mostraran las fotos. «No, nunca vimos nada ni oímos nada. Mi marido y yo vivimos muy tranquilos, nos gusta acostarnos temprano».

La puerta se cerró, y los dos policías se miraron y negaron con la cabeza. Después continuaron con su ronda y Pete fue a sentarse al coche. Se encendió un cigarrillo y leyó sus notas.

Los vecinos tenían muchas ganas de hablar sobre la familia. Sobre la separación de los padres.

«Hace diez años no había gente como los Malone en este barrio. Divorciados y tal. Yo me mudé aquí desde la ciudad en busca de un poco de paz y tranquilidad, y ahora mire. Ufff».

«La verdad es que no lo culpo por marcharse de aquel modo. ¿Ha visto usted a la señora Malone? ¿Cómo viste? No hay ninguna posibilidad de que le fuera fiel a Frank».

«¿Frank Malone? Oh, es un amor. Una mañana, el invierno pasado, salí de mi edificio y mi coche no arrancaba. Estaba ahí tirado, preguntándome qué podía hacer, a quién llamar, cuando él vino y me preguntó si necesitaba ayuda. Arregló el coche en quince minutos. Y no aceptó ni un centavo. Un verdadero caballero».

«Yo creo que ella está un poco loca, por su forma de actuar. Lo de beber y tal, pese a tener dos niños a los que cuidar. Llega tardísimo a casa cuatro o cinco noches a la semana, y las palabrotas que suelta... a veces son terribles. Cuando el río suena, agua lleva, ¿no es eso lo que dicen? Pues una mujer así... bueno, ¿quién sabe lo que podría hacer realmente?».

La cantidad y la intensidad de los sentimientos contra la señora Malone despertaron inevitablemente su curiosidad. Por ella. Por lo que les había sucedido a sus hijos. Porque su aspecto externo no concordaba con el de una madre afligida. Y decidió que había llegado el momento de investigar por su cuenta y descubrir qué era lo que había sucedido en realidad. Tenía que hablar con ella. Tenía que formarse su propio juicio sobre Ruth.

Así que se enderezó, tiró su cigarrillo al suelo y se acercó al edificio en el que vivía Ruth. Una hilera de bloques de tres pisos de ladrillo rojo, en mal estado, con algunas ventanas desconchadas. En la segunda planta había una ventana abierta desde la que se oía música.

Llamó al timbre del piso de los Malone. No hubo respuesta. Esperó un poco más y volvió a intentarlo. Nada.

Garabateó una nota y la metió en el buzón de Ruth, junto con su tarjeta de visita. Le dijo que quería escuchar su versión de la historia; saber qué pensaba ella que les había sucedido a sus hijos.

Se quedó de pie junto al coche un rato y se fumó un cigarrillo, preguntándose si

ella aparecería. Nada.

El lunes por la mañana, Pete llegó al trabajo antes de lo habitual. Recogió el último bloque de pruebas, abrió una Coca-Cola y empezó a leerlo. Cuando vio que Friedmann se dirigía hacia su despacho, le salió al encuentro.

—¿Tiene usted un minuto, señor Friedmann?

Este miró su reloj.

—Literalmente. Un minuto.

Pete lo siguió hasta su despacho, donde Friedmann se hundió en su silla, expectante.

—Gracias, señor. A ver, Con... O'Connor aún no ha vuelto. Le dije a Janine...

—Sí, sí, lo sé. El accidente. Su hermano. Bla, bla, bla. ¿A qué viene esto ahora?

—Me gustaría seguir con la historia.

Friedmann se echó hacia atrás y arqueó una ceja.

—Conozco el caso. De hecho, aunque Con regrese... Bueno, es que no sabemos cuándo volverá. Conozco el vecindario. Se me da bien hablar con la gente. Quiero echarle un vistazo a esto. Ahondar en el tema y ver lo que encuentro.

Pensó en Ruth Malone: el maquillaje, el pelo perfectamente peinado, las escasas muestras de dolor.

—Creo que en todo esto se esconde algo que aún no hemos llegado a resolver.

Friedmann se puso en pie y cogió la cajita de comida para peces.

—¿Cuánto llevas aquí? ¿Un año?

—Dos.

—Dos. Vale.

Esparció un poco de comida por el agua, observó a los peces nadando hacia la superficie y engulléndola. Se volvió hacia Pete.

—Está bien.

—¿Está bien?

—Es tuyo. Es tu caso. Tú mandas.

—Joder. Gracias. Gracias, señor Friedmann. De verdad.

—Si la cagas, te lo quito. Sin explicaciones.

—No se arrepentirá, señor Friedmann.

—Sí. Sí lo haré. Pero si Dios Nuestro Señor decide meter a mi mejor periodista en el hospital y enviarme a ti en su lugar, ¿quién soy yo para negarme? Es Él quien nos da y nos quita. Y ahora sal de aquí. Ve y escribe algo que podamos publicar.

Tres días después. Veintidós, desde que se denunció la desaparición de los niños. Tres semanas desde que Quinn le comentó que Devlin pensaba que valía la pena controlar a Ruth Malone. Y, sin embargo, a pesar de los detalles que Quinn le había dado, a

pesar de la aparente determinación de la policía para ahondar en el tema y encontrar evidencias en su contra, no la habían arrestado. Pete se preguntaba por ello. Se preguntaba por los descubrimientos que habían hecho, y por los que no.

Se quedó a la puerta del cementerio, esperando a los coches. Había dejado una botella de Coca-Cola en el suyo, porque le pareció irrespetuoso beberla durante el entierro, y ahora anhelaba su sabor, la dulce inyección de cafeína que había dejado sudando al otro lado del cristal.

En aquel momento oyó que un vehículo se aproximaba lentamente y se volvió para ver el coche fúnebre, que se abría paso a través de la calurosa tarde. Mientras pasaba a su lado, distinguió en su interior a una mujer mayor, sentada muy erguida, con los labios fruncidos, mirando hacia delante. A su lado, un sacerdote con la expresión propia de quien se enfrenta a un duro día de trabajo.

Eso fue todo. Los padres de Frankie seguían siendo interrogados en la comisaría. Quizá fuera un alivio no tener que estar ahí, mirando, mientras otro pequeño ataúd se hundía en el mismo suelo.

Entonces llegó un taxi que se detuvo muy cerca de él y del que salió una de las vecinas de los Malone: la mujer que el primer día le dijo que alguien se había llevado a los niños. Greta algo. No... Gina. Gina Eissen. Tenía las mejillas sonrosadas, sudaba, llevaba un pañuelo en la mano y un ramo de margaritas algo marchitas. Ella lo miró y se dispuso a pasar sin decirle nada, pero se le deslizó el tacón sobre la grava y tropezó. Pete la sujetó por el codo e impidió que se cayera.

—Mierda. Mierda y joder y malditos sean estos estúpidos zapatos. Y mierda.

Y dicho aquello rompió a llorar. Un llanto ruidoso, envuelto en *whisky* y acompañado de un montón de improperios sordos.

—Ni siquiera tendría que estar aquí... Esto es un puto error... No debería estar enterrando niños...

Comenzó a gemir y él le dio unas palmaditas en el brazo con torpeza; sacó su pañuelo y se lo ofreció. Miró hacia el camino polvoriento y se preguntó qué diablos podía decirle.

Ella se sonó la nariz, se incorporó, se pasó un dedo por debajo de cada ojo para arreglarse un poco el maquillaje descompuesto y suspiró.

—¡Dios! Gracias por... Bueno, gracias.

—Es un día difícil.

—Sí. —Sacó una botella medio vacía de su bolso y le dio un trago—. ¿Ha venido alguien más?

—Por ahora solo un coche. Con una mujer.

—Probablemente la madre de Ruth. —Otro trago—. ¿Parecía que llevara un palo de escoba metido por el culo?

Tras decir aquello soltó una risita, pero enseguida se interrumpió y se dijo:

—Joder, Gina, no deberías soltar cosas así.

—Señorita Eissen... ¿Está segura de que está preparada para entrar?

Ella dio un trago más, y luego otro.

—Tengo que hacerlo. Le prometí a Ruth que lo haría. Frankie tiene que estar acompañado por alguien que lo conociera. No solo alguien que le enviara postales de Navidad, como ella —señaló el interior del cementerio con una mueca de desprecio—, sino alguien que lo conociera de verdad, que supiera cuáles eran sus juguetes favoritos y que no le gustaban las zanahorias. —Suspiró—. Alguien que lo conociera.

Y dicho esto se volvió y caminó hacia la iglesia, cojeando un poco por culpa de su tacón roto, con las piernas tan gruesas como troncos de árboles bajo el dobladillo deshilachado, y guardando la botella en su bolso.

Pete la alcanzó y la tomó del brazo.

—Déjeme acompañarla.

—Estoy bien. Yo solo...

—Por favor, permítame.

Y antes de que ella pudiera decir nada más, habían llegado a la iglesia y él le estaba sosteniendo la puerta abierta.

El servicio fue breve: solo estaban Pete y Gina en un banco, y la anciana al otro lado del pasillo. Gina asintió con la cabeza hacia ella y murmuró:

—Es ella. La abuela Kelly.

Pete observó a la mujer durante la ceremonia: ojos secos, labios apretados. Los ignoró a ambos. El sacerdote se le acercó después, se sentó pesadamente a su lado y le dio unas palmaditas en la mano. Comenzaron a hablar en voz baja.

Pete la estaba observando cuando ella se dio la vuelta, casi como si sintiera su mirada, y él pudo contemplar entonces las arrugas de su rostro, los apretados rizos grises, los surcos oscuros bajo los ojos.

Bajó la mirada, contento de que así no pudiera verlo ruborizarse, y siguió a Gina fuera de la iglesia, agradecido por sentir un poco de calor después del frío que había pasado dentro.

—¿La llevo a casa, señorita Eissen?

Ella sacó la botella de nuevo, dio un trago y se encogió de hombros. Trotó tras él hasta el coche.

Se quedó dormida antes de llegar a la carretera principal. Pete la miró, caída hacia un lado, roncando, con las marcas de las lágrimas aún visibles a través de su grueso maquillaje, y se preguntó cómo diablos iba a sacarla del coche.

Pero Gina se despertó cuando llegaron a la calle 72 y él apagó el motor. Miró a su alrededor con los ojos llorosos, se frotó la cara y suspiró, con la mirada fija en algún punto más allá del parabrisas. Todavía había una pequeña multitud de periodistas por ahí, zumbando alrededor del bloque de pisos como moscas ante un trozo de carne podrida. Eran casi las cinco. Aún hacía calor.

—Gracias por traerme a casa —le dijo sin mirarlo—. Y por entrar conmigo.

—Solo faltaría. Oiga, ¿puedo hacerle algunas preguntas? Es acerca de la señora Malone.

—No. —Ella sacó sus cigarrillos y se encendió uno.

—Pero solo quiero...

—He dicho que no. Gracias por su ayuda, pero Ruth no necesita a ningún maldito periodista hurgando y entrometiéndose en su vida. Como si la policía no fuera ya lo suficientemente horrible. —Su voz sonaba algo torpe, pero su enfado era evidente. Exhaló y lo miró a través del humo—. La han despedido, ¿lo sabía? No han pasado siquiera tres semanas desde que sucedió todo y, como no ha podido ir a trabajar, la han despedido. De modo que todos vosotros —señaló a Pete con su cigarrillo— tenéis que darle un maldito descanso. Dejadla en paz.

Abrió la puerta, sacó las piernas del coche y se inclinó hacia delante. El cigarrillo se le cayó al suelo y la cabeza se le hundió, casi con elegancia, sobre las rodillas.

Pete esperó un momento, y otro más, y al ver que no se movía le dio unos toquitos en la espalda.

Gina asintió. Murmuró algo. Movi6 la mano sin levantar la cabeza.

—Solo necesito un momento. Solo un... momento.

Y volvió a quedarse quieta, esta vez lo suficiente como para que él se preguntara si se había desmayado. Entonces dio un largo suspiro, levantó la cabeza y se puso en pie con un movimiento suave. Hizo una pausa para desperezarse, encendió otro cigarrillo y luego emprendió su camino lentamente, serpenteando por la acera por en medio de la multitud de periodistas, y cruzó el césped. Cuando llegó a los escalones que conducían a la puerta principal del edificio, levantó la mano sin volverse y movió los dedos hacia atrás en su dirección.

Pete se quedó inmóvil por un momento. Aún se olían su *whisky* escocés y sus cigarrillos.

Abrió su propio paquete, sacó un cigarrillo y le dio unos golpecitos contra el salpicadero; lo encendió y se sentó en silencio, fumando, mirando la luz que cambiaba de color y la tarde que moría a su alrededor. Podía escuchar el jaleo de la Feria Mundial en la distancia. Música.

La gente pasaba junto a su coche: la mayoría mujeres, en grupos de dos y de tres, cargando bolsas, con los brazos enlazados o empujando cochecitos. También había niños corriendo por la acera, gritando amenazas e insultos, con las caras sucias sobre camisetas demasiado grandes. A él ni siquiera lo veían. Seguro que les habían advertido de que fueran con cuidado, y más desde que se habían llevado a los niños Malone, pero los hábitos de la infancia son siempre más fuertes que las palabras de los padres. Para ellos, lo sucedido no había sido más que algo abstracto. Solo otra historia de miedo.

Pero las mujeres sí lo veían. Lo miraron directamente y fruncieron el ceño, y mantuvieron sus ojos fijos en él mientras bajaban la barbilla, cuadraban los hombros y hablaban en voz baja sobre el extraño hombre que se escondía en el coche. Una

pareja anotó el número de su matrícula en un papel, con ostentación, esperando que eso resultara suficiente para hacer que se fuera y, al ver que no reaccionaba, perfilaron las letras para hacerlas más gruesas y oscuras: una póliza de seguros para que nada malo volviera a suceder...

Pete pensó en la nevera vacía de su casa, metió la mano en la chaqueta para coger el billetero y notó el papel arrugado de la última carta que le había escrito su madre.

Por lo general ella le hablaba sobre el tiempo, que era «muy cálido», «terriblemente húmedo» o de un «frío espantoso», y le contaba cómo le habían ido sus ocasionales salidas a la ciudad, lo caro que era el autobús o las colas en las tiendas. Le hablaba sobre su artritis, de la que siempre decía «no está peor, gracias a Dios». Y mientras leía, él siempre sentía una intensa sensación de aburrimiento y asfixia.

Pero esta carta era diferente. La sacó del bolsillo. En su interior, doblado, había un cheque.

Mientras volvía a leerla, veía a su madre sentada a la mesa de la cocina, bajo la luz de la lámpara de color ámbar, con el pelo blanco en las sienes y manchitas marrones de la edad en las manos. Percibía los familiares aromas de la madera pulida y la verdura hervida. Podía oír su voz suave y esperanzada en sus palabras.

«No es mucho, sabes que nunca tuvimos mucho. Pero no debíamos nada y la póliza nos pagó tras la muerte de tu padre. El dinero está en el banco, esperándote. Seguro que lo necesitarás algún día. Cuando llegue tu momento de asentarte».

Vio las palabras no escritas, las expectativas no formuladas, y las vio tan claramente como si su madre las hubiese pronunciado de verdad.

Dobló la carta y volvió a guardarla en el sobre. De pronto sintió el deseo de acostarse y dormir durante mucho tiempo. Entonces algo le hizo mirar hacia arriba y vio a Ruth Malone en la ventana de su piso. Llevaba un vestido claro y estaba de pie con las manos y la frente apoyadas en el cristal, mirando hacia la calle iluminada por el sol. Hacia el mundo que avanzaba sin ella.

Vio que miraba a las mujeres y a los niños, y pensó en los vecinos con los que había hablado. En las cosas que le dijeron de ella. Quizá se sintiera segura, allá arriba, tras el cristal. Tal vez pensara que, si no escuchaba lo que decían, sus palabras no le harían daño.

Mientras la miraba, ella se puso de lado, dejando un hombro y la cadera apoyados en la ventana. Tenía la cabeza arqueada hacia atrás, de modo que su espesa melena brillante caía pesada y fuerte en ángulo recto respecto a su cuello.

Y entonces se volvió, pivotando sobre su propio eje y dejando la parte posterior de los hombros recostados en la ventana. Rodó sobre sí misma como si estuviera en la cama y aquella fuera una apacible mañana de domingo y todo fuera normal. Siguió rodando y por fin puso las dos manos contra el cristal, mirando hacia el cielo ardiente. Casi como si estuviera rezando.

Y de pronto, Ruth Malone no parecía segura. Parecía una polilla temblorosa y

pálida revoloteando tras un cristal. Parecía atrapada.

Pete sintió el insólito deseo de tocarla y, mientras se daba cuenta de ello y notaba en su piel la sorpresa de aquel deseo, ella lo miró fijamente. Sus ojos se abrieron más aún y, durante un largo momento, ninguno de los dos se movió. Entonces los labios de ella se abrieron. Muy despacio.

Pete bajó la mirada y notó que la carta se le caía al suelo. Intentó poner en marcha el coche, peleándose con la llave y, aunque dejó de mirarla, sintió el peso de los ojos de ella sobre su cuerpo, no solo entonces, sino durante todo el camino de regreso a casa. Se notaba desnudo, como si ella lo hubiera visto por dentro, y eso le asustó.

Condujo hasta su casa y se acostó en la cama intentando no pensar en ella. Pero su mente seguía volviendo, una y otra vez, a sus labios entreabiertos. A la forma en que lo había mirado.

Y entonces se dio cuenta de que su mano había encontrado su polla y la estaba tocando a través de la ropa interior. Quería que esa boca la rozara. Quería que esa O con lápiz de labios se moviera sobre su miembro duro mientras él la cogía a ella por el pelo con una mano. Se bajó el calzoncillo de algodón y se corrió con un gruñido, se limpió la mano en la barriga y se durmió antes de que el líquido pegajoso se secara en aquella noche calurosa.

De modo que esto era el duelo. Le llegó como una pesada losa. Como una piedra en la garganta que le impedía tragar. Como una presión en la parte interna de los ojos que obligaba a las lágrimas a salir. Como un peso en el estómago. No podía respirar. No pasaba ni un solo segundo sin recordar.

La acompañaba en todo momento, se alimentaba de su dolor y nunca estaba satisfecho. A veces se sentaba por la noche con su duelo y lo acunaba, lo acotaba levemente, pero no lo calmaba. Era negro, hambriento y enorme, como una boca gritando eternamente, y se volvía más grande y más profundo cuanto más se concentraba en él, hasta que al final le ocupaba toda la mente y no le quedaba espacio para ningún otro pensamiento o palabra, comida o caras, o la posibilidad de estar sedienta o cansada o necesitar una ducha. No había nada que no fuera esa vasta y creciente oscuridad.

Y, en su interior, la pérdida, la soledad. No sabía cómo orientarse. Lo único que sabía era que eso no terminaría nunca.

Todo le llegaba a través de la bruma gris de la pena. Veía que sus manos buscaban un lápiz de labios, o un lápiz normal, y le parecían extrañas e insuficientes porque no podía verlas con claridad por el dolor. Tomaba café y mordisqueaba el borde de algunos alimentos, pero todo le sabía amargo por el dolor. Su propia voz le resultaba irreconocible: sentía que el dolor la empujaba hacia abajo, hacia abajo, por la garganta, y que acababa ahogándose en ella. Había aprendido a simplemente negar con la cabeza cuando las voces de los demás se detenían o se convertían en preguntas. No, no quería comer. No quería acostarse. No quería rezar. No quería que la tocaran. Lo que se veía capaz de hacer era sostener el conejito de Cindy entre las manos y concentrar el dolor en el peluche. No había palabras que pudieran consolarla. Su sufrimiento era infinito, y sus huesos y su aliento no eran ya más que dolor.

Y a este centro del dolor llegó Devlin, sin más. Con su voz firme, carente de emoción. Con su mirada fija, sagaz y observadora como la de un pájaro. Siempre observando.

Era 10 de agosto. Veintisiete días desde que se llevaron a los niños.

Pete andaba trabajando en otras tareas, pero el caso de Malone siempre estaba por ahí, como un dolor de cabeza persistente, siempre guardado en su mente. Leía los periódicos todas las mañanas, hablaba con la policía, se pasaba por la comisaría a diario al salir del trabajo. En varias ocasiones había asaltado a Quinn en el lugar en el

que comía. Pero el resultado siempre era el mismo: no había novedades.

Aquel día salía del trabajo, pensando en ir a algún bar a tomarse un par de cervezas frías, cuando una figura apareció de golpe frente a él.

—Con.

—Quiero hablar contigo, rata asquerosa. Te quedaste con mi historia. Los niños muertos tenían que haber sido para mí.

—No estabas aquí.

—¡Solo tardé una semana más en volver!

—La decisión fue de Friedmann.

Con dio un par de pasos hacia delante, con las sienes palpitantes.

—Claro, claro que lo fue. ¿Y tú no la querías, verdad? ¿O esperas que crea que no se la pediste tú?

—¿Qué quieres que te diga? Mira, Con, es tarde. La historia es mía y punto. Seguro que pronto sale algo más y te lo dan a ti.

—Que te jodan.

—Tú habrías hecho lo mismo.

Eso detuvo a O'Connor en seco.

—Sí, sí, claro que lo habría hecho. Pero ¿sabes por qué? Porque soy bueno en mi trabajo. Porque tengo experiencia y contactos, y sé cómo escribir una puta historia. ¿Y tú? No eres más que un universitario que está jugando en un campo que le queda grande. Eres un maldito don nadie. Que te jodan.

Pete lo vio alejarse y sintió las palabras hirviéndole en la sangre, grabándose en su piel. Y en lugar de ir a un bar, se fue a casa y pensó en el caso. Necesitaba algo con lo que justificar la decisión de Friedmann de darle a él la historia: un nuevo ángulo o un nuevo gancho.

Justo cuando se estaba quedando dormido, se le ocurrió una idea.

Llegó a la oficina a las siete y media de la mañana siguiente y empezó a escribir artículos, a hacer llamadas, a revisar ficheros. Y esperó. Y justo antes del mediodía, Horowitz entró, con la cara cansada y la chaqueta colgando de un hombro. Pete no lo había visto en varias semanas: había estado en los tribunales, siguiendo el proceso del juicio por fraude. Se levantó y le interceptó el paso antes de que llegara a su escritorio.

—¿Estás ocupado?

Horowitz se encogió de hombros.

—¿Quieres desayunar?

—Claro.

Salieron del periódico. A medio camino, en el aparcamiento, Pete se volvió hacia él y le dijo:

—¿Sabes que he estado trabajando en el caso del asesinato de los dos niños, verdad? Frankie y Cindy Malone.

Horowitz sacó un cigarrillo.

—Eso he oído, sí. Leí alguno de tus artículos.

Pete se despistó un momento con eso.

—¿Ah, sí? ¿Y qué te parecieron?

—No estaban mal. Podrías pulir el estilo, básicamente porque te repites un poco, pero no estaban nada mal.

Pete intentó reprimir la sonrisa que le produjeron aquellas palabras y se concentró en la pregunta que quería hacerle.

—El hombre que dirige la investigación es Devlin. Tú lo conoces, ¿verdad?

—Sí, un poco.

Pete se quedó en silencio, y Horowitz preguntó:

—¿Cómo lo sabes?

—Cuando me encontré contigo en los archivos, el primer día del caso, se me cayó una foto suya. Iba de paisano y podía haber sido cualquiera, pero tú supiste que era policía.

Horowitz asintió y se encogió de hombros.

—Está bien, lo conozco. ¿Y qué? Llevo treinta años de periodista y he llevado muchos casos. Y él es policía. Nueva York no es tan grande.

—¿Puedes concertarme una cita con él?

Horowitz levantó una ceja y Pete le habló rápidamente:

—Solo quiero conocerlo. Hacerme una idea de cómo es.

Horowitz podía ser como un atasco en hora punta en la ciudad.

—Es imposible, chaval. No habla con periodistas.

—Habló contigo.

—Sí, pero nosotros somos...

—Vosotros sois... ¿qué?

Horowitz dejó caer su cigarrillo y lo apagó con cuidado. Entonces sacó nuevamente su paquete de Camel, encendió otro cigarrillo e inhaló profundamente. En ningún momento miró a Pete.

Él decidió presionarlo un poco más.

—¿Qué sois? ¿Amigos? ¿Vecinos? ¿Compañeros de golf?

—Es una larga historia.

—De acuerdo, entonces tú...

—Mira, Wonicke. Entiendo que estás empezando. De verdad que lo entiendo. Estás tratando de hacerte un nombre. Pero Charlie Devlin y yo ya estamos de vuelta. Se lo debo. Así que no te dejaré poner ni un maldito signo de interrogación sobre la forma en que lleva esta investigación.

Pete mantuvo los ojos fijos en los del otro hombre. Conservó la voz calmada. Se sorprendió ante lo que le parecía una reacción de lo más exagerada.

—Solo quiero conocerlo. Dibujarlo en mi mente. Satisfacer mi curiosidad. Te juro que nunca mencionaré su nombre, a menos que él me haga una declaración oficial y me diga que puedo usarla.

Silencio. Y entonces:

—Espera aquí.

Horowitz volvió a entrar, y Pete se apoyó en el capó del Ford. Para la edad que tenía, Horowitz caminaba ligero, ágil.

Regresó al cabo de diez minutos. Según se acercaba, le hizo un gesto con la cabeza y se dirigió hacia un sedán gris y polvoriento estacionado en la parte posterior del aparcamiento.

—¿Adónde vamos?

—Querías conocerlo.

—¿Ahora?

—¿Por qué no?

—¿Lo llamaste?

—*Sip.*

El auto de Horowitz estaba sucio por dentro: tazas de café de cartón, envoltorios de bocadillos, cajas de comida china... Era como el cementerio de cientos de tentempiés.

Pete cogió la montaña de papeles que había sobre el asiento del copiloto y la puso detrás.

—Gracias, de verdad, yo...

—No lo hago por ti.

Horowitz puso la marcha atrás, se apoyó en el respaldo de Pete y volvió la cabeza, con los ojos fijos en los coches aparcados.

—¿Entonces?

—Devlin es un buen policía, pero está bajo mucha presión en este caso. Tiene cinco hijos y necesita este trabajo. Va a jubilarse en poco tiempo y tiene que llegar a los treinta años de servicio con el historial limpio.

Metió primera, comprobó el retrovisor y se puso en camino.

—Tuvo algunos... problemas en el pasado, pero es bueno en su trabajo. Ahora está concentrado. Necesita que esta historia salga bien: está trabajando duro, pero no puede permitirse tener mala prensa.

Pete buscó un cigarrillo entre sus bolsillos.

—Entonces me estás diciendo... ¿Qué me estás diciendo?

Horowitz suspiró.

—Charlie Devlin es un hijo de puta malhumorado. Puede ser un verdadero bastardo. Es un tipo muy difícil, pero se lo debo. —Giró a la izquierda y Pete se empotró contra la puerta—. Mira, Wonicke. Tú querías hablar con él, ¿no? Pues esto funciona en los dos sentidos. No te pido que escribas nada que no sea cierto. Solo que le des un respiro. ¿Entiendes lo que te digo? ¿Has oído lo que te he dicho del problema del pasado? Pues tiene que limpiar la pizarra. Yo no puedo ayudarlo, porque estoy atrapado en esta maldita historia del fraude, y además no me quedará mucho más tiempo por aquí.

—Pero yo no le debo nada.

—No, tú no. Aún no. Pero es obvio que lo necesitas. Por algo me pediste verlo, ¿no? Devlin es el inspector jefe en el caso más importante que he visto en años.

—No es más que...

—Sé que aún no es una gran historia. Pero lo será, créeme. Tienes a dos niños muertos, sin testigos, y una mujer *sexy* que se ha tirado a media Nueva York. Si alguna vez va a juicio, será una puta bomba.

Pete pensó en eso.

—Tienes que entrar ahí. Y Devlin te necesita... o al menos a alguien como tú. Si no aceptas el trato, no tienes más que decírmelo y encontraré a alguien más.

Pete miró por la ventana. Mantuvo la boca cerrada.

Horowitz se detuvo en el aparcamiento del Tony's Diner y salieron. Mientras se dirigían hacia la entrada, un coche paró detrás de ellos y el conductor tocó el claxon. Horowitz levantó una mano y luego se volvió hacia Pete. Le habló sin mover apenas la boca.

—Déjame hablar a mí. Actúa como si estuvieras de acuerdo conmigo. Y ni una puñetera palabrota.

Vieron avanzar a Devlin por el estacionamiento como si se tratara de su propio patio trasero. Los alcanzó y estrechó lentamente la mano extendida de Horowitz.

—Arthur. Ha pasado mucho tiempo.

Se volvió hacia Pete y frunció el ceño. Horowitz dio medio paso adelante.

—Este es Pete Wonicke. El periodista encargado del caso Malone.

Devlin lo miró de arriba abajo, extendió la mano y apretó la de Pete.

—¿Wonicke? ¿Apellido polaco?

—Mi abuelo era polaco, sí, pero yo crecí en Iowa.

—Oh, oh.

Levantó una ceja hacia Horowitz, quien se encogió de hombros y extendió los brazos.

—Vayamos a comer, chicos.

Pidieron la comida y Horowitz preguntó:

—¿Cómo está Kate? ¿Y los niños?

Devlin asintió.

—Bien, bien. John y Mike están ya en la universidad. Mike se gradúa el año que viene. Y Tom todavía juega a fútbol americano. Esperamos que le den una beca.

Por un momento pareció un padre orgulloso cualquiera.

Horowitz se rio.

—Cómo pasa el tiempo, ¿eh? —Se volvió hacia Pete—. La última vez que los vi,

John y Mike estaban en primaria, y Tom... no estoy seguro de que a Tom le hubieran quitado todavía los pañales.

Devlin sacó dos fotos de su billetero.

—Esta es de los chicos. Del año pasado. Y esta es Kate con las niñas en uno de los pícnicos de la iglesia.

Pete estiró el cuello y vio a una mujer vestida con una camisa de color claro, y a dos niñas vestidas idénticas, de rosa, con unas trenzas perfectas y calcetines blancos largos.

Devlin sonrió a las imágenes de las fotos y las guardó con sumo cuidado.

Entonces Horowitz se inclinó hacia atrás, dio un trago a su cerveza y miró a Devlin por encima del borde de su copa.

—Pues cuéntanos, ¿cómo va el caso?

Él soltó una carcajada.

—¿Que cómo va el caso? ¿Y me lo preguntas así, delante de este tío que ni conozco?

—Charlie, Charlie. Te lo dije. Créeme. Tienes que hablar con él.

—Sí, me lo dijiste.

Hubo una pausa larga e incómoda, y luego Devlin señaló a Pete con su grueso dedo índice.

—Está bien. Esto es lo que va a pasar. Tú pones la grabadora y yo te cuento lo que sucede. Lo que no diga en la cinta no puede publicarse. ¿Lo entiendes?

Pete asintió.

Devlin lo observó un rato más. Entonces se echó hacia atrás en su silla, tomó un trago de té helado y se dirigió a Horowitz.

—Es todo basura. Los informes de las autopsias no resultaron nada concluyentes. La madre no habla, el padre tampoco. Ella dice que vio a los niños a medianoche y se durmió hacia las cuatro. Él estuvo en casa toda la noche, durmiendo hasta que ella lo llamó a la mañana siguiente. Eso es todo lo que han dicho.

Horowitz esperó hasta que les llegó la comida y la camarera se retiró.

—¿Crees que mienten?

Devlin gruñó con la boca llena de patatas fritas.

—Alguien miente, de eso no hay duda. ¿Tú has estado en ese barrio? —Siguió sin esperar una respuesta—. Cuando me asignaron el caso eché un buen vistazo al mapa. Tenía a dos niños desaparecidos, así que había que pensar cómo organizar la búsqueda. Vi lo cerca que el barrio quedaba de la Feria Mundial y me preparé para un trabajo largo y pesado. Pensé que tendría que entrevistar a cientos de testigos, sospechosos y turistas hasta llevar al hombre a la luna... Y entonces fui hasta allí.

Dio un mordisco a su hamburguesa.

—Esos bloques de pisos... están todos tan apretados que nadie puede entrar sin que se entere todo el vecindario. Si hubiera llegado un coche y hubiese aparcado junto al edificio, o si un extraño hubiese estado merodeando por allí esa noche,

alguien lo habría visto u oído o algo. Seguro.

Horowitz esperó. Disimuladamente, tocó el pie de Pete con el suyo, advirtiéndole de que se callara, convencido de que Devlin seguiría hablando.

—Hay algo extraño en la madre.

—¿Algo extraño? —se le escapó a Pete casi sin darse cuenta.

Horowitz le hizo una mueca, pero Devlin no pareció percatarse. Masticó lentamente, asintiendo.

—Su piso era un desastre. Estaba lleno de botellas de alcohol vacías y de cartas de hombres. Muchos hombres.

Negó con la cabeza.

—En cuanto la vi, comprendí que había algo que no iba bien. La forma en que miraba, el maquillaje de una pulgada de grosor, la melena roja siempre perfecta, la ropa que dejaba bien claro todo lo que el buen Dios le había dado... No era una madre afligida, sino una mujer que quería deshacerse de sus hijos porque se interponían en sus fiestas y en sus vicios. En su lista de amigos masculinos.

»Y eso no es todo. Su declaración tampoco estaba bien. Hay irregularidades en su descripción del tiempo. Tenemos a un par de testigos cuyas declaraciones la contradicen. Según ella estuvo en casa toda la noche, a excepción de los veinte minutos que sacó a la perra, poco después de medianoche. Pues bien, tengo un testigo que asegura que la llamó a medianoche y luego otra vez a las dos de la madrugada, y la segunda vez que llamó no había nadie en casa.

Estaba sofocado de tanto hablar.

—Me bastó una mirada para saber que sería un problema, y todo lo que he ido averiguando desde entonces no hace sino confirmarlo.

Negó con la cabeza y dio otro trago a su té helado.

—¿Sabes?, a veces este trabajo me pone enfermo. La mierda que desentierras hace que solo desees volver a casa y darte un baño caliente antes de sentarte a la mesa con tus propios hijos.

La presión sobre el pie de Pete había remitido, e interpretó que ya podía hacer preguntas, pero se había quedado completamente en blanco. No se le ocurría nada que decir.

Entonces Horowitz le sorprendió:

—¿Estás seguro de esto? ¿De lo que piensas sobre ella?

—Arthur, llevo trabajando en esto más de veinticinco años. He aprendido a prever. A intuir. Pregunta a cualquier poli. Todos aprendemos a oler la culpa. Y la de la señora Malone huele a perfume barato.

Pete se inclinó hacia delante.

—¿Vais a detenerla?

Devlin lo miró a los ojos por primera vez desde que se sentaron.

—Eso espero. Créeme, ahora mismo no hay nada que desee más que ver a esa zorra entre rejas. Me están presionando mucho con este caso... Pero aún no tenemos

nada concluyente. Necesito un testigo.

—¿De los asesinatos?

Devlin resopló.

—No caerá esa breva. Me conformo con alguien que la viera con los niños después de medianoche, contradiciendo su versión de que estaban en casa, por ejemplo.

Se tomó sus últimas patatas fritas y dijo:

—Necesito alguna prueba con la que desarmar su historia y estoy seguro de que la conseguiré. Estamos recabando mucha información. Tenemos a gente revisando cada declaración que nos ha llegado hasta el momento. Alguien dirá algo, seguro, pronto.

Dicho aquello, se acabó su té helado y se levantó, bloqueando con su voluminosa figura la luz que les llegaba de la ventana. Miró a Pete fija e intensamente y le dijo:

—Para la cinta, Wonicke, tenemos varias pistas prometedoras y tú serás el primero en saber cuándo procederemos al arresto.

Se subió el cinturón y se ajustó la corbata.

—Y ahora me voy a cazar a esa puta —dijo, dejando que el sonido de aquella última palabra resonara en el local como una bofetada.

A la mañana siguiente, Pete se despertó temprano, pero se quedó un rato en la cama pensando en Ruth Malone. En su imagen tras la ventana, como si estuviera atrapada. En cómo lo había mirado. No lograba borrar de su mente el recuerdo de aquel rostro: el movimiento de los párpados, el carmín de los labios. Notó que la piel le ardía y le dolía el pecho al recordarla.

Entonces pensó en la determinación de Devlin de encontrar un testigo. Parecía no tener ninguna duda con respecto a ella. Estaba tan seguro... Él, en cambio, no tenía la más mínima seguridad.

Al final se levantó de la cama, se vistió y se tomó un vaso de leche. Entonces regresó a la calle 72 y llamó a la puerta de la señora Malone por segunda vez, pero tampoco obtuvo respuesta. Le garabateó otra nota, la puso en el buzón con su tarjeta de visita y luego se sentó en el coche para observar el edificio. Estuvo así durante más de una hora. Nadie entró ni salió; no hubo el menor movimiento en las ventanas del primer piso. Observó la distancia que quedaba entre las ventanas y el suelo, y pensó en lo que Quinn había dicho: que Frank creía que los niños habían bajado por su propio pie.

Aquello le hizo pensar en Frank. Si no podía hablar con la señora Malone, tal vez sí pudiera hacerlo con su marido. Condujo hasta el periódico, llamó al aeropuerto y, después de que lo pasaran de un supervisor a otro, se enteró de que el turno de Frank acababa a las cuatro.

Pete llegó al aparcamiento a las cuatro menos veinte y esperó a que se abrieran las

puertas. Cuando vio aparecer a Frank, corrió para interceptarlo antes de que pudiera escapársele.

—¿Señor Malone?

—¿Sí?

Frank se llevó la mano a la frente, para protegerse del sol.

—Soy Pete Wonicke, del *Herald*. ¿Puedo robarle unos minutos?

Frank dejó caer su mano y miró a su alrededor.

—¿Aquí?

—Me gustaría invitarle a un café. ¿Le apetecería parar en algún bar, de camino a Kew Gardens Hills?

—Bueno... Sí, claro. Estaría bien.

Frank parecía un poco desconcertado.

—Magnífico. Se lo agradezco mucho, señor Malone. ¿Tiene aquí su coche? Iré detrás de usted, si le parece bien. Y cuando vea un lugar en el que le apetezca pararse, hágalo sin más, y yo le seguiré.

Frank parpadeó. Se aclaró la garganta.

—Hay un... esto... un Marty en la autopista. ¿Le parece bien?

—Perfecto. No se preocupe, yo le sigo —dijo Pete, corriendo ya hacia su coche.

Marty era un restaurante con adornos cromados, varias mesas y una barra que ocupaba el local de lado a lado. Pete fue directo hacia una mesa de la esquina, alejado del timbre de la cocina y del bullicio del mostrador.

Una camarera trajo dos menús y Frank le sonrió.

—Hola, Lisa. Tomaré una hamburguesa con queso y patatas fritas. Y una Coca-Cola.

—Claro, cielo. ¿Y para ti?

—Una Coca-Cola, gracias.

—¡Marchando dos Coca-colas!

Le guiñó un ojo a Frank y se dirigió a la cocina, balanceando las caderas y la melena al andar. Frank ni siquiera la miró; tenía los ojos clavados en la mesa y se arrancaba las pielecitas de un dedo.

—¿Viene mucho por aquí?

—¿Eh?

—Ni siquiera ha abierto la carta. Imagino que viene a menudo.

—Oh. Sí. Supongo. Me queda de camino a casa. Y yo no... Nunca me ha gustado comer solo. —Se sonrojó y se aclaró la garganta—. Pero dígame: ¿de qué quiere que hablemos?

Pete se inclinó hacia delante y lo miró fijamente a los ojos.

—Señor Malone, en el *Herald* lamentamos enormemente su pérdida. Lo que les sucedió a sus hijos fue una... una tragedia.

Frank asintió.

—Se lo agradezco, señor...

—Wonicke. Pete Wonicke. Una tragedia realmente terrible. Y queríamos hacer todo lo posible por ayudar a atrapar a quien fuera que se llevó a sus hijos.

Frank se pasó la lengua por los labios resecos.

—Gracias. ¿Quiere... quiere decir que... eh... su periódico desea ofrecer algún tipo de recompensa?

—Es una muy buena idea, señor Malone, y le aseguro que se la mencionaré al director. Pero yo estaba pensando en alguna forma con la que ayudarlo hoy. ¿Hay algún mensaje que le gustaría transmitir a nuestros lectores? ¿Algo que quiera decirles?

Frank pareció desconcertado.

—¿Como qué?

—Bueno, podría pedirles ayuda. O hacer un llamamiento público a través del periódico.

Frank lo miraba con el ceño fruncido y Pete comprendió que Quinn lo había calado bien: no era lo que se decía un tipo demasiado brillante.

Suavizó su tono de voz.

—Podríamos preguntar si alguien sabe algo o si vio alguna cosa ese día, por ejemplo. Yo podría ayudarlo a escribirlo.

Frank asintió lentamente.

—Por supuesto. Eso sería muy amable por su parte, señor Wonicke. Gracias. Muchas gracias.

De vuelta en la oficina, Pete se sentó a trabajar en la historia que ahora sabía que debía escribir. Una que incluyera la sospecha de Devlin de que había algo raro en Ruth Malone. Una que tuviera el matiz *sexy* que según Friedmann los llevaría a vender más periódicos.

Sacó las hojas de su máquina de escribir y las llevó a la oficina de Friedmann. Este leyó la historia, hizo un par de correcciones y asintió.

Cuando Pete salió de la oficina y se dirigió hacia los mecanógrafos, Horowitz le guiñó un ojo.

Más allá de las dudas que pudiera tener sobre la culpabilidad de Ruth, Pete necesitaba un punto de vista sólido desde el que escribir. Necesitaba la certeza de Devlin. Necesitaba creer en algo.

LO ÚLTIMO DEL CASO MALONE: NUEVAS PISTAS
(PETER WONICKE)

QUEENS, 12 DE AGOSTO. Según nos comunicó anoche una fuente fiable, la policía dispone de nuevas y alentadoras pistas sobre el caso de los dos niños Malone asesinados. El pequeño Frank Jr., de cinco años, y Cindy Marie, de cuatro, desaparecieron de su domicilio en la

calle 72 la madrugada del 14 de julio. Vivían allí con su madre, una camarera separada. A las 13.30 de ese mismo día, el cuerpo de la pequeña Cindy fue encontrado en un descampado de la calle 162, cerca de la calle 71, aproximadamente a un kilómetro de su casa. Había sido estrangulada.

El 25 de julio se halló el cuerpo en descomposición de su hermano junto a un estanque de la Feria Mundial de Nueva York. En su caso no se pudo hacer la autopsia debido a las pésimas condiciones en las que se hallaba el cadáver.

Frank Malone Sénior, un mecánico de aviones que trabaja en el turno de noche del Aeropuerto Internacional Kennedy, hizo ayer un nuevo llamamiento en busca de información. Durante la conversación que mantuvo con nosotros manifestó su más absoluto desconcierto. «No hace falta que le cuente cómo nos sentimos —dijo—. Si alguien en la ciudad, o donde sea, tiene alguna idea de lo que les sucedió a Frankie y a Cindy, por favor, que llame a la policía».

Mientras su exmarido hablaba con los periodistas, la señora Malone, una explosiva pelirroja, acudió una vez más a la comisaría de Fresh Meadows. Iba perfectamente maquillada, con pintalabios y rímel, y llevaba una falda azul a la última moda, tacones a juego y una blusa color crema de cuello redondo.

La señora Malone salió de la comisaría a las 16.50, acompañada por un amigo.

Durante los días siguientes, Pete no dejó de pensar en Horowitz. En la expresión de su rostro mientras evitaba explicarle cómo conoció a Devlin. En cómo esquivó su mirada mientras hablaban.

Y al final, una mañana decidió ir a la biblioteca pública a investigar. Le llevó un rato dar con los archivos adecuados —tuvo que retroceder más de ocho años—, pero al final encontró lo que Horowitz no le había contado.

Usó la antigua fotocopidora para hacer duplicados de los artículos periodísticos, y se fue de la biblioteca con las páginas dobladas en su cuaderno y los hechos claros en su mente.

No sabía bien para qué podría servirle aquella información, pero decidió guardársela, por si las moscas.

Pete no dejaba de pensar en lo que Friedmann le había dicho, eso de que toda historia necesita un villano. Le pareció que la policía no estaba buscando a más sospechosos. Se preguntó incluso si habían llegado a preguntar a Ruth Malone quién creía que podía haber cometido el crimen.

Tenía que hablar con ella.

Le dijo a Friedmann que tenía una pista y se pasó un par de días sentado a la entrada de su edificio, esperando.

Y, por fin, ella salió.

Se dirigía hacia su coche, con la cabeza inclinada, y ni siquiera lo vio.

—¿Señora Malone?

Su rostro parecía exhausto y demacrado bajo el maquillaje. Sus labios estaban agrietados, secos. No sonrió ni le preguntó qué quería. Solo esperó a que hablara.

—Señora Malone, soy Pete Wonicke, del *Herald*. ¿Me concedería unos minutos?

—¿Qué...? —Su voz se quebró, y ella se aclaró la garganta—. ¿Qué desea?

—Bueno, me gustaría conocer su versión de lo sucedido. Me preguntaba si tendría...

Ella no alzó la voz ni se enfadó ni apartó la mirada. Simplemente se detuvo en seco en la acera y dijo:

—No.

—Pero es importante...

—No me interesa. —Y luego, como una niña pequeña, añadió—: No quiero.

—Señora Malone, esta podría ser su única oportunidad de narrar su versión de los hechos.

Ahora ella le sonrió, pero fue una sonrisa fría, sin el menor rastro de humor.

—Lo dudo, sinceramente. Ustedes... —Apretó los labios—. Ustedes no hacen más que molestarme. —Sacó unas gafas de sol del bolso y se las puso—. Solo quiero que me dejen tranquila, señor como-se-llame. Déjenme en paz.

La voz le tembló ligeramente y ella se llevó la mano a la boca. Después subió a su coche y se marchó.

Él se quedó mirándola, esperando otra oportunidad. Ruth no solía salir mucho durante el día. Iba a comprar comida. Miraba escaparates con apatía. Una vez fue a la peluquería.

Las noches eran distintas. Salía siempre, todas las noches. Iba al Callaghan o al Santini, la mayor parte del tiempo con el mismo hombre: bajo, fuerte, con la piel cetrina y el pelo negro y graso. Trajes caros, cigarrillos. A veces salía con amigas, y una o dos veces lo hizo con otros hombres. Bebía demasiado, se reía demasiado

fuerte y se quejaba de que era demasiado pronto cuando los demás ya querían volver.

Los policías también la seguían. Cuatro, trabajando por turnos. Pete se acercaba a sus coches y les ofrecía cigarrillos o chicles. Ellos salían del coche, fumaban con él y charlaban sobre el caso que los tenía allí reunidos. Pete les preguntaba si avanzaban, si tenían algo que le pudiera servir. Hablaban mucho sobre Ruth Malone: bromas guarras, la mayor parte del tiempo. Nada que aportara luz sobre el caso.

—No falta mucho para que podamos acusarla.

—Serás el primero en saberlo cuando lo hagamos, Wonicke.

—Volveremos a seguirla mañana. En algún momento se romperá. Siempre lo hacen.

En más de una ocasión, alguien mencionó la obsesión de Devlin con el caso. Con Ruth. Pete se enteró de que Devlin tenía fotos de ella colgadas en la pared de corcho que tenía sobre su escritorio: docenas de ellas.

—Es como mi hermana menor con sus fotos de los Beatles —dijo un delgado policía irlandés llamado O'Shea—. Yo creo que solo quiere echarle un polvo.

Todos se rieron al oírlo, pero entonces uno de ellos, uno mayor, negó con la cabeza.

—No... Ella no es su tipo. Solo quiere que pague por lo que ha hecho. Oí que el jefe lo llamó para pedirle cuentas sobre las horas extras, y él dijo que las haría sin cobrar. —Miró a los demás y se encogió de hombros—. Bueno, no sé, eso es lo que oí. De todos modos, ya lo habéis visto: es como un perro preocupado por un hueso. No va a rendirse hasta que la vea entre rejas.

Estuviera donde estuviese, Ruth era en el centro de atención. Al principio Pete creyó que era por lo que le había pasado, por ser quien era, pero pronto comprendió que era más bien por lo que siempre había sido. Por su aspecto. Por su comportamiento. En los bares, rodeada de madres suburbanas y de divorciadas cuarentonas y agotadas, ella resplandecía. Resultaba imposible apartar la vista de Ruth.

Cuando bailaba, se movía, estiraba y contorneaba de una manera que permitía intuir todo su cuerpo, y lo hacía sosteniendo la mirada de los hombres entre la multitud, asegurándose de que sus ojos se mantuvieran fijos en ella.

Friedmann no dejaba de repetirle que le diera color a la historia, que la hiciera memorable. Bueno, Ruth tenía suficiente color para varios anuncios de neón, vidrieras y toda la Navidad. No hacía falta que él añadiera nada: todo lo que tenía que hacer era seguirla y hacer fotos con su cámara normal, y allí estaba ella: radiante como en una Kodak, iluminando todas las imágenes.

Y cuando ya había bailado lo suficiente como para eliminar —sudando— todo el alcohol, y cuando las luces centelleantes mostraban ya su rostro agotado y sus ojeras, Ruth se acercaba a la barra o hacía un gesto a alguna camarera que pasaba por ahí y le pedía otra ronda de bebidas, y luego otra. Era como si no pudiera soportar estar

sobria, ni siquiera por un momento.

Y cuando se hacía tarde, escogía a cualquier hombre y le prestaba toda su atención hasta lograr que la acompañara a casa.

Era lo mismo todas las noches. Nunca regresaba a casa sola.

Una de las camareras del Callaghan le dijo a Pete que conocía a Ruth desde hacía años, cuando aquello todavía era el Four Seasons y Kennedy seguía vivo. Era una mujer baja, robusta, con rizos color platino y unas líneas de frustración que le salían de las comisuras de los labios. Sus ojos revoloteaban de la puerta a la caja registradora, pasando por toda la barra.

—Oh, claro que me caía bien. Era una buena trabajadora. Y tenía algo especial. Podía sentarse con cualquiera, aunque fuera con un montón de hombres trajeados, y en cuestión de minutos ya los tenía riendo y pidiendo cócteles. Era brillante. Un verdadero chute de vida. —La mujer negó con la cabeza—. Cuando me enteré de lo sucedido, me negué a creer que ella tuviera algo que ver con el asunto, aunque nunca llegué a verla realmente como una madre, por cómo era, por cómo se vestía. —Se encogió de hombros—. Pero aun así...

Apagó su cigarrillo y encendió otro. Luego añadió:

—Pero entonces... Bueno, ella apareció por aquí solo cuatro días después de que enterraran al niño. Tan borracha que no podía tenerse en pie y ligando con todos los tíos que se le acercaran. Y sin derramar una sola lágrima. Ni una sola.

Dejó escapar el humo de su cigarrillo formando con sus labios una O rosada y pegajosa.

—Cambié de opinión sobre ella después de aquello, claro. Al día siguiente la llamé dos o tres veces para preguntarle cuándo volvería a trabajar. Obviamente, si podía salir a divertirse, también podría acudir al trabajo, ¿no? Bueno, nunca me devolvió la llamada. —Se encogió de hombros y añadió—: Entonces el jefe me dijo que le enviara un cheque con la paga de dos semanas y que le anunciara que estaba despedida. Y ahora mírela.

Hizo un gesto con la cabeza señalando hacia Ruth, que se movía lentamente sobre el suelo de la pista de baile, con los brazos levantados y los ojos cerrados.

—Quiero decir... ¿qué tipo de madre se comporta así?

El coche de Ruth estuvo en el mecánico una semana, lo cual hacía que seguirla resultara más difícil. Pete adquirió el hábito de aparcar en la esquina de su casa hacia las siete todas las mañanas, antes de que empezara su jornada, esperando a que ella saliera. Si doblaba por la calle principal, significaba que iba a comprar al supermercado. Si seguía recto, quería decir que iba a coger el autobús.

Una mañana salió vestida con un traje azul muy elegante y tacones bajos. Entonces no iba de compras.

Era el 20 de agosto. Habían pasado cinco semanas desde que se denunció la

desaparición de los niños.

El autobús llegó y Ruth se sentó en medio, junto a la ventana. Pete se puso dos filas más atrás, al otro lado del pasillo.

Ella no pareció darse cuenta de su presencia. No parecía darse cuenta de nada, en realidad. Se limitó a sostener el bolso en el regazo, con un cigarrillo entre los dedos y la cabeza mirando hacia el cristal empañado.

El autobús olía a sudor rancio, a laca de pelo y a los pies y los calcetines húmedos de la mujer que tenía a su lado, que se había quitado los zapatos.

El vehículo se detuvo con un gemido y la puerta se abrió.

Y entonces apareció la chica.

Avanzó por el pasillo y se sentó justo delante de Ruth.

Era joven, pequeña, esbelta, tenía las caderas y los pechos pequeños, y las pantorrillas y los brazos estilizados. Llevaba una sencilla blusa azul, la melena larga y brillante, y daba la sensación de que debía de oler a jabón y a algo dulce: helado de vainilla o polvos de talco.

Ruth se quedó mirándola fijamente. Pete la observó mientras ella mantenía la vista fija en la chica, que a su vez se había puesto a mirar por la ventana, con la piel blanca ligeramente sonrosada y la barbilla levantada. Estaba a medio camino entre la infancia y la madurez, pero no llevaba ninguno de los adornos propiamente femeninos: ni lápiz de labios, ni maquillaje, ni cigarrillos.

Pete miró a la chica y luego a la cara pálida de Ruth, y entonces se dio cuenta de que debía de estar pensando en su hija. Aquella chica podría haber sido Cindy de mayor.

Como sin darse cuenta de lo que hacía, como ajena a cualquier tipo de pensamiento consciente, Ruth extendió un brazo y acarició el suave algodón de la blusa de la chica. Tan suave como las flores en primavera. El tejido era muy fino y la piel de la chica se veía a través de él. Ruth le acarició entonces un mechón de pelo que le caía por el hombro como si fuera agua, notó su larga y fría suavidad, y observó cómo cambiaba de color según la luz que bailara sobre él.

—Oiga —dijo la chica, con la cara roja—. ¡Oiga!

Las manos de Ruth se levantaron, blancas y trémulas como pájaros.

—Lo siento. Lo siento mucho. Pensé... Te he confundido con otra persona.

Se levantó de un salto y avanzó a trompicones por el pasillo. Apretó el botón de parada, una y otra vez, hasta que el conductor le gritó que dejara el botón en paz mirándola por el espejo retrovisor.

Por fin llegaron a la siguiente parada. El autobús se detuvo y Ruth bajó a toda prisa mientras el conductor negaba con la cabeza.

La puerta siseó al cerrarse y el autobús se alejó de ella. Pete se dio la vuelta y vio su figura solitaria haciéndose cada vez más pequeña, mientras una calle larga y gris se abría paso ante él.

Estaba volviendo del desayuno cuando Friedmann apareció en la puerta de su oficina y le hizo señas para que se acercara.

—Siéntate, Wonicke. ¿En qué estás trabajando ahora?

—Bueno, en el caso Malone.

—¿Y nada más? —Friedmann negó con la cabeza—. No puedo permitirme el lujo de que sigas atrapado en eso. Tenemos muchas otras historias que necesitan atención.

—Señor, el caso todavía es noticia. Sigue habiendo dos asesinatos sin resolver.

—«Sin resolver» es la expresión clave, sin duda. Hasta que los policías arresten a alguien, no hay nada que podamos comunicar a los lectores. Nada que ellos quieran escuchar. ¿Crees que van a arrestar a alguien inmediatamente?

—No, pero...

—Pero nada. Si vuelves con un nuevo enfoque o nueva información ya hablaremos. Mientras tanto... Mira, has estado trabajando bien últimamente. Lo que escribiste sobre el padre en comparación con la madre fue un gran acierto. Pero ahora quiero que te ocupes del caso del ladrón de medias de Jamaica.

—¿El caso del qué?

—Lo sé, lo sé. El *Star* le puso ese nombre, y así se ha quedado. Es un tipo que lleva ya varios robos en las últimas semanas. Solo ropa interior femenina.

Se quitó las gafas y las limpió con la corbata.

—Todo tipo de ropa interior.

—Jesús.

Pete miró al escritorio de Friedmann, pensando. Como había dicho Horowitz, la historia de los Malone podía ser una bomba, y él quería estar allí cuando explotara. Quería ser el primero en escribir sobre el arresto o sobre la condena. Quería incluso —y aquí notó la adrenalina corriéndole por las venas— ser el responsable de destapar la prueba que señalara al culpable. Quería descubrir quién era el asesino.

—¿Y si vuelvo a hablar con los policías una vez más? Podría preguntarles si tienen algo nuevo...

—¿Estás hablando en serio? Acabo de decirte que no tenemos tiempo. Quiero que vayas a ver a Gluckstein y le preguntes por el caso del ladrón. Él ha hablado con una de las víctimas esta mañana; seguro que puede darte la información que necesitas.

Pete se levantó y se dirigió hacia la puerta. Puso una mano en el pomo y, casi sin darse cuenta de lo que hacía, preguntó:

—¿Y si consigo una entrevista de los padres? ¿De los dos juntos? ¿Una exclusiva?

Friedmann lo miró con el ceño fruncido.

—Por el amor de Dios, cuánta insistencia... Está bien, consígueme la exclusiva y entonces hablaremos. Pero tiene que ser pronto. Te doy veinticuatro horas, luego te exigiré que cubras cualquier otra noticia.

Pete llamó al aeropuerto y supo que el turno de Frank terminaba a las siete aquel día. Llegó al aparcamiento a las seis y media, vio a Frank salir del aeropuerto y lo siguió hasta el Marty.

—Hola, señor Malone. ¿Cómo está? ¿Quiere tomar algo?

—Oh, hola, señor Wonicke. Eh... Tomaré una hamburguesa con queso y beicon, y aros de cebolla.

Pete pidió para los dos y luego miró a Frank. Parecía haber perdido peso en la última semana. Tenía un trozo de barba junto a la oreja que había olvidado afeitarse.

—¿Cómo está, señor Malone?

—Bien, supongo. Es difícil, ya sabe.

Pete asintió.

—Por supuesto. Entiendo. Escuche, he estado pensando. Me gustaría mucho hacerles una entrevista, a usted y a la señora Malone, juntos. Este tipo de cosas siempre atrae el interés del público, y mantendrá a Cindy y Frank Jr. vivos en la mente de todos. Incluso podría provocar que alguien recordara algo nuevo o que surgiera algún testigo más. Ya ha sucedido otras veces.

—¿Ah, sí?

—Oh, sí, se lo aseguro. A menudo la gente no se da cuenta de que lo que ha visto es importante. No son conscientes de que incluso no haber visto nada puede resultar útil para la investigación.

Frank parecía confundido, así que Pete siguió hablando.

—¿Podría pedirle a su... podría pedirle a la señora Malone que hable conmigo?

—Podría intentarlo. Pero puede ser terriblemente cabezota.

Pete le ofreció una moneda para el teléfono.

—Llámela. Tal vez pueda venir ahora.

Frank dudó.

—Que ustedes dos hagan algo juntos podría marcar la diferencia. Nunca se sabe.

Frank volvió del teléfono un par de minutos después.

—No está en casa.

—Bueno. Pues empezamos sin ella por el momento. ¿Por qué no me habla de los días previos al... a la desaparición de los niños? El 12 y el 13, por ejemplo: ¿qué hizo esos días?

Frank suspiró.

—Ya pasé por todo esto. Con la policía.

—Lo sé, señor Malone. Pero ahora es para que lo recuerden nuestros lectores. ¿Quién sabe? Podría ayudar.

—Bueno. A ver, el lunes y el martes no tuve que ir al trabajo. El lunes llevé a los niños al parque. Era el día 12.

—¿Pasó algo raro mientras estuvieron allí?

—Bueno, Frankie se cayó del columpio y se hizo un corte en la rodilla. ¿Se refiere a esto?

—¿Habló con alguien mientras estuvo allí? ¿Vio a alguna persona que se comportara de un modo extraño o que rondara a los niños?

—No. Qué va. Nada. Vi a Nina Lombardo con sus hijos. Es vecina de Ruth. Nos saludamos. Y hablé con el del carrito de los helados. Compré unos polos para Frankie y Cin.

—¿Y luego llevó a los niños a casa de la señora Malone?

—Bueno, primero fuimos a mi casa. Acabo de mudarme; quería que los niños vieran mi piso. Les di un vaso de leche y les dejé ver dibujos animados mientras yo recogía la cocina. Los llevé a casa de Ruth aproximadamente hacia las seis o las seis y media.

—¿Y cómo estaba?

—¿A qué se refiere?

—Quiero decir... ¿estaba de buen humor? ¿Hablaron de algo?

—No, la verdad es que no.

Dio un trago a su refresco. Masticó el hielo. Paseó la vista por el local y acabó mirando por la ventana.

Pete se inclinó hacia delante.

—Me juego lo que sea a que se enfadó porque los niños se ensuciaron jugando en el parque, ¿verdad? Yo siempre volvía a casa con los zapatos y la ropa manchados de barro, y mi madre se ponía hecha una furia.

Frank esbozó una sonrisilla triste.

—Ruth odiaba que los niños se ensuciaran. Yo le decía que solo eran cosas de críos, pero ella se enfadaba muchísimo. —Él suspiró—. Esa tarde pidió a Frankie que abriera el grifo de la bañera para darse un baño. Dijo que tendría que lavarle el pelo a Cin y limpiar la rodilla de Frankie. Parecía molesta. Como si tuviera muchas más cosas que hacer.

—¿Se enfadaba a menudo?

—¿Quiere decir con los niños?

—Sí. ¿Les gritaba? ¿Les pegaba?

—Sí, cuando perdía los estribos. Tiene un temperamento de esos que explotan rápido y se calman también con facilidad. —Frank frunció el ceño—. Pero no creo que ella... Ella nunca les haría daño, señor Wonicke. Estoy seguro de que no sería capaz.

Sin embargo, su voz tenía una brevísima nota de duda. La camarera les trajo la comida y, cuando Frank le sonrió, Pete lo miró pensando en lo que había dicho. No sabía con certeza qué había hecho Ruth.

—Y después de dejar a sus hijos en casa de su esposa, ¿qué?

—Conduje durante un rato. Pensé en los niños. En la custodia. Me paré ante un bar, pero ni siquiera entré. En vez de eso volví a casa.

—¿Por qué no entró en el bar?

—No lo sé. Estaba cansado, supongo. A veces los niños me agotan. Fui a casa, me tomé un par de cervezas, vi a los Mets en la tele y creo que me quedé dormido hacia las once.

—¿Y qué me dice del día siguiente? El 13. ¿Qué hizo?

—Jugué al golf por la mañana. Había quedado a las siete, así que me levanté hacia las seis, me duché y salí. Recuerdo que estaba todo bastante tranquilo. No había mucho tráfico.

Ahora hablaba libremente. Quizá le fuera más fácil hablar de sí mismo que de los niños.

—¿Cómo es que quedó para jugar tan pronto? Era su día libre, ¿no? Podría habérselo tomado con más calma.

—Me gusta levantarme pronto, empezar bien la jornada. Mi padre siempre decía que la mañana era la mejor parte del día. Después hace demasiado calor. No me gusta salir con el sol por la tarde.

—De modo que hiciste unos hoyos. ¿Y cómo fue?

—Fue agradable. Pero el tío contra el que jugué, Ed, me dijo que en un par de ocasiones mi bola se había ido a China. Supongo que tenía razón.

—¿Por qué?

—Bueno, supongo que por el tema de la custodia. Estaba algo absorto. Ver a los niños el día anterior me había hecho pensar. Supongo que estaba preocupado.

—Lo entiendo. Tuvo que ser duro para usted: los niños y la separación.

Frank asintió. Empujaba la comida de un lado a otro en su plato. No lo miraba a los ojos.

Pete se inclinó de nuevo hacia delante.

—¿La separación fue idea de la señora Malone?

—Sí. Supongo.

Frank seguía con la cabeza bajada. Pete suavizó la voz.

—Es muy duro... ¿Le dijo por qué quería separarse?

Él se encogió de hombros.

—¿Hubo quizá alguna otra mujer?

La cabeza de Frank se movió rápidamente para negarlo.

—¿Cree que yo la estaba engañando? Ni hablar. ¡Ni hablar! ¡No fue eso lo que sucedió!

Pete levantó las manos en señal de disculpa.

—¿Qué fue entonces?

—Ella... La pillé. Con alguien.

Pete sintió que el pulso se le aceleraba. Eso no aparecía en ninguno de los informes.

—¿La encontró con otro hombre?

Frank tenía los ojos húmedos, y su voz era casi un susurro.

—Un día llegué a casa antes de la hora prevista. Tenía el estómago revuelto y mi jefe me dijo que me fuera a casa. Entré y oí ruidos. En el dormitorio. Ellos... ellos estaban...

—Lo siento, señor Malone.

—Él se limitó a recoger su ropa a toda velocidad y pasar corriendo a mi lado. Yo quise agarrarlo y luego darle una paliza de campeonato para que nunca volviese a acercarse a mi esposa o a la de cualquier otro. Pero no hice nada. Estaba tan... yo solo...

Su voz se rompió y él se pasó una mano por la cara. Parecía que se hubiera olvidado de la presencia de Pete.

—Ruth empezó a llorar. Pensé que estaba arrepentida. Fui hacia ella, y me gritó que la dejara en paz. —Frank levantó la vista—. La habría perdonado, ¿sabe? Yo no quería separarme. Pero Ruth...

Sus ojos se llenaron de lágrimas, y él parpadeó y tragó saliva. Pete le concedió un momento y luego preguntó:

—¿Es este el motivo por el que solicitó la custodia? ¿Porque se veía con otros hombres?

Frank asintió.

—Pensé... Pensé que el tío con el que la pillé había sido una historia de una sola vez, pero Frankie me dijo que... Bueno, me dijo que cuando se despertaban solía haber hombres en casa. Hombres distintos. —Negó con la cabeza—. No podía permitirlo. Dios sabe lo que habría provocado en los niños crecer en un ambiente así.

Pete apartó los platos, sacó sus cigarrillos, le ofreció uno a Frank y lo vio aspirar el humo, un poco tembloroso.

—¿Qué pasó entonces el día 13? Jugó al golf por la mañana y luego ¿qué?

—Em... Me fui a tomar una copa al club con Ed. Él se fue hacia el mediodía. Yo tomé un par de cervezas más, me comí un bocadillo y vi el partido en la tele.

—¿Lo vio entero?

—No. Me marché hacia las dos.

—¿A casa?

Frank suspiró.

—Me siento idiota al contar esto. No se lo dije a la policía. Pero supongo que al final tenía que salir.

Pete intentó parecer tranquilo al preguntarle:

—¿El qué? ¿Qué fue lo que hizo?

—Fui en coche hasta Huntington.

—¿Huntington?

—Sí. A Redwood Drive.

—¿Y por qué? ¿Qué hay allí?

Frank acabó su refresco y esperó hasta que la camarera se llevó el vaso.

—Hay un tío que vive allí. Salcito. Es amigo de Ruth. —Suspiró—. Pensé que...

ya sabe. Pensé que estaban liados. Que era otro de los que... Que ella se acostaba con él.

—¿Y qué tenía en mente mientras se dirigía hacia allí?

Frank se inclinó hacia delante, con los ojos llenos de lágrimas.

—Ella es mi esposa. Yo quería... supongo que quería darle una lección. Enseñarle lo que pasa cuando uno se acuesta con la esposa de otro hombre.

—¿Y qué pasó?

Una risa, repentina y áspera.

—¡Pues que el cabrón no estaba en casa! Aparqué en la calle, me infundí ánimos a mí mismo. Anduve por el camino de entrada y llamé al timbre. Una, dos veces. ¡No había nadie en casa! Oí que un perro ladraba en la parte de atrás, pero no abrió nadie.

—¿Qué hizo entonces?

—Me di la vuelta y me marché de allí.

—¿En qué pensaba?

—No lo sé. Al principio estaba enfadado. Después pensé que probablemente había tenido suerte de que no estuviera en casa. Podía haber estado con alguien. O tal vez tener una pistola. Yo qué sé. Podría haber pasado cualquier cosa si me lo hubiera encontrado.

—¿Adónde se dirigió entonces?

—Estuve un rato conduciendo por el barrio.

—¿Buscándolo?

—Creo que al principio buscaba el coche de Ruth. Quería asegurarme de que no estaba allí. Pero no lo vi. Había un montón de automóviles en esa zona, pero todos eran muy nuevos. Vehículos familiares, monovolúmenes... Ya sabe, coches de madres. Y la mayoría de ellos estaban muy brillantes, muy bien cuidados. Allí su coche habría llamado la atención.

»Un rato después, me di cuenta de que ya ni siquiera la estaba buscando. De que solo estaba conduciendo. Era un barrio agradable. Tranquilo. Con entradas de césped muy verde. El lugar ideal para criar a los niños.

»En cualquier caso —Frank se aclaró la garganta—, ella no estaba allí. Así que me fui a casa y me eché la siesta. Luego vi un poco la tele, y a eso de las ocho me entró hambre, así que me dirigí a Union Street. Allí hay un tío que tiene un puesto y prepara unas *pizzas* buenísimas. Compré una familiar de salami y me volví a casa a cenar.

—¿Se quedó en casa toda la noche?

»¿Señor Malone?

—No. Volví a salir para ir a Union. Fui a un bar que se llama Lakeside y me tomé unas copas.

—¿A qué hora salió de allí?

—Hacia las once. Quizá un poco antes.

—¿Habló con alguien?

—Con el barman, Al. Me conoce, he estado allí varias veces. Me recordará. Tomé ginebra. Hablamos sobre el partido de los Mets. Se acordará de ello.

—¿Suele beber ginebra?

—No. Me apeteció variar.

—Muy bien, ¿y entonces qué? ¿Qué hizo cuando dejó el Lakeside?

—Conduje un rato más.

—¿Adónde fue?

Silencio. Y entonces:

—Fui a casa de Ruth. Conduje hasta allí y aparqué fuera.

—¿Cuánto tiempo estuvo allí?

—No lo sé. Quince, veinte minutos. Había una luz encendida en el dormitorio y otra en la sala de estar.

—¿Salió del coche? ¿Habló con ella?

—No.

—¿Vio a alguien mientras estuvo allí?

—No.

—Y si no fue a ver a Ruth ni a los niños... ¿para qué fue?

—Supongo que para conseguir pruebas. Para el caso de la custodia. Pensé que quizá estaba allí con otro hombre. Quería asegurarme de que los niños estuvieran bien y...

—¿Y qué?

Otro suspiro.

—A veces iba, sin más. Aparcaba y me quedaba ahí sentado. Quería estar cerca de ella, supongo. Cerca de Ruth. Y también de mis hijos. Ella es mi esposa. Esa es... era mi familia.

Frank extendió las manos y miró a Pete.

—Estoy viviendo en una pensión de mierda con otros tres tíos. El baño apesta y la cocina es un desastre. Por eso nunca ceno en casa. Nadie limpia. Nadie arregla los desperfectos. La bombilla del pasillo se estropeó hace diecinueve días, y aún nadie la ha cambiado. Diecinueve días. Los cuento, cada mañana.

»Así vivo ahora, y echo de menos mi antiguo hogar. Echo de menos a mi esposa. A mi familia. A veces me acercaba al edificio para estar cerca de ellos, sí, ¿y qué? Eso no es un crimen.

Hubo otra pausa, y luego Pete preguntó:

—¿A qué hora se marchó de allí?

—A las once y media; doce menos cuarto, tal vez.

—¿Y qué hizo?

—Como ya le dije a la policía, me fui a casa, me metí en la cama y no me desperté hasta que Ruth me llamó por la mañana.

Pete volvió al edificio de Ruth la noche siguiente. La vio subir a un taxi y la siguió hasta el bar Gloria; había sido un local muy de moda en el pasado, cuando lo inauguraron: alfombras para la cola y porteros jóvenes y fuertes. Más adelante, cuando dejó de ser la novedad, ya no se formaban colas y los porteros fueron reemplazados por un hombre mayor, con los ojos vidriosos y la nariz rota; y al final incluso él desapareció.

La noche en la que Pete entró, la acera estaba muerta. No había nadie en la puerta y por supuesto tampoco ninguna cola. Por no haber, ni siquiera se veían vagabundos en la calle pidiendo monedas. Había tan poco tráfico por la zona que no les compensaba estar allí.

Vio a Ruth de inmediato. Ella lo miró, desconcertada, como si lo reconociera a medias, y luego volvió a dedicarse a su bebida. Estaba sentada sola, junto a la barra, pero al otro lado del local había dos polis. Ruth seguía lanzando miradas lánguidas, contemplándose las uñas, observando desde el otro lado de sus pestañas a todo aquel que se le acercara. Pete ya la conocía lo suficiente como para adivinar que iba por su tercer *whisky* escocés. Casi borracha.

Ella se inclinó sobre la barra e hizo un gesto al camarero para que se le acercara.

—Otro, Hud.

Ambos, Hud y Pete, la miraron fijamente y hubo un momento en el que Pete pensó que el barman iba a decir algo. Pero aquel instante pasó, como lo hacen todos los momentos, y Hud se limitó a encogerse de hombros y a servirle la bebida en silencio. Ella levantó su copa hacia los dos policías que estaban al final de la barra, se la bebió de un trago y se volvió hacia la sala.

Se apoyó sobre los codos, descansando su peso en la barra, y arqueó la espalda hacia atrás. Su melena se movió ligera, brillante. Su piel era mate y sus ojos, enormes.

Mientras él la contemplaba, Ruth bajó la vista. Se humedeció los labios con la punta de la lengua y cruzó las piernas.

Ruth le recordaba al gato que vivía en el piso de enfrente: un felino pardo que se pasaba horas mirando a los pájaros que se posaban en el pequeño platanero del patio interior. Y es que ambos recorrían su espacio con ojos dorados: ambos lo poseían.

Y entonces apareció su presa.

Un fanfarrón trajeado, con el pelo liso y un hoyuelo en el mentón, empujado hasta ella por las risotadas de sus amigos. Ella sacó un cigarrillo, él un encendedor, y ambos empezaron la conocida danza. Ella se inclinó hacia delante, en dirección a la llama, y él posó los ojos en la V que formaban los pechos de ella, y en la forma en que emergieron cuando Ruth se echó hacia atrás otra vez.

Él sonrió, se acercó más a la barra y alzó la barbilla; el barman estaba allí, fino como una larga vara de madera pulida.

—Ponme lo que sea que esté tomando la dama —dijo, sin dejar de mirarla a ella—. O mejor, que sean dos.

Un billete apareció entre sus dedos y desapareció a cambio de las copas. Mientras él levantaba la suya, los ojos de Ruth se deslizaron brevemente hacia Hud, que la observaba con rostro solemne. O quizá no fuera solemnidad, sino el guiño de un amigo.

Ambos bebieron. Él le dio un nombre y ella le ofreció otro a cambio. Entonces, Ruth miró hacia los rostros borrosos de los amigos, que lo jaleaban aullando como perros y golpeando la mesa, y se volvió hacia él, sonriendo.

Al cabo de un rato fue Ruth quien llamó la atención del barman.

Este preguntó:

—¿Qué os pongo, amigos?

Ella se dirigió al tipo del traje:

—Ahora eliges tú. La de antes la he escogido yo. Quiero saber lo que te gusta.

Él le sostuvo la mirada, pero aún no estaba lo suficientemente borracho como para vacilarle o mentirle. Ni de lejos. Así que Ruth bebió y esperó.

Lo que tomaron en las siguientes rondas resultó ser indiferente, según observó Pete, pues ya solo se trataba de tener algo que hacer con las manos. Ruth levantó los ojos hacia el barman y pidió otras dos copas sin abrir la boca, pero esta vez no hubo ni sonrisa ni conspiración con Hud, pues para entonces sus cabezas ya estaban embotadas, tanto la de Ruth como la de su amigo, y el resto del bar no era más que ruido, luz y figuritas de fondo.

Para entonces lo más probable era que ella ya supiera que la mujer de él no lo entendía, y que él pensara que el marido de ella era un imbécil, y ambos sabían lo que iba a suceder, pero los dos sabían que aún tenían que esperar un poco. Un poco más. Aquel era el momento de la dulce anticipación, de las bromas deliciosas, del rubor de la confianza, de la sangre bombeando en las venas. Aquel era el momento en el que uno entendía para qué servía ser joven y guapo, y estar vivo.

Él se excusó brevemente para ir al baño y ella se dio un poco la vuelta para no tener que verlo pasar junto a la mesa de sus amigos y cruzar sonrisas y palmaditas. Y Pete la vio sujetarse con fuerza a la barra y clavar las uñas en la madera.

Cuando regresó, él se sentó un poco más cerca de ella y pidió una botella de *whisky*, directamente, para el camino, porque aquí hay demasiado humo para tus ojos, nena; y eso la hizo reír en voz alta, pero luego él la rodeó con el brazo y ella dejó de reírse y lo miró.

Se levantaron, se fueron y Pete los siguió. Necesitaba saber cómo se comportaba Ruth cuando creía que no la observaba nadie.

Los siguió a casa, y la policía fue detrás de él. Puso una mano suavemente en el volante y apoyó el otro brazo en la ventana, con el codo doblado y la mano cayendo hacia el suelo. Luego extendió el brazo hacia fuera, separó los dedos y dejó que el cálido aire de la noche jugueteara entre ellos.

Cuando llegaron a un semáforo, distinguió a las dos siluetas del coche de delante recortándose contra las luces de neón, y vio que él le rodeaba los hombros con el brazo y ella se recostaba sobre él. Continuó mirándolos cuando la oscuridad se abrió paso en sus siluetas y el espacio entre ambos desapareció.

Cuando llegaron a la calle 72, Pete condujo hacia un lado y estacionó algo apartado. Aun así, los vio entrar en la casa, Ruth envuelta entre los brazos de él y mirándolo a la cara.

Encendió un cigarrillo y, al otro lado de la ventana, vio el breve estallido de luz que se producía al encender una lámpara, y luego la delgada figura de Ruth recortándose en la ventana antes de bajar las persianas.

Imaginó el calor oscuro de la habitación, el brillo dorado de la lámpara. Tal vez ella pusiera un disco de Sinatra en el tocadiscos. Él parecía el tipo de hombre que apreciaba esa voz ronca y melódica, que cubría de anhelos las palabras.

Tal vez se excusara para ir a refrescarse y luego preparara un par de copas, se sentara cerca de él y esperaba a que diera el primer paso, pues sabía que a los hombres les gustaba abrir ellos el fuego, aunque ella llevaría ya un rato diciéndole que quería que lo hiciera, con los ojos, la boca y un delgado dedo jugueteando dando vueltas sobre el borde del vaso.

Pete salió de su coche y se dirigió hacia el edificio, notando los ojos de los policías clavados en su espalda, pero sin que le importara lo más mínimo. Caminó hasta las ventanas de la planta baja, pero no oyó nada en el interior, así que siguió caminando, por el lado del edificio y luego por la parte de atrás. No acababa de comprender lo que estaba haciendo: solo sabía que tenía que estar cerca. No había más luces encendidas y tuvo que mirar con cuidado dónde ponía los pies. Y fue así, mirando hacia el suelo, como la vio.

En el sótano había una ventana parcialmente abierta. No era más que una rendija, unos cinco centímetros, pero suficiente para meter los dedos y abrirla. Lo hizo y, entonces, se coló dentro del edificio y cerró tras él. El sótano olía a jabón de lavadora, a Marlboro y a polvo, y él se abrió paso a tientas hacia la pared, en busca de un interruptor de la luz. La encendió solo un segundo para orientarse y vio que había un viejo sofá contra una pared, una pila de cajas, montones de revistas y toda una fila de botellas de cerveza vacías en el suelo.

Volvió a apagar la luz, se dirigió al sofá y se tumbó. Dejó que los ojos se le adaptaran a la oscuridad. No podía oír nada del piso que tenía encima, solo distinguía el leve movimiento de un insecto y los suaves crujidos del edificio preparándose para pasar la noche.

Entonces percibió un crujido más fuerte y algo que bien podría haber sido un gemido. Los imaginó juntos: Ruth enroscaba los dedos en el pelo de él y empujaba el cuerpo contra el suyo mientras ambos se balanceaban en el sofá, y dejaba que sus gemidos se convirtieran en súplicas incoherentes, por favor, por favor, mientras él la miraba con ojos ardientes y empezaba a desabrocharse el cinturón.

Pete oyó un ruido sordo cuando ella dejó caer los zapatos y luego unos pasos mientras lo conducía a la habitación a oscuras. Otro gemido, esta vez por parte de él, y Pete la imaginó sonriendo en la oscuridad porque sabía que ya lo tenía. Silencio de nuevo. Lo más probable es que ella estuviera desvistiéndolo despacio. Seductoramente.

Imaginó la voz suave de Ruth en la oscuridad, su risa mientras susurraba. «Es más divertido así, a oscuras, ¿no te parece? De este modo —caricia— nunca sabes de dónde saldrá el siguiente movimiento —lametazo—, ¿lo entiendes?». Y se reiría en voz baja y ronca al ver que él no podía ni hablar, y se quitaría el vestido y las bragas, pero se dejaría las medias puestas porque no había nada como el susurrante roce de la seda contra la piel y, como si esa fuera a convertirse en la noche más memorable de su vida, tenía que trabajar con todos los sentidos.

Pete oyó jadear al hombre, lo oyó suplicar y gemir, y entonces, muy suave, la voz de Ruth hizo una pregunta. Y desde el piso de arriba le llegó un gritito de «Sí, sí, sí, joder, sí, hazlo, nena, hazlo» y hubo un crujido cuando él entró en ella y dijo: «Oh, Dios», y luego «Joder, sí, joder», y entonces ella se incorporó de nuevo y esta vez él fue más listo y se lo dijo todo antes de que ella tuviera que preguntárselo. «Eres la mejor, nena, y este es el mejor polvo de mi vida, joder», y entonces ella galopó sobre él y él gritó en su pelo y en su cuello, y ella lo sostuvo mientras él se estremecía y gemía, aún caliente, y luego todo quedó en silencio.

Ruth despertó y permaneció en silencio mientras él dormitaba con su brazo sobre ella. Ella le acarició suavemente el vello del brazo y se inclinó hacia él para sentir su calor y pensar en lo que le contaría a Gina más tarde. Pobre Gina. Seguramente habría salido con Mick, lo cual significaba un triste bistec de dos dólares en Arnie y, después, Mick corriéndose encima de ella con la cara roja y sin aliento, mientras Gina suspiraba y gemía debajo de él. Le diría que se despertó con él, pero que estaba pensando en ella y se reirían como niñas pequeñas. Gina preguntaría: «¿Era guapo?», y ella le diría: «Sí, claro, oscuro como Elvis y con ojos como los de Paul Newman» o alguien así, aunque en el fondo pensaría: «¿Y eso qué más da?».

Se desperezó y sonrió, porque él le había dicho que era el mejor polvo de su vida.

Había trabajado duro: tocándolo, guiando sus manos por las partes que deseaba sentir, dejándole oler su pelo recién lavado, el perfume de sus muñecas, el sabor de su lengua con enjuague bucal... Lo había dado todo, lo había hecho todo bien para que él dijera que la quería.

No soportaba estar sola. No debía estar sola. Y él la deseaba tanto que... ¿cómo no iba a querer quedarse?

Así que cerró los ojos y soñó que él le decía que la amaba, que cuidaría de ella, y durmió hasta que él retiró las sábanas y se vistió y le dijo en un susurro, como si estuvieran en la iglesia, que tenía que volver a casa porque los niños se levantarían

pronto y que ella ya sabía que estaba casado, ¿no?, y que entonces por qué lo miraba así y que aquello no había sido más que un poco de diversión y que ya la llamaría, ¿vale?

Se marchó sin pedirle el teléfono. La puerta se cerró de golpe y un coche se puso en marcha, y ella se quedó acostada en la penumbra, apenas iluminada por el resplandor que le llegaba de la sala de estar. Inmóvil, como si quisiera conservar el calor quedándose quieta. Entonces se armó de valor y bajó la mirada.

El estómago flácido y desnudo, las estrías, los muslos con marcas llenas de historias, una erupción en la pantorrilla, un trocito sin depilar junto al tobillo, los pechos caídos hacia los lados, y ese olor amarillo y acre.

«Como una perra en celo. Como una puta».

Era asquerosa. Era un monstruo.

Dobló las piernas y se puso de lado. A esas alturas ya imaginaba que los policías habrían intervenido su teléfono y seguramente también habrían puesto micrófonos en su casa, de modo que permaneció en silencio porque no quería dar a nadie la satisfacción de oírla llorar.

Lo único que podía hacer era abrazarse fuerte y esconderse y esperar que algún día el mejor sexo que fuese capaz de ofrecer fuera lo suficientemente bueno como para lograr que alguien se quedara con ella. Porque no podía estar sola. Porque no tenía nada más que ofrecer.

Pete llamó a Devlin y le preguntó si podía invitarlo a comer. Se encontraron en el Tony's Diner, como la otra vez. Todo fue igual, de hecho: Devlin llegó tarde y no se disculpó por ello, y cuando empezaron a charlar se mostró más confiado y seguro de sí mismo que nadie que Pete hubiera conocido antes. Este le mencionó que había hablado con Frank, y Devlin se limitó a gruñir mientras masticaba un bocado de chuleta de cerdo.

—Parece buena persona. Está preocupado por su familia y todo eso. Hablamos de sus movimientos en los días previos a la desaparición de los niños...

Devlin ladró una risotada.

—¿Sus movimientos? ¿Ha estado viendo *Perry Mason*, hijo? —Le dio un trago a su refresco—. ¿Cree que no los repasamos ya? Está usted perdiendo el tiempo, Wonicke. Déjenos a nosotros las coartadas y los «movimientos». —Marcó unas comillas en el aire con los dedos—. Y vuelva a su trabajo.

Sus ojos se clavaron en Pete y pareció como si lo hiciera queriendo. Luego continuó:

—Frank Malone no es más que un hombre que perdió a su esposa e hijos. Era un padre como cualquier otro; no haría daño a esos niños. No está en su naturaleza.

Apartó su plato y se limpió la boca.

—De todos modos, había solicitado la custodia. Quería que los niños vivieran con él. Y probablemente la habría obtenido: tenía un trabajo estable, una vida tranquila. A diferencia de la madre. ¿Por qué iba a matarlos si quería que vivieran con él? No, la culpable es ella. Lo sé.

Pete cambió de tema.

—Cuando nos vimos la otra vez, usted mencionó que tenía un testigo que afirmaba haber llamado a la señora Malone a las dos de la mañana del día que desaparecieron los niños, y nadie respondió.

Devlin se echó hacia atrás y buscó un palillo.

—Cierto.

—¿Podría saber su nombre?

—No, no podría. Esto no es para el periódico. Nos lo guardamos para el juicio.

—No lo imprimiré. Es solo curiosidad.

Devlin lo miró largamente.

—Su nombre es Salcito. Pero no hablará con usted. —Siguió antes de que Pete pudiera decir nada—: Tengo otra información que sí puede publicar.

Pete destapó su pluma. Esperó.

—La señora Malone está buscando trabajo.

Devlin desenvolvió el palillo de dientes y se puso a hurgar en las muelas. Su voz sonaba húmeda y distorsionada por la tensión en los labios.

—¿Qué piensa de eso? No han pasado ni seis semanas desde que sus hijos fueron asesinados.

Dejó el palillo sobre la mesa. Pete intentó no mirarlo.

—Ni siquiera solicita ya puestos de camarera. Quiere ser secretaria, ¿sabe usted?, o recepcionista, o cualquier trabajo elegante por el estilo. Cree que va a poder moverse por el mundo, ahora que no tiene hijos que la retengan. —Sonrió—. Pero no irá a ninguna parte.

Pete lo miró: su gesto satisfecho, su sentido de la rectitud.

—¿A qué se refiere?

Su sonrisa creció aún más.

—Cada vez que recibe una oferta, ya sea para hacer una entrevista, ya directamente para un trabajo, la persona que se pone en contacto con ella recibe a su vez una llamada nuestra o incluso una visita. Nos aseguramos de que descubran la verdad sobre la basura que están a punto de contratar.

A finales de agosto, Ruth solicitó un empleo como secretaria ejecutiva en una agencia de publicidad de Long Island. Pete la siguió una mañana, fijándose en el modo en que bajaba la cabeza al salir del coche. Se sentó en el aparcamiento y la vio entrar. Al cabo de un rato salió, encendió un cigarrillo y se alejó.

Entonces entró él. Solo para echar un vistazo.

Era una oficina agradable: luminosa, con flores en la recepción. Entró para preguntar cómo se llegaba a la autopista, fingiendo que se había perdido. Miró a su alrededor, representando el papel de turista despistado, y preguntó a qué se dedicaban en la agencia. En aquel momento apareció un hombre al rescate de la chica. Ella dijo: «Aquí está el señor Beckman, pregúnteselo usted mismo», le dedicó una sonrisa y se desentendió de él con amabilidad.

El hombre estrechó la mano de Pete y se presentó como Paul Beckman. Le habló de algunos de los productos en los que trabajaban, bromeó acerca de un lema que estaba escribiendo para una nueva marca de pasta de dientes y por fin le indicó el camino de vuelta a la autopista. Parecía un buen tío.

Cuando Pete volvió a su coche, vio llegar a la policía. Quinn conducía y Devlin iba sentado en el asiento del copiloto, con el codo apoyado en la ventana y la mandíbula apretada.

Aquella misma noche, en el McGuire, el encuentro de Devlin con Beckman ya se había convertido en una historia épica. Cuando Pete entró en el local, Quinn acaparaba toda la atención de uno de los reservados mientras les contaba la anécdota a un tipo flaco y pelirrojo llamado Henriksen y a un policía de pelo rubio y la cara cubierta de acné cuyo nombre desconocía. Ambos le hicieron un gesto con la cabeza

mientras se sentaba.

—Así que entramos directamente, como hacemos siempre —estaba diciendo Quinn—. El tío que nos atiende es superamable y nos ofrece un café. Entonces el sargento le suelta su pregunta: «Hoy ha entrevistado a una chica, ¿verdad?», y el tío le dice que sí, que lo ha hecho, y lo mira con curiosidad. Devlin le pregunta si pensaba ofrecerle el trabajo, y el hombre frunce el ceño, se sirve una taza de café, se toma su tiempo y nos responde: «¿Y puedo preguntarle por qué quiere saberlo? ¿En qué le afectan a usted mis decisiones?». Ahí, con un par. ¿Os lo podéis creer? Es decir, ¿no os parece superfuerte?

Henriksen soltó una carcajada, aguda como la de una niña pequeña.

—Y entonces... ¿qué le dice el jefe?

—¿Que qué le dice? Bueno, al principio se queda mudo. Me juego lo que sea a que hacía años que nadie le hablaba así. Espera un minuto, yo creo que para ver si el tío añade algo más, pero cuando ve que no, que no dice nada, continúa: «Puede que le haya dicho que se llama Ruth Kelly. Bueno, ese es su nombre de soltera. El de casada, su verdadero nombre, es Ruth Malone».

—¿Y qué sucede entonces?

—Pues que el hombre sigue mirándonos en el más absoluto silencio. Esperamos un minuto más y yo le digo: «¿Le suena? ¿Le resulta familiar? Quizá haya oído hablar de ella...». Pero nada. El tío sigue ahí callado, mirándonos y tomándose su café. Como si esperara que dijéramos algo más.

»Entonces el jefe suspira, se remueve en su asiento y se pone en plan “Vale, tío, te lo voy a deletrear para que me entiendas”; lo mira a la cara y le suelta: «Amigo, la mujer que ha entrevistado esta mañana es sospechosa de asesinato. Creemos que ha matado a sus hijos». ¡Y el hijo de puta se queda ahí tan pancho! Como si le hubiéramos dicho que en la calle estaba lloviendo.

»Pero, bueno, después por fin abre la boca. ¿Y sabes lo que nos dice? “¿Y por qué me cuentan esto?”.

Henriksen miró hacia los lados, con los ojos como platos.

—¿No flipáis?

El poli rubio movió la cabeza y dijo:

—Lo que sucede con las personas es que nunca se comportan con la sensatez que uno espera. —Se volvió hacia Henriksen—. Como esa fulana loca de Forest Hills del mes pasado, ¿te acuerdas?

Henriksen asintió y esbozó una sonrisa.

—No podré olvidarla en mi vida —dijo, y volviéndose hacia Quinn, añadió—: Recibimos una llamada de denuncia de una pelea doméstica. Un vecino nos alertó de que estaba oyendo los gritos de una mujer y el ruido de algunos muebles chocando contra la pared; ese tipo de cosas. Así que nos dirigimos hacia allí, llamamos a la puerta y, como era imposible que nadie oyera una mierda con aquel follón, entramos a la fuerza. El lugar estaba hecho un desastre: había sangre por todas partes, cristales

rotos, sillas destrozadas... Resulta que el marido había estado en Vietnam y había oído el rumor de que su esposa había estado follando sin parar mientras él estaba fuera, así que decidió darle una lección. Le rompió dos o tres dientes, y creo que también el brazo. Tuve que abalanzarme sobre él para que la dejara en paz, y el cabrón me dio una hostia a mí también.

El rubio siguió con la historia:

—Total, que lo esposamos, y la mujer empezó a gritarme como una loca, ¿te acuerdas? Decía: «¿Qué hacen? Pero ¿qué están haciendo? ¡No se lo lleven!». Y yo le dije que no lo arrestábamos por lo que le había hecho a ella, al fin y al cabo eso no era más que una disputa doméstica, sin testigos, sino por lo que le hizo a Henriksen. ¡Y entonces esa puta loca saltó sobre mí y cuando traté de apartarla me mordió!

Soltaron unas buenas carcajadas. El rubio se remangó la camisa, Pete alargó el cuello y vio una marca circular roja en su antebrazo.

—¡Tuvieron que ponerme la maldita vacuna contra la rabia! El médico me dijo que las mordeduras de humanos son peores que las de animales. Total, que al hombre le pusimos una multa por dar un puñetazo involuntario a un policía, y a ella la metimos seis meses en la trena por agresión. La verdad, espero que él se haya buscado otro culo para cuando ella vuelva a casa. ¡Así pagará por lo que nos hizo a él y a mí!

Más risas.

Un rato después, cuando ya estaban todos más calmados, Quinn habló de nuevo:

—Pues volviendo al tío de esta mañana, como os decía, va y pregunta: «¿Y por qué me cuentan esto?». Os aseguro que el jefe no sabía ni qué decir. ¡Ni yo tampoco! Y entonces añade: «¿Hay algo más de lo que quieran informarme?». ¡Como si contarle que acababa de contratar a una asesina de niños no fuera suficiente!

—Joder. ¿Y qué le dice el jefe entonces?

—«Pensamos que debía saberlo, señor».

El policía rubio se rio.

—Me gusta eso. «Señor».

—«Pues perfecto, ahora ya lo sé», le dice el hombre, y añade: «¿Y exactamente qué esperan que haga al respecto?». Nos lo pregunta como si acabáramos de decirle que hay una rata en su puto garaje. Como si esto no tuviera nada que ver con él. Entonces el jefe se le acerca mucho y le dice: «Tal vez no haya entendido de qué tipo de persona se trata... Tal vez no se lo hayamos dejado lo suficientemente claro». Y él apura su café, se pone de pie y nos dice: «Han sido muy claros, descuiden. Gracias por venir. Y ahora, si me disculpan, caballeros, tengo otra reunión».

—¡No jodas!

Henriksen asintió.

—A-co-jo-nan-te.

—Y eso es todo. Antes de poder abrir la boca, nos planta en la acera y ahí nos quedamos, como un par de payasos, mirándonos el uno al otro sin más. ¿Y sabes lo

que dice el jefe? Me dice: «Este tío se cree que ha hecho su buena acción del año. Se cree que tiene un elevado concepto de la moralidad. Pero todo hombre tiene sus límites, créeme, y voy a encontrar el suyo. Y cuando lo haga, Quinn, cuando lo haga... ambos se arrepentirán de lo que acaba de pasar ahora mismo. Ambos. Él y la puta».

Pete miró la expresión dura de sus caras, sus ojos entornados, sus ceños fruncidos.

Al día siguiente consiguió que Janine llamara a la oficina de Beckman para informar de que el periódico estaba escribiendo un artículo sobre el perfil de los ejecutivos que trabajan en empresas de áreas en crecimiento. Ella puso los ojos en blanco, pero Pete le sonrió y le prometió invitarla a desayunar un día.

Cuando colgó, le leyó lo que había apuntado. Beckman tenía cuarenta y pocos años, llevaba nueve en la empresa y había dejado esposa e hijos en Delaware cuando se trasladó a Nueva York seis meses atrás.

Durante las semanas siguientes, Pete volvió varias veces a Long Island y comprobó que Beckman salía a comer con Ruth una o dos veces por semana. Parecía que le gustaba. Siempre iban al mismo restaurante y comían a la misma hora: las doce y cuarto. Un día, Pete entró tras ellos y pidió que le dieran una mesa cercana a la suya, pero algo esquinada. De este modo, Ruth no lo veía a él, pero Pete se enteraba de todo lo que decían. Hablaron sobre todo de trabajo y, en un momento dado, sobre una película que ambos habían visto. Él parecía fiarse de ella. Confiar en ella.

Los vio salir juntos. Vio como ella movía las caderas bajo su falda. Como el sol se fijaba en su melena y le confería un brillo dorado al ondularse. Y como su rostro cambiaba por completo al mirarlo a él. Parecía en cierto modo más grácil, las líneas y las sombras se suavizaban, y sus ojos brillaban.

Pete tenía otras tareas, pero se aseguraba de estar en el restaurante casi todos los días al mediodía, siempre lo suficientemente cerca de ellos como para oír lo que decían, pero sin que lo vieran. Se convenció a sí mismo de que estaba siguiendo los acontecimientos de un caso, pero después de más o menos una semana ya sabía que aquello se había convertido en algo más para él. La echaba de menos los días que no la veía.

A mediados de septiembre, Beckman le dijo a Ruth que le habían renovado el cargo de ejecutivo dos años más y que iba a mudarse, porque el piso que le había puesto la compañía empezaba a quedársele algo pequeño. Dijo que necesitaba más espacio.

Unos días más tarde, ella le dijo que tenía algo para él. Pete la oyó rebuscando en su bolso y, movido por la curiosidad, corrió el riesgo de pasar junto a ellos como si quisiera ir al baño. Ella le estaba mostrando un catálogo de muebles. Cuando regresó a su asiento, Beckman le estaba echando un vistazo.

—No sé ni por dónde empezar —dijo—. Suele ser Helen la que se encarga de todo esto. Elija lo que elija no se verá bien, y me quedaré con unas cortinas y un sofá que acabaré odiando.

Hubo una pausa, y Pete pensó en los ojos cansados de Beckman, en la forma en que fruncía el ceño cuando hablaba. Nunca supo qué vio Ruth, qué pasó entre ellos durante esa pausa, pero sí notó, perfectamente, la calidez de su voz cuando ella le dijo:

—Yo podría ayudarte. Si quieres, claro.

Pete creyó que no era más que una manera de hablar, algo para quedar bien, pero lo cierto es que fue mucho más allá. La semana siguiente salieron de compras juntos, y luego Paul Beckman la invitó a cenar para darle las gracias por su ayuda, y más tarde la invitó a subir a su piso. Pete aparcó detrás del coche patrulla y observó el apartamento de Beckman durante una hora, tratando de no imaginarse lo que estaría sucediendo arriba. Incapaz de alejarse de allí hasta que se apagaron las luces y ya quedó claro que ella no se iría esa noche.

Por supuesto, había oído todos los rumores que corrían por la comisaría, todos los chistes sobre Ruth —y además tenía el recuerdo de sus labios entreabiertos, de sus ojos enormes, mientras lo miraba el día en que su hijo fue enterrado—, pero esto iba más allá. Esto iba sobre una madre de duelo y un hombre casado. Devlin tenía razón sobre ella. Había algo podrido bajo toda esa dulzura.

No supo lo que hicieron los policías cuando el piso de Paul se quedó a oscuras, pero él volvió a su casa y abrió una cerveza y luego otra, y escribió hasta que le dolió la cabeza.

EL CASO MALONE: LA MADRE GUARDA SILENCIO (PETER WONICKE)

QUEENS, 20 DE SEPTIEMBRE. La explosiva pelirroja involucrada en un doble caso de asesinato en Queens se ha negado hoy a comentar los rumores que la relacionan con un hombre casado con el que estaría teniendo una aventura.

La señora Malone, que está separada de su esposo, denunció la desaparición de sus dos hijos el 14 de julio. Unas horas después, se halló el cadáver de la pequeña Cindy, de cuatro años, en un terreno cubierto de malas hierbas, cerca del piso en el que la señora Malone ha elegido quedarse.

Dos semanas más tarde, también encontraron el cuerpo del hermano de Cindy, Frank Jr., de cinco años, escondido entre unos arbustos junto a un estanque artificial situado más allá de la autovía Van Wyck, cerca de la Feria Mundial.

La señora Malone, impecablemente arreglada, con una chaqueta blanca sobre un vestido de punto color pastel y con el cabello recogido en un moño alto y ahuecado que confería a su cuerpo de menos de metro sesenta una altura adicional, fue vista entrando en el piso de Paul Beckman, un alto ejecutivo de la empresa Schiller and Klein, justo antes de medianoche.

Una fuente declaró que la señora Malone tiene varios amigos varones muy cercanos, y la policía confirmó que se trata de una «swinger» que frecuenta un buen número de locales nocturnos populares en Flushing y en Corona.

Los niños Malone desaparecieron de un dormitorio que luego se descubrió que estaba cerrado por fuera, mientras su madre permanecía en la habitación de al lado. Nadie vio a ningún sospechoso merodeando cerca del edificio y los vecinos de la señora Malone coincidieron en afirmar que no hubo ningún alboroto fuera de lo normal esa noche.

Aún no se ha realizado ningún arresto.

A la mañana siguiente, entregó el artículo y se dirigió a Long Island. La camarera se dispuso a acompañarlo hasta su mesa habitual, pero él la detuvo y eligió una diferente. Quería verlos juntos.

Solo cuando ellos llegaron Pete se dio cuenta de que podrían fijarse en él, reconocerlo.

Pero lo cierto es que solo tenían ojos el uno para el otro. Beckman parecía más dulce, por decirlo de algún modo. Más tímido. Y Ruth parecía disfrutar de la gratitud de él, como un gato que se despereza bajo un rayo de sol. Su piel y su melena eran elegantes como el satén.

—Eres tan encantadora... Tan preciosa... Podrías tener a cualquier hombre. Habría que ser muy tonto para rechazarte.

Cuando volvieron a la oficina, Pete se sentó en su coche un rato, mirando hacia el East River, observando los reflejos de la luz en el agua. Se imaginó a Beckman descansando su cabeza sobre los pechos de Ruth, y a ella sosteniéndolo hasta que se dormía. La imaginó allí tumbada, escuchando sus débiles ronquidos y sintiendo el peso de su cuerpo sobre el de ella, la solidez de él entre sus brazos, su necesidad de estar con ella, como un bálsamo.

Escribir el artículo había provocado algo en él. La ira había desaparecido y, por primera vez en mucho tiempo, no vio a Ruth como la sospechosa, ni como la esposa de Frank, ni como la madre de Frankie y Cindy, sino como la amante de alguien.

Pete la había visto frustrada, furiosa, aburrida, juguetona... Y ahora la veía satisfecha: esto era lo que deseaba.

Apoyó la cabeza contra el asiento, cerró los ojos y siguió pensando en ella. En lo que la hacía ser diferente. Pete había conocido a varias chicas en Nueva York: las hermanas y las primas de los chicos que conocía, o sus amigas y compañeras de piso. En comparación con su pueblo natal, aquí parecía que había chicas guapas en todas las esquinas: en cada tienda y en cada acera, en cada restaurante y en cada sala de cine.

Las chicas de su pueblo que tenían más o menos su misma edad estaban ya todas casadas, agotadas y desmejoradas por la maternidad, o bien se encaminaban hacia la soltería con desesperada resignación. Las de aquí eran distintas: habían venido a Nueva York para alejarse de la estrechez de miras de esas opciones, habían tomado la decisión de ser diferentes, de aprovechar la vida.

Y, sin embargo, por más que él se emocionara ante el frágil *glamour* de las chicas de Manhattan o la estudiada despreocupación de los vestidos negros de las beatniks del East Village, siempre había pensado, cuando se detenía a reflexionar sobre ello, que acabaría casándose con alguna chica como él. Alguien de un pueblo pequeño que hubiera estudiado en una universidad decente. Alguien con valores y ambiciones que él comprendiera. Una persona inocente y fresca, que tal vez llevara las faldas un poco más cortas de lo que era considerado decoroso en su pueblo, pero que al mismo

tiempo pudiera haber ido al instituto con él. Ese era el tipo de chica que él entendía.

Y luego estaba Ruth Malone, que era completamente distinta. Que no era como ninguna otra mujer que él hubiera conocido.

No podía dejar de pensar en ella. No era solo por el caso: se había colado en su cabeza como un dolor de muelas, y eso lo asustaba y lo excitaba.

Su mente vagó por su sonrisa lenta, por el sonido de sus carcajadas.

Pronunció su nombre en voz alta y le supo a chocolate en los labios. Chocolate con algo afilado y caliente debajo, como un postre con un buen chorro de *brandy*.

Imaginó su propio nombre en los labios de ella. Vio sus perfectos dientes blancos disponiéndose a brillar entre sus labios mientras pronunciaba la *e* larga, y notó el golpecito de su lengua contra el paladar al decir la *t*. Como el beso más pequeño y suave.

Friedmann volvió a llamar a Pete a su oficina. El artículo sobre Ruth y Paul Beckman estaba sobre su escritorio. Friedmann lo señaló con un dedo regordete.

—¿Qué cojones es esto?

—Eh... Es...

—Ya sé lo que es, es un puto artículo de cotilleo. ¿Desde cuándo nos dedicamos a la prensa rosa, Wonicke?

—Yo no...

—Oh, sí. Te aseguro que tú sí. Pero ¿en qué estabas pensando?

—Señor Friedmann, ella aún es noticia. La señora Malone. Ella es...

—Claro que lo es. Y si la policía la hubiera arrestado, a ella o a ese tal... Paul Beckman por asesinato, o si hubieras logrado una confesión contrastada, yo sería el primero en estrecharte la mano. Pero esto... ¡Esto no es noticia! ¡Esto está sacado de la prensa del corazón!

Parecía disgustado.

—¿Tienes alguna prueba de que se esté tirando a ese tío?

—Los vi juntos.

—¿Haciendo qué?

—Fueron a cenar y ella subió con él a su casa.

—¿Te pago para esto, Wonicke? ¿Por vigilar a la señora Malone mientras cena?

—Lo hice en mi tiempo libre.

—¿Te quedaste esperando frente al piso de ese tal Beckman mientras ellos follaban, y lo hiciste en tu tiempo libre? ¿De verdad crees que eso suena normal?

—Yo solo...

Friedmann levantó la mano.

—Calla, Wonicke.

Se quitó las gafas y se masajeó el puente de la nariz. Luego volvió a ponérselas y miró a Pete con expresión seria.

—No quiero que te involucres tanto en este maldito caso. Te ordeno que te alejes hasta que yo te ordene lo contrario. ¿Entendido?

—Yo...

—¿Me has entendido?

—Sí, señor.

—Estás patinando sobre una capa de hielo muy fina ahora mismo, hijo. No la rompas. Entrás, haces lo que te dicen y no la cagues. Eso es todo. No te preocupes por la vida sexual de la señora Malone. No juegues a ser detective. Y no escribas más esta mierda.

Arrugó el papel del artículo hasta convertirlo en una bola y la tiró al cubo de la basura.

—Y ahora sal de aquí cagando leches.

Pero Pete no podía mantenerse alejado. Trató de concentrarse en otras historias, en otros artículos y en otras fechas de entrega, pero todas las tardes se descubría a sí mismo en la autopista, conduciendo hacia Long Island para asegurarse de llegar a la oficina de Beckman a las cinco en punto. Los veía salir juntos y los seguía hasta los restaurantes en los que cenaban. Se sentaba en aparcamientos oscuros y observaba sus siluetas, recortadas contra las ventanas brillantes... Y se rendía a la sensación que ella le provocaba, a cómo le hacía sentir. Ruth había entrado en su vida, la había sacudido y le había hecho cuestionarse todo lo que hasta la fecha había dado por sentado sobre sí mismo.

Una semana más tarde, Ruth llevó alguna de sus cosas al apartamento de Beckman. Pete lo vio cargando sus maletas mientras los policías del turno de tarde lo apuntaban todo, y esa noche, en el McGuire, observó la reacción de Devlin.

—Si fuera mi mujer, la mataría. La mataría con mis propias manos.

El sargento pasó varios días hablando de encontrar el límite de Beckman, de las cosas que lo harían romperse y apartar a Ruth de su vida. Se estaba convirtiendo en una obsesión.

Hasta que, por fin una noche, entró en el bar con una sonrisa de oreja a oreja. Obviamente, había descubierto el punto débil de Beckman.

—Él la contrató y se acuesta con ella, pero me juego lo que queráis a que no permitirá que amenace su matrimonio o separe a su familia. He hecho algunas llamadas, he conseguido su dirección en Delaware y le he mandado una carta a su esposa. Envío urgente. Me juego lo que sea a que la señora Beckman llegará a Nueva York esta misma noche. Veremos cómo se enfrentan a la situación.

Estaba de un humor fantástico. Incluyó su refresco hacia Pete y le dijo:

—Tengo algo para ti, hijo.

Luego hizo un gesto a Quinn, que le entregó un grueso sobre de papel manila.

Pete deslizó un dedo por el interior del sobre y echó un vistazo dentro: un fajo de

papeles, un sobre más pequeño y una cinta.

Devlin se inclinó hacia delante.

—Ahí tienes algunas fotos del interior del piso de la señora Malone, además del informe de la autopsia de la niña. Y algo que también te puede servir. —Le guiñó un ojo—. Algo que explica la importancia de lo que encontró el médico.

Al día siguiente, Pete observó a Beckman y a Ruth en el restaurante. Él era incapaz de mirarla a los ojos.

Helen había llegado tarde la noche anterior, le explicó, y se había vuelto loca al ver su piso. Rompió la ropa de Ruth, tiró su maquillaje a la basura.

—Nos peleamos —le dijo, y su voz sonaba a sorpresa—. Parecía una chiflada. Nunca la había visto así antes. Nunca nos habíamos peleado.

Se pasó las manos por la cara cansada, demacrada, y le dijo a Ruth que había pedido el traslado. Que volvía a Delaware. Que lo sentía.

—Es lo mejor. Por los niños. Ya sabes.

Se marchó y la dejó sola, sentada en el reservado. Pete la observó mientras ella se hacía a la idea de que acababa de perder su trabajo, a su amante y cualquier consuelo que él hubiera podido proporcionarle. La observó mientras pedía una cerveza, y luego otra, y la vio tragar saliva forzándose a no llorar.

Y por primera vez, al verla en ese estado de vulnerabilidad que ella nunca mostraba, le entraron ganas de cuidarla. Ruth empezó a arrancarse las cutículas con las uñas y luego las mordió con los dientes. Estiró tan fuerte que se hizo sangre y se secó la boca con el dorso de la mano, en un gesto de disgusto, dureza e impaciencia. Su mirada estaba marcada por la furia y la desesperación.

A Pete le costó dejar de pensar en esa imagen. Sangre. Rechazo. Desprecio. Una total ausencia de ternura.

Aquella noche la vio volver al Callaghan con un provocador vestido corto y tacones altos, beber *whisky* en cantidad y a toda prisa, y ligar con una especie de fiebre salvaje que él nunca había percibido antes.

Ruth tardó menos que él en darse cuenta de que los dos hombres de la puerta eran polis. Se acercó a ellos y se les plantó delante: las manos en las caderas, los hombros hacia atrás.

—¿Pasándolo bien, chicos? ¿Os gusta lo que veis?

Ellos la recorrieron con la mirada de arriba abajo, como hormigas.

—Vaya trabajo tenéis. Vaya puta mierda de trabajo.

Ellos se limitaron a reír.

—Sé que habéis puesto micros en mi casa. ¿Os pone escucharme hablando con mis amigos? No sois más que un puñado de enfermos. No se salva ni uno.

Siguieron riendo.

Dos lágrimas brillantes aparecieron en sus mejillas y ella escupió al suelo.

—Nunca sabréis quién mató a mis hijos. Nunca descubriréis la verdad.

Y dicho aquello, dio la espalda a aquellos dos rostros, de pronto sorprendidos, y se dirigió hacia la pista de baile con paso vacilante, sujetándose del primer brazo que encontró por el camino, haciendo que aquel hombre la acompañara y abrazándolo fuerte para no caerse.

Pete estaba en casa, tumbado sobre la moqueta, con una cerveza a su lado y la lluvia salpicando las ventanas. Se levantó, se cubrió los hombros con una manta y comenzó a leer el informe que Devlin le había dado.

«El cuerpo pertenece a una joven caucásica de aproximadamente cuatro años. Bien alimentada, pesa dieciséis kilos y medio, y mide un metro. Cabello rubio, ojos azules».

Solo eran palabras. Solo números.

Cerró los ojos. Hizo un esfuerzo por tragar. Imaginó las paredes de azulejos blancos, la fila de brillantes camillas de acero, el olor a productos químicos imponiéndose al incipiente hedor de la descomposición.

«Lividez.

»Congestión.

»Abrasiones.

»Equimosis.

»Petequias.

»Hemorragias».

Solo eran palabras. La realidad era una niña pequeña tumbada, tan blanca y lisa como las baldosas que la rodeaban; las manos y los pies, morados; las mejillas, arañadas; y el cuello, cubierto de marcas amoratadas.

«Ambos pulmones están congestionados con edema, superficie roja y oscura, moteada. El árbol traqueobronquial no contiene sangre ni material aspirado. Múltiples secciones de los pulmones muestran congestión y líquido edematoso en la superficie de corte. No se observa supuración. La mucosa de la laringe es gris-blanquecina».

Las últimas fotos de Cindy la mostrarían para siempre con el pecho plano y la piel suave, vestida con una camiseta interior rosa, braguitas amarillas y la parte de arriba de un pijama estampado. Pete intentó no pensar en el hecho de que aquella pequeña nunca elegiría un vestido para su graduación, ni se cambiaría de peinado o se pintaría las uñas por primera vez.

«Esófago vacío, cubierto por una mucosa gris-blanquecina. El estómago contiene fragmentos de partículas alimentarias no digeridos (identificados como brotes verdes de lechuga y pasta). La parte próxima del intestino delgado contiene material amarillento/marronoso, supuestamente derivado de verduras o frutas. No se identifica hemorragia. El resto del intestino delgado no presenta anomalías que llamen la

atención. El intestino grueso contiene material fecal suave. Apéndice presente».

A pesar de todas esas incisiones y exploraciones tan poco dignas, de pesarla y medirla y chequearla de arriba abajo, la autopsia apenas reveló ningún secreto. No había ninguna evidencia de agresión sexual. No se encontró piel bajo las uñas, ni hallaron en ella fibras extrañas o moratones más allá de los del cuello, lo que indicaba que había sido estrangulada.

No opuso resistencia; murió sin poder hacer nada.

Pete sabía que, de acuerdo con la declaración oficial de los policías, la autopsia de Frankie había aportado menos información todavía. El cuerpo del pequeño pasó más de una semana a la intemperie, y los animales cumplieron con su cometido.

No tenían respuestas, pues; no tenían pistas reales. Cindy murió entre seis y dieciocho horas antes de que la encontraran, a la una y media de la tarde. La hipótesis era que Frankie fue asesinado de la misma manera y más o menos a la misma hora.

Todo lo que decía el informe de la autopsia fue que no había nada que decir. No había forma de demostrar con precisión cuándo los habían matado, y Pete no veía la forma de comprobar si Ruth Malone había mentido sobre la hora en que les dio de cenar a los niños, la hora en que fue a mirar si dormían, la hora en que los vio por última vez.

No era capaz de imaginar quién podía haberlos matado ni por qué.

Pete se estiró boca arriba y puso las manos detrás de la cabeza. Intentó encajar las piezas del puzle, pero su cabeza era una mezcla de cerveza, cansancio y jerga médica. Se quedó dormido y despertó varias horas después, empapado en sudor y con un sabor desagradable en la boca.

Se levantó, bebió un poco de agua y miró su reflejo en la ventana oscura. Tuvo la sensación de que no volvería a dormirse aquella noche.

Se sentó en la cama, volvió a meter el informe de la autopsia en el sobre y sacó las fotos de la casa de Ruth Malone. No mostraban demasiado: no era más que un piso normal y corriente, donde vivían una madre y dos niños. En la cocina había platos apilados junto al fregadero, el suelo estaba cubierto de juguetes y también había varios montones de ropa doblada en un par de sillas.

Entonces vio una foto del dormitorio de Ruth y se detuvo. Estaba más ordenado que el resto de las habitaciones: las superficies estaban limpias, brillantes. La cama ocupaba la mayor parte de la habitación. Tenía encima varios cojines estampados y, a los pies, de lado a lado, había una manta de satén ribeteado.

¿Por qué se las habría dado Devlin? Aquí no había nada relevante...

Volvió a meterlas en el sobre, cogió la cinta de la entrevista y la puso en su radiocasete. Se tumbó de nuevo, oyó un clic, y luego la voz baja y pausada de Devlin flotando en el aire. Había algo distinto en su tono al hablar. Aquella voz ronca, aquellas vocales gruesas eran las mismas de siempre, pero sonaban como si tuviera

prisa por llegar adonde él quería.

—Reiniciando entrevista, 17 de septiembre de 1965, 11.22 de la mañana. Vale. Veamos... Señora Malone, ¿qué cenaron sus hijos la noche del 13 de julio?

—Ya se lo he dicho. Dos veces.

—Cuéntenoslo una vez más.

—Hice carne rebozada, ternera, y abrí una lata de alubias. Ellos bebieron leche y yo, un té helado.

—¿Está usted segura?

—Por supuesto que lo estoy. Ya me lo preguntó el día después. Fue la última comida que...

Hubo una pausa. Alguien tosió.

—¿No les dio pasta? ¿Macarrones o algo por el estilo?

—Ya se lo dije. Tomamos ternera, alubias y leche. Nada más.

Su voz sonaba comedida, rotunda.

—Así que no tomaron pasta.

—¡Por Dios bendito! Pero ¿cuántas veces voy a tener que repetírselo? ¡No tomamos pasta, caray!

Otra pausa.

—Entonces ¿quién puso la caja vacía de macarrones en su basura?

—¿Qué?

—Encontramos una caja de macarrones en el cubo de basura de debajo de su casa.

Ella soltó una risa áspera.

—¿Y a mí qué me cuenta? Tal vez un vecino usó nuestro cubo porque el suyo estaba lleno. O tal vez fui yo, yo qué sé. ¡Podría llevar allí varios días! No recuerdo todo lo que les di de comer esa semana, la verdad.

—¿Ah, no?

Logró que aquello sonara como si ella hubiese confesado un crimen. Crujido de papeles.

—Pues no. —Empezaba a sonar insolente.

El clic de un encendedor. El sonido de una inspiración.

—¿Y qué me dice de los restos de macarrones que encontramos en su nevera? ¿Cree que también pudo dejarlos allí algún vecino?

—¿Cómo dice? Pero ¿de qué demonios va todo esto? Se lo acabo de decir, no recuerdo qué más les di de comer esa semana. Puede que tuviera pasta del día anterior o del fin de semana. No-lo-recuerdo. ¿Y qué más da? ¿Por qué no están buscando a la persona que mató a mis hijos? ¡Ahí fuera hay algún chiflado matando niños y ustedes siguen aquí, tan tranquilos, haciéndome preguntas sobre unos malditos macarrones!

—No estoy buscando ahí fuera, señora Malone, porque ahora mismo estoy hablando con usted. —Una pausa—. En su primera declaración nos dijo...

Más ruidos de papeles: era Devlin, sin duda, rebuscando entre sus notas, aunque Pete estaba bastante seguro de que el sargento recordaba a la perfección lo que Ruth había dicho.

—A ver, a ver... Sí, aquí está... En su primera declaración nos dijo que se detuvo en el Walsh's Deli de camino a casa, el día 13, porque, cito, «en el piso no tenía nada para comer». ¿Por qué haría eso, señora Malone, si tenía un plato de macarrones en la nevera?

Ella se quedó en silencio.

—¿Por qué, señora Malone?

—Pues no lo sé, ¿de acuerdo? No sé qué quiere que le diga. Debí de olvidar que los macarrones estaban allí.

Devlin cogió aire de forma suave, casi imperceptible, y se oyó un ligero clic. Tal vez fuera el bolígrafo al caer sobre la mesa antes de que él volviera a hablar. Pete casi lo veía, inclinado sobre la madera, arqueándose hacia Ruth. Acercándose. Dando vueltas y oliendo su miedo.

Cuando habló, el tono de su voz era bajo y comedido.

—El día que sus hijos desaparecieron compró usted ternera, una lata de alubias y leche en el Walsh's Deli de la calle principal. Y esa fue la cena de sus hijos aquella última noche.

—Sí, ya se lo he dicho, yo...

—¿Qué diría entonces, señora Malone —prosiguió Devlin interrumpiéndola—, si le dijera que en la autopsia de su hija encontramos pasta sin digerir en el estómago?

Y mientras Devlin se lanzaba a hablar, Pete lo imaginaba saboreando el pánico y la confusión que seguramente estaban apoderándose de su rostro.

—¿Qué? No lo entiendo. Yo...

—Pasta «sin digerir», con la que alimentó a sus hijos la noche en la que los mataron. Muy poco antes de que murieran, de hecho. La autopsia nos muestra que su hija murió apenas dos horas después de haber cenado. Así pues... esa historia sobre la ternera con alubias y la comprobación de que estaban bien a medianoche es falsa, ¿verdad, señora Malone?

Pete reconoció la complacencia en su voz.

—Una mentira estúpida, si me lo permite. No se le ocurrió pensar que comprobaríamos lo que comieron y cuándo lo hicieron, ¿verdad?

Pete la imaginó como la había visto esa noche en el Callaghan, enfrentándose a los dos policías en el bar: con los ojos muy abiertos y la cara pálida, a excepción de dos manchas rojas de pura rabia en sendos pómulos.

Hubo una pausa: la imaginó deslizándose la mirada por el escritorio, frenética, buscando una salida.

Pero entonces, de repente, pareció recuperarse. Su voz sonaba firme.

—La noche del 13 de julio mis hijos cenaron ternera. Ternera y una lata de alubias, y leche. Y a medianoche pasé a verlos y estaban profundamente dormidos.

Esa fue la última vez que los vi, y estaban vivos. Estaban bien. Tal como dije, inspector.

La cinta se detuvo y Pete encendió la lámpara. Devlin llevaba razón: mentir sobre la comida era una estupidez.

Pero después de todo lo que había visto y oído, tenía claro que Ruth Malone no era una mujer estúpida.

Casi oyó la voz de Friedmann en su cabeza, guiándolo: «¿Y entonces? ¿Adónde te lleva todo esto? Ella no es estúpida y, por tanto, no diría una mentira estúpida».

A ver, de todas las mentiras que podría haber dicho, ¿por qué tenía que haber escogido precisamente esta? El informe de la autopsia revelaba que la última comida de Cindy había sido un plato de pasta. Devlin había encontrado una caja de macarrones en la basura de debajo de su casa y un plato de pasta en la nevera. Teniendo en cuenta las pruebas, ¿por qué insistiría ella tanto en que les había dado otra cosa?

Igual que el maquillaje o la incapacidad de mostrar dolor, aquella mentira llevó a Pete a pensar que había algo más, algo bajo la superficie que no lograba entender. Algo de lo que Devlin no estaba al corriente.

Justo antes del amanecer, Pete se sumió en un sueño incómodo y despertó de nuevo a las ocho. Se vistió rápidamente y avanzó de puntillas por el pasillo hasta el baño que compartía con el vecino del 5A. Quentin —Pete nunca había sabido si aquel era su nombre o su apellido— era un profesor de teología retirado que había nacido en Inglaterra. Hablaba igual que James Mason y tenía un pequeño gramófono en el que ponía viejos discursos de Churchill sobre la guerra; a veces gritaba en sueños. Por las mañanas, Pete tenía que esquivar las botellas de ginebra vacías que se acumulaban frente a su puerta.

Se lavó y se afeitó, y después cogió sus notas y sus fotos, se metió en el coche y condujo sin rumbo para intentar aclarar sus pensamientos. Su mente no dejaba de volver una y otra vez a la misma pregunta: «¿Y si ella está diciendo la verdad?». Y también: «¿Y si Devlin se equivoca?».

Condujo hacia el piso de Ruth, dobló en la 72 y aparcó detrás de un coche patrulla. Aunque la multitud de curiosos se había ido, aún quedaba un par de periodistas dando vueltas. Habían pasado ya más de dos meses desde los asesinatos y el caso seguía siendo noticia. Ella seguía siéndolo. Se recostó en el asiento de su coche y fumó dos cigarrillos mientras trataba de averiguar qué podía hacer.

Y entonces, inesperadamente, llegó lo que había estado esperando.

Un taxi se detuvo frente al edificio de Ruth y de él se bajó Gina Eissen. Llevaba un vestido arrugado de una talla demasiado pequeña para ella y unas grandes ojeras. Mientras cogía su abrigo del asiento de atrás y hurgaba en su bolso para pagar, Pete

salió de su automóvil. Gina se detuvo unos segundos al oírlo cerrar la puerta, pero no levantó la vista. Pete pasó junto a ella, se inclinó hacia el conductor y le dio un billete de cinco dólares.

—¿Es suficiente?

El conductor asintió, se llevó un dedo a la frente a modo de saludo y se largó.

Cuando Pete se volvió hacia Gina, ella seguía hurgando en su bolso. Por fin dio con un cigarrillo y un encendedor que intentó usar inútilmente. Él le dio fuego y por fin ella alzó la vista y lo miró a los ojos. Tenía la piel seca y los labios agrietados.

—¿Qué quiere?

—Necesito hablar con usted.

Ella negó con la cabeza y retrocedió.

—No, no. Vi las cosas que escribió. La forma en que habló sobre ella. No tengo nada que decirle.

—Espere. Escuche.

Ella siguió caminando.

—Por favor, Gina. Lo siento.

Se detuvo.

—Lo siento.

Ella se volvió y lo miró.

—¿Qué es lo que siente?

Él dio un paso hacia ella, y luego otro. Gina no se movió.

—He estado pensando mucho y... —No sabía cómo continuar.

Ella se limitó a quedarse allí, con el peso de su cuerpo recostado en una cadera, echando el humo de su cigarrillo hacia Pete.

—Creo que estaba equivocado.

—¿Acerca de qué?

—De la señora Malone. De todo.

Ella casi escupió sus palabras.

—Pues tiene toda la razón. Se equivocó. Se equivoca. Sobre absolutamente todo.

—Necesito su ayuda para dejar de equivocarme.

Ella frunció el ceño.

—¿Y por qué debería ayudarlo?

—Supongo... Creo que soy todo lo que tienen ahora. Usted y la señora Malone.

Ella arqueó una ceja.

—¿Y eso es todo?

Él asintió con la cabeza mirando hacia el edificio que tenían delante y le preguntó:

—¿Le importa si nos sentamos un rato?

Ella se encogió de hombros y se dirigieron hacia las escaleras de entrada, donde se sentaron. El sol, aún débil, resultaba muy agradable. Fue reconfortante tomar un descanso. Uno de los periodistas se acercó al coche de la policía y se puso a hablar

con ellos. Pete supuso que estaba buscando un nuevo ángulo, algo con lo que llenar una columna en la página cinco. Dos mujeres se acercaron caminando y disminuyeron la velocidad al pasar junto al edificio de la señora Malone. Se acercaron más la una a la otra, como si el ambiente se hubiera vuelto más frío de repente, y en cuanto estuvieron fuera de la sombra del edificio todo volvió a brillar como antes.

Una mujer apareció también en su arco de visión, caminando muy erguida, como si le dolieran las articulaciones. Era regordeta, llevaba el pelo teñido de rojo y la presencia de su lápiz de labios no coincidía del todo con la forma de su boca. Llevaba un vestido sin forma, floreado, y unos zapatos de tacón bajo en los que sus pies se dilataban hacia los lados. Su aspecto le resultaba familiar.

Pete hizo un gesto con la cabeza, señalándola, y le preguntó a Gina:

—¿Quién es?

—¿Quién? Ah, esa; es la señora Gobek. Una mujer un poco rara.

—¿Por qué es rara?

—Bueno, ya sabe. No es más que una anciana solitaria. Se inventa historias. Le encanta ser el centro de atención, supongo.

Entonces apareció un hombre que caminaba con la cabeza gacha y la mirada perdida. Tenía algo: era alto y caminaba con un andar desmadejado, como si no estuviera acostumbrado a sus largas piernas.

—¿Otro rarito?

—Ese es Gus Frederickson. Vive en ese edificio de allí. —Movi6 la cabeza señalando el siguiente edificio.

Pete se quedó mirándolo y Gina suspir6.

—Dios. Es usted como los polis. Ellos lo siguieron durante dos días antes de encontrar a Frankie. Lo interrogaron y avasallaron hasta que el pobre hombre se vino abajo. Es un tipo raro, sin duda, pero no es un asesino.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque es... No sé, no está del todo bien. Tuvo un accidente cuando era pequeño y algo se le desconect6 en la cabeza después de eso. Vivi6 con su madre hasta que ella muri6, y es dulce como un gatito. Le encantan los niños... pero no, no en ese sentido. Le gusta jugar con ellos, con los pequeños, porque él es como un niño. Lo conozco desde hace años y nunca... Él nunca haría daño a nadie.

Frederickson desapareció de su vista y Gina dio la última calada a su cigarrillo. Lo tir6 a la acera, no muy lejos de ellos, y luego se apret6 más el abrigo, cruzándose por delante, y metió las manos en los bolsillos.

Pete vio que estaba mirando al coche patrulla, a los de la prensa, y dijo con voz suave:

—Creen que ella es culpable.

—¿Y usted piensa que no lo sé? ¿O que ella no lo sabe?

Él asintió, mirándola a la cara.

—No sé lo que pasó aquella noche. Pero si ella no lo hizo...

—Ella no lo hizo.

—De acuerdo, pero entonces tiene que empezar a construirse una defensa. Los polis necesitan a otro sospechoso. Tendrían que estar haciendo preguntas en lugar de centrarse solo en ella.

Vio que Gina se quedaba pensativa, y continuó:

—Tiene que empezar a luchar. Tiene que defenderse.

Gina bajó la mirada y se frotó la cara con las manos como si se la estuviera lavando. Cuando levantó la cabeza, tenía la piel y los ojos rojos. Suspiró y por fin levantó la barbilla desafiante.

—Quiero enseñarle algo. Venga.

Los polis y los colegas que estaban junto al coche guardaron silencio cuando se acercaron a su edificio, y cuatro pares de ojos los siguieron mientras subían los escalones. Vieron a Gina peleándose con la llave y a Pete quitándosela y abriendo la puerta; lo vieron empujarla suavemente hacia el pasillo y cerrar la puerta a sus espaldas, desapareciendo de sus hostiles miradas.

Ella se pasó una mano por el pelo.

—Por Dios. Odio esto. Lo odio. Han pasado meses. ¿Cuándo van a cansarse?

—Aún tienen hambre. Necesitan algo que los sacie.

Ella lo miró casi con miedo, y por un momento pensó que iba a cambiar de opinión, pero al final asintió con la cabeza y le señaló una puerta blanca al otro lado del pasillo. Pete miró fijamente la plaquita de latón brillante que había en ella y unas marcas de patadas, de pies muy pequeños, hechas en la pared.

—Es este...

—Sí. Tienes que verlo.

Llamó a la puerta con los nudillos y cuando esta se abrió vieron frente a ellos a la anciana del funeral. Observó a Pete con absoluta indiferencia y luego dirigió su mirada a Gina. Por unos segundos hizo una mueca de disgusto y, entonces, gritó el nombre de su hija, mirando hacia ellos pero logrando que sus palabras fueran hacia el pasillo. Un momento después, Ruth Malone ya estaba allí.

Era delgada y pequeña. Parecía haberse vuelto más menuda aún desde la última vez que la vio. Incluso bajo su maquillaje pudo ver lo pálida que estaba, y lo frágil y atemorizada que parecía. Nada que ver con la mujer brillante y dorada de las discotecas. Aquella mujer estaba siendo consumida por algo mayor que ella. Sus enormes ojos oscuros parecían perdidos, y ella parpadeó y tuvo que tragar saliva antes de poder hablar.

—Gina —fue todo lo que dijo, y movió una mano, y entonces la otra mujer dio un paso adelante para tomarla en sus brazos.

Por un momento, Pete pensó que todo saldría bien. Que Gina la abrazaría y la sostendría hasta que el dolor desapareciera y ella pudiera mantenerse en pie. Como si un poco de amabilidad fuera todo lo que ella necesitaba para volver a ser aquella

chica de pelo brillante y labios y ojos deslumbrantes.

Sin embargo, Ruth se zafó del abrazo y tragó saliva de nuevo, y Pete vio que su mirada se endurecía. Entonces lo observó a él, pareció reconocerlo y sus ojos brillaron de ira. También sus mejillas cogieron color.

Pero, antes de que pudiera hablar, Gina le dijo:

—Ruth, cariño, este es el señor Wonicke. Es periodista. Él... bueno, es un buen tío. He pensado que, como siguen molestándote, quizá podrías darles algo.

Ruth la observó durante un buen rato, luego miró a Pete de nuevo, y entonces se volvió hacia Gina y soltó, en un tono sorprendentemente alto:

—¿Queréis pasar? Mi madre está de visita. Id a la cocina. No tardaré mucho.

Pete se quedó observando sus tacones repiquetear sobre el suelo del pasillo mientras se alejaba y desaparecía en una habitación. Oyó que se cerraba una puerta y siguió a Gina hasta la cocina.

Las dos mujeres habían estado sentadas a la mesa de la cocina, obviamente con una cafetera de por medio. Alguien había limpiado a fondo la formica —desteñida y algo astillada, con arañazos de cubiertos y garabatos hechos con pinturas de cera—, y había puesto dos manteles individuales: uno para la cafetera y otro para las dos tazas del juego. El suelo brillaba y la habitación olía a lejía y a limón sintético. Las baldosas sobre la estufa, siempre algo más amarillentas que el resto, las habían limpiado recientemente y, aunque las manchas seguían visibles bajo esa luz tan intensa, ya se veía mejor el patrón de cerezas que ocupaba toda una línea. También había unos platos secándose sobre un trapo en la encimera, a la espera de que los guardaran en el armario.

Pete tardó un momento en darse cuenta de lo que no encajaba en esa habitación. Las fotografías del piso que Devlin le había pasado mostraban una cocina sucia y desordenada: juguetes desperdigados por el suelo, ropa amontonada en las sillas, boles de cereales apilados en el fregadero, dibujos garabateados en la pared... Pero ahora no quedaba nada de eso. Todo lo personal había desaparecido: no quedaba ni rastro de los niños y nada hacía pensar que este había sido el hogar de una familia, nada; ahora solo era el piso de una mujer.

La madre de Ruth estaba ahí sentada, muy erguida, junto a la mesa. No dijo ni una palabra, ni siquiera para invitarlos a tomar asiento, pero Gina se sentó de todos modos e hizo un gesto a Pete para que hiciera lo propio.

Una vez sentado, vio que la madre lo observaba fijamente. Tenía los ojos fríos y los labios delgados. Pete le mantuvo la mirada, se aclaró la garganta y dijo:

—¿Señora? Soy...

En aquel momento oyó pasos detrás de él y la madre habló sin darle tiempo a que acabara su frase.

—Trae dos tazas más, Ruth. ¿No ves que tenemos compañía?

Su voz era tan dura como su apariencia. Pete pensó de repente en su propia madre, en la forma en que sus ojos inquietos solían buscar los de él para sentirse

tranquila, y su sonrisa tímida y gradual, y sintió un cierto anhelo egoísta en la garganta.

Ruth entró en la cocina y preparó dos tazas más de café. Se había empolvado la cara, se había peinado y se había vuelto a pintar los labios.

Su madre sirvió el café y bebieron en silencio, hasta que finalmente Gina carraspeó. Todos la miraron y ella extendió una mano y la puso sobre la de Ruth.

—He pensado... He creído que quizá te iría bien hablar. Que quizá si le concedes a él una entrevista, todos los demás se irán.

No. No se irían hasta que hubiera un juicio y una condena, o hasta que una noticia aún peor ocupara en sus agendas el lugar de dos niños muertos, pensó Pete, pero no lo dijo en voz alta. En lugar de eso, dejó su taza, sacó su pluma y le hizo las preguntas que sabía que debía hacer.

—Hábleme de los niños, señora Malone. Hábleme del último día que pasaron juntos.

—Fuimos a hacer un pícnic en Kissena Park. —Sonaba afónica—. Salimos a las cuatro. Luego tenía que hablar con mi abogado sobre el tema de la custodia.

Mientras repetía la historia que ya había contado docenas de veces e iba dando sorbos a su café caliente para tratar de aliviar el nudo de la garganta, Ruth hizo lo posible por parecer profesional. Simpática.

—Les preparé la cena. Ternera y alubias.

Pero los pensamientos de Pete estaban más centrados en ella que en la historia. Se sentía confundido ante la consciencia de estar hablando con ella, ante la percepción de sus movimientos, ante la forma de su boca.

—¿Qué cree que pasó, señora Malone? —le preguntó, y la vio parpadear para contener las lágrimas.

Ruth encendió otro cigarrillo y trató de mantener la voz firme.

—Creo que fue un loco. Un hombre que buscaba la oportunidad de hacer daño a unos niños. Algún tipo de... animal.

—¿Y qué piensa la policía? ¿Qué le han dicho?

—Ellos... no tienen ni idea. Parece que no tienen ninguna pista.

El maquillaje no había logrado disimular del todo sus ojeras, y tenía las mejillas hundidas y las uñas mordidas. Además, evitaba mirarlo cuando hablaba de los niños.

Para Pete fue como si la observara bajo un prisma diferente. Daba igual lo que sucediera después de aquel día: tanto si el caso se cerraba como si no, tanto si Devlin la arrestaba como si no... ¿cómo podría acabar todo aquello para Ruth? Ella nunca volvería a ser la misma mujer. No podría volver a sentarse al sol por puro placer, o entrar en una tienda y elegir un vestido solo porque era bonito. Nadie podría mirarla sin recordar.

Nunca escaparía de aquello.

Media hora más tarde estaban de nuevo en el pasillo y la puerta se cerraba a sus espaldas.

Pete respiró hondo, levantó la cabeza y vio a Gina mirándolo, con los brazos cruzados.

—Es duro, ¿verdad? Verla así. Entender lo que el dolor ha hecho con ella. Esto es lo que usted y otros como usted, hombres que no la conocen de nada, no alcanzan a comprender. Yo quería que lo viera. Que lo sintiera en su propia piel.

Él cogió aire.

—Lo siento.

Ella asintió, inexpresiva.

—Lo sé. Si no le creyera, no le habría traído aquí. Pero decir que lo siente no es suficiente. También hay que sentirlo... y ahora sé que este es su caso.

Ella señaló con la cabeza hacia las escaleras y, mientras empezaba a subirlas, le dijo:

—Sígame.

Cuando le abrió la puerta de su piso, Pete volvió a quedarse sorprendido. No sabía lo que esperaba —¿colores chillones, tal vez?, ¿desorden?, ¿botellas por todas partes?—, pero el caso es que no encontró nada de eso en absoluto. El piso de Gina tenía muy pocas cosas y el sofá estaba algo raído, pero resultaba muy acogedor. Las superficies brillaban y había plantas en los estantes, junto con algunas fotos. Y dos pequeñas figuritas de porcelana.

Se dio la vuelta y ella lo estaba mirando con los brazos cruzados.

—¿Esperaba otra cosa?

—Yo solo... disculpe. Ni siquiera la conozco y supongo que pensé que...

Ella inclinó la cabeza hacia un lado y esperó a que terminara. Él se sintió aún más gilipollas.

—No tenía derecho a presuponer nada. Le pido que me perdone.

Algo en ella cambió entonces: su frente se aclaró e hizo un gesto con la boca. Asintió y fue a la cocina.

Preparó café y llevó una botella de *whisky* y dos copas al sofá. Pete deseaba desesperadamente echar un trago, pero negó con la cabeza cuando ella se lo ofreció; en cambio, se limitó a encogerse de hombros cuando Gina sostuvo tentadoramente la botella sobre su café. Tenía la sensación de que iba a necesitar algo más que cafeína para oír lo que ella tenía que decirle.

Gina echó un chorrillo de *whisky* en la taza de Pete, se sirvió a sí misma una copa entera y se dejó caer en el sofá.

—Joder. Vaya desastre.

Pete miró hacia la copa que estaba removiendo y deseó que se le ocurriera algo que decir.

—¿Era amiga de Ruth desde hacía mucho?

—Lo soy.

Él la miró.

—Sigue siendo mi amiga.

Pete asintió.

—Claro, bueno, ¿hace mucho que lo es? ¿Cuánto hace que la conoce?

Ella miraba su copa fijamente.

—La conocí (los conocí a todos, claro) la semana que se mudaron aquí. De eso hace ya dos años.

De pronto sintió curiosidad por saber cómo había sido todo desde el principio. Quería saber cómo era ella, a qué tipo de mujer podía pasarle una atrocidad semejante. Ruth Malone era, lógicamente, la misma que hacía tres meses, solo que ahora estaba cubierta por una capa de dolor. Sucede, no obstante, que cuando ocurre una tragedia todos tendemos a suponer que quien la sufre es diferente. Especial. Que hay algo en él o ella que lo convierte en el tipo de persona a la que le suceden cosas malas. Porque la alternativa, el hecho de que las cosas malas puedan sucederle a cualquiera y en cualquier momento, resulta algo impensable.

Pete quería saber qué había convertido a Ruth Malone en la clase de persona cuyos hijos podrían ser asesinados, de modo que le preguntó a Gina:

—¿Y cómo era ella? Me refiero a la señora Malone, claro, antes de que esto sucediera. ¿Cómo era?

Gina suspiró.

—¿Por qué? ¿Acaso va a escribir algo sobre ella que sea real? ¿Va a escribir la verdad, al menos esta vez?

Se vio a sí mismo —claramente— a través de los ojos de ella, y se sintió avergonzado al ver cómo se había dejado manipular por Friedmann y Devlin para escribir la historia que ellos querían.

Levantó la barbilla y se encontró con la mirada de ella.

—Para eso estoy aquí —dijo, con determinación—. Para escribir la verdad.

Gina llenó las copas de nuevo, se encendió un cigarrillo y empezó a hablar. Y a medida que lo hizo fue también relajándose, y su voz se suavizó y ralentizó. Era casi como si estuviera hablando sola.

—Fue a principios de septiembre. Yo estaba aquí, sentada en el alféizar de mi ventana, fumando, mirando hacia la calle. Matando el tiempo antes de empezar mi turno en el trabajo.

»Era un día muy tranquilo, eso lo recuerdo bien. Cálido. Y vi el coche entrando en la calle. Llevaba un remolque.

»Se detuvo y salieron todos. Frank y otro hombre (creo que se llamaba Ed, o Eddie), y Ruth y los niños.

»Bajaron todos del coche y los niños fueron hacia el maletero, para ayudar a bajar trastos. Ruth se quedó quieta un minuto. Recuerdo que los niños tiraban de ella, le gritaban... y se limitó a ignorarlos. Ruth era... es... a veces se pierde en un lugar al que nadie puede seguirla. Es como si allí no pudiera oírte o verte. Como si estuviera sola.

»Aun así, Frank y su amigo empezaron a subir cosas al piso: cajas, un par de mesas. El pequeño Frankie se parecía mucho a su padre: pelo oscuro, piernas largas, esa expresión seria de persona mayor. Se veía que iba a tener buena planta. Quizá llegaría a ser futbolista.

»Por el amor de Dios.

»Cindy iba detrás de él, siguiéndolo, como siempre. Aún estaba aprendiendo a caminar. Con una mano en la barandilla se atrevió a subir las escaleras. Recuerdo que Frankie le gritó algo desde arriba, caracol o algo así, y que ella lo miró y frunció el ceño. También recuerdo que pensé que iba a ponerse a llorar, pero él no se lo permitió. Frankie no dejó que eso sucediera. Bajó corriendo, la tomó de la mano y la ayudó a subir, y unos segundos después ella se estaba riendo.

»No se parecían a los demás niños que yo había visto. La mayoría de los chavales de esa edad no quieren tener nada que ver con las chicas, y menos aún con las pequeñas, pero Frankie siempre era muy bueno con ella.

»Entonces los oí correr por el pasillo y entrar en el piso. Los oí gritar cuando su padre les dijo cuál iba a ser su habitación. Oí a Frankie decir que él quería dormir junto a la ventana.

»Eran niños muy sensatos, pero ese primer día estaban supernerviosos. Empezó a molestarme tanto trajín, así que decidí salir un rato. Recuerdo que no encontraba las

llaves, por lo que volví al comedor para ver si estaban allí, y fue entonces cuando oí las voces.

»Miré hacia fuera y vi a Ruth (aunque en aquel momento no sabía que se llamaba así, claro) sentada en los escalones del edificio contiguo. Tenía un cigarrillo en la mano, estaba echada hacia atrás y se protegía los ojos del sol con una mano, y justo enfrente de ella estaban Maria Burke y Carla. Carla Bonelli.

»Esta última estaba sonriendo y señalando hacia su propia ventana, y entonces Ruth habló. Tenía una voz ronca, gutural. Al principio pensé que les estaba gastando una broma, pero no era así. Esa es su voz. Su forma de hablar. Enloquece a los hombres.

»Ella dijo: “Ruth Malone. Estamos en el primer piso. Mi marido y mis hijos están dentro”.

»Te puedo asegurar que Maria Burke es la perra más cotilla de todo Queens. Se volvió para ver su coche y luego dio un paso hacia un lado como tratando de ver a Frank. Yo miré a Ruth y noté que observaba a Maria atentamente, con una media sonrisa en la cara, como si la hubiera calado, y recuerdo haber pensado: “Ah, esta no se lo va a poner fácil”, y haber sonreído sin poder evitarlo.

»En cualquier caso, Maria comprendió de que se había puesto en evidencia, así que dio un paso atrás y ofreció su mano a Ruth como si fuera la mismísima Jackie Kennedy y estuvieran en una recepción en la Casa Blanca.

»“Me llamo Maria Burke —dijo— y vivo en el número 38, con mi marido y mi hija”.

»No sé cómo lo hace, pero de alguna manera se las arregla para colar un montón de información adicional en las cosas que dice. Es como si te estuviera hablando del tiempo, pero lo que consiguiera hacerte oír fuera realmente algo así como “Hola, soy Maria Burke y mi marido gana más dinero que el tuyo”. O “Tenemos un coche más caro que el tuyo”. O “Mi hija va a una escuela mejor que la tuya”. Pobrecita niña. Sally Burke es un ángel que no merece tener a Maria por madre. Se pasa el día gritándole para que haga los deberes, o bien jactándose de sus notas y de sus malditas clases de piano.

»Aun así, Ruth se limitó a mirarla y dio otra calada a su cigarrillo. Obviamente, Maria no supo cómo reaccionar ante aquella indiferencia. Miró a Carla, y esta le devolvió la mirada, pero ninguna de las dos parecía saber qué hacer a continuación.

»Ruth se sentó a fumar, inmutable, como si hubiera estado en esa esquina toda su vida. Vestía pantalones pirata y una camisa, creo. Tacones. Llevaba el pelo perfectamente arreglado y, por lo que alcancé a ver desde mi ventana, diría que iba maquillada. Maria y Carla, en cambio, iban como dos típicas amas de casa. ¿Conoce a Maria? Se pone rulos en el pelo durante la noche y luego se lo sujeta hacia arriba como probablemente hacía en bachillerato. Una vez me dijo que, en su opinión, el exceso de maquillaje hacía que las mujeres parecieran unas frescas. Yo me limité a reír. Ella fue la reina del baile en su fiesta de graduación del instituto (nos lo recuerda

con considerable frecuencia) y cree que eso la convierte en una experta en consejos de belleza. A veces me muero de ganas de decirle: “¡Maria, cariño, eso fue hace quince años!”, pero creo que el estrés posterior no me compensaría.

»Carla, por su parte, se limitaba a hacer lo mismo de siempre: seguir el ejemplo de Maria. El mismo tipo de vestido, el mismo estilo de delantal, el mismo maldito color de pintalabios. Aunque en realidad no se parece en nada a Maria: Carla es bajita y tiene un cierto sobrepeso; su bonita y espesa melena oscura no es capaz de aguantar un solo rulo, sus cejas son gruesas y tiene un lunar que odia... Hay que decir, de todos modos, que a ella no le importa demasiado su aspecto. Lo que Carla desea, en realidad, es que la gente la quiera. Y cuando Ruth tiró su última colilla, Carla le ofreció uno de sus cigarrillos con enorme presteza.

»Mientras tanto, Maria sacó un pañuelo de papel de un bolsillo y lo usó para coger la maldita colilla del suelo. No lo habría creído de no haberlo visto con mis propios ojos. Miró a Ruth por encima del hombro, como si fuera la mismísima reina de Inglaterra y estuviera ante uno de sus súbditos más patéticos, y dijo: “En este barrio nos gusta mantener las calles limpias. Seguro que te acordarás de ello”.

»Ruth se sonrojó, pero siguió sin decir nada. Vi que empezaba a deslizar la mano hacia abajo como para alisarse los pantalones, pero se detuvo, y yo sentí ganas de felicitarla por eso. No dijo ni una palabra. Se limitó a fumarse el cigarrillo de Carla y a mirarlas a los dos. Maria Burke probablemente pensó que era una grosera o una ignorante y, conociendo a Ruth como lo hago ahora, eso debió de dolerle lo suyo, pero ella se limitó a quedarse ahí sentada, como si nada le importara demasiado.

»En un momento dado, Carla dijo: “Bueno, solo queríamos pasarnos a saludar. ¿Conoces esta parte de Queens?”. Y cuando Ruth negó con la cabeza, Carla siguió hablando de la tienda de ultramarinos y de la biblioteca itinerante para niños. También mencionó la iglesia y, de pronto, se detuvo porque no sabía si había tocado un buen tema o no. Ruth miró hacia abajo y yo pude ver esa pequeña sonrisa de nuevo, como si estuviera preguntándose a sí misma si ayudarla o no.

»Suavizó un poco la voz y dijo: “Somos católicos”, y vio el alivio en la cara de Carla, que añadió: “Ah, entonces debe saber que la iglesia está solo a cinco manzanas. Santa Teresa es muy...”.

»Creo que Ruth pensó que se había excedido en su amabilidad, porque la interrumpió: “No somos demasiado practicantes”.

»Tampoco supieron cómo reaccionar ante eso. Se miraron nuevamente y, entonces, Maria le regaló su mejor (y más falsa) sonrisa y le dijo: “Bueno, en cualquier caso, ¡bienvenidos! Ya veréis que este barrio es fantástico. Muy silencioso. Y muy seguro. Estoy convencida de que tú y tu familia seréis muy felices aquí”.

»Ruth le devolvió la sonrisa: “Seguro que sí. Pero ahora será mejor que entre a ver cuánto desorden han organizado ya Frank y los niños”. Y dirigiéndose a Carla, añadió: “Gracias por el cigarrillo”.

»Cuando se levantó yo salí de mi casa y me la encontré en la puerta de entrada.

La saludé con la cabeza y ella me devolvió el saludo mientras pasaba junto a mí.

»Y esa fue mi primera impresión sobre Ruth: que sabía cómo cuidar de sí misma y que no le importaba lo más mínimo lo que la gente pensara de ella. En ambos casos me equivoqué.

»Unos días más tarde la vi fuera otra vez, sentada en el porche, cuando llegué a casa. Frank trabajaba en el turno de noche, así que habían cenado temprano. Él estaba dentro, leyendo un cuento a los niños antes de dormir.

»Me senté a su lado y saqué mis cigarrillos. Ella me ofreció fuego y yo le di las gracias, pero tardamos un buen rato en hablar. Más bien nos quedamos escuchando, pues podían oírse sus voces: la de Frank subiendo y bajando de tono, modulando la historia mientras se la contaba a los niños, y las de estos riéndose en las partes más graciosas. También olía a ajo y a especias (alguien estaba cocinando) y se oía el sonido de una radio. Y oí a Nina Lombardo hablando por teléfono. Aún hacía calor, aunque el día comenzaba a desvanecerse.

»Me resulta extraño recordar todo esto ahora, pero aquel día me acordé de mi padre. Hacía años que no pensaba en él. Lo recordé porque en una ocasión me dijo que íbamos a tener un veranillo de San Martín y yo le pregunté que por qué había dos veranos.

»Después de un rato en silencio, le pregunté: “¿Os acabáis de mudar?”. Lo dije para romper el hielo. Ya sabes. Y ella dijo: “Sí. Viviremos en el primer piso”.

»Le pregunté si se habían venido aquí porque su marido tenía el trabajo cerca y me dijo que no, que él trabajaba en el aeropuerto, pero que ella era camarera en el Callaghan, entre Union y la 164. Creo que me dijo que el antiguo propietario de su piso lo había vendido y que ellos habían tenido que marcharse. No fue más que una charla ligera. Apenas un primer contacto.

»Le dije mi nombre y ella me dijo el suyo, y me preguntó si vivía sola, si tenía hijos. Normalmente me pongo muy nerviosa cuando la gente me hace demasiadas preguntas personales, pero con ella... de alguna manera no me importó. Ruth es de esas personas que te hacen sentir que preguntan porque están interesadas, y no simplemente porque estén cotilleando o parloteando sin más.

»Entonces me preguntó si llevaba mucho tiempo viviendo aquí y yo le dije que casi cinco años. También le comenté que algunos de los vecinos podían ser... Creo que la palabra que utilicé fue *chismosos*. Ella asintió con la cabeza (supongo que sabía que me refería a Maria y a Carla) y, a medida que fui conociéndola mejor, comprendí que ella también odiaba, casi tanto como yo, a las personas que metían sus narices en la vida de los demás y hacían esas preguntas “amistosas” acerca de cómo sacar a los hijos adelante o cuánto dinero ganaban los maridos.

»Pero Ruth... Ruth no es una mujer típica. Más bien suele burlarse de las mujeres típicas. A ella no le interesan las cosas que las otras hacen para parecer diferentes (saber quién estaba teniendo un lío con quién, o desde cuándo el hijo de alguien tenía problemas en la escuela...), sino que prefiere hablar sobre los temas que las vuelven

semejantes: sus peinados idénticos, su vestimenta como de uniforme... Ella suele llamarlas muñecas Barbie y se burla de los grandes eventos de sus vidas, ya sabes: las idas al salón de belleza los viernes por la tarde, las cenas en el mismo restaurante los sábados por la noche, todas las semanas, acompañadas por sus maridos y su familia política. Ruth no entiende cómo pueden estar... satisfechas con eso, diría yo. Odia la rutina. Odia las cosas baratas, las naderías.

»Una vez me dijo que Carla había redecorado su piso y le había dicho que había tenido que escoger entre comprar cortinas nuevas o volver a tapizar el sofá. Recuerdo la cara de Ruth cuando dijo: “Podría tener ambas cosas, si quisiera”. Y se rio. Supongo que se refería a que los hombres podrían ayudarla. A ella los chicos solían darle dinero (diez dólares por pedirles un par de copas y un taxi de vuelta a casa, o cinco por indicarles dónde estaban los lavabos) y ella se quedaba con el resto.

»Una vez me comentó: “Casi todo el mundo tiene miedo a correr riesgos”. La veo todavía mientras hablaba, recostada en el sofá, estirando los brazos por encima de la cabeza y riendo. “Les da miedo pegar un mordisco a la vida y enterarse de qué sabor tiene”.

»Ella tenía dos vidas, en realidad: la que sucedía durante el día (los niños, la colada, los sándwiches de atún, los cómics y todo eso) y la que vivía de noche. Barras. Cócteles. Hombres que pagaban por ello.

»Había muchos hombres. Siempre. Pero supongo que desde que se separó de Frank fue casi siempre Lou. Lou Gallagher. Y Johnny Salcito.

»A Johnny lo conozco de vista. Suele ir al Callaghan. Es un poli. Fuerte, ¿eh? Un tío más bien bajito. Escandaloso. Creo que cuando empezaron a salir, quizá hace un año, Ruth estaba impresionada. Se había separado de Frank hacía unos meses y Johnny tenía un buen sueldo en ese momento, por lo que podía sacarla a cenar y tratarla bien. Pero era todo muy superficial. Unos seis o siete meses después, las cosas empezaron a irle mal. Se endeudó, pasó a deber dinero a cierta gente, gente a la que en realidad nadie quiere deber dinero. Empezó a beber demasiado. Era un tipo guapo, pero desde entonces no tanto. No se cuidaba nada. Engordó. Ganó peso y volumen en la cintura. Y se volvió celoso: de los otros hombres con los que Ruth se veía, de sus amigos o de Frank, incluso ahora que estaban separados.

»También empezó a estar siempre enfadado. Las últimas veces que lo vi estaba indignado. Decía que había gente que lo espiaba y lo perseguía. Aquello no tenía ningún sentido, claro. Parecía haber enloquecido. Tal vez fuera por el alcohol.

»Lou, en cambio, era lo contrario a Johnny. A él las cosas le iban cada vez mejor. Su negocio marchaba viento en popa y la suerte le sonreía. Cada vez ganaba más dinero y llevaba a Ruth a lugares más elegantes. Cuando las cosas empezaron a irle mal a Johnny, ella empezó a salir más en serio con Lou. Este alquiló un barco y zarparon juntos un par de fines de semana. Podrían haber sido más, pero Ruth tenía que conseguir antes una canguro. En una ocasión le sugerí que dejara a los niños con Frank y que él se hiciera cargo de sus hijos, pero Ruth me dijo que si él se enteraba

de que estaba con otro hombre le haría la vida imposible.

»¿Ha visto usted a Lou? No es guapo, pero se tiene en muy alta estima. Está tan seguro de sí mismo... Es encantador. Es obvio que tiene dinero. Y sabe cómo vestirse: trajes buenos, zapatos buenos.

»Es un hombre bastante tranquilo: se podría pensar que alguien con su dinero tendería a ser ruidoso o agresivo, pero él no es así. Y aunque Ruth llegara a casa a las cuatro o cinco de la mañana, decía que él siempre estaba en su oficina a las ocho. Siempre.

»Pero hay algo en él... algo... Cuando lo conoces mejor se despierta en ti una sensación muy profunda, inexplicable... como si las camisas caras y los cortes de pelo de veinte dólares no acabaran de coincidir con quien los lleva. Y entonces te das cuenta... es como encontrar un gusano en una preciosa manzana roja.

»En una ocasión estuve en un bar de Williamsburg con Ruth, Lou y un montón de personas más. Empezaba la primavera. Era el cumpleaños de Lou y Ruth hizo un gran esfuerzo. Se pasó mucho tiempo ahorrando para comprarle algo elegante. Creo que unos gemelos, no lo recuerdo. Y se compró un vestido nuevo, se arregló el pelo y se pintó las uñas. El paquete completo.

»El vestido era un poco más corto de lo que acostumbraba a llevar, y Ruth se pasó un buen rato preguntándome si la falta estaba bien, si estaba guapa, si no iba demasiado ajustada. Como si hubiera algo que pudiera quedarle demasiado ajustado, ¿sabe? Le dije que le quedaba genial. Estaba de película. Los hombres se pasaron toda la noche mirándola. Pero nadie la tocó ni le pidió un baile, porque ella era la chica de Lou. Lo entiende, ¿verdad? Ella le pertenecía.

»Entonces sucedió. Yo estaba hablando con una de las novias, y Lou no estaba por ahí. Tal vez había ido al baño. El caso es que Ruth se quedó sola un minuto. Oí algo y, cuando me di la vuelta para mirar, vi que Lou había regresado. Y que estaba algo apartado, frente a un tío que yo no conocía. Muy flaco, borracho, con la cara roja y las manos levantadas por delante del pecho. Un tontaina, que estaba diciendo: “No lo sabía, hombre. ¡No sabía que era tu chica!”.

»A lo que Lou le replicó algo en voz muy baja, que no pude escuchar. El tío hizo ademán de marcharse y, entonces, Lou le dio un puñetazo en el estómago. Oí el sonido sordo del golpe y vi al tontaina doblarse sobre sí mismo. Pensé que se había pasado tres pueblos. El tío ya se había disculpado: ¿qué más quería? Pero Lou seguía mirándolo, sin más, como si hubiese olvidado que todos los demás seguíamos allí, ¿sabes? Dos de sus hombres cogieron al pobre tontaina por los brazos (estaba gimiendo, no podía ponerse en pie) y uno de ellos le levantó la cabeza cogiéndole del pelo. Entonces Lou se acercó y le dio una paliza.

»Me he criado en un barrio difícil, he visto peleas, pero nada como esto. Aquel hombre no podía moverse, así que ni hablar de defenderse. Todavía pienso en el ruido de los nudillos de Lou. El sonido de un hueso golpeando otro. Le rompió la mandíbula. Y los pómulos. Debió de durar solo unos minutos, pero a mí me

parecieron horas. El tío escupía sangre, dientes, se le empezó a hinchar el ojo. Y cuando Lou dejó de pegarle, los otros lo dejaron caer y él vomitó y se quedó allí, sin moverse. Entonces Lou se dio la vuelta, metió el puño en la cubitera para las botellas, dijo algo, y todos sus secuaces rieron. Como unas jodidas hienas. El tío siguió allí, inmóvil, y los camareros tuvieron que llevárselo a rastras. Lou dejó cincuenta dólares en la mesa y dijo: “Por los inconvenientes”. Se refería a la limpieza. Se refería a no llamar a la policía.

»En cuanto me quedé a solas con ella, le pregunté a Ruth qué demonios había pasado. Al principio no quiso hablar del tema, pero seguí presionándola y al final se encogió de hombros y me dijo que sí, que tal vez se había pasado, pero que era porque estaba celoso. Eso fue todo. Yo le dije que aquello no estaba bien, que no era un buen hombre, pero ella no quiso escucharme.

»¿Sabe qué? Creo que le gustó. En una ocasión me dijo que Lou era su felices-para-siempre, y creo que le gustaba que fuera tan celoso. Me dijo que él era el único hombre que la hacía sentir deseada de verdad. El único realmente capaz de cuidarla.

Había pasado más de una hora y Pete apenas había abierto la boca. Gina guardó silencio y lo miró.

—No sé por qué estoy hablando tanto, señor Wonicke.

Él trató de tranquilizarla.

—Llámame Pete, por favor. Me interesa mucho todo lo que me estás contando. Quiero saber más sobre ella.

Gina soltó una risita nerviosa y cogió su paquete de cigarrillos de la mesa.

—Supongo... Bueno, nadie me había preguntado sobre esto antes, la verdad. Nada sobre Ruth. Solo querían saber si oí algo aquella noche o si tenía alguna idea de quién había podido ser. Nadie tenía interés en conocerla y saber cómo era. Cómo es.

Se inclinó para encender un cigarrillo. Echó la cabeza hacia atrás y exhaló el humo.

—¿Vas a utilizar algo de esto? ¿Vas a escribirlo?

—No lo sé. No sé si ayudará. —Suspiró y miró su taza vacía—. Supongo que ni siquiera sé qué preguntarte. Solo quiero que sigas hablando, porque espero que de pronto digas algo que dé en el clavo, algo que sea la pista que estoy buscando. —La miró a los ojos—. El problema es que eso no suele pasar, ¿verdad? Eso solo ocurre en las películas. Así que... para responder a tu pregunta, no. No usaré nada de lo que digas a menos que me des el visto bueno.

Ella asintió. Se inclinó hacia delante y le dio una palmadita en la mano. Luego se levantó, hizo más café y sacó una caja de galletas.

—Puede que estén revenidas —dijo, y Pete cogió una para demostrarle que no le importaba.

El nombre de Johnny Salcito preocupaba a Pete. No podía recordar por qué le

sonaba tan familiar. Entonces se le ocurrió algo. Sacó su paquete de fotografías y rebuscó en ellas hasta que encontró la que había hecho el primer día, mientras Ruth caminaba hacia el coche de Devlin, con la cabeza vuelta hacia la fila de policías.

Pete le dio la foto a Gina y le preguntó:

—¿Reconoces a alguien en esa fila?

Ella miró con atención la foto un momento y luego señaló a un tío que estaba en el medio, y que parecía ser al que Ruth estaba mirando.

—Sí, es él. Es Johnny. La hiciste el primer día, ¿verdad? Pobre Ruth. Un hijo de puta la lleva a ver a su bebé muerto y, de pronto, ve a un tío que conoce, uno que le dice que la ama. Solo que en lugar de cuidarla, resulta que está trabajando para ese bastardo.

Ella negó con la cabeza y le devolvió la foto como si estuviera sucia.

Pete la cogió y la metió dentro del sobre, pensativo. Había algo más relacionado con Johnny Salcito, algo importante... Entonces recordó lo que Devlin le había dicho: que Salcito era el tío que había llamado a Ruth a las dos de la mañana el día que los niños desaparecieron.

De repente oyeron una música que venía del exterior. Gina se levantó y cerró las ventanas para mantener el ruido fuera. Encendió la radio.

Sin mirar a Pete, dijo:

—Es la Feria Mundial. El tiovivo. Suena todos los días. Lleva todo el verano. Yo me quedé aquí sentada ese día, el día en que los niños... y estuve escuchándolo una y otra vez. Ahora no puedo soportarlo.

Cogió otro cigarrillo con dedos temblorosos y Pete le ofreció fuego.

—Los niños siempre estaban hablando de la Feria Mundial, ¿sabes? Querían ir, y Ruth les dijo que en otoño; que ahora lo mejor era pasar todo el día fuera, jugando, y que irían... sus cumpleaños son... eran... los dos en octubre. Así que sería su regalo de cumple. Pero no llegaron a ir. No llegaron...

Se le llenaron los ojos de lágrimas y Gina dejó que le rodaran por las mejillas. Posó la vista en un punto fijo, mirando a través de las lágrimas, recordando.

—Dios. Y ahora Ruth tiene que oír eso todos los días. ¿Y la Navidad? Me preocupa mucho la maldita Navidad. Las tiendas y las decoraciones, las luces. Los niños por la calle y en las tiendas hablando de Papá Noel y de los regalos. Jesús, imagínatelo. No puedo dejar de pensar en que llegará la Navidad y ellos están... Ya nunca volverán a celebrarla.

Hizo una mueca, negó con la cabeza y lo miró, y Pete soltó la primera pregunta que le vino a la cabeza.

—¿Cómo os hicisteis amigas Ruth y tú?

Gina se levantó para buscar un pañuelo y se sonó la nariz.

—La verdad es que fue ya la primera noche. La primera vez que hablamos. Me preguntó si quería pasar a su casa a tomar algo, y creo que se sorprendió hasta a sí misma al decir aquello, pues es una persona en general bastante reservada. Pero

pensé, ya sabes, si me ha invitado tengo que ir.

»Para entonces los niños ya estaban en la cama, de modo que no los conocí esa noche. Pero Frank estuvo con nosotras un rato antes de irse a trabajar. No le caí bien.

—¿Cómo lo sabes?

—Prefirió quedarse en la cocina hasta que llegó el momento de irse y subió el volumen del partido que estaba oyendo por la radio cuando nos reímos. Le pregunté a Ruth si quería que me fuera, si lo estábamos molestando, y ella me dijo que no le hiciera caso, que era un gilipollas maleducado y desconsiderado. También me dijo que solo le gustaban las mujeres que eran igualitas a su madre.

—¿A su madre?

—Sí —dijo ella—. La mujer ideal para Frank es su maldita madre: trajes de color pastel, comida muy sana para vigilar la silueta y todas las tardes en la iglesia de San José limpiando velas y candelabros y esperando al padre Michael. Ruth la odiaba. Odiaba que pasara tiempo con los niños y odiaba que Frank fuera a visitarla.

—¿Por qué?

—Pura competición. Ambas competían por Frank. Por los niños. Ruth sabía que él siempre escogería primero a su madre, y eso la volvía loca.

—Confiaba mucho en ti, ¿verdad? Te lo contaba todo.

Gina se encogió de hombros, pero sonrió como si estuviera contenta, y Pete supo que ya podía hacerle la pregunta que antes no se había atrevido a formular:

—¿Es Ruth una persona celosa?

—No mucho, no. Solo tenía problemas con la madre de Frank. Es decir... Johnny estaba casado. Y Lou. Pero eso a ella no le importaba, siempre que la hicieran sentir bien. Pero no tenía amigas chicas. Ninguna lo suficientemente íntima. Creo que los hombres le parecían más fáciles, más directos.

—Pero tú le caías bien, ¿no?

—Sí, sí, yo sí. Nos divertíamos mucho juntas. A veces me decía que cuando estaba conmigo se sentía como si no hubiese pasado el tiempo. Como si aún fuese una adolescente. Antes de los niños. Antes de Frank.

Gina guardó silencio y Pete bebió su café, que empezaba a enfriarse. Se imaginó a Ruth de adolescente, volviendo a casa a altas horas de la madrugada, colándose por la ventana de su dormitorio. Se la imaginó aspirando el aire azul de la noche, con el corazón aún latiendo por alguna música distante. Con la vida a punto de empezar.

Y luego se recordó a sí mismo a los quince o dieciséis años, sentado en su escritorio junto a la ventana, con los deberes del cole ya acabados, soñando con las interminables tardes de verano, con el césped tostado por el sol, y preguntándose cómo serían los otros pueblos, ciudades o lugares a los que nunca llegaría a ir o la gente a la que nunca conocería. Recordó la abrumadora necesidad de escapar. Y el miedo a no hacerlo, a despertarse un día con cuarenta años y encontrarse trabajando en el molino y con una esposa con la que no tenía nada de que hablar.

Fue alimentando aquel miedo hasta que ardió como una hoguera que lo llevó a

recibir clases extras, sobreponerse a docenas de cartas de rechazo, superar la escenita con sus padres —las lágrimas de su madre, la desilusión de su padre, la ira que ocultaba su dolor— y, por fin, tomar un autobús que lo sacó de Iowa.

Quizá Ruth y él no fueran tan diferentes, al fin y al cabo.

Una voz en la radio anunció las noticias de la una en punto. Gina se levantó, la apagó y puso un disco. Algo suave con guitarras. Bajó el volumen. Volvió hasta donde estaba él, se sentó y encendió un cigarrillo. Se sirvió una bebida. Fue moviendo la cabeza al ritmo de la música... Y entonces dijo:

—Un día, cuando ya hacía un tiempo que nos conocíamos, Ruth me preguntó: «¿Tú qué querías ser de mayor?». —Sonrió—. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que alguien me había hecho aquella pregunta. Desde que aún había alguien que creía que yo podía escoger. Sea como fuere, le dije: «Solo quería casarme y tener bebés. Como todas. Como tú». Me miró y pude ver lo que estaba pensando. En mi ropa barata y mi trabajo de peluquera barata y mi culo gordo. Es lo que todos piensan cuando me ven.

Pete abrió la boca, pero ella le hizo un gesto con las manos para que se callara.

—No te preocupes. No tienes que ser educado, Pete. Ya sé quién soy. Finjo que no me importa un comino, y la mayoría de las veces es cierto. Pero de pequeña quería lo mismo que todas las niñas: el príncipe azul, la boda de cuento de hadas, el final feliz.

Vació su vaso, lo dejó en la mesa y se sirvió otro.

—Ahora sé más cosas. Como que los hombres no quieren casarse conmigo o tener hijos conmigo. Sí quieren beber o pasar un buen rato, pero no soy el tipo de mujer con la que se casan. Se divierten en mi compañía y luego vuelven con sus esposas. O me dejan por otra más joven o más delgada.

»Si alguien me pregunta, le digo que el amor es para tontos. Que no creo en los finales felices. Pero debajo de mi cama tengo una caja llena de historias de amor. Te lo digo porque estás aquí y estoy a punto de sobrepasar mi propio récord de borrachera de los últimos años.

»Una vez al mes, más o menos, voy a ver una película al Dominion: una de esas de Bette Davis en las que el patito feo se convierte en cisne y enamora al protagonista y viven felices para siempre. En el fondo, siempre quise eso. —Parpadeó—. Parece que no logré exactamente lo que esperaba, ¿verdad?

La honestidad de ella lo hizo responder con imprudencia.

—¿Y te molesta?

Gina se encogió de hombros.

—Para ser sincera... sí. A veces. A veces me importa. Por la noche, cuando estoy sola. Cuando sé que Mick está con su esposa o Paul no me coge el teléfono.

»Voy a contarte algo; algo que nunca le he contado a nadie. Ni siquiera a Ruth.

Pasé bajo su ventana un día de la primavera pasada. Frank aún vivía allí. Eran más o menos las seis de la tarde. Ruth estaba preparando la cena y yo iba hacia un bar en el que había quedado con un tío. Aquella semana no tenía ni un pavo. Recuerdo que iba rezando para que al menos me llegara para pagar el taxi de vuelta a casa. Me paré a encender un cigarrillo y la oí hablar de algo normal (los zapatos nuevos de Frankie o la venta de ropa de hogar en Gertz), no sé, algo normal, ¿sabes? Frank la estaba mirando y había algo en la forma en que lo hacía... Como si nunca fuera a cansarse de ella. Como si siempre quisiera más.

»Ella les dio la cena a los niños y besó la cabeza de Cindy, y yo la vi acercar su nariz al pelo de la pequeña. Solo por un instante. Aspirando. Oliendo.

Tenía los ojos húmedos, y esta vez no parpadeó para contener las lágrimas.

—Ruth nunca supo lo afortunada que era. Para ella aquel no era más que un martes cualquiera. Para mí, todo lo que ella tenía y yo no: un hombre que la adoraba, dos niños preciosos. Una familia.

Gina se secó las lágrimas y cogió la botella de nuevo.

—Por Dios. ¿Seguro que no quieres un trago?

Esta vez él se encogió de hombros, cogió el otro vaso, esperó a que ella llenara los dos y brindó con Gina.

—¿Alguna vez le hiciste a Ruth la misma pregunta?

—¿Qué?

—¿Alguna vez le preguntaste a ella qué quería ser de mayor?

Gina sonrió.

—Lo hice, sí. ¿Y sabes lo que me respondió? Me dijo: «Yo nunca quise lo mismo que tú; eso de casarme y tener hijos y tal. Yo solo quería ser especial».

Vació el vaso de un trago y pasó el dedo por el borde.

—Supongo que ella logró su sueño, ¿no? Todo el mundo en Queens sabe quién es.

Pasó el tiempo. Hablaron de los niños, y Pete preguntó por qué se habían separado Ruth y Frank. Gina se encogió de hombros y encendió otro cigarrillo.

—Para Ruth, Frank significaba mirar atrás. Él había sido su mejor opción cuando estaban en la escuela. Y supongo que casarse tan joven le sirvió para irse de casa, lejos de su madre. Su padre murió cuando ella tenía dieciséis años. ¿Lo sabías? Ella lo quería muchísimo. Cuando habla de él se conecta con sus emociones y se ve claramente que fue la niñita de papá. Pero después de su muerte... bueno, su madre y ella nunca se llevaron bien. Ella quería marcharse de casa y Frank se convirtió en su billete de salida. Pero, cuando yo la conocí, ella ya había cambiado de tren.

»El tema es, Pete, que Ruth es diferente. Es bonita, claro, pero tiene algo más. Algo que los hombres quieren. Algunos harían cualquier cosa por ella. Podría haber tenido a cualquier hombre que quisiera, pero no lo supo hasta que fue demasiado

tarde, hasta que ya se había casado con un mecánico y había tenido dos hijos y le habían ofrecido un trabajo de mierda en un bar de mierda.

Gina se frotó los ojos.

—Creo que Frank nunca entendió nada de eso. O tal vez sí, yo qué sé. Siempre estaba celoso de todo el mundo.

»Una noche le pregunté a Ruth si alguna vez había pensado en darle a los niños y dejarle a él la custodia.

Pete dejó su vaso con cuidado y preguntó:

—¿Y qué te dijo?

—Se me echó encima. Me preguntó que cómo me atrevía siquiera a preguntarle eso. Se puso furiosa. Yo le dije: «Oye, que solo era una pregunta. No digo que debas hacerlo. Solo quería saber si alguna vez lo habías pensado». Se calmó un poco y entonces dijo, simplemente: «Son mis hijos. Yo soy su madre». Y eso fue todo. Asunto cerrado.

»Me da la sensación de que no podía soportar la idea de que Frank ganara. Llevaba toda la vida luchando duro por cada batalla, y ahora... estaría perdida si él ganaba la guerra. En cualquier caso, Ruth solía decir que él era un padre muy inútil en todos los sentidos. Que apenas sabía cuidar de sí mismo. Que si tuviera a los niños durante unas cuantas semanas, les daría *pizza* tres días seguidos, mientras tuviera dinero en el banco, y luego puré acuoso de maíz hasta cobrar el mes siguiente.

»Y aún había algo más. Ella nunca lo dijo, o al menos no directamente, pero creo que le preocupaba lo que la gente comentaría si dejaba que Frank se quedara con los niños. Si tiraba la toalla. Sabía que todas las mujeres de Queens la juzgarían por eso. La odiarían por eso. Y más allá de su aspecto, y de todo, a Ruth realmente le importa lo que la gente piense de ella. Yo suelo decirle que en realidad le importa demasiado.

Pete esperó en silencio. Creyó que tenía que haber un motivo por el que le contaba todo eso.

—Pese a todo, sé lo que Ruth pensaba sobre el tema de los niños. Ellos eran lo único que se interponía entre su vida actual y la vida que quería. Nunca habría renunciado a ellos, pero me juego el cuello a que alguna vez había fantaseado con la idea. A veces hablaba con algún tío del trabajo, un cliente que le prestaba algo de atención, o volvía a pasar uno de aquellos fines de semana con Lou y hablaba sobre cómo sería tener un marido rico. Alguien con encendedores y gemelos de oro, y un coche grande y brillante. Alguien que pudiera llevarla a California cuando le diera la gana. En una ocasión (Cindy estaba vomitando, Frank no le había enviado el cheque ese mes y ella estaba deprimida de verdad), me dijo que su sueño era simplemente despertarse en una habitación con un armario lleno de ropa nueva y sentarse todas las noches a una mesa servida por otra persona. Nunca iba a volver con Frank, y menos después de haber probado lo que había ahí fuera.

»Yo creo que de verdad anhelaba todas esas cosas y espero que logre tenerlas algún día. De verdad que lo espero.

«¿Cómo de intensa debía de ser la fascinación por esa otra vida? —se preguntó Pete—. ¿Cómo de fuerte la tentación?».

Seguramente podría saborear parte de esa liberación cada vez que los pequeños se dormían y ella recibía la visita de Gina, o bien cuando conseguía reunir las suficientes propinas como para pagar a una canguro e ir a ver una película por la tarde, sentarse en la oscuridad y ver a mujeres como ella haciendo que los hombres se enamoraran de ellas. Pero luego tendría que volver a su casa y poner a los niños frente a la tele mientras preparaba algo para cenar.

Pete pensó en las fotografías del piso que Devlin le había dado. Los platos sucios en la cocina, las marcas de lápices de colores en las paredes, la ropa de los niños tirada sobre el sofá, sus juguetes en el suelo, el intento de mantener ordenada la sala apilando cosas en las esquinas: los dibujos de los niños, sus libros, calcetines desparejados.

Y luego pensó en las fotografías que había visto de su propia habitación. El armario abierto donde su ropa colgaba en una línea de colores pastel. Los cajones donde guardaba la ropa interior y los vestidos de noche, siempre cuidadosamente doblados. Las superficies relucientes, la alfombra aspirada y limpia. Todo bien ordenado.

Ruth estaba tendida en su sofá de tres plazas con una botella de *whisky* en la mano. Gene Pitney sonaba en el tocadiscos, una y otra vez. Ya no podía soportar el silencio. Canturreaba suavemente mientras se llenaba el vaso, levantaba la cabeza, se lo bebía de un trago y volvía a llenarlo.

Bebía para emborracharse. Era casi finales de octubre y los cumpleaños de los niños ya habían pasado. Había planeado hacer como que tanto el 17 como el 24 eran días normales, llenarlos de bares, *bourbon* y hombres, y no dedicar ni un solo minuto a pensar en las fechas. Pero entonces su madre la llamó por teléfono e insistió en que fueran a observarlos juntas. Ese fue el verbo que utilizó: *observar*. Como si estuviera refiriéndose a preceptos religiosos para el culto o la devoción.

Ruth cedió, pero decidió que nunca más pasaría otra semana así. Ellas dos, solas, con el tictac del reloj. Las visitas diarias a la iglesia, las comidas demasiado hechas que nadie quería comer, y todo lo que no se dice y queda flotando en el aire, y lo vuelve pesado como el plomo en una habitación sobrecalentada.

Nunca más.

Sonó el teléfono, y ella sostuvo el vaso lleno frente a ella y se echó hacia atrás, moviendo la cabeza para contestar. El aparato entero se le cayó al suelo y Ruth rodó por el sofá y se derramó la bebida por la camisa.

La voz de Frank le llegó tenue desde el suelo.

—¿Ruth? ¿Estás ahí, cielo?

Sonaba muy raro. Como si estuviera muy lejos de allí. Ruth se esforzaba por llegar al teléfono, pero, en cuanto oyó la voz de Frank y reconoció el nerviosismo de su tono, supo por qué estaba llamando y se puso seria.

Había pensado mucho sobre el tema, claro que lo había hecho. No tanto por esa cuestión —Frank no era nada especial en la cama, aunque era considerado y... bueno, ella se sentía cómoda con él y eso también contaba—, sino por el resto: cenar juntos todas las noches antes de que Frank se fuera a su turno o saliera a tomar unas cervezas con sus amigos; pasar los sábados por la noche en el sofá, fumando y viendo la tele; reservar unos asientos en el Trylon y un perrito caliente para cada uno si era día de pago.

De pronto, pensar en esas rutinas, en los hábitos de Frank —su manera de doblar los pantalones antes de guardarlos en pilas ordenadas en la cómoda, o el modo en que la miraba por la noche y le decía muy flojito: «Hola, cariño»— la había ido empujando cada vez más hacia atrás, contra una pared, hasta que se sintió atrapada.

Ahora, sin embargo, desde que los niños se habían ido, las cosas eran diferentes. Todo había cambiado, incluida ella. Tal vez una cierta rutina y un poco de amabilidad

fueran lo único que necesitaba.

De modo que cuando Frank le propuso ir a cenar la noche siguiente, ella le dijo que sí. Y después de detenerse frente al apartamento y de que él se volviera hacia ella, con el rostro iluminado por el resplandor ámbar de la farola, Ruth sintió también el fulgor del vino y el *brandy* que había tomado durante la cena, y le tocó la cara con suavidad y lo invitó a entrar. Incluso jugó con la fantasía de ser la esposa recatada, la que él le había dejado claro que prefería, y se sentó con las piernas cruzadas, la espalda recta, los ojos muy abiertos y los labios esbozando una dulce sonrisa en lugar de unos pucheros o una provocación.

Conocía bien a Frank: para él todavía era su esposa a todos los efectos. Siempre lo sería y ni siquiera era necesario que lo invitara a entrar.

Así que lo miró a los ojos medio segundo más de lo previsto, y él se inclinó hacia ella. Sintió el familiar roce de sus labios, el olor a sus cigarrillos y el jabón que siempre usaba; sintió la conocida fuerza de sus brazos rodeándole el cuerpo y algo que podría parecerse al alivio cuando él la levantó y la llevó a la cama.

Fue tan amable como siempre había sido, y ella lo abrazó con fuerza y emitió los gemidos entrecortados que sabía que le gustaban, y luego se quedaron dormidos.

Después de que Frank se marchara a la mañana siguiente, ella se quedó durmiendo un rato más y luego se tumbó en el sofá. Eso era lo que él quería. Lo que su madre quería. Lo que Frankie y Cindy habrían querido: mami y papi juntos de nuevo. Trató de pensar en lo que ella misma quería, pero sintió unas ganas terribles de llorar y un intenso dolor de cabeza, así que se encendió otro cigarrillo, cogió una revista y dejó de pensar.

Más tarde, cuando el cielo empezaba a teñirse del anochecer, oyó a niños gritar en la calle. Abrió una botella y bebió cuatro vasos casi sin pestañear, hasta que dejó de oír el ruido de fuera, y luego encendió la radio. Dos tragos más, subió el volumen y empezó a bailar.

Echó la cabeza hacia atrás y miró su reflejo en la ventana oscura: hombros delgados, brazos blancos, dedos largos como algas bajo el agua, y el pelo, ondeando al viento, de color rojo y dorado. Dio vueltas y se estiró, movió las caderas e ignoró los golpes en la puerta y el teléfono que sonaba. Bebió aún más y bailó hasta que el mundo no fue más que una gloriosa mancha de colores danzando a su lado. Los colores, la luz y la estrecha franja del cielo sobre los edificios oscuros giraron cada vez más rápido hasta que Ruth cayó exhausta sobre el respaldo del sofá y allí se quedó, riendo, con las piernas en el aire, mientras el ritmo seguía por todo su cuerpo.

Y mientras ella yacía allí, con la cabeza vuelta para observar el sol hundirse tras los tejados al otro lado de la calle, y las primeras estrellas ocupar su lugar, notó las luces, los coches y las sombras del exterior. Y mientras seguía mirando hacia la calle, otro automóvil se detuvo, largo, elegante y brillante. La puerta se abrió y salió

Devlin, la silueta iluminada por la luz de una farola.

Y Ruth se quedó allí tumbada, jadeando, con la falda en torno a las caderas y el pelo sobre la cara. Lo más probable es que fuera invisible allí, en esa oscuridad secreta, pero le pareció que sus ojos se encontraron con los de Devlin pese a la distancia, y le pareció que, por un momento, estaban tan cerca como si fueran amantes.

Pete pasó varios días pensando en su conversación con Gina. Entonces, una mañana, se despertó temprano y supo lo que tenía que hacer. Se echó agua en la cara, evitando mirarse los ojos en el espejo. Había aprendido que si no veía en su interior, el miedo no lograba entrar. Y si no miraba, no veía las cosas que más temía: que no pertenecía a Nueva York, que no era lo suficientemente bueno, que un día tendría que admitir la derrota y volver a Iowa con el rabo entre las piernas y buscar un trabajo en el periódico local y fingir ante su madre, todos los días, para que creyera que se alegraba de haber vuelto a casa.

Por lo general, cuando se sentía amenazado cogía la chaqueta, bajaba las escaleras, cerraba la puerta tras de sí y caminaba a paso veloz para introducirse en la mañana. Y para cuando llegaba al restaurante de la esquina de la Segunda Avenida y pedía sus típicas tortitas con sirope de arce, la sensación ya se había calmado y había sido reemplazada, probablemente, por el asombro. El de estar ahí, en Nueva York. La ciudad era justo como en todas las películas y anuncios que había visto: había taxis amarillos conducidos por italianos iracundos que cambiaban de carril sin indicarlo previamente, y ancianos de pelo blanco que bebían de bolsas de papel marrón en las esquinas; el Empire State iluminado por la noche como un ángel altísimo, y los letreros de neón de los bares desplegados como purpurina.

Pero tenía la sensación de que ni sus tortitas ni el horizonte serían suficientes hoy. Mientras levantaba la navaja de afeitar hacia el rostro, vio que le temblaban las manos. La dejó a un lado, respiró hondo y se obligó a mirarse al espejo. Aquello era lo correcto. Lo ético.

Terminó de afeitarse, se vistió y condujo hasta la oficina, sintiendo una enorme preocupación todo el tiempo.

Pero el sabor de la certeza era agudo como el hierro en su boca y lo acompañó todo el camino hasta el escritorio. Se sentó y comenzó a escribir.

«... La señora Malone se mostró visiblemente molesta cuando este periodista fue a visitarla y en varias ocasiones afirmó que no tenía ni idea de quién había podido querer hacer daño a sus hijos. Como ha venido diciendo desde el principio, acostó a los niños en su horario habitual, pasó a verlos a medianoche y descubrió que ya no estaban por la mañana. No oyó nada sospechoso entre ambos momentos. Los echa muchísimo de menos, como lo haría cualquier madre del mundo. Su apartamento es elegante, pero extrañamente silencioso, y a ella le cuesta conciliar el sueño. Y teme

que la persona que se llevó a sus hijos siga libre ahí fuera y pueda volver a hacer daño a otros niños».

Cuando terminó, sacó las páginas de la máquina de escribir, las revisó rápidamente y las llevó a la oficina de Friedmann. Este estaba al teléfono y levantó un dedo indicándole que esperara, pero Pete se limitó a dejar el artículo en su escritorio y bajó a la tienda de la esquina. Pidió un refresco y, mientras se sentaba junto al mostrador y miraba a la chica servirle la Coca-Cola y ponerle el hielo en el vaso, se dio cuenta de que estaba más tranquilo que en las últimas semanas. No importaba lo que sucediera a partir de entonces: él podría vivir con lo que había hecho.

Pete estaba en la redacción a las siete de la mañana siguiente. Sacó los boletines de la bandeja y empezó a leerlos. Vio llegar a Friedmann por el rabillo del ojo. Nunca lo había visto en la oficina tan temprano.

Este miró hacia él y le hizo un gesto con la cabeza.

Pete se recompuso la corbata y se levantó. Cogió aire y entró en la oficina de Friedmann con la cabeza alta.

Su artículo estaba sobre el escritorio, atravesado por una línea roja. Friedmann le hizo un gesto.

—¿Qué diablos es esto? Te dije que dejaras el tema.

Se quitó las gafas y se presionó el puente de la nariz. Cuando habló de nuevo, sonó casi triste.

—¿Qué te ha pasado, Wonicke? Tenías un ímpetu arrollador y la habilidad de un magnífico reportero, pero ¡no dejas de volver una y otra vez a esta mierda!

Se sentó pesadamente tras su escritorio.

—La mujer es sospechosa de los asesinatos de sus propios hijos. ¿Y todo lo que puedes escribir es que está triste?

—Yo creo que no los mató.

—¿Dónde están las pruebas?

—Es... complicado.

—Lo sé. Siempre lo es. Tu trabajo consiste en simplificarlo para los lectores.

—¿Está usted despidiéndome, señor Friedmann?

—No me queda más remedio. Te has despedido tú solito. —Miró a Pete fijamente—. ¿No tienes nada que decir?

Pete le devolvió la mirada.

—Solo que he hecho lo correcto. Eso es todo, señor Friedmann.

Y dicho aquello, se dio la vuelta y se marchó. Cogió su chaqueta y salió de la oficina en el momento en que los empleados del turno de día empezaban a entrar.

A la mañana siguiente, Pete entró a desayunar a un restaurante y pidió un plato de tortitas y un vaso de leche. Cogió un periódico y lo abrió por la página de ofertas de trabajo. No tenía idea de lo que haría a continuación. Ser reportero en la ciudad de Nueva York era lo que siempre había deseado.

Incluso entonces, mientras marcaba con círculos los empleos de dependiente o secretario, su mente seguía centrada en Ruth Malone. Se sentía como si estuviera a la mitad de un libro y quería saber el final.

Pidió a la camarera una copia de las páginas amarillas y cambio para el teléfono, buscó los nombres que Gina le había mencionado e hizo algunas llamadas. Ninguno de los dos quiso hablar con él: Johnny Salcito le colgó el teléfono y, en el caso de Lou Gallagher, no consiguió pasar el filtro de su secretaria.

Decidió probar una táctica diferente. Se sentó en su coche frente a la comisaría y esperó hasta que vio al tipo que Gina había identificado como Salcito. Lo siguió durante nueve o diez manzanas, hasta llegar a un bar de mala muerte en el que no había más policías. Se sentó al final de la barra y lo observó beber.

Salcito bebía como si quisiera emborracharse: no miraba a la pantalla del televisor del bar, no levantaba la cabeza cuando alguien hacía una broma o alzaba la voz. Bebía *whisky* sin hielo, a palo seco. Miraba fijamente hacia la barra o los barriles de cerveza; durante un instante observó un periódico que alguien se había dejado al salir. Se aflojó la corbata, se pasó la mano por el cuello y se secó la frente con un pañuelo usado. Entonces empujó su copa unos centímetros hacia delante y esperó a que el camarero la rellenara.

Pete observó las venas rojizas de su nariz, sus puños deshilachados. Le temblaban las manos y Pete pensó en lo que Gina le había dicho: que era un hombre que debía dinero a las personas equivocadas.

Durante dos noches, Pete vio a Salcito llegar justo después de finalizar su turno y salir alrededor de las once. La tercera noche, Pete estuvo pendiente del reloj, pagó su cuenta y salió al aparcamiento que tenía delante. Vio a Salcito tambalearse hacia su coche, emitiendo una pequeña columna de vaho con cada respiración. Lo vio buscar las llaves con dificultad y que se le caían al suelo helado; lo vio agacharse a cogerlas y tardar un rato en poder reincorporarse y recuperar el equilibrio.

Por fin se pusieron en marcha. Salcito iba pisando de vez en cuando la línea continua. Pete pensó en la declaración de Frank, en cómo había ido a Huntington a buscar a Salcito. Parecía que ahora ambos iban en la misma dirección.

Al principio Pete intentó mantenerse a dos o tres coches de distancia, pero la oscuridad lo complicaba, y se dijo que Salcito estaba demasiado borracho como para darse cuenta de su presencia. Así que se quedó cerca y tomó la misma salida que Salcito, y lo siguió muy de cerca por las oscuras calles de la ciudad.

Había algo insólitamente íntimo en ese modo de conducir. Algo que le persiguió

durante tiempo; algo que tenía que ver con el silencio y las calles vacías, con la familiaridad de los prados cubiertos de escarcha, de las vallas iluminadas por la luna, de las ventanas negras. Era el paisaje nocturno de cualquier pueblecito de América. Se sintió como si volviera a casa, y Johnny Salcito y él fueran los únicos seres vivos capaces de sentir aquella noche.

Pete dejó que el coche pasara un cruce por el que no venía nadie y vio a Salcito entrar en un camino que conducía a una casa. Condujo con una mano en el volante y los ojos fijos en la calle —un hombre normal y corriente de camino a casa, a punto de reunirse con su mujer y sus hijos después de un largo turno de tarde—, pero recordó el número del buzón, la forma del árbol que quedaba al final del camino y el nombre de la calle indicado en la esquina.

«Buenas noches, amigo. Buenas noches».

Se detuvo en la esquina siguiente, apuntó los detalles que había memorizado y se dio cuenta de que sus dedos ansiaban describir la torpeza de movimientos de Salcito, su expresión perdida... Pero se dijo a sí mismo que no haría eso, porque era innecesario, porque era poco profesional. Además, resultaba que no quería humanizar a ese hombre. No era el personaje de una historia con el que uno pudiera identificarse: era un posible testigo, un posible cómplice, un posible asesino.

Así pues, solo los hechos. La dirección. El árbol. El nombre del buzón. El cartel de la valla de al lado.

A la mañana siguiente, Pete volvió al barrio mientras Salcito estaba trabajando. Se llevó sus apuntes para identificar la casa, pero cuando llegó a la calle pensó que habría sabido localizarla sin dudarle aunque no hubiese tenido nada apuntado. El césped muy alto y el buzón estropeado, las manchas en las ventanas y los postes que faltaban en la cerca... todo eso eran pistas más que suficientes para indicar el tipo de persona que vivía allí.

Pete volvió a pensar en la declaración de Frank, que dijo que Huntington era el típico lugar en el que a uno le gustaría criar a sus hijos. Llamó al número de la agencia inmobiliaria que estaba anunciada en un letrero justo al lado y descubrió que las casas eran grandes. Cuatro o cinco habitaciones, pensadas para familias. Pero mientras el resto de las casas de la calle tenía bicicletas en los patios, columpios colgando de los árboles y canastas de baloncesto sobre las puertas del garaje, esta, la de Salcito, estaba vacía. Gina le había dicho que el policía estaba casado, pero Pete estaba bastante seguro de que si entraba en su casa encontraría el armario principal medio vacío, las alfombras chafadas por el peso de unos muebles que ya no estaban y las paredes con las marcas de cuadros y de fotos que alguien habría hecho desaparecer.

Aquella noche, Pete se sentó en el taburete que quedaba justo al lado del de Salcito, pidió una cerveza y lo miró.

—Eh.

Y otra vez:

—Eh.

Salcito levantó la cabeza. Sus ojos se encontraron con los de Pete en el espejo que quedaba sobre la barra. Parecía exhausto. Derrotado.

—¿Hablas conmigo?

—¿Con quién si no?

—Y... ¿qué quieres?

—Hablar.

Salcito frunció el ceño y negó con la cabeza. Cogió su vaso.

—No te conozco.

—Es usted Salcito, ¿verdad?

Salcito depositó el vaso lentamente sobre la barra, puso las manos en el borde y se volvió hacia Pete.

—¿Quién quiere saberlo?

—Me llamo Wonicke.

—Pues lo dicho, no te conozco.

Una pausa.

—¿Quién te envía?

—Nadie.

—¿Cómo que nadie? ¿Quién ha sido? ¿Johanssen? ¿Quién?

—Le digo que nadie.

—Vete al carajo.

Pete le miró los ojos rojos, los puños apretados, y tragó saliva.

—Señor Salcito, soy periodista.

Los hombros de Salcito se relajaron un poco. Sus puños se abrieron.

—Pues yo no soy noticia.

—Cubro el asesinato de los niños Malone. Me gustaría hablar con usted sobre Ruth Malone.

—¿Ah, sí? A ti y al resto del mundo, hijo. Pero no hablo con periodistas.

Se dio media vuelta y cogió su vaso de nuevo.

—Escuche, sé que es usted policía y que tuvo una relación con la señora Malone.

Esta vez se movió a toda velocidad. Dejó su vaso en la barra, con tanta fuerza que casi lo rompió, y acercó su cara a un centímetro de la de Pete.

—¿Me estás amenazando?

Pete levantó las manos, bajó del taburete y retrocedió.

—No, por el amor de Dios, no. ¿Acaso le parezco amenazador?

Salcito negó con la cabeza, murmuró algo, se sentó de nuevo y cogió su vaso.

Pete respiró y dijo:

—Señor Salcito, solo estoy aquí por si quiere hablar con alguien. Dar su versión de los acontecimientos.

No hubo respuesta.

—Comprendo. ¿Y si le cuento lo que sé y usted me dice si hay algo que está mal? Un momento de silencio, y luego Salcito dijo en voz baja:

—Aquí no.

Pete lo miró. Esperó.

—No quiero que nadie sepa nada aquí. ¿Conoces el Ricky, en la calle 57?

—Claro.

(Ni idea, pero lo encontraría).

—Nos vemos allí dentro de una hora. Hay una sala en la parte de atrás, el propietario me conoce. Dile que has quedado con Sal.

Cuando Pete llegó, Salcito ya estaba allí, sentado frente a una mesa desvencijada, con una botella y dos vasos.

Saludó a Pete y le hizo un gesto con la mano para que se sentara. Frunció el ceño cuando vio que Pete apartaba los vasos para colocar su grabadora y sus cuadernos.

—¿No va a beber conmigo?

—Estoy trabajando.

Salcito abrió la boca, pero acabó por encogerse de hombros.

—Bueno, bueno, empecemos por el principio. Sé que usted salió con Ruth Malone durante varios meses, tal vez más. Supongo que la conoció en el trabajo.

Salcito se rio.

—¿Qué es tan gracioso?

—Pues que tienes razón y al mismo tiempo estás equivocado. Muy equivocado. —Suspiró—. Recibí una llamada. Hace dos años, tal vez un poco menos. Un tío que conozco estuvo en un bar una noche, con algunas chicas. Yo estaba de servicio. Llamó a la comisaría hacia las once de la noche y pidió que alguien fuera a echar un vistazo.

Sus ojos estaban fijos en la mesa, pero su mente se encontraba en otra habitación.

—Estaba muy tranquilo cuando llegó la llamada. Papeleo y café. Ese es, en general, mi trabajo. Atender el maldito papeleo y preparar cafés.

Empezaba a irse por las ramas...

—Total, que sonó el teléfono. Era Meyer, un colega que dejó el cuerpo en el invierno de 1962, cuando murió su padre, pero que... Bueno, supongo que este tema no te importará lo más mínimo, pero que sepas que Meyer aún patrulla con nosotros de vez en cuando y aún se mueve por los bares de polis.

Salcito calló y Pete aprovechó para preguntarle:

—¿Y fue él quien llamó aquella noche?

Salcito asintió con la cabeza.

—El caso es que ni siquiera me había llamado a mí. Solo quería saber quién andaba por la comisaría. Buscaba a alguien al que le apeteciera reunirse con él para

tomar una copa al final de su turno. Le daba igual quién fuera, solo quería alardear de las chicas que podía conseguir. Meyer heredó algo de dinero cuando su padre falleció. Eso lo cambió. Se volvió derrochador y fanfarrón. Le gustaba demostrar las cosas que podía conseguir... Y estaba llamando para hablar con alguien, con quien fuera. No necesariamente conmigo, joder. Si no hubiera respondido a aquella maldita llamada...

Dio un largo trago de *whisky*.

—Da igual; el caso es que lo hice.

Hizo una pausa y se encogió de hombros. Bebió otro trago.

—Estaba borracho. Me dijo que tenía una fiesta en el McGuire y me pidió que lo acompañara. Le comenté que estaba de servicio, pero él estaba tan borracho que ni siquiera sabía a quién había llamado. Tuve que explicarle que acababa de llamar a la comisaría. Él insistió en que me acercara al terminar mi turno. Parecía que no aceptaría un no por respuesta.

»Cuando llegué, Meyer se hallaba en uno de los sofás grandes y curvados del local. Tenía a una chica a cada lado y, cuando me vio, les pasó los brazos por los hombros, se echó hacia atrás y me guiñó el ojo. Había una botella de champán en una cubitera encima de la mesa, dos botellas vacías y un billete de diez dólares en la bandeja de propinas, junto con las llaves de su coche, tiradas como por casualidad.

»Meyer siempre viste de forma impecable. Trajes caros, corbatas a juego, camisas de marca. Pero recuerdo haber pensado que había algo sórdido en él aquella noche. Tenía el traje arrugado y la camisa tensa sobre el estómago, como si hubiera engordado.

»Me estrechó la mano y me presentó a la rubia que tenía a su lado. Donna. O Dana. La verdad es que no lo recuerdo. Era la otra, la amiga de Donna, la que me interesó desde el primer momento.

»Ella era distinta. De verdad, no tenía nada que ver con las demás. Meyer y la rubia estaban pegándose un revolcón junto a la mesa; ella chillaba y se reía, y él le metía mano por debajo de la mesa. Pero la pelirroja... ella era diferente. Estaba tranquila. Aquella noche solo nos dedicamos a hablar. Bueno, hablamos, nos bebimos el champán de Meyer y bailamos un poco al final.

Vació su vaso de nuevo.

—La pelirroja... Ella incluso bailaba de un modo distinto al de la mayoría de las mujeres: dejaba que las manos marcaran el ritmo, y luego los hombros y las caderas. Eran como unas cintas blancas en la oscuridad.

Salcito se quedó de nuevo en silencio y Pete no supo cómo romperlo. Finalmente, el policía suspiró y dijo:

—Así acabó nuestra primera noche. Yo estaba... No sé cómo decirlo, me sentía como embrujado. —Se rio—. Por el amor de Dios, escúchame. Por supuesto, lo que yo quería era tirármela, pero al mismo tiempo... Quería ver cómo se movía. Oírla reír. Tardé cuatro días en reunir el valor necesario para llamarla. Recuerdo haber

pensado que ni siquiera se acordaría de mí.

»Pero lo hizo. Incluso parecía feliz por mi llamada. La llevé a cenar a un lugar bonito. Lujoso.

Se llenó el vaso y bebió. Sus ojos y su imaginación estaban en otra parte.

—Tonteamos. Ella se inclinaba hacia delante, me rozaba el brazo al hablar. Recuerdo... Oía su perfume. Llevaba medias y oía el sonido de la seda cuando se movía. Un ruidito suave y delicioso que me estaba volviendo loco. Y ella era muy consciente de eso.

Pete imaginó el aroma de aquella piel. Ese susurro sutil de cuando cruzaba las piernas. El arco del minúsculo pie.

—Fuimos a su casa a tomar una última copa, y yo... bueno, fui respetuoso. Me lo tomé con calma. Había estado con chicas casadas antes y creo que pensé que... A pesar de sus insinuaciones, pensé que ella sería un poco tímida cuando llegara el momento.

Negó con la cabeza.

—Pero qué va. Ella era increíble. Cómo respondió. Cómo se movió. Las palabras que usó. Era como un animal. Y la diferencia entre la forma en que se comportaba en público, impecable y controlada, y la forma en que se movía en la cama... Era como dos mujeres distintas. Increíble.

La botella ya estaba casi vacía.

—Pero hubo algo que me desconcertó.

Pete esperó en silencio.

—Por ejemplo, que solo follara a oscuras. Incluso cuando llevábamos ya juntos un tiempo. Nunca dejó que la viera. Y cuando acabábamos se escabullía hacia el baño antes de que yo pudiera encender la luz. Luego salía completamente vestida, con el maquillaje perfecto, y servía otra copa.

»O, también, por ejemplo, que cuando salíamos a cenar o a un bar e íbamos caminando por la calle, dejaba que la cogiera de la mano, pero nunca me permitía besarla fuera de su casa. Ella bailaba conmigo, jugaba conmigo, me tocaba... pero nunca me besaba en público. Jamás lo entendí.

Se sirvió de nuevo y bebió. Tenía lágrimas en los ojos.

—Había tantas cosas de ella que nunca entendí...

Pete se inclinó hacia delante.

—¿Y qué me dice de los niños? ¿Cree que lo hizo ella? ¿Cree que ella los mató?

Salcito levantó la mirada. Pete contuvo el aliento, esperando la respuesta, y Salcito negó con la cabeza.

—No lo sé. Ruth apenas me hablaba de ellos. No eran... Solo los vi un par de veces, cuando fui a buscarla a casa y ellos estaban allí. Una vez les leí un cuento mientras esperaba a que Ruth acabara de arreglarse. Les gritó por derramar algo y porque no se acostaban rápido. Lo típico de las madres.

Él volvió a negar con la cabeza.

—Mierda, no sé. Como ya he dicho, había cosas de ella que nunca entendí.

—Usted la llamó aquella noche, ¿verdad? La noche que desaparecieron los niños. La llamó a eso de la medianoche y luego otra vez a las dos, ¿no es cierto?

Salcito sonrió a medias y negó con la cabeza de nuevo.

—Por Dios, aquella noche estaba borracho. Pensé que Ruth quería romper conmigo y me emborraché más que nunca.

—Pero ¿la llamó? Usted dijo a la policía que sí lo hizo, y que habló con ella la primera vez, pero que a la segunda llamada no le cogió el teléfono.

Él negó con la cabeza de nuevo.

—Pude haber hablado con el papa y con san Francisco aquella noche, y no lo recordaría. ¿Quién coño sabe lo que hice?

Pete se reclinó en su silla. De modo que Ruth podría haber estado en casa esa noche, después de todo. No habían podido probar que no estuvo allí.

Y Johnny Salcito tampoco tenía coartada. Ninguno de los dos podía demostrar lo que estaban haciendo a las dos de la madrugada.

Pete esperó un momento y luego preguntó:

—¿Le ha contado todo esto a Devlin? ¿Cómo la conoció, cuánto tiempo hacía que la conocía?

Salcito lo miró a través de sus ojos inyectados en sangre y entonces soltó una carcajada.

—¿Que si se lo he contado a Devlin? Qué gracioso.

Se sirvió otro vaso y se lo bebió de un trago.

—El día que los niños desaparecieron, ese mismo y maldito día, fui a hablar con él. Le dije que la conocía. Que la conocía muy bien.

Otro trago.

—¿Sabes lo que hizo? Me llevó a los lavabos y me enseñó un par de notas que yo le había escrito a Ruth. Supongo que las encontraron en su piso. Al principio me enfadé un montón. Ya sabes, me sentía avergonzado de que las hubieran leído. Eran mensajes privados entre ella y yo. Pero entonces arrancó la página de su libreta de direcciones en la que aparecía mi nombre. Me lo mostró. Cogió esa página y todas las notas, y las partió en mil pedazos hasta convertirlas en confeti. Luego las tiró al retrete y me dijo: «Ya está. Ya no queda nada. Olvida todo este asunto, y también a ella».

Tosió y volvió a beber.

—Me ofrecí a hablar con él, a contarle cosas de ella, pero no tenía la menor intención de escucharle. Solo apuntó que la llamé por teléfono. Me preguntó si era posible que hubiese vuelto a hacerlo más tarde, y yo le dije que sí, que todo era posible, porque no recordaba nada de lo que había hecho aquella noche. De modo que Devlin apuntó que yo había hecho una segunda llamada y que ella no había cogido el teléfono.

»Y ya está. Eso fue todo. No quiso oír nada más sobre Ruth y, a la semana

siguiente, recibí una llamada en la que se me informaba de que había sido trasladado a tráfico. Devlin me dijo que si volvía a decir algo sobre ella, perdería también mi trabajo allí.

»¡No tenía el más mínimo interés en escucharme! Yo quería hablar. Necesitaba contarle a alguien cómo era ella. Cómo era de verdad. Pero Devlin no quiso escucharme.

Era medianoche en Queens y Ruth no podía conciliar el sueño a pesar del *bourbon* que se había tomado. Frank había vuelto a casa hacía dos semanas y ella no podía soportar el sonido constante de su respiración. Sus ronquidos ocasionales. Los de Bill Lombardo al otro lado de la pared. El crujido de la cama de Gina sobre ellos, mientras se entregaba al sueño.

Sintió la tensión en los párpados, que intentaban abrirse mientras trataba de mantenerlos cerrados. No soportaba la existencia de esas personas. No soportaba que fueran capaces de dormir. No soportaba el peso de sus pacíficos sueños.

Con los dientes apretados, se deslizó fuera de la cama. Se puso su grueso abrigo y sus botas. Avanzó por el pasillo. Contuvo el aliento. Contuvo en la mente la idea de escapar.

Entonces abrió la puerta de entrada y la luz plateada brilló a su alrededor. Fría y helada, alta y clara.

Y ella estaba ahí fuera, en aquella noche de noviembre, e inspiró el aire frío y claro, y espiró lentamente como si estuviera creando niebla, y le dio la bienvenida a la quietud.

Pisó la hierba cubierta de nieve frente al edificio, y la quietud se coló a través de su ropa y se filtró en su piel hasta que se sintió embriagada por ella. Quería correr y saltar y bailar sobre aquella blancura hasta convertirse en un brillo plateado por el frío y el silencio.

Dio vueltas y vueltas, con los brazos extendidos hacia el espacio, jugueteando con las intensas y claras corrientes de aire, y cuando no pudo más y ya estaba un poco mareada, se dejó caer y se quedó quieta sobre una gruesa capa de nieve. Sintió que su aliento se aceleraba y que la sangre cantaba en sus venas.

Entonces abrió los ojos y contempló las filas de ladrillos, y las hileras de ventanas que parecían ojos. Las docenas de juicios que se escondían tras esos muros.

Durante meses estuvo atrapada en su piso, intentando mantenerse al margen de la multitud, de los periodistas, del peso de las miradas. Durante meses fue ella quien miró desde alguna de esas ventanas e imaginó que algún día llegaría el momento en que podría salir y sentarse en las escaleras de la entrada, como cualquier otra persona. Y pasar inadvertida. Lo había deseado tanto que casi había sido capaz de sentir la hierba amarilla y la maleza rascándole los brazos y las piernas.

Estuvo pensando en las largas tardes doradas que había pasado ahí fuera con

Frank o Gina, conversando perezosamente en destartaladas sillas de jardín, con un botellín de cerveza cada uno. Y en los ratos que pasó arrodillada sobre una manta desteñida, con Frankie y Cindy, mientras ellos creaban una isla o una ciudad a partir de un montón de tierra. Y ahora, a pesar de que estaba sola y en silencio, seguía sintiéndose observada. Estaba tumbada, envuelta en su abrigo de lana cálida y ahora húmeda, con el pelo sudado bajo el viejo gorro de caza de Frank, tomando la luna en lugar del sol, bajo la negrura salpicada de brillantes en lugar del cálido cielo azul.

Extendió las piernas y los brazos, y la nieve cayó suavemente sobre su piel ruborizada. Abrió la boca y dejó que le entraran los suaves copos de nieve, y los saboreó antes de que se convirtieran en besos fríos.

Contuvo el aliento y sintió que se le encogía el estómago, respiró y vio caer la curva de sus pechos. Levantó los ojos y vio el brillo plateado de cada ventana, y de nuevo sintió las miradas puestas en ella. Sabía que aquí todo se veía y que nada pasaba desapercibido.

Pero cerró los ojos e ignoró las miradas, mientras la noche continuaba y la envolvía, y bajo su cuerpo apareció la silueta de un ángel marcado en la nieve. Y pensó que, si alguien le preguntara qué estaba haciendo ahí, ella respondería: «Estoy respirando».

Pete aceptó un trabajo en una librería en Greenwich Village. El sueldo era pésimo, pero le serviría para mantenerse a flote durante un tiempo.

En la entrevista les dijo que solo podía trabajar a tiempo parcial. Cuando le preguntaron por qué, dijo que tenía responsabilidades familiares. Un pariente enfermo. Tal vez solo consiguió el trabajo porque sintieron lástima por él. A él no le importó.

Los dos primeros días de trabajo no pudo sacarse de la cabeza su encuentro con Johnny Salcito. Su primer arrebato de ira. Su tristeza cuando hablaba de Ruth.

Llamó a Gina, le pidió que se reuniera con él para tomar una copa y le contó lo que había sucedido. Ella se bebió dos copas de *brandy*, y aún pidió una tercera. Escuchaba, fumaba y se encogía de hombros.

—¿Por qué estás tan molesto con todo esto? ¿No irás a creer que el culpable es Johnny? Dime que no. Ese pobre idiota. ¿Por qué iba él a hacerles daño a los niños?

Pete suspiró.

—¿Por qué iba a hacerlo nadie?

Gina miró hacia otro lado.

—Bueno, claro. Pero algunas personas tienen más puntos que otras.

—¿Como por ejemplo?

Sus ojos se encontraron con los de él y ella inclinó la cabeza.

—¿No recuerdas lo que te dije?

—¿Sobre Ruth?

—Sobre Ruth y Lou.

—¿Crees que Lou Gallagher tuvo algo que ver con esto? ¿Con los niños?

Ella lo miró un largo rato y luego apartó la mirada.

—Me dijiste que le dio una paliza a un tío porque estaba celoso, pero entre pegar a otro hombre y matar a dos niños hay un abismo.

—Aquel tipo no podía defenderse. Estaba tan indefenso como un bebé. Y tú no estabas allí. No viste a Lou. Estaba... Parecía que estuviera poseído. Fue brutal. Sangriento.

—Así que crees que fue él, ¿verdad?

Ella asintió lentamente.

—¿Le has dicho algo de esto a Ruth?

—¡No, no, ni loca! Ya has visto cómo está ahora. Imagina el daño que le haría saber que yo creo que su novio ha matado a sus hijos. La destrozaría.

Dio una calada a su cigarrillo.

—Y se lo contaría a él. No tengo la menor duda: iría a decírselo de inmediato. Querría que él se riera y la tranquilizara, que le dijera que eso no era más que basura. O quizá querría advertirlo del peligro. Me juego el cuello a que ella no lo creería, pero pensaría que los policías sí lo harían.

—Veo que lo has estado pensando.

—Sí. Mucho.

—¿Y qué crees que haría Lou si ella le avisara?

Gina negó con la cabeza.

—No tengo ni idea.

Pete esperó. La vio parpadear y pasarse la lengua por los labios resecos.

—Le tienes miedo.

Ella asintió de nuevo.

—Sería idiota si no lo tuviera.

—¿Por qué me cuentas todo esto?

—Dijiste que los policías necesitaban a otro sospechoso.

—Cierto. Pero pensé que me dirías que sospechabas de Salcito.

—No, por Dios, no. Johnny seguro que no. Está siempre borracho y anda un poco mal de la cabeza, pero adora a Ruth.

—Entonces... ¿querrías que llevara a Lou a la policía como sospechoso? ¿Por qué no lo has hecho tú misma? ¿Por qué no le has dicho a Devlin que le tienes miedo?

—¿Crees que no lo he intentado? Caminaría descalza hasta Jersey si pensara que así podría acabar con el tipo que mató a Frankie y Cin. Estuve en la comisaría dos días después de que Cindy... después de que desaparecieran, pero Devlin no quiso saber nada.

—¿Qué te dijo?

—Me dijo que había visto demasiadas películas. Me dijo que volviera con Ruth y

le dijera de su parte que enviara a alguien más... «creíble» la próxima vez que quisiera despistarlos con otro sospechoso. Me dijo que era una idiota por hacerle el trabajo sucio. Intenté explicarle que estaba allí por voluntad propia, pero él me dijo que si no me iba inmediatamente me arrestaría por hacerle perder el tiempo.

Ella dio un último trago.

—Tú tienes más credibilidad que yo, Pete.

Pete llamó a la oficina de Lou Gallagher y, una vez más, la educada secretaria de voz neutra le dijo que el señor Gallagher no podía ponerse en aquel momento, y que no sabía decirle cuál era la mejor hora para llamarlo. Así que decidió arriesgarse e ir al Santini. Pasaron cuatro noches hasta que sus esfuerzos —y sus dólares— se vieron recompensados y uno de los camareros le dijo que sí, que por fin esa noche el señor Gallagher estaba en un reservado en la parte de atrás. Pete lo encontró con dos chicas y dos botellas. Cogió aire y, antes de pensárselo dos veces, se sentó en el banco que había frente a ellos.

Gallagher lo miró con incredulidad. No con la irritación, o directamente la hostilidad, que él había esperado. Por ahora no era una amenaza, solo un divertimento. Y si se convertía en un problema, habría presumiblemente alguien cercano dispuesto a encontrar una solución.

—Buenas noches, señor Gallagher. Me llamo Pete Wonicke. Soy periodista.

Tenía el pelo oscuro liso y brillante sobre el cuero cabelludo. Pete podía oler la gomina que se había puesto. Y la colonia. Gina estaba en lo cierto, parecía que tenía dinero. Parecía bien alimentado. Y también satisfecho con la vida.

Sintió que su inexperiencia se filtraba por cada poro de su piel, humedeciéndole las axilas y perlándole la frente.

La voz de Gallagher sonó grave y poderosa.

—Si desea hablar de mi empresa, señor Wonicke, puede concertar una cita con mi secretaria. Nos encontrará en las páginas amarillas.

Después de decir aquello le ofreció una gran sonrisa blanca, bien relajado en su asiento.

Pete no pudo evitar pensar en el ánade real que había visto en una ocasión mientras iba a pescar con su padre. El pato se había pasado horas deslizándose entre los bancos, elegante y complaciente en el estanque. Sus relucientes plumas de color esmeralda y zafiro parecían aceitosas y resbaladizas, y el agua se deslizaba por su superficie cada vez que hundía su cabeza en el agua turbia.

—No se trata de su empresa, señor Gallagher.

El hombre volvió a sonreír.

—Entonces ¿cómo puedo ayudarlo?

—Estoy cubriendo el caso Malone.

Una ceja arqueada.

—Me parece que no ha mencionado para qué periódico trabaja —dijo, y enseguida añadió—: No acabo de entender por qué cree que yo puedo tener algo que decir acerca de esa... tragedia. Ya ha pasado un tiempo desde que sucedió.

—Cuatro meses. Y su nombre estaba en la lista de sospechosos, señor Gallagher. La ceja se arqueó aún más.

—Qué interesante. Bueno, en ese caso creo que debería dirigirse a mi abogado, Martin Sherman. De Kasen, Sherman y Bower. También lo encontrará en las páginas amarillas.

Las chicas que tenía a ambos lados se rieron con la ironía.

Gallagher se levantó y extendió la mano. Su piel era suave y blanca, y sus nudillos tenían hoyuelos como los de un bebé.

—Gracias por venir, señor Wonicke. Tómese un trago antes de irse. Yo invito. James se ocupará de usted.

Y antes de que pudiera decir nada, Pete sintió que un brazo le rodeaba los hombros y lo conducía con firmeza hacia la barra. Adivinó que había estado a punto de convertirse en un problema.

Mientras daba buena cuenta de su *whisky* doble —un buen malta, dado que pagaba Gallagher— y pensaba en lo que haría a continuación, Pete advirtió que algo sucedía en la entrada. El portero estaba forcejeando con una mujer que intentaba entrar. Él la miró por un momento y, entonces, le oyó decir el nombre de Gallagher.

Pete apuró lo que quedaba en el vaso, se dirigió a la puerta y tomó el brazo de la mujer. Hizo un gesto con la cabeza al portero, que fruncía el ceño, y se la llevó. Estaba borracha o le faltaba muy poco, tropezaba e intentaba darse la vuelta para volver a entrar.

Pete casi tuvo que arrastrarla durante unos pasos y, al doblar la esquina, la recostó contra la pared. Cuando dio un paso atrás, ella lo miró, tratando de concentrarse. Tenía la cara arrugada y el pelo lacio. Podría haber tenido cualquier edad, desde los cuarenta hasta los sesenta.

Entonces se inclinó hacia delante y vomitó. Él dio un salto hacia atrás y la miró con asco mientras ella escupía un par de veces y se secaba la boca con el dorso de la mano. Luego se enderezó.

—Mucho mejor ahora —dijo, y alzando los ojos rojos hacia Pete, añadió—: ¿Y tú qué coño miras?

Le entró un ataque de tos y tuvo que escupir de nuevo.

—¿Quieres pasar un buen rato, amigo? ¿Es eso?

—Te oí decir que querías hablar con Lou Gallagher.

Ella lo miró fijamente.

—No me digas que te ha enviado ese hijo de puta. ¿Ya no le quedan guardaespaldas con músculos como Dios manda o qué?

—No trabajo para él. Me llamo Pete Wonicke y soy periodista.

Sacó su paquete de cigarrillos y lo inclinó hacia ella, que cogió dos. Se puso uno detrás de la oreja y el otro en la boca, y esperó con impaciencia mientras él se lo encendía. Inhaló profundamente, soltó una larga bocanada de humo y luego comenzó a toser.

—¿Y por qué hablas conmigo?

—Necesito información sobre Gallagher.

Hizo una pausa para sacar un trocito de tabaco que se le había quedado en la lengua.

—¿Qué tipo de información?

—Sobre Ruth Malone. Sobre sus hijos. ¿Sabes de quién te hablo?

La mujer se encogió de hombros y dio otra calada.

—Nunca había oído hablar de ella. Pero a él sí que lo conozco.

—¿Y qué puedes decirme sobre él?

De repente puso cara de pensar, negó con la cabeza y movió un dedo tímidamente.

—Ay, ay, señor periodista. Si deseas saber algo sobre Lou, vas a tener que pagar. —Él vaciló—. ¿Quieres saber algo de Louie? ¿Quieres que te diga cómo es? Tengo mil historias sobre él. Sobre las cosas que ha hecho.

Sus ojos estaban húmedos y desesperados, pero la ira que sonaba en su voz era cruda y real. Pete picó el anzuelo.

—Veinte dólares.

—Cincuenta. Y quiero el dinero por adelantado.

—Treinta, y después de escuchar lo que tienes que decir.

—¿Treinta pavos? Vamos, tío. ¡Tengo facturas que pagar! Tengo deudas...

Él pensó en sus ahorros, que no dejaban de menguar, y negó con la cabeza.

—Está bien, está bien, joder. Los tíos sois todos iguales, siempre dais lo mínimo. Que sean treinta, pero me invitas a una copa mientras hablamos.

Él la miró, suspiró y dijo:

—¿No te parece que ya has bebido suficiente?

Ella se levantó.

—Diría que ese es mi problema, chico.

Lo llevó a un local que había en un sótano a varias manzanas de distancia. Cuando entraron, el hombre de la barra negó con la cabeza y abrió la boca para hablar. Ella levantó una mano.

—Está bien, Sam. No voy a causar ningún problema. Y tengo dinero; mi amigo va a pagar.

Sam volvió a negar con la cabeza y le apuntó con un dedo.

—Una noche más como la del sábado y llamaré a la policía, Bee. Es mi último aviso.

—Que sí, que sí. Pero ponme algo, venga. —Y mirando a Pete le dijo—: Enséñale la pasta, por Dios.

Se llevaron las bebidas a un rincón oscuro donde ella se quitó los zapatos y se frotó los pies hinchados. Se tomó la mitad de su copa de un solo trago y suspiró.

—Venga, ¿qué quieres saber, señor periodista?

—Quiero que me hables de Lou Gallagher. Todo lo que se te ocurra.

—Dame un cigarrillo y déjame ver esos treinta dólares, y te diré todo lo que quieras saber.

Pete le ofreció tabaco, abrió su cartera y le mostró el dinero. Luego sacó su libretita de notas y esperó.

Ella le dijo que se llamaba Bette.

—Antes era Betty, con y normal, pero decidí cambiarlo cuando me mudé a Nueva York. Así que le puse una *e* al final. Ya sabes, como Bette Davis. Mucho más glamuroso.

Vio la cara que ponía Pete y se encogió de hombros.

—Sí, bueno, eso fue hace mucho tiempo —dijo, y le dedicó una media sonrisa que dejó a la vista unos dientes marrones e irregulares—. ¿Sabes? Yo antes era muy guapa. Piel suave, rizos, todo el paquete. Quería ser modelo. Louie se enamoró de mí en cuanto me vio.

Vio la incredulidad en los ojos de Pete y sonrió más ampliamente.

—Oh, sí. Picó el anzuelo, como todos.

—¿Cómo lo conociste?

—Yo trabajaba de camarera. Esperaba mi gran oportunidad. Lou entró una noche al local en el que yo estaba y eso fue todo. Se acercó a hablar conmigo, me pidió que me sentara con él, quiso que lo acompañara a tomar algo. Le dije que estaba trabajando y él llamó a mi jefe y le dijo que le daría cincuenta dólares si me daba la noche libre.

Ella suspiró.

—Pensé que era lo más romántico que había oído en mi vida.

Luego añadió:

—Necesito otro trago antes de seguir hablando. No hay mucho más romance en el resto de la historia.

—¿Qué has pedido antes?

Ella señaló al barman con la cabeza.

—Dile que me ponga un Orange Blossom. —Sonrió—. Lo tomo porque me gusta cómo suena.

Cuando lo tuvo delante, Bette continuó con su relato. Se enamoró de Lou. Hasta la médula.

—Él fue muy bueno conmigo al principio. Me compraba regalos, me llevaba a pasear... Me dijo que me amaba, que quería que nos comprometiéramos. Pero me pidió que esperara un poco porque quería triunfar. Me dijo que quería ganar el dinero suficiente para que nunca me faltara nada. Que quería comprarnos una casa.

Apuró su segunda copa y Pete hizo un gesto al camarero, para que siguiera viniendo.

—Y una mierda. Poco después descubrí que ya estaba casado. Pero yo no era más

que una niña y, como estaba enamorada, quise creerlo.

»Los buenos tiempos duraron un año. Un año de agradables cenas y tardes en el lago, y ramos de flores y regalos caros. Íbamos a su apartamento en el Bronx, uno que su esposa no conocía. Y entonces... bueno, sucedió lo que pasa siempre: descubrí que estaba embarazada.

Se llevó un cigarrillo a la boca con una mano temblorosa.

—Se lo dije a Louie. Pensé que se alegraría. Estábamos cenando en su restaurante preferido, uno especializado en carne, y yo le sostuve la mano y le dije: «Está bien, solo que tendremos que casarnos un poco antes. No te preocupes por la casa y todo eso. Yo solo quiero que seamos una familia». Él ni siquiera abrió la boca. Me miró, se levantó y se fue. Me dejó ahí sentada, tirada como una idiota. Llorando, sintiéndome como una escoria y preguntándome qué había hecho mal.

Pete no quería escuchar esos detalles, pero algo en aquella historia lo fascinó, así que la dejó hablar.

—Lo llamé infinidad de veces durante varias semanas. Fui a buscarlo a su oficina, pero no quiso recibirme. Un día me sentí tan desesperada que empecé a llorar delante de la pobre secretaria. Louie salió y me llevó a su despacho. Yo no podía parar de llorar y le pedí que me ayudara. Él me escuchó unos minutos y luego me dio una bofetada. Me sostuvo mientras lloraba del dolor y la sorpresa, y me dijo que un niño lo arruinaría todo. Me dijo que tendría que deshacerme de él y que, si lo hacía, todo volvería a ir bien.

»Me quedé ahí parada, con la mandíbula desencajada, mirándolo. Lo amaba y lo odiaba, ¿te ha pasado alguna vez? Fue el primer hombre al que amé, y me pidió que matara a nuestro bebé.

Bette miró a Pete.

—¿Sabes? Es la primera vez en mi vida que hablo de esto con alguien. Nunca nadie ha querido escucharme. Ni siquiera las chicas que conozco: todas tienen sus propias historias; nadie tiene tiempo para las desgracias de los demás.

Tenía otra copa llena frente a ella y le dio un trago largo.

—En cualquier caso, después de aquello me fui a casa y le escribí. Para entonces ya había adivinado que estaba casado y le dije que se lo contaría todo a su esposa. Si alguna vez leyó mi carta, la ignoró. Sabía que no tenía ni idea de dónde encontrarla. Y que no tendría agallas para dirigirme a ella. Seguramente sabía que yo no sería capaz de herir a nadie como él había hecho conmigo.

Se secó los ojos con una fuerza sorprendente.

—Al final consiguió que uno de sus hombres (sus socios, como él los llamaba) se ocupara de todo. Me llevó a una casa en el Bronx. Nunca supe su verdadero nombre, porque todos lo llamaban Patapalo, debido a su cojera. Era un hombre mayor. Casado. Me llevó hasta allí y se pasó todo el camino mirándome de reojo, como si quisiera hablar conmigo. Yo cerré los ojos. Fingí que estaba dormida. No quería que me juzgara.

»El lugar estaba bien, supongo. Bastante limpio. Pero la mujer que se encargaba de dirigirlo... no había ni pizca de amabilidad en ella. Ni siquiera me miró a los ojos. Ni una sola vez. Solo me dijo que me quitara la ropa y me tumbara.

Ella suspiró de nuevo.

—El caso es que... que no pude hacerlo. Ella tenía una máscara, una cosa de goma negra de la que salía un tubo y, cuando me la acercó, pensé que iba a asfixiarme. La empujé, salté de la cama, agarré mi ropa interior y mis zapatos, y salí corriendo de allí. La habitación en la que se suponía que tenía que estar Patapalo estaba vacía. Tal vez se había ido a esperar fuera o tal vez ya había vuelto a su despacho, no lo sé. Solo sé que corrí hasta que llegué a una carretera principal y llamé al primer taxi que vi pasar. Recuerdo mirar por la ventana trasera todo el camino. Me sentí como si me estuvieran persiguiendo. Como si fueran a cazarme. Sabía que Lou se enfadaría conmigo porque no había hecho lo que él quería, y tenía muchísimo miedo.

Buscó otro cigarrillo, pero le temblaban las manos y Pete tuvo que ayudarla a encenderlo.

—Volví a mi casa y le pedí al taxista que me esperara. Por aquel entonces vivía en una pensión con normas muy estrictas. No podía llevar hombres ni hacer ruido después de las diez; cosas así. Algo ridículo, si lo piensas. Supongo que a mi casera nadie le ha explicado que uno puede meterse en todo tipo de problemas antes de las diez... Ella era una mujer irlandesa. Viuda. Solo Dios sabe lo que pensó aquel día al verme. Yo corrí escaleras arriba, metí todo lo que pude llevarme en una maleta y salí corriendo de allí. Ella intentó detenerme. Supongo que pensó que no iba a pagarle el alquiler. Tratando de despistarla, le dije que le había dejado el dinero de un mes en la mesa de mi habitación, pero ella no solo no subió, sino que se me puso enfrente para cerrarme el paso, así que la empujé y la tiré al suelo. Se hizo daño. Y yo... yo no me detuve. El taxi estaba esperando y le dije que condujera.

Miró a Pete.

—Me pasé varias semanas preocupada por si había hecho daño a la anciana casera. Era extraño: con todo lo que me estaba sucediendo, y aquello era lo que más me preocupaba. Pensé... me preocupaba parecerme a él.

Pete le sonrió suavemente y le preguntó:

—¿Adónde fuiste?

—A Jersey. Allí tenía una amiga a la que Lou no conocía. Sabía que me dejaría pasar un tiempo con ella hasta que decidiera qué hacer con mi vida. Dormí en el sofá y ella me consiguió un trabajo de camarera. Y me llevó a una casa de empeños para comprar un anillo de casada. Decidimos que diría que era viuda.

»A veces veía el anillo, mientras estaba sirviendo café o recogiendo platos, y olvidaba que en realidad no estaba casada. Me inventé historias sobre él: su nombre, su procedencia, el accidente que lo mató. Al principio lo hice porque necesitaba tener listas algunas respuestas, pero más adelante... Bueno, quise darle un padre a mi bebé.

Cualquier mentira sería mejor que la realidad: un hombre casado, una chica inocente, y una mujer antipatiquísima con una aguja enorme y una mascarilla con éter.

—¿Y qué pensabas hacer a largo plazo? ¿Tenías algún plan? ¿Alguna idea para el bebé?

Ella negó con la cabeza.

—Tenía diecinueve años y estaba verde como la hierba. No tenía ahorros y ahora tampoco futuro. Pero ¿sabes qué? Estaba muy feliz. Tal vez más que nunca. Solía llegar a casa del trabajo y me sentaba junto a la ventana de mi habitación. Ponía los pies sobre un taburete, para evitar que se me hincharan los tobillos, y me acariciaba la barriga. Le contaba cuentos a mi bebé. Estaba segura de que iba a ser una niña. Hice una lista de nombres y le cosí algunos vestiditos. Estaba... estaba bien, ¿sabes?

Tenía lágrimas en los ojos y Pete hizo lo único que se le ocurrió que podía hacer: pidió a Sam otra ronda. Bette bebió y se sonó.

—¿Era esto lo que querías? Me temo que estoy hablando más de mí que de Lou...

Pete la miró y trató de imaginársela como una joven de piel suave, embarazada y con un cajón lleno de ropita de bebé.

—Está bien —le dijo—. Cuéntame lo que quieras. Está bien. ¿Qué pasó entonces?

Ella suspiró.

—Yo era feliz. No engordé demasiado hasta los últimos tres meses, de modo que pude seguir trabajando. No tenía ningún plan, pero sabía que hiciera lo que hiciese iba a necesitar dinero. De modo que seguí igual, ahorrando todo lo que podía.

»Y entonces llegó el bebé. Fue en mitad de la noche, en diciembre. Me desperté y hacía un frío de mil pares de narices. Mi cama estaba empapada, así que supe lo que iba a pasar. Tenía miedo, pero al mismo tiempo estaba emocionada. Salí al pasillo, cogí el teléfono y llamé a mi amiga. Ella cogió un taxi, vino a verme y esperó conmigo hasta que llegó el momento de ir al hospital. Entonces llamó a otro taxi y me acompañó hasta la puerta y me ayudó a entrar, pero no pudo acompañarme, porque su marido estaba en casa y ella tenía que trabajar. No me importó. Estaba sola, pero me encontraba bien. Me dieron una cama y las enfermeras se encargaron de mí, me ayudaron a desvestirme y, durante unas horas, todo fue genial. Luego, algo cambió. Los dolores se detuvieron, sin más. Recuerdo estar acostada boca arriba, mirando las luces del techo, con mi gran barriga redonda sobre mí, y oír que llamaban a un médico. Sus manos estaban heladas. Le dijo a una de las enfermeras que tendrían que darme no-sé-qué. No entendí la palabra. Traté de preguntar qué pasaba, pero estaban todos tan ocupados y todo sucedió tan rápido... Me pusieron una aguja en el brazo y luego me sentí como borracha. Recuerdo haber oído gritos y también el dolor, como si me estuvieran partiendo por la mitad.

Bette asentía, con los ojos desenfocados, perdida en sus recuerdos.

—Y recuerdo el llanto de un bebé. —Su mano salió disparada hacia delante, sus uñas se clavaron en la piel de Pete y ella estaba tan cerca de él que olió su aliento

agrio... Y ella dijo otra vez—: Había un bebé. Lo oí. Oí el llanto de mi bebé.

Las lágrimas se le asomaron a los ojos, y Bette soltó el brazo de Pete y se echó hacia atrás; su voz dejó de temblar.

—Cuando desperté, Lou estaba sentado junto a mi cama, con un ramo de flores.

—¿Cómo te encontró?

—Probablemente hizo que alguno de sus empleados llamara a todos los hospitales del estado. Sabía cuándo salía de cuentas. O quizá pagó a alguien en cada hospital para que lo avisara si yo ingresaba. Cuando uno tiene dinero, todo es posible. Sea como fuera, el caso es que me encontró.

»¿Sabes?, cuando lo vi ya ni siquiera tenía miedo. Solo podía pensar en el bebé. Entonces él me sonrió y yo le dije: “¿La has visto? ¿Dónde está?”. Estaba tan absolutamente convencida de que era una niña...

»Pero él me cogió de la mano, me miró y yo supe que algo iba mal y empecé a sollozar. Rompí a llorar antes de que él dijera una palabra. Entonces me contó lo que había hecho. Me dijo: “Cariño, no necesitamos ningún bebé que arruine lo que tenemos. No te preocupes por nada. He encontrado una familia fantástica que va a cuidarla”.

»Tardé un minuto en entender lo que estaba diciendo. Entonces me abalancé sobre él, pegándole, arañándole y gritando. Él se limitó a sujetarme las muñecas hasta que llegó la enfermera. Intenté acercarme a él, pero ella no dejaba de empujarme hacia atrás. Entonces llamó a un médico y me dieron una inyección, y cuando desperté estaba sola.

Pete dejó que el silencio planeara un momento entre ellos y luego le preguntó con voz suave:

—¿Qué sucedió entonces? ¿Qué fue de ti?

Ella sacudió la cabeza.

—Me pasé varios días en la cama del hospital. No podía dejar de llorar. Esperaba que Lou viniera a verme. Que me llamara. Que se acercara a decirme que no era cierto. Que me explicara dónde estaba mi bebé. Pero nada.

»Pedí a las enfermeras (o más bien les supliqué) que me ayudaran. Que me dijeran dónde estaba mi pequeña. La mayoría me ignoró. Una de ellas, una mexicana bajita y amable, me susurró que lo mejor que podía hacer era olvidarla. Que olvidara que había estado embarazada. Que el parto no había quedado registrado. Le pregunté a qué se refería, pero ella no volvió a dirigirme la palabra.

»Después de aquello dejé de comer. No podía tragar nada. Me dijeron que si no comía tendrían que ingresarme en el psiquiátrico. Me dio igual. Por mí como si me tiraban desde el puente de Brooklyn. Qué más daba.

»Al final también dejé de hablar y me llevaron al manicomio. Pasé allí cinco meses.

Vio el rostro conmocionado de Pete y asintió.

—Sí, una vez dentro, es más fácil dejar que la locura te arrastre que intentar

oponerte a ella. Supongo que me rendí. Me senté en una silla y miré la pared. Me atiborraron de drogas. Tuvieron que ponerme un tubo en la garganta para alimentarme. No sabía dónde estaba ni qué día era. Solo quería olvidar.

—¿Y qué pasó? Quiero decir, ¿cómo saliste de allí?

—Una de las enfermeras... fue amable conmigo. Un día estaba puesta la radio y sonó una canción: «Love Letters in the Sand». ¿La conoces? Ah, no, eres muy joven. Es de Pat Boone. Tenía una voz preciosa. Aquella había sido mi canción favorita para bailar lentos en el pasado, cuando tenía vida. Ese día la escuché, cerré los ojos y volví al Roseland, tarareando casi sin darme cuenta. Cuando la canción terminó, la enfermera vino y se sentó a mi lado. Yo abrí los ojos y vi que estaba llorando. Ni siquiera me había dado cuenta. Y ella me miró a los ojos y me dijo: «No deberías estar aquí». Nunca olvidaré su cara.

»Me sentí conmocionada; era la primera vez que alguien me hablaba directamente en muchas semanas. Volví a mirarla y ella sonrió y me dijo: “Sí, sigues aquí, pero no estás más loca que yo. Solo estás deprimida, eso es todo”.

»A partir de ese momento todo fue más fácil. Ella venía a hablar conmigo y mientras estaba cerca yo podía comer. Hablé con los doctores y ellos bajaron la dosis de medicación, y yo empecé a sentirme... bueno, como si fuera yo otra vez, ¿sabes? Aún lloré mucho más, pero ya no me sentía abotargada. De hecho era un gusto poder volver a sentir.

»Al final llegué a comer con normalidad, me bañaba y me peinaba, y supongo que ya no vieron ningún motivo para retenerme allí, así que me dejaron libre.

»Solo que había perdido mi piso y mi trabajo, y mi familia no quería saber nada de mí. Mi madre vino a visitarme mientras yo estaba en el hospital y le hablaron sobre el bebé. Dijo que era una pecadora y renegó de mí.

»Conseguí otro trabajo y otro piso pero... bueno, bebía mucho y dormía poco, así que me echaron. Pasó lo mismo con el siguiente trabajo que conseguí, y también con el de después. Al final me quedé sin ahorros. No sabía qué hacer. Estaba desesperada. Salí a la calle y vi cómo hablaban y se comportaban las prostitutas de Times Square, y empecé a imitarlas. Me metí un copazo de ron y salí a por mi primer cliente. Y aquí sigo.

»¿Sabes?, a veces pienso en mi madre. Me entran ganas de llamarla y decirle: “¿Te creías que antes era una pecadora? Pues tendrías que verme ahora. Deberías ver lo que les sucede a las chicas como yo”. Solo que está muerta. Un accidente de coche en 1962. Ya no me queda nadie.

Pete le preguntó:

—¿Trataste de encontrar a tu bebé? ¿Averiguaste cuál fue el registro de adopción? Ella suspiró.

—No hay registro.

—¿Cómo...?

—Fuera lo que fuese lo que pasó en aquel hospital, no fue oficial. Yo nunca firmé

nada. O dijeron que psíquicamente no estaba en condiciones de firmar, o dijeron que había muerto en el parto, o pusieron nombres falsos en los registros. Mi bebé ya no existe. Lo que creo es que Lou se lo vendió a una pareja adinerada que no podía tener hijos. Creo que eso era lo que la chica mexicana quiso decirme.

Dio el último trago a su bebida.

—Pasara lo que pasara, fue una mentira y no me veo capaz de desentrañarla. Además, sucedió hace ya casi veinte años. Ella podría estar en cualquier lugar. No puedo colarme en todas las familias de Nueva York para buscarla.

»¿Sabes qué? —añadió—. Tal vez sea lo mejor. Mírame. ¿Qué podría ofrecerle ahora?

Negó con la cabeza tristemente.

—De acuerdo —dijo Pete—. ¿Y ahora qué? ¿Por qué me cuentas todo esto?

—Porque Lou no solo se llevó a mi hijo, sino también mi vida. Mi capacidad de decisión. Yo ya no iba a pedirle nada y sabía que mi bebé y yo estaríamos bien. Pero él decidió por mí y fue terriblemente cruel.

Su rostro estaba mojado por las lágrimas y su voz se llenó de ira.

—Sé lo que estás pensando. Sé lo que todos pensáis. Que estoy borracha. Que soy una puta. —Bette alzó un dedo y se lo clavó a Pete en el pecho—. No me juzgues, ni se te ocurra. No necesito más juicios. ¿Dices que eres periodista? Pues escribe mi historia. Escribe lo que te he contado. La gente tiene que saber qué tipo de hombre es Lou Gallagher. De qué puede ser capaz.

Se dio la vuelta y le hizo señas a Sam para que le sirviera otra ronda. Pete no fue capaz de decirle nada que sonara adecuado, así que se limitó a dejar los treinta dólares sobre aquella mesa vieja y pegajosa, y luego puso otros diez. Se alejó, con el rostro y las lágrimas de ella en la memoria, pensando en lo que Lou había hecho con su vida.

Y luego pensó en Ruth. Ella había sido camarera cuando conoció a Lou. Igual que Bette.

Pensó en los bares en los que había estado. En las mujeres que lo habían esperado y en los hombres que las habían mirado.

La hora punta después del trabajo siempre rondaba las siete de la tarde. Un hombre como Lou Gallagher, uno con objetivos que cumplir y dinero que ganar, no se habría fijado nunca en una mujer como Ruth Malone entre la multitud. Sus ojos se habrían deslizado por encima de ella sin verla siquiera y la habría rechazado como a cualquier otra camarera. Le habría gritado su pedido por encima del resto de voces y ella habría asentido con la cabeza y lo habría anotado en su libreta, y él ni siquiera se habría dado cuenta de que ella se marchaba.

Pero en cuanto la multitud disminuyera un poco... entonces Lou sí podría fijarse en Ruth. Quizá posara sus ojos en ella brevemente: en sus tetas, bajo la blusa blanca que ya no crujía; en su culo, bajo la falda negra ajustada; en sus piernas musculosas y en sus tacones altos. Y luego apartaría la mirada, buscando a alguien que pudiera

invitarle a las bebidas en lugar de servírselas.

Entonces, hacia las nueve, cuando el bar estuviera ya en silencio y él hubiera bebido mucho más de lo aconsejable para una noche entre semana, Lou podría volver a ella y posar los ojos en su cabello rojo y dorado, disfrutar de la forma en que se reía y se movía, y escuchar el tono siempre un tanto afónico de su voz.

Y le daría una propina más generosa de lo habitual. Y sonreiría. Y le ofrecería un trago que por supuesto sabría que ella no podía aceptar. Y a las diez y media, cuando la sala no fuera ya más que una nube de colores y luces, estaría apuntándose su número en un papel y guardándolo en la cartera. Lentamente, para que ella viera el fajo de billetes que llevaba. Lou se levantaría para irse y tomaría la mano de Ruth entre las suyas. Dejaría que viera el anillo con el sello en su dedo meñique, se llevaría su mano a la boca y la besaría suavemente. Con elegancia. Dejándole saber que le gustaría besarla en más partes. Que la trataría como a una dama, como a alguien especial.

«Adiós, nena. Te llamaré».

Le guiñaría un ojo y se alejaría de allí sabiendo que ella lo estaría mirando.

Un hombre así, un hombre como Gallagher, sabía que los tipos como él eran la única esperanza de las chicas como Ruth para cambiar de vida.

Algunas noches, Ruth se sentaba con Frank y bebía hasta que ya no sentía nada más: cuatro dedos de *bourbon* para ella por cada botellín de cerveza para él. La voz de Johnny Carson o Ed Sullivan sonando más fuerte que las risas y los aplausos, y la imagen en la pantalla volviéndose borrosa, como una neblina roja y verde, hasta que Ruth se dejaba caer en el sofá y permitía que el desorden de colores le ofuscara los ojos. A veces, cuando se despertaba horas después con las lágrimas secándosele en las mejillas y la garganta dolorida de tanto llorar, él aún roncaba a su lado. Muy a su pesar, se sentía extrañamente conmovida, como si eso fuera lealtad. Entonces se recostaba de nuevo, dejaba que sus ojos descansaran en la familiar cara de Frank, se inclinaba sobre su cálido olor familiar y hallaba algo parecido a la comodidad.

Otras noches, en cambio, no soportaba su presencia y tenía que salir del piso después de la cena. Tenía que irse de allí. Entonces fingía que iba a comprar cigarrillos, pero ambos sabían que tardaría horas en volver. Frank se limitaba a asentir con la cabeza y a ver la televisión. No le preocupaba que ella fuera a buscar a otros hombres, no aquellos días. Ella lo había dejado volver a entrar en su vida, de modo que ahora era solo suya. No había ninguna otra explicación.

A veces se daba cuenta de que los policías la seguían cuando se iba; otras ni siquiera se molestaba en mirar y fingía que estaba sola. Fingía que todo aquello no le estaba sucediendo a ella: que las preguntas interminables, las entrevistas y las indagaciones, la repetición de las mismas cuestiones, una y otra vez, hasta volverla loca no tenían que ver con ella, como tampoco las astutas sugerencias e insinuaciones

y su temor constante de que aquel sería el día que los malos se saldrían con la suya y la acusarían de matar a sus hijos.

Una vez fuera de casa, no caminaba por las calles: se arrastraba. Pegada a las paredes, entre las sombras, abrazando puertas oscuras mientras se abrazaba con fuerza a sí misma, tratando de saber quién y qué era. Madre. Pero ya no. Esposa. Pero tampoco.

Pasaba rozando junto a los carteles de los bares, iluminados por luces de neón que derramaban charcos de luz sobre las aceras mojadas, y los rodeaba. Eran los mismos bares en los que antes solía trabajar; los mismos en los que solía sentarse a beber con Gina, las dos riéndose y echando la cabeza hacia atrás, mientras sus hijos dormían encerrados en una habitación con pestillo, con un plato de galletas rancias y un conejito de juguete que les daba seguridad.

Ruth recogía toda su vergüenza y su dolor, los abrazaba y se deslizaba por la oscuridad para que la gente normal, la gente limpia, no tuviera que verla.

Observaba los pisos iluminados, intuía el detalle de alguna película que alcanzaba a verse desde la acera. La silueta de un hombre inclinado sobre una mesa en la penumbra. Dos mujeres sentadas de lado tocando el piano, con el rostro brillante y la boca abierta. Una niña hablando por teléfono, apoyada en la pared, enrollándose el cable entre los dedos, con cara seria.

Miraba con atención cada instantánea de vida: las cocinas cálidas y brillantes de los desconocidos, el cable del teléfono enroscado en torno al drama de alguna otra persona. Su corazón los reconocía como historias diferentes en habitaciones distintas, y anhelaba dejar sus propias limitaciones mientras observaba cómo se desarrollaban estas historias. Solo por un momentito.

Y cuando se cansaba de caminar, buscaba en los rincones oscuros de los bares y observaba a los hombres como los que solía esperar: los que se sentaban encorvados sobre una copa, y alzaban continuamente un dedo para asegurarse de que traerían la botella para rellenar su copa una y otra vez. Hombres que conocían el nombre de todos los hombres que había en el bar, pero que rara vez hablaban entre sí. Ella era ahora como ellos.

Había un lugar al que fue en una ocasión en la que las cosas se pusieron muy mal: un arco negro y húmedo bajo un puente de ferrocarril; un lugar oscuro donde los hombres vivían y morían, llevaban guantes desparejados y abrigos manchados de vino, y se acurrucaban alrededor de un cubo de basura de metal en el que ardía un fuego. Se envolvió la melena brillante bajo una bufanda enorme y se quedó oculta en las sombras, ávida de la compañía de todas aquellas personas tan miserables como ella.

En algún lugar de esa oscuridad, sobre un pedazo de madera clavado en una lámina de metal, alguien había pintado la imagen de una chica. Por su cabello lacio y despeinado y por sus labios rojos, Ruth pensó al principio que era una niña, pero cuando se acercó, vio la oscuridad alrededor de sus ojos y, angustiada, se marchó.

El día después de su encuentro con Bette, Pete fue al McGuire y encontró a Devlin y a Horowitz en un reservado, en una esquina. Mientras caminaba hacia ellos, pensó en lo que había descubierto en la biblioteca pública de Nueva York. Miró a Horowitz y pensó en las mentiras que tenía que haberle contado. Se preguntó cómo había llegado a aceptar convertirse en esa clase de hombre.

Al acercarse al reservado, ambos notaron su presencia y dejaron de hablar. Devlin le preguntó:

—¿Quiere algo?

—Tengo que hablar con usted. ¿Quiere beber algo?

Intercambiaron una mirada y Horowitz se inclinó hacia delante.

—Wonicke, mira... esto no está bien. Ya no trabajas para el periódico. No puedes presentarte aquí y...

—No busco información. Al contrario, tengo algo que contaros. —Se dirigió a Devlin—: He estado hablando con alguien sobre Lou Gallagher. —Y luego a Horowitz—: Es uno de los novios de la señora Malone.

Devlin tomó un puñado de cacahuetes del plato que había sobre la mesa, se los llevó a la boca y preguntó:

—¿Y?

Pete se sentó frente a ellos.

—La mujer me contó que Gallagher se deshizo de su hija. Recién nacida. Él le dijo que la había dado en adopción, pero ella nunca firmó nada, y jamás se encontró el registro. El bebé, simplemente, desapareció. —Se inclinó hacia delante—. Gallagher se deshizo de su hija porque no le venía bien reconocerla. Piénselo... Si le hizo eso a la madre de su propia hija, ¿qué no podría hacerles a los hijos de otra mujer? ¿No creen que sería capaz de deshacerse de ellos sin ningún problema? Tal vez los niños Malone se interponían en su relación con la madre. Tal vez...

—Tal vez, tal vez, tal vez. —Devlin inclinó la cabeza hacia un lado—. ¿Tiene usted alguna prueba? ¿Cuál es el nombre de esta mujer? ¿Dónde puedo encontrarla? No se presentó ninguna denuncia en su momento o, si se hizo, esta no prosperó. Gallagher está limpio.

—Ella es... bueno, no tiene una dirección fija.

—¿Es una vagabunda?

—No, es... bueno, ella es...

—¿Es una puta? Por Dios, Wonicke. ¡No me jodas! ¡Voy a ser el hazmerreír de la maldita fiscalía! —Tomó un sorbo de su refresco y dijo—: Escucha, hijo, sé que estás atrapado en esta historia. Le has dedicado mucho tiempo, estás demasiado involucrado. Lo entiendo. Pero créeme si te digo que aquí no hay ninguna gran historia para ti. Sé que la mujer Malone lo hizo. Es más culpable que el demonio. Sabemos que tuvo ayuda, sí. Que alguien la ayudó a sacar a los niños de casa y los mantuvo en silencio. Alguien que la ayudó a esconder los cuerpos. Tal vez ese tal

Gallagher sea ese alguien.

»Pero no lo llevaremos al juzgado. Los tiene a todos untados. Juega al golf con el jefe, su mujer colabora en varias asociaciones humanitarias con la esposa del juez Ames. Él no importa. Debemos centrarnos en la señora Malone. Ella estaba allí. E incluso si no fue ella quien los mató, igualmente es culpable. Era su madre, y su deber es cuidar de sus hijos. Esto sucedió durante su guardia.

Se inclinó hacia delante y acercó su rostro al de Pete.

—Y va a pagar por lo que ha hecho, no tengas ninguna duda. Hoy hemos recibido una carta que podría significar el desenlace de todo. Una semana o dos más y ya tendremos todo lo que necesitamos para acusarla.

Ruth se despertó en la silla que había junto a la ventana. No se oía ruido de coches, pero la luz de la mañana se colaba ya entre las lamas de las persianas. Se levantó y se despertó. Le dolían el cuello y los hombros, y tenía la mandíbula agotada de tanto rechinar los dientes, así que decidió darse una ducha. Avanzó por el pasillo, pasó junto a varias puertas cerradas y al lado de Minnie, que gemía en sueños. Preparó un café y le añadió dos dedos de vodka.

El ruido despertó a Minnie, que entró en la cocina y dio varias vueltas a su cuenco vacío, gimoteando suavemente. Ruth la ignoró, llevó su taza hasta el baño y cerró la puerta a sus espaldas. Puso el café en el suelo y se sentó en el retrete. Inspiró hondo.

Frank había vuelto a marcharse. La distancia y el silencio habían ido creciendo entre ellos, volviéndose cada vez más profundos, y ella no se había preocupado lo suficiente como para tratar de evitarlo.

Él solía llegar a casa y la encontraba sentada en la oscuridad, con la colilla de un cigarrillo entre los dedos, mirando a la nada. Al principio le susurraba algo, pero ella lo ignoraba, y luego la dejaba en paz y ella se sentía agradecida.

Hasta que una noche él encendió la luz y le preguntó si estaba bien, y ella no fue capaz de decir nada. Frank trató de abrazarla, pero ella se mantuvo inerte entre sus brazos, hasta que él se enojó y la zarandeó. Pero nada.

Entonces él rompió a llorar y ella lo miró, porque nunca antes lo había visto hacerlo. Se quedó mirando su cara roja y sus mejillas húmedas sin decir nada, y entonces él se acercó dos pasos hacia ella, rápido, y le dio una bofetada, y ella miró el hilillo de saliva en la comisura de sus labios mientras él le gritaba: «¡No se trata solo de ti!».

Ruth no supo qué decir, así que guardó silencio, y siguió mirándolo, y él le preguntó por qué cojones lo miraba así y la golpeó una y otra vez hasta que le salió sangre. Y luego, después de un rato, dejó de pegarle y de llorar, y se fue al dormitorio. Oyó cajones que se abrían y cerraban, insultos en voz baja, puñetazos y golpes. Y unos minutos después estaba de pie en la puerta con una maleta, y ella le miró la frente mientras el rostro de él se movía y él le decía cosas, y ella lo único que quería era que se fuera de casa. Nunca antes había deseado algo con tanta fuerza. Cerró los ojos y en algún momento la voz de Frank se detuvo y se hizo el silencio. Ella contuvo el aliento hasta que la puerta se cerró tras él, y luego se levantó del sofá, fue a la cocina, abrió un armario y vio la taza con la marca en el borde que había olvidado llevarse. La tiró contra la pared con todas sus fuerzas y la vio romperse.

De modo que Frank se fue de nuevo y su madre apareció otra vez. Su madre, que no podía entender por qué volvía a tirar su matrimonio por la borda. Que jamás había

entendido que Ruth pudiera desear algo más que un marido guapo y un par de hijos. Y Frank llamaba todos los días porque estaba «terriblemente preocupado» y «ella no debería estar sola». Y ahí estaba, tras una puerta cerrada con llave, con las manos en la cabeza y unas lágrimas silenciosas corriéndole por las mejillas. Y el alivio de estar sola era tan grande que se sentía casi mareada. Orinó y lloró y sintió que se vaciaba hasta que el nudo de la garganta desapareció. Se puso de pie, abrió el grifo, se sonó la nariz y tiró de la cadena para que se fueran la orina, los pañuelos y el dolor. Mientras esperaba a que se llenase la bañera, se tensó ante la posibilidad de que la perra volviera a lloriquear, pidiendo que lo alimentara o que lo sacara. Necesitando, necesitando, necesitando. Ante la posibilidad de que el sonido del agua despertara a su madre. Ante la expectativa de un golpe en la puerta y una voz insistente que le preguntara qué demonios pensaba que estaba haciendo o cómo se atrevía a darse un baño en un momento como ese, pues había mucho por hacer, y qué iba a pensar la gente, Ruth dejó caer los hombros y respiró hondo.

—*Que te jodan*—susurró a la puerta, apretando la mandíbula, escupiendo cada sílaba—. Que te jodan y déjame en paz y quiero superar esto a mi manera.

Cerró los ojos, apretó los puños y se clavó las uñas en las palmas de las manos, hasta que ya no aguantó el dolor y la ola de ira pasó. Cogió la botella de espuma de baño de Avon que Gina le había regalado por su cumpleaños y vació la mitad en el agua corriente. Oía a rosas y geranios, e imaginó a su madre aspirando el aroma a través de la puerta y haciendo comentarios escandalizados sobre el malgasto.

Cuando la bañera se llenó, se quedó en el espejo y se miró la cara. Estaba muy blanca. Entornó los ojos hasta que ya solo vio una forma borrosa. Luego reenfocó. La intensa luz del baño no le dejaba sitio donde esconderse. Su piel estaba aceitosa y brillante por el sueño; los poros, sucios. Cada marca, cada bultito, cada mancha, cada cicatriz: todo estaba allí.

Una vez conoció a un tío, uno que pasaba de la cerveza al *bourbon* y algo peor, que tenía unas ganas, una urgencia, como un tic, de rascarse y toquetearse la piel durante horas. Se sentaba en una silla, ajeno a la conversación que lo rodeaba, y se hurgaba en el cuero cabelludo, en los brazos, en el cuello, en los labios, hasta que se hacía sangre. Ella sabía que tenía más o menos el mismo tic.

Justo debajo del labio inferior había una pequeña espinilla. Casi invisible. La apretó y no pasó nada. Insistió con más fuerza y desgarró la piel con la uña. Una burbujita de sangre y, a continuación, un chorrito de líquido claro. Ella sacó el minúsculo agujijón y respiró, lenta y profundamente.

Se dio la vuelta para verse el otro lado de la cara y se estiró la piel hasta la oreja. Observó las viejas cicatrices del acné sobre el pómulos. A veces la fealdad le resultaba extrañamente reconfortante.

Media hora más tarde, aún tumbada en el agua tibia, aún sorbiendo su café con vodka, oyó que se abría la puerta del dormitorio y que su madre salía al pasillo. Tomó un gran trago; se preparó.

Oyó unos golpes en la puerta principal: Minnie ladró, los pasos de su madre cambiaron de dirección, la puerta se abrió y ella oyó la voz de Devlin. Escuchó el roce del camisón de su madre y un susurro:

—Creo que está en el baño. Voy a buscarla. Pase.

Como si fueran invitados, por el amor de Dios.

Luego su voz cada vez más fuerte mientras caminaba hacia el baño, el esperado golpe en la puerta y un siseo:

—Ruthie, es la policía.

Ruth guardó silencio, aferrándose a la sensación de poder. Hazla esperar. Haz que se sienta impotente e insegura. Haz que sienta que no tiene el control.

Pero enseguida volvió a golpear y el siseo fue más fuerte.

—¡Ruth! La policía está aquí. Quieren hablar contigo.

Ruth se hundió en la espuma y cerró los ojos.

—Estoy en el baño.

Sabía la reacción que provocaría esa respuesta. Quería aferrarse al poder de la puerta cerrada.

—¡Fantástico, pues sal del baño! ¡Ahora! ¿Qué haces dándote un baño a media mañana, cuando tus hijos... cuando está pasando todo esto?

Ruth echó la cabeza hacia atrás y levantó su taza como si brindara con ella.

—¡Y cuando hay hombres en casa esperando para hablarte!

Ah, así que ahí estaba el meollo del asunto.

Dio otro trago, sintió el calor que la embargaba.

—Diles que tendrán que esperar. O mejor, diles que se vayan y que vuelvan más tarde. Que estoy ocupada.

Un instante de sorpresa y luego:

—¡No les diré tal cosa! ¡Sal de ese baño ahora mismo! No puedes hacerlos esperar; son...

—Pues claro que puedo, y lo haré. Están en mi casa. Yo no los he invitado. Se pasan la maldita vida haciendo preguntas, siempre las mismas putas preguntas, una y otra y otra vez, y yo no puedo... Quiero que me dejen en paz.

Y dicho esto, alargó la mano hacia el estante que estaba sobre la bañera y encendió la radio; la voz sensual y envolvente de Elvis ocupó toda la estancia, bloqueando la lejana y disgustada de su madre.

Sintió que algo la atravesaba. Supo que era fortaleza.

No se le ocurrió pensar que la harían pagar por eso más adelante. Que ese era el día en que todo cambiaría de nuevo.

Ruth estaba en su habitación dando los últimos toques a su melena cuando regresaron. Pidió a su madre que los dejara pasar. Encendió un cigarrillo y avanzó lentamente por el pasillo, tratando de aferrarse a esa sensación interior de antes.

Ella entró en la sala de estar y notó que el miedo le provocaba un cosquilleo bajo los brazos y en el cuero cabelludo. Devlin estaba de pie junto a la ventana, mirando hacia fuera, con las manos a la espalda. Podría ser el piso de Ruth, pero era la entrevista de Devlin.

Se dio la vuelta en cuanto ella entró, le hizo un gesto con la cabeza —«Señora Malone»— y luego hizo otro hacia el hombre que estaba sentado en el sofá. Gordo. Sonriente. Sudando con su traje y corbata.

—Le presento al sargento Mackay.

—Agentes.

Se sentó con elegancia, y se inclinó hacia delante para dar unos golpecitos a su cigarrillo y tirar la ceniza en el cenicero. Cuando levantó la vista, ambos hombres la estaban mirando. Ella se centró en Devlin.

—Le ruego que nos disculpe si la hemos molestado antes, señora Malone. Si hemos alteramos su rutina de la mañana. Parece que ya ha tenido tiempo suficiente para acicalarse —dijo, y sus ojos se posaron en los de ella.

Tuvo que hacer un esfuerzo por no cruzar los brazos sobre el cuerpo o no esconder la cara entre las manos.

Pero en lugar de aquello dio una larga calada y luego exhaló una buena columna de humo hacia él. Un pequeño y desesperado acto de autodefensa.

—¿Cómo puedo ayudarlos?

Más preguntas, por supuesto. Continuaron durante horas, volviendo como sabuesos a los detalles de esa noche. Quizá no hubiera echado el cerrojo de la puerta, después de todo. Quizá se hubiera confundido en alguno de los detalles que les había dado. La apretaron y le insistieron, tratando de agujonearla, tratando de enojarla. El miedo se le instaló en el estómago como si fuera hambre.

Y entonces cambiaron de táctica.

—Ruth, ¿puedo llamarte Ruth? —Mackay no esperó a la respuesta—. ¿Hay algo que quieras contarnos? ¿Algo que te ronde la mente?

Ella lo miró con atención. Negó con la cabeza.

—¿Estás segura? Nosotros tenemos algunas pruebas nuevas, ya ves. Y nos hacen sentir... alguna duda sobre tu historia. ¿Estás segura de que no hay nada que quieras contarnos?

Ella negó con la cabeza otra vez. Se obligó a mantener el contacto visual. La voz de Mackay era suave, persuasiva. Devlin se retiró a la ventana, como para pensar, cogió su paquete de cigarrillos y dejó que fuera Mackay quien hablara.

—Sabemos que a veces se producen accidentes. Los niños se portan mal, no escuchan... Y uno solo quiere castigarlos, pero puede que pierda el control. Accidentalmente, claro. Nos puede pasar a cualquiera.

Una nueva ola de miedo, como agua helada en la nuca. Pero, junto a ella, un cierto alivio. Por fin. Ahí estaba. Llevaba meses temiendo esa acusación, y ahora que la tenía encima le pareció evidente que tenía que pelear.

—¿Cree que yo hice daño a mis hijos? ¿Cree que yo los maté?

Hubo una pausa y ella los vio a ambos mirándose entre sí. Entonces, esa voz suave de nuevo.

—Ruth, respecto a eso... pase lo que pase, puedes contárnoslo. Piensa que nosotros hemos visto de todo. Que sabemos cómo suceden estas cosas.

Ella no dijo nada.

—Será mejor si nos lo dices tú misma, ahora mismo. ¿Eh? ¿Qué opinas, Ruth?

Habían transcurrido cuatro días desde su conversación con Devlin en el McGuire, y Pete quería hablar con Ruth otra vez. No podía pensar en Salcito, en Gallagher, en Devlin... sin toparse de nuevo con sus ojos fieros, con su boca suave. Tenía que hablar con ella porque no soportaba no volver a hacerlo nunca más.

A esas alturas de la película ya conocía sus hábitos. Ahora estaría en el Gloria, porque era jueves. Estaría sola con Jim Beam, pero habría un par de sombras al fondo, observándola, y él tendría que ser más rápido que ellos.

Se imaginó la escena: él avanzando a toda prisa por el bar, Ruth siguiendo el movimiento de su amorfa figura, que era como todas las demás, y sacando sus cigarrillos para que él pudiera ofrecerle fuego.

Quizá al principio no lo reconociera. Quizá solo entablaran una pequeña charla. Sobre el bar. La meteorología. Los Giants.

Todo sería tan natural como si no estuviese planeado, y tal vez él dejara de sentirse como un perro con el ojo puesto en una carnicería que quedaba al otro lado de una calle muy concurrida, y que se preguntaba si el hambre y la buena suerte serían suficientes para llegar sano y salvo a la otra acera. Y entonces entornaría los ojos y apagaría su cigarrillo a medio fumar.

—Te recuerdo.

Insegura en su taburete, hielo en la voz.

—¿Qué quieres?

Él no sabía qué responderle. Tendría miedo de ella, y ella lo notaría enseguida, como en aquel otro momento en el que ella fue consciente de su poder y levantó la barbilla y lo miró fijamente. Él intentaría parecer sereno. Pensar en su marido. En Devlin.

Pero estaría completamente perdido ante ella, y Ruth lo sabía.

Así que ella apuraría su copa, la dejaría en la barra de golpe y se levantaría como si estuviera patinando sobre hielo.

—Vamos, señor misterioso.

—¿Qué?

—Vámonos de aquí. La bebida es más barata en mi casa. —Una mirada a Hud, quien se rascaría la mejilla, sonreiría y seguiría limpiando copas con toda la parsimonia del mundo—. Y así podrás contármelo todo.

Se reiría. Nunca antes la había visto reír así.

—Eso suponiendo que logres recuperar el habla.

Pero ya en su casa, acompañada por la grave y ronca voz de un cantante de *jazz*, con la música baja y anhelante, y algo mareada por la mezcla de los cinco *whiskies* que acababa de tomarse, Ruth se dejaría de bromas. Serviría un par de bebidas en silencio y se tomaría la suya de un trago. Y luego dejaría de hablar por completo, y él se sentiría indefenso cuando ella se acercara a él, y tendría que cerrar los ojos para no ver su propio reflejo asustado en sus hambrientas pupilas negras.

Imaginó la calidez del cuerpo de Ruth, el olor de su maquillaje, de su pelo, y por fin el contacto de los labios de ella sobre los suyos.

La besaría con dulzura, como siempre lo había hecho, pero su boca sería dura, caliente y anhelante, y él no sabría cómo responder. Sentiría su piel ardiendo y se movería para besarle el cuello con suaves besos rosados...

Pero ella le cogería el rostro con las dos manos y reclamaría su boca de nuevo y hablaría sobre sus labios.

—No pienses.

—¿Cómo? Yo...

Sorprendido, trataría de alejarse, pero ella lo perseguiría; su voz más dura esta vez:

—Deja de pensar. Solo siente.

Antes de que pudiera preguntarle qué quería decir, antes de que admitiera que no sabía cómo hacerlo, la boca de ella estaría ya sobre la suya, y su lengua contra la suya, y él sentiría su aliento caliente y sus dientes mordiéndole los labios, y un miedo y un deseo cada vez mayor. Que vinieran. Que se hincharan en su interior como una gran bocanada de aire para que él sintiera. Y así lo haría.

Y en ese momento su imaginación dejó atrás el pensamiento consciente y se sumergió en una serie de imágenes y puras sensaciones. La suave succión de sus labios. El sedoso susurro de su voz. El tacto de su melena. La extensión blanca de su garganta. La larga curva de sus párpados cerrados. Su calor. La intensa línea de dolor cuando ella lo arañó con sus uñas de punta roja. Los gemidos de Ruth. Su sabor salado. La cresta de una gran ola y la sensación de que no había vuelta atrás.

Y después... ¿cómo sería después?

¿Se despertaría con ella en una maraña de sábanas, húmedas por el sudor de ambos, con el olor de ella en la cabeza y sus ojos fijos en él? ¿O se despertaría solo, con los músculos doloridos, el agua corriendo a lo lejos y luego Ruth aparecería en la puerta, una silueta recortada en la luz, completamente vestida?

—Aquí está tu ropa. Puedes coger un taxi en la calle principal.

Su cerebro recuperaría el recuerdo de su calor, el olor de su piel bajo el maquillaje, pero ahora este volvía a ser perfecto y la mujer que había tocado volvía a estar escondida tras él, con las cejas arqueadas y fumando lentamente un cigarrillo. Y cuando tratara de besarla, sus labios se encontrarían con su fría mejilla.

¿Cómo sería?

La noche era fría y la calle estaba silenciosa y llena de calma antes del amanecer. Caminó durante más de una hora pensando en ella. Apartando la imagen de su marido de la mente, la imagen de la cara de su propia madre, las caras de los hijos de Ruth. Alejando su propia vergüenza, su propia culpa.

Trató de concentrarse solo en ella. En su rostro cansado y hermoso. En el sabor que tendría. En los sonidos que emitiría. Notaría su suavidad bajo los dedos. Y descubriría que era fácil pensar solo en ella.

Sintió que el corazón le latía con fuerza y lo imaginó sintonizándose con el de ella. Pensó en la conexión de ambos extendiéndose por la ciudad: elástica, tensa en sus posibilidades. Como una promesa.

Pensó en su voz. En cómo miraba. En las diferentes texturas de su cabello. En su piel y su boca. Pensó en las cosas que quería decirle, y las cartas que quería escribirle y que sabía que nunca le enviaría.

Sintió el dolor del deseo en la boca del estómago, en la parte posterior de la garganta, y sintió el lugar en el que ella debería hallarse.

Frank vino y dijo que necesitaba hablar con ella.

La madre de Ruth le sonrió, le acercó la mejilla para que la besara y dijo que los dejaba tranquilos, que de todos modos esa mañana había planeado ir a la iglesia.

Entraron en la sala de estar y Ruth se sentó junto a la ventana, fumando. Vio a su madre alejarse por la calle, con las piernas muy rectas y la espalda algo encorvada. Dejó que las palabras de Frank cayeran sobre ella, que el calor del sol invernal a través del cristal la relajara.

Entonces él dijo algo que la sobresaltó. Se volvió hacia él.

—¿Que Devlin ha dicho qué?

—Me ha dicho que si nos sometemos a la prueba del detector de mentiras acabaremos con todas las preguntas. Que si aceptamos, nos dejarán en paz.

Ruth encendió otro cigarrillo, dejó escapar el humo y lo miró con los ojos entornados.

—¿Y tú le has creído?

Frank extendió sus brazos en un gesto que ella conocía bien. Era su pose de «se me pasó la hora», «no me dijeron que habías llamado», «todavía no tengo el dinero».

—Ruth, es policía. Solo quiere saber quién lo hizo. Es su trabajo.

Ella tomó otro trago y miró al suelo. Pensó en Devlin y ese otro policía... Mackay, diciéndole que la entendía. Que sabía que las cosas podrían salirse de lo previsto. Su tono de voz tan bajo, insinuándole que sabía que había matado a sus hijos. Llevaban meses presionándola. Ella necesitaba encontrar el modo de hacerlos parar.

Dos días después, Ruth se sentó en la silla de la sala oscura.

Le había dicho a Devlin que haría la prueba, pero quería que Frank también la hiciera. Y pedía garantías de que estaría sola en la habitación con los técnicos, que nadie estaría allí mirándola. Quería que dejaran de observarla.

—Está bien, está bien, señora Malone. Por supuesto. Si eso es lo que quiere...

—¿Y Frank lo hará al mismo tiempo que yo?

—Exacto. Los dos a la vez. Él estará en la sala de al lado.

Mientras el técnico revisaba los cables y comprobaba que la máquina funcionaba, ella fumó un cigarrillo tras otro.

—No es legal, ¿ya lo sabes? Leí en algún sitio que en los juicios no pueden aceptarlo.

El hombre siguió con la cabeza baja, dando vueltas a los botones, tocando interruptores.

—Debe de haber algo que esté mal, ¿no? De lo contrario, los juzgados lo aceptarían.

Él siguió en silencio, pero miró hacia la puerta.

Empezaron.

—¿Se llama Ruth Marie Malone?

—Sí.

—¿Cuántos años tiene?

—Veintiséis.

—¿Está casada?

—Ya no.

—En la noche del 13 de julio de 1965, ¿estuvo usted sola en su casa con sus hijos?

—Sí.

—¿Alguna vez ha hecho daño a sus hijos?

—No.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a sus hijos con vida?

—Ya he respondido a esto. Miles de veces.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a sus hijos con vida?

—¿Le está haciendo a Frank las mismas preguntas? —El técnico miró hacia el espejo que había en la pared—. ¿Sí o no?

—Lo siento, señora, yo no...

—Frank Malone. Mi exesposo. Le están haciendo la misma prueba en la sala de al lado.

—Esto... Solo tenemos una máquina, señora.

Ruth se arrancó los cables del brazo y los tiró al suelo como si fueran radiactivos. Entonces fue hacia el espejo de la pared y habló mirándolo.

—Hijo de puta. ¡Me has mentido! —Y luego—: ¡Te oigo reírte de mí, pedazo de mierda! ¡No es justo! ¡No es justo!

Escupió sus palabras hacia los hombres del espejo.

—No queréis descubrir la verdad sobre mis hijos. ¡Solo queréis manipularlo todo en mi contra!

LA SEÑORA MALONE SE NIEGA A PASAR LA
PRUEBA DEL DETECTOR DE MENTIRAS
(TOM O'CONNOR)

QUEENS, 9 DE NOVIEMBRE. Según nos comunicaron ayer fuentes cercanas a la policía, la madre de los dos niños asesinados en Queens se negó ayer a pasar la prueba del detector de mentiras para despejar las incógnitas acerca de sus muertes.

Frank Malone Jr., de cinco años, y su hermana Cindy, de cuatro, desaparecieron la noche del 13 de julio de 1965 de su piso en la primera planta de Kew Gardens Hills y, poco después, fueron hallados muertos no muy lejos de allí. Vivían con su madre, Ruth Malone, de veintiséis años, quien se había separado del padre de los niños, Frank Malone. El señor y la señora Malone se reconciliaron brevemente después de la tragedia.

A pesar de estar realizando una exhaustiva investigación, la policía aún no ha podido recabar suficiente información como para llevar a cabo un arresto.

La señora Malone dijo originalmente a la policía que estaba dispuesta a ayudar sometiéndose al examen del polígrafo, pero al final se negó a ello porque los resultados no son admisibles como prueba ante un tribunal de justicia.

Un portavoz de la policía comentó a este periódico que la señora Malone anunció que se sometería a la prueba del detector de mentiras para demostrar su inocencia, pero que, en realidad, nunca tuvo intención de hacerlo, y que desde el primer momento sabía que los polígrafos no pueden usarse en el tribunal.

Los detectores de mentiras funcionan midiendo las respuestas fisiológicas, como los niveles de presión arterial, la frecuencia del pulso y la actividad de las glándulas sudoríparas durante el interrogatorio.

Cualquier variación significativa en estas tasas puede indicar que el sujeto está mintiendo.

La señora Malone salió de su piso esta mañana y se negó a comentar su rechazo a la prueba o los crecientes rumores de un arresto inminente.

Otra llamada. Esta vez querían que Ruth fuera a la comisaría.

—Serán solo unas preguntas.

Entró con la cabeza alta y pidió llamar a un abogado. Devlin le aseguró que no necesitaba ninguno. Ella insistió y Devlin le dijo que debía de tener algo que esconder. Ella siguió insistiendo hasta que él la llevó a un teléfono. Llamó a Arnold Green.

La voz de Green sonó distraída al descolgar, pero su tono se volvió cauteloso en cuanto se dio cuenta de quién lo llamaba.

—Señora Malone, ¿cómo puedo ayudarla?

—Estoy en la comisaría. Creo... Creo que necesito un abogado.

Hubo un momento de silencio, y luego:

—Yo soy experto en divorcios, señora Malone. Me encargo del derecho de familia. Asuntos civiles.

—Es que no... no sé qué hacer.

—Lo siento. No puedo ayudarla.

Ella abrió la boca para responder, pero se dio cuenta de que ya no había nadie al otro lado de la línea.

Se volvió hacia Devlin, que estaba de pie detrás de ella, y, sin mirarlo a la cara, le dijo que necesitaba un abogado.

—¿Está diciendo que quiere que se le designe uno de oficio?

Ella se quedó observando una marca en la pared, hacia la izquierda de su cabeza.

—Eso mismo estoy diciendo, sí.

—Veré lo que puedo hacer. Tenga en cuenta —añadió, y Ruth pudo oír la sonrisa en la voz del sargento— que quizá nos lleve un tiempo, pues no se me ocurre qué abogado estará dispuesto a aceptar su caso.

La dejaron encerrada en una habitación sin ventanas y con la calefacción a toda potencia. Quinn entró en una ocasión para decirle que estaban tratando de contactar con alguien de la oficina del colegio de abogados. Ella ni siquiera lo miró. Solo esperó a que la puerta se cerrara.

Varias horas más tarde, la puerta se abrió de nuevo y Ruth oyó decir a Quinn:

—Está aquí.

Levantó la mirada y vio a un extraño. Un hombre de unos cincuenta años, con el pelo plateado y brillantes ojos azules. Llevaba un traje muy elegante, un alfiler de corbata y una camisa blanca inmaculada. Ruth pensó en el calor que hacía en la sala y en la pinta que debía de tener ella. Se echó la melena hacia atrás mientras se levantaba, pero él le indicó que siguiera sentada y le tendió la mano.

—Soy Henry Scott. Seré su abogado.

Tenía la piel seca. Ruth pudo oler su colonia: algo con un toque amaderado. Fresco.

Ella le dijo, con brusquedad:

—Usted no es abogado de oficio.

Él le sonrió, recordándole a alguien.

—No, no lo soy. —Entonces se volvió hacia Quinn y su voz sonó cortante—: El calor de esta sala es sofocante. Ajuste la temperatura o búsqúenos otra. Y tráiganos un poco de agua. Y café y unos bocadillos, y asegúrese de que mi bufete reciba una copia de todos los interrogatorios que se le hayan hecho a mi clienta, así como sus transcripciones, para mañana por la mañana.

Quinn se sonrojó y asintió. Cuando el policía se hubo marchado, Scott se volvió hacia ella y le dijo:

—Me ha contratado el señor Gallagher. Creo que es amigo suyo.

Entonces se dio cuenta de que era Lou a quien le recordaba aquella sonrisa. Era la propia de alguien que sabía lo que estaba haciendo. De alguien que podría cuidar de ella.

Scott dejó su maletín y negó con la cabeza.

—Esto es patético.

Ella lo miró. Él le sonrió de nuevo y señaló con la cabeza hacia la puerta.

—Es obvio que no tienen nada contra usted. La están reteniendo aquí y sometiendo a estas condiciones para tratar de romperla. Si tuvieran alguna acusación

real ya se la habrían presentado. Pero esto —hizo un gesto con las manos abarcando la sala— me dice que no tienen nada y que están tratando de presionarla para que confiese.

En aquel momento ella tuvo al fin la sensación, repentina y vertiginosa, de que podía delegar todo aquello en alguien cuyo trabajo era cuidarla. Saboreó aquella sensación con cautela. Se sentó, miró a su abogado a los ojos y esperó a que comenzara.

Scott estaba en la silla contigua a la de ella. Ruth pudo distinguir el olor de sus puros caros más allá del de los cigarrillos que los demás fumaban en cadena. Frente a ella estaba Devlin y, a su lado, un tipo delgado al que nunca había visto. Carey, Caruso o algo así. Tenía una mirada furtiva, como la de una rata.

Había cuatro personas en la sala, pero, para Ruth, solo importaban Devlin y ella.

Él se inclinó hacia delante, con los ojos clavados en los suyos, mirándola cada vez con mayor intensidad, hasta que ella sintió que se le colaba en la cabeza. Trató de sacarlo de ahí. De mantenerlo fuera. De seguir siendo dueña de sus propios pensamientos.

Sin apartar los ojos de ella, Devlin extendió su mano para que el hombre con cara de rata pudiera ponerle encima una carpeta. La colocó sobre la mesa, entre ambos, y la abrió. Extendió las fotografías como si fuera un profesional del juego y siguió sin quitarle los ojos de encima.

—Mírelas, señora Malone.

Ella no podía apartar la mirada de su cara. Si lo hacía, se vería como un signo de debilidad.

—Mírelas, por favor.

Escuchó la voz de Scott, como desde la distancia.

—Me temo que debo oponerme a esto. Mi clienta...

Ruth lo miró para indicarle que no siguiera hablando y volvió a fijar sus ojos en Devlin.

—¡¡¡Mírelas!!!

El grito y el puñetazo en la mesa le hicieron dar un respingo, y el susto la llevó a echarse atrás y mirar hacia abajo.

Al principio su mente no entendía lo que estaban viendo sus ojos. Allí había hojas, sombras, ramitas. Después reconoció un zapato. Y un pie en su interior. Lo que había creído que era una rama delgada era en realidad una pierna. Lo que ella había tomado por un nudo en la madera era un hematoma.

Extendió la mano y acarició la foto con suavidad. Ella había visto ese moratón cuando no era más que un arañazo, cuando aún sangraba. Lo había bañado con agua tibia y salada, y había aplicado yodo sobre él. Había sostenido aquella pierna mientras se retorció para escapar del escozor. Y luego la había besado.

Ahora se besó la yema del dedo, presionó su boca contra su cálida piel rosada, y sintió su propio calor y la sangre palpitando bajo su piel, y entonces llevó su beso a aquella pierna fría y bidimensional.

Ruth cerró los ojos y luego miró la siguiente imagen. Un brazo que estaba oscuro por algo que no era una sombra. Una mata de pelo, blanca sobre los grises de la hierba, extendida por el suelo. La tela desgarrada de una camisa gris pálida que no debería haber sido ni pálida ni gris, sino azul brillante como un cielo de verano.

Sus ojos fueron moviéndose cada vez más rápido, deslizándose sobre las imágenes con la voz de Devlin de fondo, hablando cada vez más alto para que su mirada se deslizara de una fotografía a otra, y bajando luego el tono a medida que ella iba posándose en las imágenes. Otro zapato. Un montoncito de hojas. Un primer plano de algo blanco y suave. La imagen borrosa de unos dedos curvos.

Llegó al final, mantuvo la cabeza gacha, sintió la mano de Scott sobre su brazo, escuchó su voz suave interrumpiendo las ásperas palabras de Devlin. Ruth no oía lo que decían. No podía hablar.

Apretó los labios y negó con la cabeza para despejar el ruido que se había acumulado en su interior. Las voces callaron y entonces, en el silencio que siguió, escuchó a Scott decir claramente:

—Mi clienta necesita un descanso.

Y negó con la cabeza otra vez, porque un descanso significaría pararse. Significaría dejar esta sala por otra muy parecida. Significaría decidir si quería o no quería café, o si necesitaba ir a un baño con baldosas frías bajo la dura mirada de una vigilante.

Seguir adelante, en cambio, significaría poder seguir abrazándose a sí misma. Mantenerse en su mundo interior. Tranquila. Segura.

Pero entonces Devlin se inclinó hacia delante y la apuñaló con sus palabras, abriéndose paso en su mundo, empujando, empujando sin compasión, y ella no tuvo dónde esconderse.

—Lo que les pasó a sus hijos fue una tragedia, señora Malone. Estamos muy cerca de hacer un arresto. Muy cerca.

El aliento de él sobre su piel, como un amante.

—Sabemos que no pudo hacer esto sola. Nadie oyó el motor de un coche cerca de su piso aquella noche, así que, quienquiera que fuera, sabemos que estacionó a una cierta distancia. Habrían sido necesarias dos personas, o un hombre fuerte, para sacar a los niños de su casa y recorrer esa distancia con ellos en brazos. Queremos atrapar a ese hombre, señora Malone. Y necesitamos que nos ayude a encontrarlo. Podemos darle inmunidad si colabora. —Una pausa—. ¿O prefiere ir a la cárcel por él? Piénselo, señora Malone. Piense en la posibilidad de estar encerrada durante años por un crimen que cometió otra persona.

Ella escuchó el ritmo de las respiraciones en la habitación, el clic de la cinta cada vez que la encendían y apagaban, y pensó en estar encarcelada. En no poder salir a

dar una vuelta. No poder bailar. Beber. Reír. No poder respirar.

—¿No quiere ayudarnos, señora Malone? Si no dice nada, nos veremos obligados a pensar que no tiene ningún interés en obtener justicia para sus hijos.

Ruth saboreó la palabra y le pareció muy amarga. La justicia no traería a Cindy y Frankie de vuelta. Una condena por asesinato no resucitaría a los niños, así que ¿qué más daba todo lo demás?

La voz de Devlin interrumpió sus pensamientos para seguir contándole la historia de ese hombre.

—Tal vez se quedó usted en la otra habitación mientras él lo hacía todo. Mientras los hacía callar. Mientras los sacaba de su piso. Quizá usted solo sea culpable de haber bebido demasiado y haber encendido la radio. ¿Es así, señora Malone? ¿Fue eso lo que sucedió?

Ella inclinó la cabeza. Devlin no tenía ni idea sobre la culpa.

No sabía nada sobre dejar a sus hijos solos en casa, o con una niñera adolescente, mientras se pasaba ocho horas de pie trabajando con unos zapatos de tacón que le hacían daño, sirviendo bebidas a gilipollas que pensaban que con cada ronda estaban también pagando el derecho a tocarle el culo. No sabía nada sobre dejar a sus hijos mientras dormían para quedar con un hombre que le pagaría por su compañía porque su hija necesitaba unos zapatos. No sabía nada acerca de enviar a sus hijos a la cama con el estómago medio vacío, tratando de engañarlos con agua y añadiendo una gota de *whisky* para hacerlos dormir, porque si los dejaba cenar por la noche no tendrían nada para el desayuno, y los cheques del inútil de su marido seguían siendo rechazados.

No sabía nada acerca de regresar a casa después de un turno de doce horas, pensando continuamente en ellos, atesorando la imagen de sus caritas en su memoria, recordando el dulce aroma de su piel infantil mientras limpiaba los vómitos de sus zapatos y recogía colillas de cigarrillos en un vaso de plástico medio lleno. Y entonces llegar a casa y oír los ruidos que hacían: sus gritos, sus quejidos y sus eternas demandas de comida y atención; y sentir por un momento que todas aquellas exigencias, atracciones y necesidades solo podían salvarse si le dabas a la canguro todo el dinero que habías ganado y le pedías que se quedase con ellos un rato más. O, si no tenías dinero ni canguro, simplemente salías un rato de casa porque estabas tan jodidamente cansada que solo necesitabas un momento para estar a solas. Un instante de paz.

Ese hombre, Devlin, no tenía ni idea de eso. Ninguno de ellos, en realidad. Todos tenían sueldos de hombres y contaban con la ayuda de sus esposas para lidiar con el ruido y el desorden, con los problemas de Jimmy en la escuela o con el estrés de la pequeña Susie cuando no quería comer verdura o con el bebé que no paraba de llorar.

No sabían nada de la culpa. No eran madres.

Los tacones de Ruth resonaron en la acera, de camino hacia su coche. Se había duchado, vestido y maquillado. Se había aplicado crema de manos y se había puesto pendientes. Había tomado un café, paseado a la perra y metido en el bolso unos pañuelos de papel.

Era una semana antes de Acción de Gracias, un día frío y brillante. Levantó la cabeza para sentir el sol en la piel. Llevaba tres días sin noticias de la policía. Ni una llamada, ni una visita.

Entonces oyó a sus espaldas la puerta de un coche al cerrarse y pasos que avanzaban hacia ella.

Y según encendía el motor de su propio automóvil y se estiraba para cerrar la puerta, apareció un coche de la nada y la bloqueó. Una mano se posó en la parte superior de la puerta. Miró hacia arriba, pero el sol había transformado la figura en una silueta sin rostro. Se concentró en la mano. Uñas limpias y bien cortadas, un pulgar más bien corto, una cicatriz blanca en el dedo índice. Una mano muy corriente. Podría haber pertenecido a cualquiera.

—¿Qué desea?

—Tiene que acompañarnos —dijo Devlin.

—No tengo que hacer una mierda.

—Tiene que venir con nosotros, señora Malone. El gran jurado la ha acusado. Queda arrestada por el asesinato de su hijo y el homicidio de su hija.

—No me lo puedo creer. No lo creo.

—Señora Malone...

—No voy a ninguna parte.

Puso las manos en el volante. Lo apretó con fuerza.

—Le sugiero que no monte ningún escándalo, señora Malone. Hay gente mirando.

Soltó un suspiro y luego bajó del coche. Miró a Quinn, que permanecía impasible al lado de Devlin, como un tonto. Hizo ademán de entregarle las llaves, pero las dejó caer al suelo y lo observó agacharse a recogerlas. Eran todo lo que tenía.

Sentada en el asiento trasero del coche de Devlin, miró a su alrededor, a la mañana que iba a seguir transcurriendo sin ella.

Devlin se movió en su asiento, haciendo que el coche temblara. Ruth lo miró a los ojos a través del retrovisor y se cruzó con él.

—¿Qué?

—¿Sabe?, habría sido mucho más fácil para usted si hubiera dicho la verdad desde el principio.

Ella levantó la cabeza. Lo miró a los ojos y luego dejó que su mirada lo atravesara. No le daría una respuesta. No le daría nada.

No volvieron a hablar hasta que llegaron a la comisaría. Ruth salió y, a través de las puertas de cristal que tenía delante, vio que el vestíbulo estaba lleno. Policías de uniforme, hombres de paisano, secretarios: todos se dieron la vuelta para mirarla. Todos la estaban esperando.

Se detuvo. Respiró hondo. Se volvió hacia Devlin.

—Quiero mi llamada.

Él se encogió de hombros.

—Por supuesto. No hay nadie que pueda ayudarla, pero está en su derecho.

—Frank, soy yo.

—¿Eh? ¿Ruth? ¿Qué hora es?

—Yo... estoy en comisaría. Me han arrestado.

Una pausa.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Qué cojones está pasando?

—Sí, lo sé. Por Dios, Frank. Ese bastardo me estaba esperando en la puerta de casa esta mañana. Me ha traído aquí y ahora todos me están mirando.

—Madre mía... Ruthie. Yo no... ¿Estás bien?

—Escucha, no tengo mucho tiempo. Por favor, llama a Scott. Cuéntale lo que ha pasado.

—Por supuesto. Scott. Claro.

—¿Tienes su número? ¿Lo tienes, Frank?

—Sí, lo tengo. Vale, ahora lo llamo. Quedaré con él a la salida de la comisaría.

—Perfecto.

—¿Necesitas algo?

—No. Solo a Scott.

—Vale. Aguanta ahí. Te quiero, nena. Estaré allí pronto.

—Vale.

Pete estaba en el Mario, haciendo cola para pedir el desayuno antes de ir al trabajo, cuando oyó la noticia por la radio: «Ruth Malone ha sido arrestada, acusada por el asesinato de su hijo y el homicidio de su hija».

Dejó caer su periódico y se quedó mirando la radio hasta que el hombre que tenía detrás le dio un golpecito y le señaló con la cabeza a la chica del mostrador, que lo miraba con las cejas arqueadas y dando unos golpecitos con su bolígrafo en la libreta.

—Lo siento —dijo—. He cambiado de idea.

Se abrió paso hasta la puerta. No podía creérselo. Ese Devlin... Había tardado más de cuatro meses, pero al fin había logrado lo que andaba buscando. Aquella carta

que había mencionado... Fuera lo que fuese lo que hubiera escrito en ella, había sido suficiente para acusarla.

Condujo hasta la comisaría. La entrada estaba atestada de periodistas. También había dos prostitutas, apoyadas en el escritorio de la entrada mientras un agente las controlaba. Ellas se divertían gritando a los fotógrafos: «¿Cómo me quieres, cielo?» y «¡Diez dólares por un primer plano!», y se partían de risa.

Miró a su alrededor fuera de sí, desesperado por encontrar una cara familiar o tener alguna idea brillante sobre qué hacer. El agente que estaba detrás del escritorio no paraba de gritar, tratando de ordenar el caos, pero Pete apenas podía oírlo por encima del resto de voces.

Se abrió una puerta y apareció la voluminosa figura de Devlin. Levantó una mano y la habitación enmudeció. Sin más.

—Caballeros, sé por qué están aquí, pero no tenemos nada más para ustedes. Ella ha sido arrestada, probablemente pague una fianza y todavía no tenemos una fecha para el juicio. Eso es todo.

Dio media vuelta, volvió a salir por la puerta y el bullicio estalló de nuevo, aún más fuerte que antes. Los reporteros se empujaron unos a otros como si quisieran seguirle adonde fuera.

Pete salió a la calle, aturdido por la confusión. ¿Qué había pasado? ¿Qué había cambiado de ayer a hoy para que los policías se sintieran lo suficientemente seguros y decidieran dar un paso adelante para detenerla?

El aparcamiento estaba desierto: todos tenían algo que hacer, algún sitio al que ir. Oía a Friedmann resonando en su cabeza: «Mantente cerca de la policía, y capta la reacción del vecindario».

Se detuvo para encender un cigarrillo y vio que un hombre salía de la comisaría con un maletín de cuero. Tenía el pelo plateado, un traje de corte perfecto, pinta de estar forrado. Personificaba la imagen que Pete tenía de los abogados y, a juzgar por su traje y sus zapatos, este era uno de los buenos. Obviamente, solo había una sola persona en la comisaría que aquel día necesitara un abogado.

Pete dejó caer su cigarrillo y echó a correr tras él, deteniéndose con considerable brusquedad al llegar a su altura. El hombre se limitó a levantar una ceja con curiosidad, como si Pete fuera apenas un detalle interesante que hubiera encontrado en un libro.

—Discúlpeme, no quiero molestarle, pero estoy... Mi nombre es Peter Wonicke. ¿Representa usted a la señora Malone?

Él le respondió con amabilidad:

—Bueno, hijo, me temo que no estoy en disposición de hablar sobre mis clientes.

—Por supuesto, por supuesto.

—Entonces...

—Es solo que... la conozco. Podría tener información que le fuera de utilidad.

El hombre levantó la ceja de nuevo y observó a Pete un buen rato.

—Tampoco tengo el hábito de entablar conversaciones sobre mis clientes en plena calle, pero por otra parte he desarrollado el hábito de emitir juicios rápidos sobre las personas. Es inherente a mi trabajo, como comprenderá. —Se calló de nuevo y miró a Pete—. Estoy un poco ocupado hoy, seguro que lo comprende. Pero ¿por qué no nos vemos mañana? En algún lugar más tranquilo. Nos tomamos un café y usted me cuenta... bueno, lo que sea que quiera decir. Me llamo Henry Scott, por cierto.

Le dio una dirección a Pete y quedaron en verse al día siguiente.

La dirección resultó ser la de un café pasado de moda; el típico lugar frecuentado por mujeres que pasan las mañanas tomando café o que se dedican a mimar a sus nietos.

Scott llegó antes que él, se levantó al ver a Pete y le estrechó la mano. Cuando pidieron, Scott le preguntó a la camarera si tenían pastel de nueces. Al responder ella que sí, el abogado sonrió igual que el niño de la mesa contigua, al que le acababan de servir un trozo de tarta cubierto de nata montada.

Cuando la camarera se fue, él la siguió con la mirada, todavía sonriendo.

—Aquí hacen un pastel de nueces que es una verdadera maravilla. Mi madre me traía cada vez que veníamos a la ciudad para comprarme zapatos nuevos para el colegio. Por supuesto, la frecuencia de nuestras visitas y de nuestro ritual disminuyó al mismo ritmo que el crecimiento de mis pies. Un vínculo extraño, ¿no cree, señor Wonicke?

Su sonrisa se ensanchó aún más y Pete le devolvió la suya con una cierta incertidumbre.

—Sin embargo, no estamos aquí para hablar sobre el pastel de nueces y mucho menos aún sobre mis pies, ¿verdad? ¿Hay algo que quiera decirme? ¿Algo sobre la señora Malone?

—Sí, señor. No es... Realmente, no sé por dónde empezar.

—¿Por qué no comienza por contarme cuánto tiempo hace que conoce a la señora Malone?

—La conocí después de que mataran a sus hijos.

—¿Y cómo definiría su relación con ella?

—La conozco bastante bien. Tenemos un trato estrecho.

—Entiendo. ¿Y cómo la conoció?

—Bueno, yo era periodista.

La cara de Scott se crispó de inmediato y su actitud se volvió más formal.

—Ya veo. En tal caso, señor Wonicke, voy a tener que pedirle...

—¡No, no, por favor! Ya no trabajo como periodista. Y no estoy aquí por haberlo sido. Solo estoy respondiendo a su pregunta de cómo la conocí.

Scott asintió, pero su actitud se tiñó de cautela.

—De acuerdo, entonces. La conoció y... ¿la entrevistó?

—Sí. A ella y a algunos de sus vecinos. Y a su madre.

Les trajeron el café, junto con una ración de pastel de nueces que habría atiborrado hasta a un colegial hambriento. Scott levantó su taza y miró a Pete por encima del borde.

—Hasta ahora no me ha dicho usted nada que lo diferencie del resto de su profesión, señor Wonicke.

—Supongo... bueno, yo la creí. Yo creo que es inocente.

Scott dejó la taza y cruzó las manos sobre la mesa.

—¿Por qué?

—Porque no creo que sea capaz de cometer un asesinato. Y menos aún el de sus hijos.

—¿Y en qué se basa?

—¿Disculpe?

—¿Ha conocido usted a muchos asesinos? Hace años conocí a una mujer que ahogó a su nieto porque creía que estaba poseído por Satanás. Y le aseguro que era mucho más agradable y encantadora que la mayoría de las personas de este café. — La sonrisa de Scott nunca desaparecía del todo y sus ojos continuaron brillando mientras miraba a Pete por encima de su taza de café—. De modo que... ¿qué le hace estar tan seguro de que la señora Malone es inocente?

Pete se ruborizó y se dio cuenta de que estaba apretando la mandíbula. Quizá Scott intentara cazarlo, sacarle algo. Pues bien, en caso de que así fuera, parece que funcionaba. Trató de mantener la calma y centrarse en Ruth.

—Está bien, entiendo a qué se refiere, señor Scott. Tal vez sería más correcto decir que no creo que las pruebas de las que parece disponer la policía sean suficientes para determinar su culpabilidad.

Scott dejó su taza y asintió.

—Ahora ha conseguido captar mi curiosidad, señor Wonicke, porque ahora quizá pueda ofrecerme algo que yo no sepa. Supongo que obtuvo su información de una manera completamente legal y ubicada dentro de los límites de la normalidad, ¿no es así?

—Mi información es, en su mayor parte, resultado de mis entrevistas. Y también hay alguna cosa que oí por ahí.

—Rumores, me temo. Aunque potencialmente útiles, en función de lo que dijeran.

Pete le hizo un resumen de las conversaciones que había mantenido con Quinn y con Devlin, para que estuviera al corriente del punto de vista que los policías tenían sobre Ruth. Scott fue dando cuenta de su pastel mientras escuchaba en silencio.

—Señor Scott, yo creo que van a atacar su moral en el estrado. Que van a hacerla parecer una... el tipo de mujer capaz de matar a sus hijos.

Scott asintió.

—Es lo lógico, sí.

Pete se ruborizó de nuevo y bajó la mirada. Pasó un dedo por el borde de su taza y

se preguntó qué estaba haciendo allí. Por qué estaba perdiendo el tiempo con un tipo que parecía saberlo ya todo.

Pero entonces Scott añadió:

—En cualquier caso, me ha confirmado usted lo que quería saber. Conoció a Devlin en un entorno informal y ahora mismo sabe usted más sobre mi clienta que yo, así que todo lo que me diga me será útil.

Pete lo miró y vio que Scott sonreía de nuevo, aunque esta vez de manera real, cálida y sincera. Pete quiso ayudarlo, y no solo por el bien de Ruth.

—Señor Scott, yo creo... Creo que ella no es la única a la que la policía debería estar investigando.

Scott lo miró frunciendo el ceño. Se acarició la barbilla como si estuviera pensando. Hubo una larga pausa y luego dijo:

—Interesante, señor Wonicke, pero el caso que nos ocupa se centra en la señora Malone. La policía cree que es culpable. Así que es en ella en quien debo concentrarme.

Se puso de pie y se excusó para hacer una llamada telefónica. Pete se reclinó en su silla, miró distraídamente alrededor de la habitación y se fijó en una copia del *Herald* tirada en una mesa cercana.

LA MADRE MALONE SALE A COMPRARSE UNOS VESTIDOS
MIENTRAS SUS HIJOS YACEN MUERTOS
(TOM O'CONNOR)

QUEENS, 17 DE NOVIEMBRE. Según nos han informado fuentes cercanas, la señora Ruth Malone, arrestada ayer por estrangular a su hijo Frank y a su hija Cindy, estaba comprando ropa apenas unas horas después de la muerte de sus hijos.

Un día después de haber denunciado la desaparición de sus niños, y menos de veinticuatro horas después de que el cadáver de la pequeña Cindy fuera retirado del lugar en el que se encontró, su madre fue vista por testigos en una tienda de ropa de la zona.

Una fuente de la policía nos dijo: «Pensamos que la señora Malone había ido a comprar comestibles o quizá artículos personales (aunque con la familia y los vecinos reunidos, no había una necesidad real), pero nos quedamos impactados cuando la vimos entrar en una tienda de ropa de mujer».

La fuente continuó relatándonos que la atractiva camarera había comprado artículos de Debonair Doll, una pequeña *boutique* de la calle principal que abrió hace tres años.

El dueño de la tienda confirmó a este periodista que la señora Malone compró dos vestidos, unas medias y un sombrero.

«Parecía absolutamente normal. Recuerdo que llevaba mucho maquillaje, pintalabios. El pelo perfectamente peinado. No parecía que hubiera estado llorando».

Un testigo que prefiere permanecer en el anonimato vio a la espectacular pelirroja cruzar la calle hacia un coche en el que se cree que iba su marido, del que se había separado hacía poco. Cuando llegó al vehículo, él salió y la ayudó a que se sentara con una cierta premura, a lo que ella respondió, según nuestro testigo: «Si llegamos tarde, llegamos tarde. Esto es importante. Tengo que estar guapa».

Parece que la señora Malone estaba más preocupada por su aspecto que por su hija, que yacía fría y sola sobre una losa de la morgue, o por su hijo —de apenas cinco años—, que en aquel momento aún estaba desaparecido.

La policía y los voluntarios pasaron horas y horas peinando el barrio en busca del niño. Fue una semana larga y difícil. La mayoría de los involucrados eran padres conmovidos por la dureza del caso, y el momento en que se descubrió el cuerpo del niño fue «un golpe terrible» para todos, según nos comentó uno de ellos.

La policía sospechó desde el principio de la señora Malone, de quien se cree que será puesta en

El artículo iba acompañado de una fotografía de Ruth con un vestido corto y tacones. Tenía la cabeza inclinada, pero el maquillaje de sus ojos era tan marcado y oscuro como la tinta de la página.

Scott regresó, se sentó y cogió su taza de nuevo. Pete arrojó el periódico sobre la mesa con disgusto.

—¿Ha visto esto?

Scott asintió, con la cara inexpresiva.

—Es una mierda. No sé cuál es la historia real, pero esto es...

Pero mientras hablaba, Pete se dio cuenta de que, hasta hacía muy poco, él había formado parte de todo aquello. Y había escrito lo que le habían pedido, y había presentado los tonos de gris como blanco o negro.

Sintió una oleada de vergüenza y luego, justo por debajo de aquella sensación, un alivio fresco al percibir que su vida ahora era diferente.

Scott sostenía el periódico y releía el artículo.

—Esto, señor Wonicke, es el tipo de cosas que el jurado va a ir leyendo todos los días hasta el juicio. Esto es con lo que tengo que trabajar.

—Pero ella es... Ella no lo hizo. Esa gente no la conoce. No la conoce en absoluto.

Scott lo miró fijamente y Pete tuvo la extraña sensación de que lo estaba viendo por primera vez.

—Va a ser un caso difícil, señor Wonicke. Un caso feo. No subestimo la complejidad de la empresa que tengo por delante. Y me consta que mi primer oponente va a ser la propia señora Malone.

Vio que Pete fruncía el ceño y asentía.

—Oh, sí. Mis primeros obstáculos son el aspecto de la señora Malone y sus modales. Su forma de vestir y la imagen que quiere dar no son en ningún caso las de una madre afligida. Ella es la viva imagen del escándalo.

—Por favor. Suena usted igual que...

Él levantó la mano.

—Oiga, yo estoy de su parte. Pero mi trabajo consiste en pensar como lo haría un jurado típico: doce hombres y mujeres que no conocen de nada a la acusada y que nunca han visto a nadie como Ruth Malone. Que no son capaces de imaginar al tipo de persona que decide matar a dos niños. Que la habrán condenado ya desde el principio por el simple hecho de que pueda haberlo hecho.

»He presentado una moción para que no se interrogue a la señora Malone sobre sus relaciones extramatrimoniales, pero es probable que sea rechazada, y eso implicará que la señora Malone no pueda prestar testimonio.

—¿Por qué cree que puede ser rechazada?

—Puede que opinen que es relevante para el caso, señor Wonicke. Puede que

consideren que sus relaciones son relevantes a la hora de justificar el crimen —dijo, y suspiró—. Y la cobertura de la prensa está impulsando sin duda esa idea. Aunque, por mucho que sus excolegas la dejen en una mala posición, créame que lo que la gente dice de ella en la calle es mucho peor.

—¿Qué significa peor?

Scott cogió aire.

—Anoche cené con un viejo amigo en un restaurante no muy lejos de aquí. Un lugar agradable, comensales agradables. Oí a dos mujeres detrás de mí hablando sobre el caso y sobre la señora Malone. Una de ellas dijo (le ruego que me disculpe la expresión): «Pues yo voy a ir al juicio. Quiero ver cómo a esa zorra le dan lo que se merece»; y la otra respondió: «Sé exactamente lo que quieres decir. Yo no suelo prejuzgar a nadie, pero es que en este caso es difícil no hacerlo. Una descastada como esa parece capaz de cualquier cosa».

Dicho esto, apartó el tenedor y arrugó la nariz.

—El pastel está rancio.

Scott le dijo a Ruth que la comparecencia ante el tribunal era una mera formalidad y que esa tarde le concederían la libertad bajo fianza. Le preguntó quién se haría cargo de ella y Ruth le contestó:

—Mi madre.

Pensó en la cara roja y arrugada de su madre. En sus ásperas manos rojas. En sus oraciones junto a la cama de su padre. En su ira. En su vergüenza.

—Mi madre pagará la fianza.

Después hablaron sobre el juicio en términos generales: quién estaría allí, a quién se le permitiría hablar. Él le dijo que a ella no la llamarían como testigo, que no debería subir al estrado. Que ella no tendría voz.

Y cuando le preguntó por qué, él se limitó a decir:

—Es mejor así, créame.

Ella trataba de confiar en él, pero notaba sus reservas a la hora de corresponderle con el mismo sentimiento. Scott no confiaba en que ella mantuviera la calma. No confiaba en que no se enfadara, que no se emocionara, que no mostrara al jurado su desafío. No confiaba en que no se confundiera o tropezara y acabara revelando que las historias sobre ella —los hombres, la bebida, el sexo— eran ciertas.

Así que pensaba que lo mejor era que se sentara en silencio con la mirada baja y los labios apretados tras un pañuelo de encaje blanco.

Cuando terminaron de hablar, él comenzó a recoger sus papeles, pero pasó tanto tiempo apilándolos y ordenándolos que Ruth supo que tenía algo más que decirle. Así que cruzó los brazos y esperó. Y, por fin, los ojos del abogado se encontraron con los de ella, y cerró su maletín y se aclaró la garganta.

—Señora Malone, tenemos que hablar sobre su apariencia.

Su voz era amable. Estaba tratando de ser cortés.

Ruth miró su traje caro, su camisa bien planchada. Olió su colonia con toques amaderados y se preguntó si su esposa le compraría un frasco todos los años. Se imaginó a la esposa planchándole las camisas, limpiándole las corbatas, almidonándole los cuellos. Imaginó una melena canosa y bonita, una ligera capa de maquillaje, blusas de color rosa, un discreto collar de perlas. El olor a ropa limpia, a crema corporal de lavanda.

—Lamento meterme en algo tan personal, pero es relevante. Cuanto más conservadora se muestre, más probabilidades tendrá de ganarse al jurado. La fiscalía hará todo lo posible para conseguir un jurado lo más convencional posible.

Ella pensó: «Está haciendo su trabajo lo mejor que sabe».

Pero cada palabra que decía era un juicio sobre su aspecto. Sobre cada imperfección, cada poro, cada arruguita.

—Quizá baste con bajar un poco el tono del cabello o con adoptar un estilo algo más apagado. ¿Tal vez ropa más modesta?

Sus palabras sonaban como garfios desgarrándole la piel, dejando al aire libre su yo más suave y vulnerable. Su yo más débil. Feo. Incorrecto.

Buscó en su imaginación el olor a lavanda, pero todo lo que notó fue sudor, lejía y comida rancia. El hedor del miedo y la desesperación.

Un mes después, Scott organizó una reunión en su oficina con Ruth y Salcito. Ella llevaba un recatado traje rosa, tacones bajos, el pelo recién lavado y arreglado, y condujo hacia el centro de la ciudad con la cara pálida por la falta de sueño.

Aún no sabía si estaba haciendo lo correcto. Scott había hablado con ella, le había dicho que tenían que verla con Frank, que su matrimonio tenía que parecer sólido, pero no podía evitar sentir lástima por lo que estaba a punto de hacer. Le parecía todo tan frío...

Aunque llegó antes de tiempo, Johnny ya estaba allí, hablando con Scott en el vestíbulo. Estaba apoyado contra la pared, como para no perder el equilibrio, y arrastraba la voz al hablar. Parecía que no había dormido.

Scott les ofreció un café y, cuando ambos lo rechazaron, les hizo un gesto para que fueran hacia su despacho y los dejó solos un rato.

Ruth entró en la sala y se sentó en una de las sillas de respaldo alto que daban al escritorio. Cruzó las piernas y luego las manos, y tomó aliento. Pero fue inútil: en cuanto Scott cerró la puerta, Johnny ya estaba en el suelo a sus pies, abrazando sus piernas, llorando, diciéndole que la amaba, que la había echado mucho de menos. Ella luchó contra la irritación, la frustración y la piedad; lo levantó y lo sentó en una silla, le permitió que le cogiera la mano. Intentó adoptar un tono enérgico, pero serio.

—Lo siento, Johnny, pero no podré verte por un tiempo. El señor Scott dice que no sería adecuado antes del juicio.

—¿Y qué me dices de después del juicio?

—Bueno, ya veremos.

—Cuando seas libre, podemos hacer que las cosas vuelvan a ser como antes, ¿eh, nena? Tal vez podríamos hacer un viaje, ¿qué me dices?

—No lo sé, Johnny. No puedo pensar en eso ahora.

Seguían cogidos de la mano. Johnny la apretaba mientras hablaban y Ruth oía la desesperación en su voz y veía las lágrimas en sus ojos.

—Ruth. Ruthie. Por favor. Te quiero. Sabes que te quiero. Quiero casarme contigo, nena. Podríamos tener más hijos. Juntos. Yo podría darte más hijos. Te amo, cariño. Por favor.

Ella le sostuvo la mano con fuerza y lo miró mientras lloraba. Intentó disimular el disgusto que nacía en su interior: este era un hombre al que había admirado en el pasado. Trató de calmarlo, de decirle que todo iría bien, pero él siguió negando con la cabeza.

—No sin ti, nena. Nada está bien sin ti. Te necesito, nena... por favor. Dime que tú también. Dímelo, como antes. Me dijiste que me necesitabas para estar bien... que nadie te hacía sentir como yo. Podemos recuperar eso, nena...

Mientras hablaba volvió a arrodillarse en el suelo y empezó a acariciarle las piernas, los muslos. Ella lo empujó, se recompuso la falda y trató de pararle las manos, pero él volvió adonde estaba, deslizándolas hacia arriba.

—Esta no... No eres tú, Ruthie. Te conozco. Es Frank, o quizá ese abogado, Scott, quien te está obligando a hacer esto. Pero me quieres, me quieres tanto como yo a ti...

—Johnny, esto no nos ayuda a ninguno de los dos. Por favor, trata de entenderlo: el juicio está a la vuelta de la esquina y...

—A la mierda el juicio. Se trata de nosotros. Cuando el juicio acabe, ¿qué pasará?

Ruth levantó las manos, empezó a hablar, vio a Scott en la puerta y sintió un enorme alivio. Se alisó la falda nuevamente y se sentó más recta en su silla.

Scott se tomó su tiempo para cerrar la puerta y caminar hasta el otro lado de su escritorio, dándole a Johnny unos instantes para que se levantara y tomara asiento... cosa que hizo, con la cabeza entre las manos, sollozando. Ruth miró a Scott con impotencia.

—¿Señor Salcito? Tenemos que hablar sobre el juicio. Es importante. Voy a pedirle a Louise que nos traiga un café bien fuerte, ¿de acuerdo?

Scott se levantó, sacó un pañuelo blanco del bolsillo de su chaqueta y se lo tendió al policía. Por fin, Johnny extendió la mano y lo cogió. Sus sollozos disminuyeron. Se sonó la nariz.

Scott volvió a su asiento y descolgó el teléfono.

—Café para tres, Louise. ¿Y podría traer la tarta de limón que hizo mi esposa? Gracias, querida.

Esperó a que Johnny terminara de lloriquear y entonces dijo con firmeza:

—Señor Salcito, la fiscalía lo llamará para que preste testimonio. Necesito saber lo que va a decir. Debemos estar preparados.

Johnny desvió su mirada borrosa y dejó de observar a Ruth.

—¿Qué dirá cuando le pregunten sobre los eventos de esa noche? ¿De la noche que los niños desaparecieron?

Él suspiró.

—Pues lo que siempre he dicho.

—De acuerdo. Resumiendo: usted llamó a Ruth la noche que los niños desaparecieron y todo parecía normal, ¿verdad?

—Sí. Eso mismo.

Miró a Ruth y ella le dio la mano. Él la besó y la frotó contra su rostro. Sintió un escalofrío enfermizo en lo más profundo de su caja torácica. Ruth apretó su otra mano con tanta fuerza que se clavó las uñas en la palma. Le sonrió.

—Y desde esa noche, ¿Ruth nunca le ha dicho nada sobre los niños?

—Solo que los echaba de menos. Que la policía no estaba haciendo nada para encontrar al hombre que los mató.

—Eso es bueno. Eso está muy bien, señor Salcito.

Ruth estaba entre dos guardias en el pasillo. Trató de respirar profundamente, trató de mantenerse firme.

Ella era la misma de siempre. Nada de lo que pudieran hacerle en esa sala podría cambiarla.

Las pesadas puertas de madera se abrieron. Cogió aire. Se mordió el interior de la mejilla. Frente a ella, una escalera de peldaños desgastados. Olor a esmalte y al aroma seco y polvoriento del papel viejo. Entonces, una súbita impresión de espacio y luz cuando llegó arriba. Una habitación llena de voces que murmuraban y de miradas reprobadoras.

Y, de algún modo, se vio sentada ante una mesa entre Scott y su ayudante, la de las gafas con montura de pasta, cuyo nombre era incapaz de recordar. El murmullo era ahora más intenso, hasta el punto de que distinguía voces individuales y sentía también sentir el peso de las miradas de toda la gente sobre ella.

Se atrevió a echar la vista hacia atrás y vio que los bancos públicos estaban llenos. Filas de extraños. Sobre todo mujeres. Movían las bocas, pero sus ojos no se apartaban de Ruth.

Miró hacia un lado y la primera figura que vio fue la de Devlin. El policía, que parecía un actor, estaba releyendo los apuntes de su cuaderno. De vez en cuando levantaba la cabeza y su mirada firme e intensa barría la habitación. Mientras lo observaba, sus ojos se encontraron con los de él. Ruth casi le sonrió. Lo conocía tan bien... y aquí estaban, el uno frente al otro. Solo que ella no estaba donde deseaba. Bajó la vista al suelo y sus labios formaron una línea recta y dura.

En la segunda fila, algunos de sus conocidos. Ahí estaba el periodista que Gina le había llevado a casa en una ocasión (peinándose, apartándose el pelo de la frente, inclinándose hacia delante para no perderse ni un solo detalle...) y Johnny Salcito con su triste traje, las manos temblorosas y las venas rojas por el *whisky* en las mejillas.

Ahí estaba también Frank, frunciendo el ceño, mirando a su alrededor como si no estuviera muy seguro de cómo había llegado hasta allí, y asintiendo con tristeza cuando sus miradas se encontraron.

«Hace tres años —pensó ella—, hace solo tres años éramos como cualquier otra pareja casada con dos hijos. ¿Cómo hemos llegado hasta aquí?».

Las lágrimas amenazaron con inundarle los ojos, así que apartó la mirada rápidamente y buscó algo para distraerse. Y allí, al final de la fila, estaba Lou. Su corazón se aceleró al verlo ahí sentado, con un codo en el respaldo de su asiento, tan tranquilo y confiado como si se encontrara en su propio despacho. Pensó en lo que

podría costarle estar aquí con ella, mostrando su fe en ella, y sintió una enorme gratitud.

Hubo una serie de golpes y el público se puso en pie. Las telas de los vestidos crujieron. Scott colocó la mano bajo su brazo, la ayudó a levantarse y le informó de que debía prepararse para la entrada del juez. Todo lo que la rodeaba se desvaneció y Ruth se asió al borde de la mesa, concentrándose en la alta figura que se hallaba en el centro de la habitación. En su toga negra. En su pelo blanco y su cara sobria. Su voz era profunda y mesurada mientras iniciaba el proceso del juicio.

Ruth cerró los puños y se obligó a permanecer en silencio mientras la invadía el miedo. Aquello era real.

Un movimiento a su derecha le hizo darse la vuelta: uno de los hombres de la mesa contigua se había levantado para hablar. Traje caro. Pelo engominado. Diamante en el meñique.

Empezó a hablar, caminando hacia la tribuna del jurado. Se apoyó sobre ella con estudiada naturalidad y dejó que sus ojos se posaran en Ruth y la recorrieran de arriba abajo. Ruth sintió el impulso de abrazarse a sí misma. De ocultar su cuerpo para que él no pudiera verlo.

El abogado abrió su alegato con un breve resumen de la desaparición de los niños. La puerta cerrada, la habitación vacía. El cuerpo de Cindy en el descampado. La larga búsqueda de Frankie. Ruth se tragó las lágrimas y mantuvo la cabeza alta y la vista fija en él.

—Señores del jurado, la acusación demostrará que la demandada, Ruth Malone, una atractiva pelirroja, descubrió que su papel como madre era incompatible con el estilo de vida que había elegido y que, en última instancia, este hallazgo la llevó a asesinar a sus propios hijos y a inventar una serie de mentiras en un desesperado intento por encubrir su crimen.

A Ruth se le llenó la boca de saliva y levantó la cabeza. Se volvió hacia Scott, queriendo ver la ira reflejada en él, deseando que se pusiera en pie y detuviera aquello, pero él se limitó a apretarle la mano y la acalló.

Respiró hondo, se agarró a la mesa y siguió escuchando. El hombre del anillo procedió a realizar varias declaraciones sobre ella: dijo que era desafiante; que se había negado a pasar la prueba del detector de mentiras; que había tenido relaciones con varios hombres.

Ruth no lograba entender qué tenía que ver todo aquello con su culpabilidad o inocencia. Sentía la ira creciendo en su interior, amenazando con abatirla. Empezó a tomar notas en la libreta amarilla que tenía frente a ella, tratando de controlar la rabia, de contenerla en las palabras. Después de unos momentos, se dio por vencida y escribió: «¿¿¿SEXO???»». Lo subrayó con fuerza, apretando el lápiz contra la página, hundiéndolo en el papel, casi rasgándolo.

Entonces colgaron dos fotos de sus hijos en un tablero, a la vista de todos, y el estado de ánimo de la sala cambió por completo. La voz del hombre con el anillo se

ralentizó y se volvió aún más grave, y se dio media vuelta inclinando el cuerpo hacia las imágenes.

—Las vidas de estos pequeños ángeles concluyeron de forma cruel y prematura a manos de la única persona que debería haberse encargado de protegerlas y cuidarlas. Por esta razón, el asesinato de niños ha sido condenado a lo largo de los siglos como el crimen más atroz que existe: no solo rompe las leyes de la sociedad civilizada, sino también la ley natural de la propia humanidad.

»Es por ello por lo que nosotros, desde la fiscalía, les pediremos que hallen a la acusada culpable de los cargos que se le imputan.

El silencio que siguió a sus palabras resonó entre las paredes revestidas de madera de la sala y, luego, un murmullo de susurros se alzó para llenarlo.

Cuando Scott se levantó para hablar, Ruth bajó los ojos y pensó en Frankie y en Cindy. En su suavidad rosada y tierna. En el volumen de sus risas y sus gritos. En su necesidad de llamar la atención. En sus rodillas siempre sucias. En sus manos tirando de ella. En sus hoyuelos en los nudillos. En sus besos de sabor dulce.

Mantuvo la cabeza gacha y la vista fija en un nudo de madera que había en la mesa, hasta que oyó un nombre que la hizo reaccionar. Y allí estaba Devlin, en el estrado, mirándola. Ella le devolvió la mirada hasta que él la apartó.

El fiscal del distrito estaba nuevamente en pie. Cortés, deferente. Le hizo a Devlin una serie de preguntas sobre su experiencia, sobre casos notables en los que había trabajado antes. Y entonces:

—Por favor, sargento Devlin, ¿sería tan amable de decirnos lo que encontraron en el piso de la señora Malone la mañana del 14 de julio de 1965? Dígalo con sus propias palabras.

Devlin explicó los detalles de ese primer día. La impresión que le causó Ruth.

—Estaba tranquila. Muy calmada. No lloró en ningún momento. Llevaba mucho maquillaje. Mucho. Y un... un atuendo muy extremado. Y tenía el pelo perfectamente peinado.

—¿Sus hombres buscaron en la casa?

—Lo hicieron, sí.

—¿Y encontraron algo significativo?

—Bueno, encontraron una caja vacía de pasta en la basura y...

Scott se levantó.

—Protesto, señoría. La pasta no estaba en la lista de pruebas encontradas en el apartamento.

El juez pareció sorprendido y se volvió hacia el fiscal del distrito, que frunció el ceño. Hubo un instante de silencio, en el que nadie parecía saber qué decir.

—Acérquense al estrado, por favor, letrados.

Ruth observó a los hombres hablando, a Scott gesticulando hacia Devlin, todavía en el estrado de los testigos. Obviamente, algo había salido mal para la acusación. Quizá la declaración de Devlin quedara desacreditada. Quizá esto incluso significara

que los cargos iban a ser desestimados.

Pero entonces el juez se inclinó hacia delante y dijo algo, y ambos hombres asintieron con la cabeza. Scott, inexpresivo; el otro, algo reacio. Cuando regresaron a sus mesas, el juez se dirigió al jurado.

—Señores del jurado, les ruego que hagan caso omiso de la última pregunta de la fiscalía. La lista de pruebas recogidas en el apartamento es... parece estar incompleta.

Ruth sintió el calor de la incomodidad de Devlin y tuvo que forzarse a sí misma para no mirarlo.

—Continúe, señor Hirsch.

—Gracias, señoría. Volviendo a mi pregunta anterior, sargento, ¿hallaron algo más importante en el piso de la señora Malone la mañana del 14 de julio?

—Encontramos una gran cantidad de botellas de licor vacías en la basura.

Scott se puso en pie otra vez.

—¡Protesto! Esto no tiene ninguna relación con el caso.

—Denegada. Miembros del jurado, ignoren esa interrupción. El testigo responderá a la pregunta. Sin embargo, señor Hirsch, asegúrese de que su línea de interrogatorio tenga sentido.

—Por supuesto, señoría, muchas gracias. Sargento, aparte de las botellas vacías, ¿en qué estado se hallaba el piso? ¿Estaba limpio?

—Estaba desordenado. En algunas de las superficies había mucho polvo.

—Me gustaría llamar su atención sobre la página cuatro de su declaración, en la que menciona específicamente el polvo en el escritorio de la habitación de los niños.

—Sí, encontramos una película de polvo en el escritorio.

Ruth garabateó furiosamente en su libreta y la empujó para que la viera Scott: «¡¡Limpié el apartamento y el escritorio de los niños el día anterior!!».

Él le dio unas palmaditas en el brazo y mantuvo la mirada fija en Devlin.

—Señores del jurado, había una película de polvo sobre el escritorio. Vayan ahora al anexo 18, por favor, el plano de la habitación de los niños, y observen que el escritorio estaba apoyado contra la ventana. ¿Qué significa esto, sargento, en su opinión?

Ruth recordó el silencio y el hombre delgado y de aspecto cansado con el traje arrugado y la cámara. Recordó el rocío de polvo blanco en la cómoda y la expresión concentrada de Devlin.

Y recordó la voz de Devlin hablando aquel día. Grave. Dura. «Asegúrese de coger muestras de todo».

Y ahora seguía diciendo:

—El polvo eliminaba la opción de que los niños hubieran salido de la habitación por la ventana. Habría sido imposible para ellos hacerlo sin tocar el escritorio y dejar marcas en el polvo.

—¡Protesto! El testigo está especulando —insistió Scott.

El juez se quitó las gafas y se frotó el puente de la nariz.

—Denegada. El señor Hirsch ha preguntado al testigo cuál es su opinión y este se la ha dado.

—Gracias, señoría. —Podía verse la sonrisa en la cara del fiscal al preguntar—: ¿Y a qué conclusión nos llevaría este hecho en su opinión, sargento?

—Que los niños tuvieron que salir de su habitación por la puerta. Es decir, que tuvo que ayudarlos alguien que estuviera en el interior del apartamento. No podrían haber salido solos, ya que la puerta estaba cerrada por fuera.

Ruth vio el polvo blanco bailando, los ojos de Devlin como brasas en humo. Vio el obturador de la cámara haciendo clic, una y otra vez.

Y de repente se vio luchando por llevar aire a sus pulmones. Como si una cuerda se hubiera deslizado alrededor de su cuello.

El segundo día parecía que había aún más fotografías cuando entró en la sala del tribunal. No podía dejar de mirarlos, incluso cuando el juez llegó y los hombres a su alrededor empezaron a hablar sobre sus hijos. Sobre ella.

Los verdaderos Frankie y Cindy ya no existían. Ya solo estaban esos querubines en blanco y negro, con sus brillantes sonrisas congeladas. Y ni siquiera ellos eran suyos: ahora les pertenecían al tribunal, a los periódicos, a cualquiera que tuviera una opinión. Ya no eran Frankie y Cindy; ahora eran «los fallecidos», aquellos a los que «sobrevino la muerte». Como si la muerte fuera una emoción que hubieran experimentado.

Cerró los ojos un momento, intentando contener las lágrimas, y luego los abrió y miró a Frank, que la estaba observando. Se dio cuenta de que algo pasó entre ellos en ese momento: un recuerdo compartido de sus pequeños.

Justo antes del almuerzo, el doctor Dunn fue llamado a declarar. Tenía el pelo canoso, gafas de media luna y ojos amables. Hirsch habló de sus credenciales y su experiencia, y luego le preguntó por la autopsia que había llevado a cabo sobre Cindy. El doctor miró a Ruth y ella trató de tragar saliva.

—Por la temperatura tomada en la escena, es posible determinar que la mataron entre seis y doce horas antes de que la encontraran.

Ruth sintió un repentino e insoportable pinchazo de dolor en las sienas. Hacía demasiado calor en la sala.

—La niña iba vestida con una camiseta de algodón, unas braguitas amarillas...

Oyó un sonido grave, respiración entrecortada.

—La causa de la muerte fue el estrangulamiento...

Ruth vio un trozo de cuerda. Una tira de tela. Un par de manos, apretando.

Vio a Cindy con el rostro morado, aterrorizada, luchando por respirar.

—Doctor Dunn, por favor, dígame al tribunal cuáles fueron sus hallazgos respecto a la última comida de la pequeña.

—Encontramos pasta, frutas y verduras en su estómago. Verduras de hoja verde.

Y naranjas.

Hirsch lanzó a Scott una mirada triunfante y juguetona, y luego se volvió de nuevo al jurado.

—Como verán, caballeros, esto contradice el testimonio de la señora Malone, según el cual sus hijos cenaron ternera la noche que murieron.

—Doctor Dunn, ¿cuánto tiempo calcula que pasó desde que la pequeña comió hasta que fue asesinada?

—Según nuestros hallazgos, el asesinato debió de cometerse en un período máximo de dos horas después de la ingesta.

Hirsch volvió a mirar al jurado.

—Dos horas, señores. Como máximo.

Dejó que aquellas palabras tuvieran su efecto por un momento, luego se dio la vuelta y se dirigió al tribunal.

—Y sin embargo, la acusada declaró que Frank Jr. y Cindy comieron ternera y alubias entre las siete y las siete y media, y que los fue a ver hacia la medianoche. Según la señora Malone, pues, los niños estaban vivos casi cinco horas después de que acabaran de cenar.

Hubo otra pausa y Ruth pensó que todo el mundo estaba conteniendo la respiración, a la espera de la siguiente frase.

—Si la señora Malone mintió acerca de la hora en que dio de comer a los niños o sobre la última vez que los vio... (según prueba el doctor Dunn), debemos preguntarnos: ¿qué otras mentiras habrá contado?

Ruth sintió la cuerda alrededor del cuello. Muy prieta.

Después del doctor Dunn, Devlin fue llamado otra vez al estrado. Hirsch sostuvo varias páginas grapadas y se volvió hacia el juez.

—Que conste en acta que estoy entregando al sargento Devlin una copia de la prueba 34b. Sargento, por favor, identifique esto ante el tribunal.

Devlin revisó los papeles y se inclinó hacia el micrófono.

—Es un informe de turno escrito por el oficial George Bresnick, fechado el 15 de julio de 1965.

—¿Podría decirnos por qué pidió al oficial Bresnick que escribiera este informe?

—Ese día él estaba de servicio con su compañero, el agente Johnson. Se les ordenó que siguieran al señor y la señora Malone, y que informaran sobre sus observaciones.

—Gracias. Por favor, lea en voz alta los pasajes marcados en las páginas tres y cuatro del informe.

—«A las 13.51, el señor y la señora Malone salen de su piso. Ella lleva un vestido blanco, zapatos planos, gafas de sol y bolso. Tres periodistas intentan llamar su atención (*Daily News*, *Tribune*, el tercero sin identificar). Ni el señor ni la señora

Malone les prestan la menor atención. Ambos entran en un coche que estaba aparcado justo delante de su piso. Lo identificamos como el vehículo de él. El señor Malone conduce. Se dirigen hacia el este, a lo largo de la 72; luego hacia el norte por la calle 150, y por fin hacia el oeste por la carretera 72 y giran hacia la calle principal.

»A las 14.09 detienen el vehículo en la calle principal. La señora Malone sale del coche y entra en una tienda. El señor Malone permanece en el interior del vehículo y se enciende un cigarrillo».

Scott le interrumpió:

—Protesto. Estos detalles son irrelevantes.

Hirsch reaccionó rápido, sin enfrentarse a él:

—Estoy llegando al quid de la cuestión, señoría.

El juez hizo un gesto a Devlin para que continuara.

—«Los oficiales toman la decisión de no seguir a la señora Malone. Es suficiente con tenerlo controlado a él, porque obviamente la está esperando, de modo que ella va a regresar.

»A las 14.41 la señora Malone sale de la tienda con un vestido negro y una bolsa en la que pone DEBONAIR DOLL en letras plateadas».

Devlin hizo una pausa y levantó los ojos.

—Aquí hay una nota, ¿tengo que leerla?

—Por favor, sargento.

—«Consulta del oficial Bresnick: Debonair Doll es una tienda de ropa que se encuentra en el 61 de la calle principal de Queens, en Nueva York, 11367. Propietaria, señorita Dorothea Lister».

Devlin volvió a levantar la vista y Hirsch le hizo un gesto con la cabeza para que continuara.

—«El agente Johnson salió del coche de policía y se dirigió hacia el automóvil del señor Malone. Su declaración está adjunta».

Hirsch lo interrumpió.

—La declaración del oficial Johnson es la prueba 34c. Por favor, léasela al tribunal.

Hubo un ligero crujido de papeles mientras los miembros del jurado se apresuraban a encontrar la siguiente parte de la historia en sus copias.

—«La señora Malone se acercó al coche de su marido aproximadamente a las 14.42 del 15 de julio. Cuando ella se acercó, él se asomó por la ventana y le dijo: “Vamos cariño, tenemos que darnos prisa”. Yo estaba lo suficientemente cerca para escuchar su respuesta, que ella emitió en voz baja: “Lo sé, Frank. ¿Crees que no lo sé? Si llegamos tarde, llegamos tarde. Era importante. Tenía que tener buen aspecto, tenía...”. En este punto, la sospechosa dejó de hablar e inclinó la cabeza. No vi su cara con claridad debido a las gafas oscuras que llevaba puestas.

»El señor Malone abrió la puerta del coche, pero ella entró sin mirarlo siquiera y se sentó en el asiento del copiloto. Él puso en marcha el motor y el coche salió del

aparcamiento y se dirigió hacia el norte. Llegó a la iglesia de San Miguel aproximadamente a las 14.54, momento en el que acabó el turno de los agentes Bresnick y Johnson y empezó el de los agentes Schwartz y Goldstein en la funeraria».

—Gracias, sargento Devlin. Para confirmarlo, este informe detalla las actividades observadas de la señora Malone el día 15 de julio, es decir, el día después de la desaparición de los niños y de que el cuerpo de su hija fuera hallado estrangulado.

—Sí, señor. Es correcto.

—No hay más preguntas, su señoría.

Pero nada de eso explicó cómo fue.

Ella estaba de pie en el pasillo, mirando su vestido blanco en el espejo.

Alisándose la falda una y otra vez, centrándose en su limpieza, en su intacta uniformidad. Apartando el recuerdo del día anterior: la suciedad en la cara de su hija. La peste. El terror.

Frank la observaba desde la puerta de la sala de estar.

—Vamos, cielo. Estás estupenda. Tendríamos que ir a la iglesia. Nos ayudará.

Un vistazo más a su cara asustada en el espejo mientras se daba la vuelta. Entonces anduvo deliberadamente por el pasillo, se alejó de la puerta de entrada, dejó atrás a Frank, pasó junto a la puerta de la habitación de los niños y llegó hasta su dormitorio. Le sudaban las manos y le palpitaba el corazón mientras rebuscaba en el armario, empujando un vestido tras otro, hasta que se dio cuenta de que no tenía nada negro que ponerse. De que no tenía la ropa adecuada. De que se vería tan mal por fuera como se sentía por dentro.

Odiaba el negro, siempre lo había detestado. La hacía parecer cansada, descolorida... pero tenía que estar bien, por Cindy. Debía mostrar su dolor de la manera correcta.

Pete se había cogido un permiso sin sueldo en la librería para estar en el juicio. Se sentó en la primera fila de los bancos públicos y observó a Ruth mirar al jurado. Estaba muy pálida, con ojeras. Llevaba un vestido amarillo y una chaqueta, pero el vestido era de corte recto y algo menos ajustado de lo normal. La sensualidad todavía estaba allí: contenida, apagada, pero presente.

El jurado eran solo hombres; todos de mediana edad, probablemente obreros. Ruth los miró y ellos le devolvieron la mirada. Una fila de caras serias. Ella escribió algo en su bloc de notas y lo arrastró hacia Scott.

Pete se preguntó si ella estaría haciéndole la misma pregunta que él se había formulado.

«¿Por qué no hay mujeres en el jurado?».

Scott le había dicho que todas las mujeres que podrían haberse sentado en este

jurado habían sido excusadas. Los motivos eran varios: tal vez estaban demasiado ocupadas; tal vez, simplemente, no querían involucrarse; tal vez tenían hijos y hogares de los que ocuparse, mientras que sus maridos estaban ahí sentados, juzgando a Ruth.

Scott garabateó algo, con la mirada clavada en Hirsch, que estaba dirigiéndose ahora al jurado. Sonaba fiero, agresivo, como un bulldog ladrando.

—No hay lugar para la simpatía en un caso como este.

Ruth se inclinó hacia Scott y le susurró algo al oído. El abogado se movió para escuchar, sin dejar de mirar a Hirsch, y la pequeñez de ella a su lado la hacía parecer aún más frágil.

Pete esperaba que Ruth no sospechara nunca la verdadera razón por la que no había mujeres en el jurado y también esperaba que Scott no llegara a decírsela. Todas las mujeres del jurado habían sido liberadas de su responsabilidad tras haberse declarado incapaces de ser objetivas. Todas creían que Ruth era culpable.

Pete no quería que ella supiera cómo había transcurrido aquella mañana en los atestados pasillos del juzgado. Las cabezas mirando hacia todos lados, los ojos llenos de curiosidad, los dedos acusadores. No quería que supiera lo que decían las voces, ásperas, airadas, con sed de justicia, pero sobre todo de una condena.

—Me han dicho que se maquilló antes incluso de llamar a la policía.

—Jamás ha derramado ni una lágrima por esos pobres niños. Ni una sola, y eso es cierto, ¿eh? No solo lo digo yo.

—El marido de mi hermana tiene una prima que los conocía, y dice que eran los niños más bonitos que había visto en su vida.

Había mujeres entre el público obsesionadas con el caso o con la propia Ruth. Mujeres que habían tomado tres autobuses para estar allí; que habían dormido en el pasillo para asegurarse un asiento en la sala. Mujeres dispuestas a saltarse alguna comida, a sentarse durante horas en un banco duro y a escuchar argumentos legales. Dispuestas a dejar a sus propios hijos con vecinos y amigos, solo para poder ver a Ruth en persona.

Como Scott dijo a Pete antes de aquel día, Ruth ya había sido juzgada y declarada culpable en los salones de belleza, los patios traseros y las cocinas de Queens. Todo dependía de si el jurado coincidía con esa opinión.

Los siguientes días se convirtieron en un interrogatorio y contrainterrogatorio de los expertos médicos. Al final de la segunda tarde, a Pete le dolía la cabeza por tratar de dar sentido a ese montón de palabras científicas que nunca antes había escuchado. En el momento en que el juez suspendió el juicio hasta el día siguiente, Pete salió y respiró hondo el dulce aire fresco del atardecer. En lugar de ir directamente a casa, miró hacia el otro lado del aparcamiento, tratando de encontrar algún lugar en el que tomar un refresco o un sándwich por ahí.

Y entonces los vio: cuatro hombres que caminaban muy juntos hacia un coche más bien discreto. Hirsch, su ayudante, un tipo bajito que había visto rondando por el juzgado y, entre ellos, tropezando como si estuviera demasiado borracho o demasiado cansado para sostenerse en pie, Johnny Salcito.

Los observó por un momento mientras Salcito subía con paso vacilante a la parte trasera del auto, junto con el ayudante de Hirsch. El fiscal les cerró la puerta cuando entraron y caminó hacia la parte trasera del coche para hablar con el tipo bajo. Ambos se dieron la mano, y el desconocido se sentó en el asiento del conductor y se alejó de allí. Entonces Hirsch encendió un cigarrillo y caminó hacia el juzgado.

Pete siguió el coche con la mirada, apretó los labios y luego se encogió de hombros y se marchó. Tuvieron que pasar veinticuatro horas más antes de que entendiera la importancia de que Salcito se marchara en el coche de la acusación.

El estrado de los testigos estaba a cincuenta pasos de donde Johnny estaba sentado, en el pasillo central de la sala del tribunal, más allá de la mesa de la defensa, y algo detrás y a la izquierda del juez.

Él se quedó mirando al frente, con la vista perdida. Y Ruth mantuvo la sonrisa en su rostro, persistentemente, y estuvo mirándolo todo el rato con la esperanza de que se diera la vuelta y le guiñara un ojo.

Scott le había dicho que la declaración de Johnny podría salvarla, así que necesitaba que lo hiciera bien. Necesitaba que él la mirara y le asegurara que todo iba a salir bien.

Llegó al estrado e hizo el juramento. Respondió a las preguntas de Scott tal como habían quedado que lo haría. Había hablado con Ruth la noche del 13 de julio. Su voz sonó con toda normalidad. Todo fue como siempre.

Ella había esperado sentir alivio cuando le oyera decir eso, pero había algo en su voz... Sonaba demasiado silenciosa, demasiado moderada. Parecía un condenado. Cuando Hirsch se levantó para proceder a su turno de preguntas, Ruth vio una sonrisa en su rostro y asió el brazo de Scott.

—Algo va mal. ¿Qué está pasando? —susurró.

Scott no respondió, solo negó con la cabeza. Ella vio que tenía un tic en el párpado.

«Todo irá bien. Johnny me ama. Me necesita».

Hirsch sonrió a Johnny como si fueran viejos amigos y comenzó a hacerle preguntas sobre su relación con ella.

—¿Cuántas noches diría que pasó usted con la acusada? En total, quiero decir.

—Bueno, es difícil de decir.

—¿Cincuenta? ¿Un centenar?

—Más de cincuenta.

—¿Y dónde se encontraban?

—No estoy seguro de qué...

—¿La llevaba a cenar? ¿Iban a ver espectáculos juntos?

—Sí.

—¿Y dormían en moteles?

—Sí.

—Señor Salcito, ¿la acusada visitó alguna vez su casa?

—Ella... sí.

—¿Y dónde estaba su esposa en esas ocasiones, señor Salcito? ¿Cuando la señora Malone iba a su casa?

Johnny pidió un vaso de agua, y un alguacil le trajo uno. Él extendió la mano para cogerlo, dio un sorbo, se limpió la boca y luego se secó la frente.

—Mi esposa estaba... estaba fuera.

—Y la acusada ¿todavía vivía con su esposo en ese momento?

—Sí. Al principio, sí.

Murmullo de voces a sus espaldas. Calor en la cara. Dolor en las palmas de las manos, allí donde las uñas se le clavaban en la piel.

De pronto se dio cuenta de que Frank estaba al otro lado de la sala. Él no tenía por qué escuchar esto.

Hirsch condujo a Johnny a través de los acontecimientos de las semanas previas a la desaparición de los niños.

—Una noche, tal vez dos meses antes, fuimos a un asador en la calle principal. Ella estaba enfadada esa noche. Muy enfadada.

—¿La acusada estaba enfadada?

—Sí. Muchísimo. Frank quería la custodia de los niños. Ella no paraba de decir que no le dejaría tenerlos. Decía que no iba a permitir que nadie se llevara a sus hijos.

Johnny tomó otro trago de agua.

—¿Qué más dijo la acusada, señor Salcito?

—Mmm... dijo...

—¿Puede hablar más alto, por favor? Para que el jurado lo oiga.

—Lo siento. Ella, Ruth, ella dijo que no quería que Frank tuviera a los niños. Entonces dijo que preferiría ver a los niños muertos que dejárselos a Frank.

Ruth se enderezó con los ojos muy abiertos. Negó con la cabeza bruscamente.

—No. No quise decir... No —murmuró.

Scott le dio una palmadita en el brazo y le dijo:

—Está bien. Está bien. Podemos lidiar con esto.

Pero Hirsch no había terminado.

—Pasemos a la noche en que los niños desaparecieron. Usted habló con la acusada esa noche, ¿es correcto?

—Sí, señor.

—Antes ha dicho que habló con ella alrededor de medianoche y que le pidió que se reuniera con usted en el bar en el que estaba.

—Correcto.

—¿Fue esa la única vez que llamó a la acusada esa noche?

—No. Volví a llamarla un par de horas después.

—¿A qué hora habría sido eso?

—Mmm... hacia las dos de la mañana.

—¿Y qué le dijo entonces?

—Bueno, nada. No hablé con ella. La llamé, pero no me cogió el teléfono.

—La llamó a las dos de la mañana y... —Aquí Hirsch se dirigió al jurado mirándolo fijamente—. Y ella no respondió.

Ruth garabateó algo con furia: «Saqué a pasear a la perra y me dormí. ¡Está en mi declaración!». Scott asintió y le dio una palmada en el brazo otra vez.

Hirsch continuó:

—Pasemos ahora a la noche del 5 de abril de 1966. ¿Dónde estaba esa noche, señor Salcito?

Johnny inclinó la cabeza.

—Estaba en el Kings Motel. En la autopista Van Wyck.

Ruth sintió un dolor en el pecho. Eso había sido privado. Había significado algo en su momento. Había sido algo íntimo, de los dos, no debía oírlo toda la sala.

—Hable más alto, por favor. ¿Estaba allí solo?

—No, señor.

—¿Quiere decir a este jurado con quién estaba?

Levantó la cabeza y Ruth tuvo un instante de esperanza. Si él la mirara... —¡Si solo la mirara!—, pero Johnny miró a Hirsch.

—Estaba con la acusada, la señora Malone.

—¿Y quiere decir a este tribunal, con sus propias palabras, qué pasó aquel día?

Johnny cogió aire y bajó la mirada de nuevo.

—Cenamos. Habíamos estado bebiendo. Y luego ella, Ruth, comenzó a llorar. Lloró durante mucho rato. Entonces dijo que no había ninguna razón para que los niños estuvieran muertos. Que no había ninguna razón para que los mataran.

»Le pregunté qué quería decir y ella siguió llorando. Entonces dijo: “Deben entender. Deben saber que es lo mejor”.

Eran las mismas palabras que ella había usado cuando él había estado llorando y humillándose en la oficina de Scott. Cuando ella le dijo que no podrían verse durante un tiempo.

¿Por qué decía estas cosas, usando sus propias palabras en su contra? ¿Estaba castigándola por alejarlo?

—Un poco más fuerte, señor Salcito.

—Sí, señor. La acusada dijo: «Deben entender. Deben saber que es lo mejor».

—¿Y usted entendió que ella se refería a los niños?

—Sí, señor.

—¿Qué respondió usted a eso?

—Eh... Bueno, le dije: «Frankie y Cindy están muertos. Todo lo que podemos hacer por ellos ahora es ayudar a los policías a encontrar a quienes lo hicieron».

—¿Y qué dijo ella?

—No dejaba de repetir: «Deben entender. Deben saber que es lo mejor». Y así sucesivamente, varias veces.

Su voz creció en fuerza, como si el significado de lo que estaba diciendo le diera coraje. Ella se sentó erguida, los hombros tensos y doloridos, la boca seca.

—Y luego... y luego ella me dijo: «Johnny, perdóname. Yo los maté».

La sala estalló en exclamaciones de sorpresa, y el juez golpeó su mazo una y otra vez.

Y después, por fin, Johnny la miró, solo un momento. Su mandíbula estaba fija y sus ojos... muertos.

Ruth se había puesto en pie. Tenía los puños apretados y los ojos fijos en el hombre que estaba en el estrado, y le gritó como si fueran las únicas dos personas en la sala:

—¡Johnny! ¿Cómo puedes decir eso? ¡No es verdad! ¡Sabes que no es verdad! ¡Tú entre todas las personas, Johnny! ¡Dijiste que me amabas! ¿Cómo has podido?

El juez solicitó un descanso y Pete se dirigió al pasillo con paso vacilante. Caminó con lentitud. Se toqueteó las cutículas. Se preguntó qué diablos podría hacer por ella.

Tenía la boca seca y había cola para la fuente de agua, de modo que decidió buscar otra en el piso de abajo. Mientras bebía, dos hombres que caminaban con la cabeza gacha y hablaban entre susurros llamaron su atención. Uno de ellos tenía el mismo andar lento y pesado que Devlin.

Pete cerró el grifo del agua y se llevó un pañuelo a la cara. Permaneció encorvado como si estuviera limpiándose la boca y oyó:

—... a punto de acabar. Y mañana lo estará ella.

Y el tono nervioso de Quinn.

—¿Mañana, señor?

—Mañana Lena Gobek prestará testimonio.

Esperó hasta que doblaron la esquina y luego se incorporó e intentó pensar dónde había escuchado ese nombre antes. Le llevó diez minutos y una vuelta a la manzana, pero al fin lo recordó. Escribió una nota para Scott en la que le pedía que le llamara esa noche, se la dio a un alguacil para que se la hiciera llegar y luego se subió a su coche y se marchó.

Ya en casa, sacó sus viejos archivos y buscó entre ellos hasta que la encontró. Leyó nuevamente sus notas y luego puso la grabación de la entrevista que le había hecho en su día. Lena Gobek no era más que una vecina. No era nadie.

Entonces empezó a recordar y dejó que la cinta avanzara hasta el final.

Recordó un apartamento pequeño con las cortinas cerradas por el sol. Manteles de encaje, un armario lleno de porcelana, una muñeca vestida a la antigua en una silla que estaba en la esquina del salón.

Recordaba a una mujer culta y educada con un fuerte acento polaco. Pelo teñido de rojo, un vestido sin forma, con los pies hinchados en las zapatillas. Le ofreció un té y le añadió dos porciones de un pastel de semillas seco que se le había pegado al paladar.

Le había hablado mucho sobre su marido. Sobre cómo se conocieron, justo después de la guerra, cuando entró en el restaurante de su padre.

—Pelo oscuro y ondulado, ojos serios. Era como Gregory Peck.

Le había descrito cómo la había cortejado y lo romántico que era. Había sonreído al recordarlo. Se había llevado una mano a la garganta y había jugueteado con su collar de perlas.

—La boda fue maravillosa, señor Wonicke. Aquí está mi álbum, ¿lo ve? Mi vestido. El pastel. Esas son mi madre y mi hermana. Y la comida en el restaurante de

mi padre después de la iglesia fue estupenda. Tal vez no fue exactamente como habría sido antes de la guerra, pero es que ya nada era lo mismo. Todos hacían lo que podían con lo que tenían: eso es lo que decían en la radio. Paul y yo no éramos muy diferentes de Joan Fontaine y William Dozier, en realidad. Y tuvimos champán. ¡Oh, eso fue increíble! Papá lo consiguió. Yo nunca había bebido champán, solo lo había visto en las películas. Me sentí como Myrna Loy.

»Y después nos mudamos aquí, a este piso, en septiembre. Septiembre de 1946. Paul tenía su trabajo y yo me dediqué al hogar. Quisimos tener niños, pero Dios decidió no bendecirnos con ellos, y tuvimos que aceptar su decisión. No fue una época fácil. Ni mucho menos.

»Hicimos lo que pudimos con lo que teníamos. No nos quedaba otra opción. Salí y conseguí un trabajo. Un puesto de vendedora en Saks. ¿Conoce Saks, en la Quinta Avenida? Un trabajo maravilloso. Gente elegante, gente rica. Clientas que compraban ropa preciosa, joyas, maletas tan suaves como la propia piel. Mujeres con perros pequeños, perritos de pelo rizado que llevaban collares con joyas incrustadas; mujeres con bolsos preciosos y zapatos caros. Gastaban cientos de dólares y los cargaban en las cuentas de sus maridos con la misma facilidad con la que yo compraba la leche en la tienda de la esquina. Nadie me creía cuando se lo contaba. Paul se reía y bromeaba diciendo que él también cargaba en una cuenta lo que se gastaba en la bodega, pero nadie me creía cuando les decía la cantidad de dinero que gastaban esas mujeres.

»Me ponía de pie detrás del mostrador y ellas me enseñaban las cosas que deseaban comprar: lápices de labios, pulseras, billeteras... Los artículos más voluminosos se les entregaban a domicilio y, para los pequeños, enviaban un coche a buscarlos. Yo envolvía sus cosméticos y sus joyas en un bonito papel, ellas alargaban el brazo para quitármelos de las manos, y yo pensaba (recuerdo haber pensado) que hasta sus brazos eran bonitos. Relojes de pulsera de oro y blusas de seda. La lana... espesa. Como la seda. Eran de... ah, sí, cachemira. Abrigos de cachemira. Tan suaves. Todo tan suave. Todas llevaban las uñas largas y cuidadas, y anillos de diamantes, esmeraldas y rubíes. Preciosos. Sus manos estaban... Oh, la piel era como de satén. Usaban a diario crema de manos y, cuando recogía el bolígrafo que habían usado para firmar los recibos, la olía. Rosas o violetas. Lirios. ¿Puede imaginar una vida que huelga a rosas y a lirios, señor Wonicke?

»Y fue gracioso, porque todo el tiempo que estuve trabajando allí y ayudando a esas mujeres a comprar cosas sabía que aquel mostrador no era mi sitio. Vine a este país cuando tenía catorce años y sé muy bien cómo es la vida aquí. Esta es la tierra de la libertad. De las oportunidades. Trabaja duro y llegarás lejos. Yo trabajé duro y sé que podría haber llegado a ser como esas mujeres, pero tuve mala suerte. Muy mala suerte. Dios se llevó consigo a nuestros bebés antes siquiera de que abrieran los ojos. Cinco niños en nueve años. Y perdí mi figura, por supuesto. Mis curvas. Si la hubiese mantenido, podría haber llegado a ser como esas mujeres. La gente siempre me dice

que podría haber sido bonita.

»Luego tuve que renunciar a mi trabajo. Todos esos embarazos me hicieron caer enferma. Me entraban terribles dolores de cabeza. Era algo espantoso. Así que me fui en 1960 y ahora paso las tardes con mi familia (mi sobrina tuvo gemelos el año pasado, dos niños, y ahora hay otro bebé en camino) y en el cine. Me encantan las películas antiguas: Clark Gable y Lana Turner, o... La semana pasada vi a Gene Tierney y George Sanders. Preciosa. Mágica. Y tan triste.

»Como vivo en Nueva York a veces veo a estrellas de cine. Cuando llegamos aquí no era así: todos los de las películas vivían en California. En Los Ángeles. Pero ahora empiezan a mudarse aquí, a Nueva York. El mes pasado vi a un hombre en el metro; me pareció familiar, me acerqué y... ¡era Gary Cooper! Gary Cooper, subiendo en la parada de Canal Street un martes por la mañana. Pero ¡mi hermana no me creyó cuando se lo dije!

»Ay, Nueva York... Aquí siempre suceden cosas. De vez en cuando escribo a mi prima Sonja, que vive en Frombork (una ciudad pequeña, muy pequeña), y le cuento todas mis novedades. Estuve en la panadería el mes pasado y llegó un hombre que pidió todo el dinero de la caja. ¿Se lo imagina? Me asusté tanto que tuve que sentarme con mi amiga, la señora Roberts, que vive cerca, antes de volver a casa. Los buenos vecinos son muy importantes, ¿verdad?

»Sí, conozco a la señora Malone. Por supuesto. Conozco a todos mis vecinos. Pero a ella la conozco bien. Nos conocimos en una cola para pagar. La recuerdo por su melena. Tiene un precioso pelo rojizo con un brillo dorado. Tiempo después le comenté lo del pelo a una amiga y ella me dijo que se llama rubio fresa. ¿Lo había oído alguna vez? Todo el mundo sabe que las fresas no tienen un tono amarillento. Creo que Edith me estaba tomando el pelo.

»En fin, que tenía el pelo rojo con un toque dorado. Y era muy pequeña. Y flaca. ¡Apenas tenía curvas a las que asirse! Los hombres siempre prefieren a una mujer con unas buenas curvas, ¿no es así?

»Recuerdo el primer día que la vi: llevaba una blusa, pantalones y zapatos blancos de tacón. Los pantalones eran ajustados. Ella tarareaba y movía el pie al ritmo de una melodía.

»A la semana siguiente la vi en la calle y, por supuesto, la saludé con la cabeza cuando la reconocí, pero ella siguió caminando. Al principio me quedé un poco sorprendida, la gente puede ser muy grosera, pero luego la vi entrar en el salón de belleza de Dolly y me di cuenta de que debía de estar pensando en su cita y que no me habría visto.

»Recuerdo que yo también necesitaba que me cortaran el pelo, así que entré en la peluquería y allí la vi, con una mano sobre la mesa, haciéndose la manicura. Estaba riéndose y hablando con una mujer gorda que tenía sentada en la silla contigua.

»No hubo ningún problema en pedirle a Dolly, la dueña, que me tiñera el pelo del mismo color que Ruth. Creo que usó el tinte equivocado, porque el color no es

exactamente igual, pero aun así es bonito, ¿verdad? Alegre.

»Después de aquello fui viendo a la señora Malone a menudo. Nos cruzábamos por la calle y yo sonreía y la saludaba con la cabeza, pero ella nunca me hablaba. A veces íbamos al mismo supermercado.

»No me gusta decirlo, pero empecé a fijarme en otras cosas. Cosas no del todo buenas. Sus blusas, por ejemplo, siempre se abren un pelín demasiado. Lleva los pantalones demasiado apretados. Y demasiado maquillaje. Además, no lleva anillo, así que no debe de estar casada.

»Una mañana vi a los niños, a sus niños, jugando en el césped que quedaba frente a mi edificio. Pregunté al niño dónde estaba su madre y él me dijo que en la cama. ¡En la cama! ¡A las nueve de la mañana! Eso no está bien. ¡No está bien! Cogí a los niños de la mano y me los llevé a mi piso. Les di un vaso de leche y luego los llevé a casa de la señora Malone, quien no me dio ni las gracias. No dijo nada.

»Yo fui siempre muy educada: le sonreía, le decía buenos días. Pero esta señora nunca me contestaba nada. Nada. A decir verdad, señor Wonicke, me sentía siempre como si me diera una bofetada en la cara.

Scott llamó y Pete le contó lo que había escuchado decir a Devlin: que la declaración de Lena Gobek acabaría con Ruth. Y luego le contó lo que él recordaba sobre la señora Gobek.

Hubo una pausa y Pete le preguntó:

—¿Será esto un problema? ¿Será la señora Gobek un problema?

Scott suspiró y, cuando volvió a hablar, su voz sonó cansada. Un poco superado.

—Tal vez. Pero esperemos y veamos qué dice ella mañana. Y cómo lo expresa. ¿Qué pensó usted de ella cuando le preguntó?

—Pensé que ella era... Que no era más que una vecina. Una anciana. Una vieja solitaria a la que le gustaba hablar. Que le gustaba contar historias.

Scott gruñó.

—Una vieja solitaria a la que le gusta hablar. Esperemos que eso sea todo.

Pete vio avanzar a la señora Gobek desde su asiento hasta el estrado de los testigos. El trayecto pareció durar una eternidad. Finalmente subió los escalones y pronunció el juramento; luego se acomodó en la pequeña silla, con sus curvas sobrepasando las esquinas del marco de madera.

Sostuvo el bolso en su regazo, protegiéndose de los hombres que la estaban mirando. Tenía las manos enroscadas alrededor del asa, tensas, como si estuviera lista para pelear.

Pete miró a Ruth y no vio ningún interés en su mirada. Tal vez un poco de curiosidad. Estaba más centrada en Lou Gallagher, para ser sinceros. De hecho, no

dejó de observarlo hasta que él levantó la vista y sus miradas se cruzaron, y entonces le dedicó una sonrisa nerviosa. Solo cuando él se la devolvió, ella pareció relajarse.

Pete pensó en su cara en el restaurante cuando Beckman le dijo que tenía que irse. Pensó en sus llantos de desespero cuando Salcito la traicionó en esa misma sala del tribunal. Lou Gallagher era todo lo que le quedaba.

Hirsch se ajustó la corbata, se levantó y carraspeó. Dejó que sus ojos recorrieran la sala antes de volverse hacia el jurado. Estaba disfrutando, eso era obvio. Pete se dio cuenta de que había estado esperando este momento.

De espaldas al estrado de los testigos, comenzó:

—¿Podría dar su nombre y dirección para el registro?

La señora Gobek frunció el ceño. Presionó las yemas de los dedos contra su bolso y miró alrededor.

—¿Yo?

Hirsch se volvió para mirarla, apenas escondiendo su impaciencia bajo una leve sonrisa. Asintió y la miró. Ella le devolvió la sonrisa.

—Me llamo Helena Elzbieta Gobek. Mi apellido de soltera era Wachowiak. Nací en Elblag, Polonia, el 9 de enero de 1917. Mi dirección es el número 44 de la calle 72, en Queens, Nueva York.

Habló a ritmo ligero, golpeándose inconscientemente la rodilla con la mano. Y mientras enumeraba los detalles de su vida, un rumor sonriente recorrió la sala del tribunal. Pete vio que ella levantaba la cabeza para sentirlo, notó que se deleitaba con su público y sonrió a los allí reunidos. Entonces se inclinó sobre su bolso, esperando la siguiente pregunta.

—¿Cuánto tiempo lleva viviendo allí, señora Gobek?

—Mi esposo y yo vivimos allí desde septiembre de 1946. Desde que nos casamos. Hará veintiún años este año.

—¿Sería justo decir, entonces, que conoce bien el vecindario?

Ella ladeó la cabeza y dijo seriamente:

—No sé si sería justo, señor Hirsch, pero sí que es cierto. Conozco bien el vecindario.

Otra oleada de risas, un poco más fuerte esta vez. La señora Gobek levantó los ojos hacia el público. Se sonrojó y sonrió.

—¿Y a la acusada? ¿Cuánto tiempo hace que conoce a la señora Malone?

Lena Gobek miró a Ruth por primera vez ese día y de pronto su expresión se endureció.

—Conozco a la señora Malone desde hace tres o cuatro años.

El susurro de Ruth fue lo suficientemente fuerte como para hacer que el juez frunciera el ceño.

—¡No conozco a esa mujer!

Scott la hizo callar. Posó la mano en su muñeca.

Hirsch se volvió hacia el jurado y habló despacio. Enfáticamente.

—Tres o cuatro años. Desde mucho antes de que los niños fueran asesinados. —
Se volvió para mirar a la señora Gobek—. ¿Cómo conoció a la señora Malone?

—Coincidimos en el salón de belleza en la esquina de Ascan y Queens Boulevard. La señora Malone va allí una vez a la semana a peinarse y hacerse la manicura. Yo empecé a ir también.

Pete observó a Ruth, que estaba mirando a Lena Gobek.

—¿El centro de estética Dolly de Queens Boulevard?

La señora Gobek asintió.

—Por favor, hable para que el jurado pueda oírla, señora Gobek.

Ella miró hacia la chica rubia y delgada que estaba junto al asiento de los testigos, moviendo los dedos a toda velocidad sobre las teclas de su máquina de estenotipia. Se inclinó hacia delante y dijo con cuidado:

—Sí, el centro de estética Dolly.

—¿Y cuándo fue eso? ¿Cuándo empezó a ir al Dolly?

—En 1963. A finales de octubre.

—¿Cómo puede estar tan segura de la fecha, señora Gobek?

—Voy todas las semanas. Y estuve allí por tercera o cuarta vez el día que mataron al presidente Kennedy. Todo el mundo recuerda dónde estaba aquel día. Todo el mundo hablaba sobre la pobre señora Kennedy. Sobre la sangre en su vestido. Sobre el hombre que disparó al presidente desde una ventana.

—¿Alguna vez vio a la señora Malone en algún otro lugar que no fuera el salón de belleza?

—Sí, nos encontrábamos en el colmado. Las dos hacíamos nuestras compras los martes y viernes por la tarde. A menudo la veía allí y la saludaba.

Ruth pareció sorprendida. Frunció el ceño y negó con la cabeza.

—¿En algún otro lugar?

—Claro. Por todo el barrio. La veía en la calle o a veces en el parque. La mayoría de las veces con sus hijos. Unos niños preciosos. Muy educados.

—¿Reconoce a los niños?

La señora Gobek miró las fotografías de los niños en la pared y el jurado siguió su mirada.

—Sí. Reconozco al pequeño Frankie y a su hermana. La señora Malone siempre la llamaba Cin.

Los ojos de Pete se clavaron en la cara pálida de Ruth.

Hirsch se volvió hacia el jurado.

—Entonces ¿conocía bien a la señora Malone, señora Gobek? ¿La conoce desde hace varios años?

—Sí. Por supuesto.

—Bueno. Gracias. Pasemos ahora a la noche del 13 de julio de 1965. Por favor, dígame al tribunal lo que recuerda sobre esa noche. En sus propias palabras.

Pete la vio acomodarse en la silla. Seguramente debía de haber leído mucho sobre

el caso en los periódicos y habría escuchado otros rumores en boca de su familia, vecinos y desconocidos... ¿Qué iba a decir ella de especial?

Su mirada pasó de Hirsch al jurado, al juez, y por fin de nuevo a Hirsch. Él asintió, y ella comenzó hablando de forma tímida al principio.

—Hacía calor esa noche. Mucho calor. No pude dormir, así que me levanté para... para ir al baño. Y para beber un poco de agua.

—¿Qué pasó entonces?

Hirsch la conducía suavemente, pero Pete reconoció la impaciencia en su voz. Quería que llegara al meollo del asunto. Su boca salivaba.

—Llevé el vaso a la sala de estar y me senté junto a la ventana. No tenía sueño. Pensé en leer hasta que me entraran ganas de volver a la cama, pero entonces recordé que me había dejado el libro en el dormitorio y no quería despertar a Paul, que estaba resfriado y cansado.

Eran esos detalles los que hacían la historia real. Pete miró las caras del jurado y vio que se habían transportado a ese oscuro apartamento con ella.

—¿Qué hizo entonces, señora Gobek?

—Estaba en la silla junto a la ventana. Estaba abierta y soplaba una suave brisa.

—¿Adónde da su ventana?

—A la calle principal.

—¿Y a qué hora fue esto?

—Miré el reloj cuando me levanté y eran casi las dos. Al principio estaba todo tranquilo, pero luego oí voces. Debían de ser las dos y cuarto o las dos y veinte.

—¿Cuántas voces oyó, señora Gobek?

—Al principio no hubiera sabido decirlo. Luego se acercaron. Eran dos. Un hombre y una mujer.

—¿Oyó lo que estaban diciendo?

—No. En aquel momento, no. Pero venían hacia mí. Pasaron por debajo de la farola. No oí lo que decían, pero sí el ruido de sus tacones.

Sus ojos se posaron en los de Ruth.

—Ella siempre usaba tacones.

Scott estaba de pie.

—¡Protesto!

El juez ya estaba negando con la cabeza antes de que Scott hubiera siquiera hablado.

—Se acepta. El jurado ignorará la última observación de la señora Gobek. Señora Gobek, por favor, limite sus respuestas a lo que de verdad sucedió esa noche.

Ella se ruborizó y bajó la cabeza.

—Sí, señoría.

Luego miró a Hirsch.

—Oí sus tacones esa noche. Y también voces.

—Entonces dice que oyó las voces de dos personas. ¿Entraron en su campo de

visión? ¿Llegó a saber quiénes eran?

Ella asintió con fuerza.

—Claro, sí. Los vi al otro lado de la calle. Debajo de la farola. Muy claramente.

—¿Podría describir lo que vio?

—Vi a una mujer que llevaba pantalones. Su cabello se veía muy brillante bajo la farola. Y llevaba a los niños.

—¿A ambos?

La señora Gobek miró a Ruth.

—Ella llevaba en brazos a la pequeña, que estaba... bueno, tal vez estuviera dormida. Y tenía al niño cogido de la mano. El hombre caminaba delante de ella.

Pete volvió a pensar en los informes del periódico que había leído. En los artículos que él mismo había escrito. Todos estos detalles eran conocidos, pues habían sido comentados en la prensa.

Hirsch miró al jurado.

—¿Está diciendo, señora Gobek, que, en la noche del 13 de julio, vio usted a una mujer caminando por la calle con un hombre y dos niños?

—Sí, sí, eso es lo que estoy diciendo.

—¿Qué pasó entonces?

—La mujer se detuvo y... —La señora Gobek levantó los brazos, como acunando a un bebé en el aire— movió a la niña y la puso en su hombro. Como si pesara. Soltó la mano del niño y este salió corriendo hacia el hombre. Entonces el hombre regresó y cogió a la niña de los brazos de la mujer. Caminaron hacia un coche que estaba aparcado en sentido contrario en la calle. Abrió la puerta del coche y metió bruscamente a la pequeña en el asiento trasero.

»Ella corrió hacia él y le dijo: “No le hagas eso”. Y él la miró y le respondió: “¿Ahora te arrepientes?”. Luego le dijo algo más que no oí. Y ella añadió: “No digas eso. No digas eso”. Así. Dos veces. Así.

La cara de Ruth estaba congelada. Sus ojos muy abiertos, desesperados. Pete echó un vistazo a Frank Malone, que estaba sentado encorvado, mirándose las manos.

—El niño se metió en el asiento trasero del coche. Yo intenté cerrar mi ventana, pero chirrió y ella le dijo algo al hombre. Ambos levantaron la vista, así que me escondí tras la cortina. Oí que el motor se ponía en marcha y, cuando volví a mirar, vi que el coche daba la vuelta y se alejaba.

—Señora Gobek, quiero que piense detenidamente antes de contestar a mi próxima pregunta.

Hizo una pausa y todo el tribunal esperó. El silencio fue absoluto.

Hirsch dijo entonces:

—Estoy seguro de que no necesita que le explique que el resultado de todo este juicio puede depender de su respuesta.

Pete se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración.

—¿Podría identificar a alguna de las personas que vio usted aquella noche, ya sea

el hombre o la mujer, en este tribunal?

En aquel momento no hubo pausa ni silencio tenso. Ella asintió antes de que Hirsch hubiera terminado la pregunta.

—Fue esa señora de allí. Ella. Ella. —Y su mano blanca y regordeta soltó el asa del bolso y señaló a Ruth.

La respuesta de Ruth fue un verdadero aullido.

—¡Mentirosa! ¡Mentirosa! ¡Has jurado decir la verdad, pero no tienes ni idea de cuál es la verdad!

Tenía la cara roja por la ira. Intentó levantarse, pero Scott la sostuvo del brazo y tiró de ella hacia su asiento.

Un murmullo recorrió la sala del tribunal y el juez golpeó el mazo dos, tres veces. Poco a poco, la sala se quedó en silencio y Hirsch volvió a preguntar:

—¿Vio usted a la señora Malone aquella noche?

—Sí. No tengo ninguna duda.

Ruth estaba de pie otra vez, chillando:

—¡No fui yo! ¡No fui yo!

Esta vez Pete oyó también el terror bajo su ira, elevándose por encima del silencio de Scott y de la oleada de voces, e incluso por encima del mazo del juez mientras este ponía orden en la sala.

—¡Nunca había visto a esta mujer! ¡No la conozco! Y ella tampoco me conoce. ¡¡¡No me conoce!!!

Scott obligó a Ruth a sentarse y el juez tomó la palabra.

—Un grito más como ese, señora Malone, y haré que la expulsen de la sala. Abogado, controle a su cliente.

Scott se volvió hacia ella y la rodeó con el brazo. Pete vio que el abogado estaba en *shock*.

Hirsch sonrió al juez y dijo:

—Solo unas preguntas más, su señoría.

Esperó un momento más, observando a Ruth como si la estuviese estudiando. Los miembros del jurado siguieron su mirada.

Había una mancha brillante de color en cada mejilla. Hirsch quería que el jurado viera su enojo, Pete se dio cuenta de ello. Quería que la imaginaran furiosa y fuera de sí.

—Señora Gobek, los eventos que ha descrito tuvieron lugar la noche del 13 de julio de 1965, ¿es correcto?

Ella asintió con la cabeza, perpleja, y luego recordó y se inclinó hacia la taquígrafa otra vez.

—Es correcto.

—Creo que la policía la entrevistó el 6 de agosto, poco más de tres semanas después de que los niños desaparecieran. ¿Es también eso correcto?

—Sí, señor.

—Y, sin embargo, en esa primera entrevista no mencionó usted nada de esto. No dijo que se había despertado durante la noche, ni que se sentó en la ventana ni lo que vio en la calle.

Ella parecía sorprendida.

—¿Podría decir al tribunal por qué lo hizo? ¿Por qué no mencionó nada de esto hasta que escribió a la policía, cuatro meses después del crimen?

Pete miró a la señora Gobek. Su vestido sin forma, su cabello teñido. Y entonces se dio cuenta: ella era la última pieza del rompecabezas. Fue su declaración la que finalmente había dado a Devlin lo que necesitaba para arrestar a Ruth.

Ruth fruncía el ceño, inclinándose hacia delante en su silla, pero Scott parecía casi resignado mientras escuchaba a Hirsch anticiparse a los puntos de la defensa.

La señora Gobek pasó los dedos por la cadena del crucifijo que llevaba alrededor del cuello y miró hacia abajo.

—Bueno, mi esposo me insistió para que no lo hiciera.

—¿Su esposo le dijo que no hablara con la policía?

—Sí. Yo le dije que quería contarlo, pero él me aconsejó que no me involucrara.

»Me dijo que la policía sabía hacer su trabajo y que no me necesitaba. Y que si lo que vi era verdad, seguro que alguien más lo habría visto, y que mejor que fueran otros los que lo contaran.

Hirsch se apoyó en el estrado de los testigos, como quien no quiere la cosa, y sonrió al jurado. Un par de sus miembros le devolvieron la sonrisa.

—Su esposo se mostró reacio a llamar la atención. Está bien, lo comprendo. Pero ¿qué pasó entonces, señora Gobek? ¿Qué le hizo cambiar de opinión?

—Leí artículos sobre el caso en el periódico. Leí que la policía aún no había arrestado a nadie. Comprendí que no sabían nada. Que nadie más había visto lo que yo vi. —Levantó la barbilla—. Y cuando me di cuenta le dije a mi marido: «Soy la única que ha visto a esta señora, la señora Malone, con sus hijos la noche en que fueron asesinados».

Su mirada recorrió el jurado, los bancos del público y luego se detuvo en Ruth. Su labio se curvó.

Hirsch se apartó y dejó que la mujer dijese su última frase sin interrumpirla.

—Me he dado cuenta de que soy la única que puede ayudarlos a detener a la asesina.

Hirsch le sonrió.

—Gracias, señora Gobek. Por favor permanezca sentada.

Se alejó de ella, le guiñó un ojo a Scott y dijo claramente:

—Su testigo, abogado.

Scott se levantó de la mesa. Parecía exhausto.

—Señora Gobek, las personas que vio desde su ventana aquella noche... ¿hablaban en voz alta? ¿Gritaban?

—No, no, hablaban en un tono normal.

—¿Y a qué distancia de su ventana estaban? Cuando estaban bajo la farola, por ejemplo.

Ella frunció el ceño.

—Pues no lo sé exactamente.

Él agitó la mano.

—¿Estaban, por ejemplo, más lejos que yo ahora? ¿Más lejos que usted del jurado? ¿Que esa ventana de allá?

Miró a su alrededor durante un momento y luego señaló hacia la puerta de la sala del tribunal.

—Yo diría que estaban como a esa puerta.

Scott siguió su mirada.

—Gracias, señora Gobek. Así que... unos doce metros.

Ella se encogió de hombros.

—Ahora me gustaría mostrarle el anexo 16a, un plano del bloque en el que se encuentra el piso de la señora Malone.

El alguacil le entregó una hoja de papel con un diagrama impreso, y el jurado buscó sus propias copias.

—El piso de la señora Malone está marcado con una cruz. ¿Puede verlo en su copia, señora Gobek?

Ella estudió el papel y asintió.

—Sí. Lo veo.

—Y su propio piso está marcado con una cruz azul. ¿Podría confirmarnos que es el suyo?

Ella asintió de nuevo.

—Sí. Sí, este es nuestro piso.

Scott buscó algo en el bolsillo de su pecho y caminó hacia ella con el brazo estirado.

—Ahora me gustaría que cogiera esta pluma y marcara dónde cree que estaban esas personas la noche del 13 de julio.

Él le tendió la pluma y esperó. La señora Gobek miró a Hirsch, quien asintió. Tal vez alentada por esto, destapó el bolígrafo e hizo una marca en la tarjeta. Scott le cogió el bolígrafo y el papel, y mostró el último al tribunal.

—Solicito que el tribunal apunte que la marca que acaba de hacer la señora Gobek queda a unos sesenta metros de su ventana, de acuerdo con la escala que aparece debajo.

Entregó el trozo de papel al miembro más cercano del jurado y estos se lo fueron pasando de unos a otros.

Scott volvió a su testimonio.

—Sesenta metros, señora Gobek.

Pete se recostó en su asiento. Seguramente esto la perturbaría.

Pero ella solo miró a Scott y no dijo nada.

—Una gran distancia para reconocer a alguien y escuchar su conversación, ¿no le parece?

Ella permaneció en silencio.

—Ha declarado que estaban hablando en un tono de voz normal. ¿Pretende hacernos creer que desde sesenta metros los oyó hablar con normalidad?

Su rostro se llenó de lágrimas.

—Yo no pretendo nada. Le aseguro que oí lo que he dicho. Y eso es normal: cuando mi amiga la señora Ciszek me llama desde su apartamento y me pregunta si quiero algo de la tienda, la oigo desde mi piso.

Hubo una pequeña oleada de risas y la tensión disminuyó un poco.

Scott preguntó:

—¿Dónde vive su amiga, la señora Ciszek?

El alguacil le devolvió el papel y el bolígrafo, y la señora Gobek hizo otra marca en el plano.

—Solicito al jurado que apunte que la señora Gobek ha indicado que el apartamento de la vecina se halla a unos cincuenta y cuatro metros de distancia del suyo.

Nuevamente, entregaron la hoja de papel al jurado. Esta vez parecían tener menos interés en ella: ahora las miradas estaban fijas en la señora Gobek.

—Si su amiga le habla en un tono normal...

La señora Gobek asintió.

—Sí. Sí. En un tono normal.

—Si su amiga le habla en un tono normal y está usted en su piso, ¿la oye desde cincuenta y cuatro metros de distancia?

Logró que su tono sonara incrédulo, pero esto solo pareció provocarla. Se inclinó hacia el micrófono, con los ojos fijos en Scott, y dijo:

—Por supuesto que la oigo. Tengo un oído perfecto. Y una vista perfecta, también.

Scott la miró durante un largo rato mientras Pete se inclinaba hacia delante, instándolo silenciosamente a seguir. Tenía que haber algo que él pudiera hacer, otro ángulo desde el que insistir.

Pero Scott se limitó a volver a su asiento, diciendo en voz baja:

—No hay más preguntas, su señoría.

Hirsch se había puesto en pie antes de que Scott llegara a la mesa de la defensa y, mientras la señora Gobek luchaba con la puerta del estrado de los testigos, Hirsch se acercó para ayudarla a bajar.

—¿Cómo ha ido? ¿Cómo lo he hecho?

Él la tomó del brazo.

—Radiante. Has estado radiante.

Y, por un momento, su cara juguetona y triunfante fue radiante de verdad. Cuando el juez dio por acabada la vista del día y Ruth fue retirada de la sala, la sonrisa de la

señora Gobek fue como un destello de luz en el tribunal.

Esa noche, Pete estaba sentado en el suelo de su habitación, rodeado de montones de notas y transcripciones de entrevistas. ¿Era así como llegaba la derrota? ¿En la forma de una mujer regordeta con el pelo mal teñido, en el recuerdo de una habitación oscura con las cortinas cerradas para que no entrara el sol?

Se presionó la frente con la palma de la mano. Tenía que haber algo que él pudiera hacer. Si tan solo encontrara otro testigo... Alguien que contrarrestara el testimonio de la señora Gobek.

Se pasó veintinueve horas sin dormir. Volvió a escuchar todas las cintas de sus entrevistas. Examinó de nuevo todas sus notas y releyó las transcripciones. Salió y llamó a puertas. Buscó en los bares, restaurantes y lavanderías del barrio para ver si encontraba a alguien que de algún modo pudiese ayudar. Hizo preguntas, recibió insultos y siguió adelante.

Pero las pocas personas que aceptaron hablar con él no le aportaron nada nuevo. Nadie estaba despierto esa noche. Nadie vio nada, nadie escuchó nada que pudiera hacer frente a la afirmación de la señora Gobek.

Regresó a su piso, revisó sus notas. Y hacia las cuatro de la mañana, sus manos soltaron lo que fuera que estuviese leyendo y perdió el conocimiento. Se despertó cinco horas después, agotado y deshidratado, y se pasó una mano por la cara. Necesitaba desesperadamente un afeitado.

Y de pronto se dio cuenta. «Nadie estaba despierto esa noche. Nadie vio nada. Nadie escuchó nada».

Ya sabía lo que tenía que hacer.

Llamó a Horowitz a la oficina.

—¿Wonicke? Dios. Ha pasado mucho tiempo. ¿Cómo estás?

—Escucha, ¿podemos vernos? Necesito hablar contigo. Necesito tu ayuda.

Hubo una pausa y luego Horowitz dijo:

—Claro. ¿En el Tony?

—No, no, en el Tony no. En algún lugar privado. En algún lugar en el que nadie pueda oírnos, ni siquiera por casualidad.

Otra pausa, más tiempo esta vez.

—¿Conoces el antiguo Regal Cinema en Park Drive East? Lo están demoliendo. Te veo en el aparcamiento dentro de una hora.

Pete se lavó rápidamente, se afeitó y se puso una camisa con el cuello limpio.

Cuando llegó, Horowitz ya estaba allí, apoyado en el capó de su coche, con dos tazas de café para llevar.

Pete cogió una y se bebió la mitad de un solo trago. Se estremeció.

—Gracias. Lo necesitaba.

Horowitz lo miró fijamente.

—Tienes un aspecto de mierda. ¿Qué has estado haciendo?

Pete suspiró y se pasó la mano por el pelo, aún húmedo.

—Estuve en el juicio la semana pasada. El caso Malone... las cosas no van bien.

—¿Cómo que estabas en el juicio? Ya no eres reportero. ¿Qué hacías allí? — Horowitz se puso en pie y obligó a Pete a mirarlo a los ojos—. Además... ¿«Las cosas no van bien» para quién? ¿Qué coño has estado haciendo? ¿Qué está pasando?

Pete se forzó a sí mismo a no apartar la mirada.

—Fui a ver al abogado de la señora Malone.

Horowitz puso cara de incredulidad.

—¿Qué cojones...? Joder, Wonicke.

—Lo sé, lo sé. Ahórrate el sermón. Solo quería ayudar.

—¿Cómo que querías ayudar? ¿Ayudar a quién? Prácticamente me suplicaste que te presentara a Devlin. Concertamos una reunión con la condición de que le darías un artículo decente, pero de pronto te despiden del periódico, y ahora estás... ¿Qué coño estás haciendo?

Entonces Horowitz hizo una pausa y su rostro cambió.

—Oh, ya entiendo. Estás obedeciendo a tu pene.

—No estoy... No es eso.

—Nunca lo es. Siempre es diferente. Cuando te sucede, siempre es Romeo y la maldita Julieta.

Suspiró y miró hacia otro lado por un momento. Luego añadió:

—Entonces ¿qué le dijiste a ese abogado?

—No mucho que él no supiera ya.

Una gaviota llenó el silencio con un graznido.

—¿Y qué estamos haciendo aquí? ¿Por qué me has llamado?

Entonces Pete se lo contó. Le dijo lo que necesitaba y vio que la cara de Horowitz cambiaba de nuevo y su mano apretaba con fuerza la taza de café.

Durante todo el rato, hasta el momento en que Horowitz intentó marcharse de allí, Pete se preguntó si podría hacer lo que de pronto, y pensando en Ruth, le salió con toda facilidad:

—Leí los artículos del caso Kaufman.

Los ojos de Horowitz se abrieron por la sorpresa. Pete tragó saliva y luego sacó las copias de los artículos de periódico que había encontrado en la biblioteca pública de Nueva York, justo un mes después de los asesinatos de los niños Malone. Las puso sobre el capó del coche y observó a Horowitz mirarlas, cogerlas, y luego encogerse de hombros y tratar de minimizarlas.

—¿Y qué? Eso fue hace... ¿cuánto, diez años? ¿Qué tiene eso que ver con el caso de los Malone?

—Casi diez años. En otoño de 1957.

—Una historia antigua. ¿Por qué la traes aquí ahora? El caso Kaufman tuvo un desenlace inmediato. Dos tíos muertos. Abrir y cerrar. No se parece en nada a esto.

Horowitz estaba hablando demasiado.

Pete respiró profundamente.

—Sí, eso pensé al principio. Un tío es sospechoso de matar a su socio en el trabajo. No hay mucho que añadir al titular. Pero no había ninguna prueba de que se hubiera producido un asesinato, ¿verdad? El muerto podría haberse disparado a sí mismo. El problema es que un buen suicidio no es una buena historia.

Pete se tomó su tiempo, habló pausadamente con la esperanza de que no tuviera que llegar hasta el final; de que Horowitz lo interrumpiera y le dijera que ya estaba bien, que lo ayudaría, que no siguiera por ahí.

Pero Horowitz se mantuvo en silencio.

—Después de aquel caso no encontré ningún otro en el que informaras que habías colaborado con Devlin. Me di cuenta de que aquello tenía que significar algo. Así que cavé un poco en el tema.

Hubo una pausa. Pete oía el ruido de tráfico a lo lejos. Otra gaviota graznó.

Horowitz se aclaró la garganta.

—Vaya chorrada, Wonicke. Estás...

—Leí tu testimonio en el juicio.

Pete miró los recortes y se pasó la lengua por los labios resecos. Tenía que funcionar. Tenía que lograr que reaccionara; después de aquello, ya no se le ocurría nada para ayudar a Ruth.

—Dijiste que Kaufman confesó el asesinato cuando lo estabas entrevistando, el día anterior a su arresto. Dos meses antes lo habían apuñalado en un disturbio que se produjo en la cárcel en la que estaba encerrado a la espera del juicio. Un acontecimiento muy desafortunado para el señor Kaufman, pero no así para ti, ¿verdad? Porque ahora era una historia real. Y qué historia, joder. Dos asesinatos. Una confesión. Ambas víctimas eran blancas, de clase media, ricas. Una gran historia. Tuvo que abrirte muchas puertas.

Habló rápido, esperando que Horowitz no pudiera percibir el temblor de su voz.

—Testificaste en el juicio y dijiste que entregaste las cintas de la entrevista a Devlin. El problema es que desaparecieron en algún lugar del trayecto entre el cajón de las pruebas y el juzgado.

Horowitz desvió la mirada.

—Devlin confirmó en el tribunal que las cintas se habían perdido. Un eslabón perdido en la cadena de custodia de pruebas significaba una marca negra en su expediente. Tal vez incluso una penalización cuando se tratara de revisar ascensos para el año siguiente. Pero yo creo que las cintas no existieron. Que solo teníais las transcripciones que tú escribiste. Y si eso hubiera salido a la luz, habría sido el final de tu carrera. Tu final.

Pete deseaba desesperadamente un cigarrillo, pero no se atrevió a encenderse uno

para que Horowitz no viera el temblor de sus manos.

—Devlin evitó tu caída. Por eso estás en deuda con él. Por eso nunca habéis trabajado juntos desde entonces. ¿Fue tu elección o la suya?

Ahora Horowitz levantó la cabeza.

—Tienes mucha imaginación, hijo, pero ninguna prueba. Nada.

Pete se obligó a mirar al otro hombre a los ojos. Tenía que acabar con esto rápido.

—Un día antes de que arrestaran a Kaufman, el día que afirmaste haberlo entrevistado, era el 27 de septiembre de 1957. La fecha... —se obligó a continuar— la fecha es mi prueba.

Sacó una hoja de papel de su bolsillo y la desdobló. Era un obituario, fechado el 28 de septiembre de 1957.

—Lo encontré también en los archivos de la biblioteca.

Horowitz lo miró y apartó la cabeza.

—No necesito leerlo. Lo escribí yo, joder.

Por fin sacó sus cigarrillos. Rompió cuatro cerillas antes de lograr encender una.

—¿Sabes?, ese obituario es lo más difícil que he escrito jamás. Lo hice sentado junto a la cama de Claire la noche que pasó.

Pete se aclaró la garganta.

—El 27.

—Sí. Las enfermeras iban llegando y saliendo. Yo les pedía que no se la llevaran. Aún no.

—Horowitz... Yo... lo siento.

Horowitz lo miró y dijo:

—¿Sabes qué? Te creo. Creo que lo sientes de verdad.

Entonces suspiró.

—Si esto saliera a la luz, acabaría con mi carrera. Y con la de Devlin también, probablemente, después de todo este tiempo.

Pete recordó la noche en el McGuire, cuando se había preguntado cómo había llegado Horowitz a aceptarse a sí mismo con sus mentiras.

Y ahora veía que, después de todo, ese tipo de elección moral no era más que una cuestión de descubrir qué era lo importante, y de mantenerse constante y centrar la mente. No era una elección en absoluto.

Así que se tragó su compasión y asintió. Y luego le volvió a repetir lo que necesitaba.

Horowitz se pasó una mano por la cara.

—De acuerdo, por el amor de Dios, de acuerdo, te ayudaré. Pero después de esto habremos acabado y no me pedirás nada nunca más. Y no mencionarás esto a nadie, por supuesto. Esta conversación no ha sucedido.

Dio media vuelta, pateó violentamente una piedra que había sobre el áspero suelo y levantó una nube de polvo blanco.

Apretó los dientes y dijo:

—Joder. Este trabajo es una mierda.

Hizo una bola con su taza y la tiró lo más lejos que pudo. Miró al suelo un momento y luego se volvió.

—Hay un chico que conozco, fue actor un tiempo. Necesita dinero. Él lo hará.

—¿Cómo lo sabes? ¿Confías en él?

—Él es... era el sobrino de mi esposa. La oveja negra de la familia.

Negó con la cabeza y resopló.

—Tendrás que pagarle. Supongo que lo sabes.

Pete trató de no pensar en su madre y se centró en el cheque que ella le había enviado para el futuro.

—Tengo dinero.

Horowitz lo miró un rato.

—No puedo creerme esto. ¿Estás seguro de que quieres hacerlo?

—Tengo que hacerlo. Tengo que ayudarla.

Horowitz negó con la cabeza lentamente.

—Pobre bastardo.

Él suspiró y Horowitz insistió:

—¿Cómo sabes que es inocente?

Pete se obligó a mirar a Horowitz a los ojos.

—No lo sé.

Horowitz abrió la boca, pero Pete se apresuró.

—Yo creo que es inocente. Espero que lo sea. Pero ella es... No quiero que vaya a la cárcel.

Y luego bajó la mirada para no tener que ver qué había en la cara del otro hombre.

—Joder, Wonicke. Espero que sepas qué diablos estás haciendo. —Hubo una pausa larga, y luego Horowitz añadió—: Pero fíjate en mí. Si haces esto, no habrá vuelta atrás. No volverás a ser la misma persona nunca más. Las mentiras lo cambian todo. —Miró a Pete largamente—. Aunque supongo que ya has cambiado.

Hubo un silencio forzado. Entonces Horowitz dijo:

—Solo una cosa más. He cubierto muchos juicios, y tienes que saber que los jurados son impredecibles. Es posible que hagas esto y, a pesar de todo, pierdas. Me has dicho que Charlie Devlin se pasó su tiempo en el estrado convirtiendo a la señora Malone en la puta de Babilonia, ¿no? La bebida. El maquillaje. Los hombres.

—Sí ¿y?

—Solo te pido que te lo pienses, eso es todo lo que digo. Si haces lo que has dicho, pondrás todo cuanto tienes, todo cuanto eres, en la línea de fuego: y que aun así seguirás enfrentándote a un grupo de personas que piensan que tienen el deber (otorgado por Dios) de hacer lo correcto. Devlin lleva muchas horas presentándola como una mujer sin moral y, ahora, esa señora Gobek ha dicho que prácticamente la vio hacerlo. ¿De verdad crees que considerarán que es correcto dejar libre a esa descarriada?

Pete lo odió. Lo odió a muerte por decir eso.

—No tendrán elección. Las pruebas hablan.

—Sí, sí, las pruebas. Pero no se trata solo de pruebas, ingenio y declaraciones. Solo te pido que pienses en ello.

Pero no había tiempo para reflexionar sobre nada. Ruth necesitaba su ayuda.

Pete tomó el número de teléfono que Horowitz le dio e hizo un par de llamadas.

Y el lunes por la mañana, Scott llamó a un nuevo testigo al estrado.

Ruth estaba sentada con la cabeza apoyada en una mano, dejando que las palabras de los hombres a su alrededor le resbalaran. Miró las fotografías de Frankie y Cindy clavadas en el tablero, recordó al doctor Dunn parado frente a ellas, dándoles su opinión.

Miró a Frank y vio que él también estaba observando las fotografías. Para todos los demás en la habitación, sus hijos no eran más que dos cuerpos. La piel y los dientes, la ropa, los mechones de pelo y el contenido de los estómagos no eran más que pruebas que se utilizaban para avanzar en el juicio.

Pero en una ocasión habían sido sus bebés. Sus bebés. No importaba lo mal que hubieran salido las cosas entre ellos: Frank y ella tenían eso en común. Eso al menos.

Miró hacia esas sonrisas de dientecitos blancos y anheló sentir su suavidad, su calor envolviéndola, una vez más. Los vio jugando en el parque como lo habían hecho el último día. Los vio balbucear, reír y gritar; habían comido cereales, naranjas y albóndigas; habían dejado caer migas, y se habían manchado las camisetas y la piel.

Y ahora todos esos recuerdos se habían reducido a platos fríos en el estómago, a informes mecanografiados, a testimonios de largas intervenciones. A esta sala.

Cerró los ojos, apartando esos pensamientos de la sala del tribunal. No quería que estos fueran sus últimos recuerdos asociados a los niños.

Pete vio a la alta figura avanzar hacia el estrado de los testigos, tomar asiento y hacer el juramento. Reprimió sus ganas de vomitar y se concentró.

—Por favor, indique su nombre para el registro.

—Clyde Harrison.

—Señor Harrison, por favor diga al tribunal dónde estaba la noche del 13 de julio de 1965.

—En Queens. Estaba alojado en el apartamento de un amigo en la calle 72, al lado de la calle principal. Con mi esposa y nuestros hijos.

Señaló con la cabeza hacia una mujer de pelo corto castaño sentada en la segunda fila de los bancos públicos. Ella se sonrojó de forma hermosa.

—¿Qué edad tenían sus hijos en aquel momento?

—Bueno... Robert tendría cinco años (su cumpleaños es en abril). Y Mary

cumpliría tres en marzo.

El pelo rubio de Harrison brillaba bajo las luces brillantes de la sala del tribunal y sonrió hábilmente a Scott. Era la misma sonrisa que le había dedicado a Pete cuando se conocieron en Kissena Park dos días antes. La misma sonrisa que le había regalado cuando Pete le entregó más de mil dólares del seguro de su padre en billetes de veinte.

—¿Qué estaba haciendo en el piso de su amigo aquella noche, señor Harrison?

—Bueno, señor. Mi esposa y yo habíamos tenido algunos problemas ese verano. Vivíamos en Garden City y yo estaba trabajando en la fábrica de Ford. El tema es que hicieron algunos recortes de plantilla y perdí mi empleo en abril. Había muchos hombres sin trabajo por aquel entonces y no pude encontrar nada más, y para julio andaba bastante justo de dinero. Llamé a todos los amigos y conocidos que se me ocurrieron, pero no había nada que hacer.

Tomó un sorbo de agua. Se ajustó la corbata.

—Recibí la llamada de un amigo de un amigo que me dijo que podría tener algo para mí. No podíamos permitirnos pagar otro mes de alquiler de todos modos, así que hicimos las maletas y fuimos a su piso en Kew Gardens Hills. Era el 12 de julio. Imaginé que pasaríamos unos días con él, que hablaríamos sobre el trabajo y que luego encontraríamos un sitio nuevo para vivir. Parecía que las cosas podrían estar mejorando para nosotros.

Hirsch se levantó con incomodidad, como si ni siquiera quisiera tener que llamar la atención sobre lo inadecuado de aquella intervención.

—Protesto, señoría. Nada de esto es relevante para el caso.

Scott dijo amablemente:

—Señoría, hay un punto de conexión con nuestro caso. Estoy estableciendo un contexto para explicar lo que el señor Harrison y su familia estaban haciendo en el barrio la noche del 13 de julio de 1965.

El juez vaciló un instante y luego dijo:

—Está bien. Pero, por favor, vaya al grano, letrado.

—Gracias. Continúe, señor Harrison.

—Bueno, las cosas no salieron como esperábamos. El trabajo no salió y el tipo no quiso que nos quedáramos en su piso. Kathy y yo discutimos: no teníamos dinero ni un sitio para vivir, y no sabíamos qué hacer. Ella quería que lleváramos a los niños a casa de sus padres en el condado de Wayne hasta que nos recuperáramos de algún modo, y yo me lo tomé mal. Un hombre quiere sentir que puede mantener a su familia sin depender de la caridad.

Pete echó un vistazo al jurado. La mayoría lo miraba con amabilidad; uno o dos asintieron.

—En cualquier caso, la noche siguiente, las cosas... las cosas llegaron a un punto crítico.

—¿Se refiere a la noche del 13 de julio?

—Sí, señor. Durante la cena, Ron, el chico en cuya casa nos alojábamos, nos dijo que tendríamos que irnos a la mañana siguiente. Dijo que se iba de viaje. Bueno, yo no le creí; pensé que era una historia para deshacerse de nosotros. Le dije que era una maldad dejar en la calle a alguien que necesita ayuda, y más si es una familia entera.

Harrison suspiró y se pasó una mano por el pelo.

—Las cosas se calentaron un poco y terminé diciendo que nos iríamos de allí inmediatamente y que no dormiríamos otra noche bajo su techo. Tengo mi orgullo, ¿sabe?

Pete volvió a mirar al jurado. Muchos de ellos asentían ahora.

«Va a funcionar», pensó. Miró a Ruth, deseando que ella se volviera hacia él. Quería ver su cara cuando se diera cuenta de que las cosas comenzaban a ir por buen camino.

«Va a funcionar y habrá valido la pena».

—Mi esposa empezó a llorar. Fue a la habitación de invitados donde nos alojábamos y se sentó en la cama. Me dijo que saliera e hiciera las paces con él. Le dije que era demasiado tarde y... bueno, nos peleamos. Con todo el ruido, los niños se despertaron y Mary comenzó a llorar también, y yo solo... Bueno, yo solo quería salir de allí. Así que me fui del piso. Di un largo paseo para calmarme. Regresé y le dije a Kathy que llamara a sus padres. Le dije que iríamos a su casa y nos quedaríamos allí después de todo. En realidad, no teníamos muchas más opciones.

»Ron había salido aquella noche, así que Kathy y yo nos tomamos un café y hablamos de algunas cosas más. Me duché y luego hicimos las maletas. Cargué el coche mientras ella preparaba a los niños, y luego volví para ayudarla con ellos, y nos marchamos.

—¿Tenía el coche aparcado frente al piso?

—No. No encontramos sitio. Lo tenía en la calle principal, a la vuelta de la esquina.

Pete vio que Devlin se inclinaba hacia delante en su asiento, con la cara tensa.

—¿A qué hora salió de casa de Ron, señor Harrison?

—Bueno... Cenamos hacia las nueve, y con todo lo que había pasado... Yo estuve paseando una hora, tal vez más, así que debían de ser poco más de las dos cuando nos fuimos. Eché un vistazo rápido a la habitación para asegurarme de que no nos habíamos dejado nada y me fijé en el reloj. Recuerdo que pensé que era demasiado tarde para despertar a los padres de Kathy.

—Entonces usted y su esposa se llevaron a los niños fuera. ¿Fueron caminando?

—Mi esposa llevaba en brazos a Mary, que estaba muy dormida. Yo también empecé llevando en brazos a Robert, pero él quiso ir caminando con su madre. Supongo que todavía estaba molesto por nuestra pelea anterior. Lo dejé y él salió corriendo hacia atrás y la cogió de la mano hasta que casi llegamos al coche, y luego vino conmigo otra vez.

Pete escuchaba, temeroso de que Harrison cometiera un error, de que algo saliera

mal. Le había costado varias horas explicarle todos estos detalles, escribírselo todo. El hombre que se hacía llamar Clyde Harrison había examinado las páginas escritas a máquina y había negado con la cabeza. «Voy a tardar un poco en aprendérmelo todo. Al final me habré ganado de verdad su dinero, ¿no le parece?».

Ahora Scott se volvió a mirar al jurado.

—Ustedes han oído que la testigo anterior, la señora Gobek, vio a un hombre y a una mujer con dos niños en la calle, en la madrugada del 14 de julio de 1965. Ella identificó a esa mujer como la acusada. —Miró a Harrison—. Ahora dígame, señor Harrison, ¿puede confirmar ante el jurado que en ese momento, poco después de las dos de la madrugada del 14 de julio, estaba en esa misma calle con su esposa y sus dos hijos pequeños?

—Sí, señor, así es.

Scott asintió con la cabeza, se tomó un momento y luego se volvió hacia el juez.

—No hay más preguntas, su señoría.

Pete miró a Frank, que fruncía el ceño como si no entendiera lo que estaba pasando, como si no se hubiese dado cuenta de la importancia de lo que Harrison estaba diciendo. Luego miró a Ruth. Ella estaba inclinada hacia delante, con las manos juntas como si rezara. Miró su perfil y vio el modo en que sus mejillas brillaban a través de la piel.

Hirsch se puso en pie y se lanzó directo a la batalla.

—Señor Harrison, los eventos que describe tuvieron lugar hace más de dieciocho meses y nos ha dado una explicación extraordinariamente detallada de lo que sucedió aquella noche. Debe de tener una memoria excelente. Una memoria excepcional, diría.

Harrison bajó la cabeza y dijo:

—Gracias, señor.

Pete quería aplaudir. Pero Hirsch no había terminado.

—¿Cómo es que puede recordar todo lo que sucedió esa noche de verano de 1965 con tantísimos detalles?

—Bueno, señor, fue un momento de máxima desesperación para nosotros. No es fácil olvidar un momento así. Y esa noche fue terrible. Cuando Ron nos dijo que teníamos que irnos... bueno, nunca en mi vida me había sentido tan mal, ni antes ni después. Kathy le confirmará que nosotros casi nunca discutimos.

—Ya veo.

Hirsch hizo una breve pausa y luego continuó:

—¿Y cómo es que ha aparecido ahora, justo en este momento?

—Bueno, fuimos en coche hasta la casa de sus padres esa noche y supongo que el... Mmm... el caso no estaba en los periódicos de allí arriba. De todos modos, no teníamos mucho tiempo para leer las noticias: Kathy se ocupaba de los niños y yo cogía todos los trabajos que podía. Algunos días salía de casa de madrugada para hacer cola a las puertas de la oficina de empleo. Y si no estaba buscando trabajo,

estaba ayudando al padre de Kathy en la casa, para agradecerles que nos acogieran. Aproximadamente cinco semanas después recibí la llamada de un amigo: su hermano tenía un trabajo para mí en una fábrica en Cleveland. Me dijo que estaban creciendo mucho y que necesitaban a más gente. Fui enseguida, conseguí un empleo y busqué un piso. Y luego mi mujer se vino con los niños. Y desde entonces... bueno, supongo que no he leído demasiadas cosas interesantes en los periódicos de Ohio. Nada comparado con un caso de asesinato en Queens.

—Entonces ¿cómo se enteró usted de esto, señor Harrison?

—Volvimos unos días para visitar a los padres de mi esposa y leí el artículo del periódico del viernes. Sobre el testimonio de la mujer y lo que vio por la ventana esa noche. Y en cuanto vi las fechas, me di cuenta de lo que había pasado.

—Qué feliz coincidencia.

El tono de Hirsch era agrio, pero asintió con la cabeza hacia el juez y dijo:

—No hay más preguntas, señoría.

Cuando Harrison bajó del estrado, Pete se sintió aturdido por el alivio. Estudió al jurado. Todos parecían sorprendidos y pensativos; algunos tomaban notas.

Ruth se inclinó en su asiento y habló con Scott en voz baja. Señaló algo en el bloc de notas que tenía frente a ella, lo subrayó dos veces y luego se volvió hacia la asistente de Scott, hablando animadamente, con los ojos brillantes. Pete miró entonces a Frank, que a su vez estaba observando a Ruth. Parecía ansioso.

Hirsch fruncía el ceño, conversando con su equipo, hojeando sus papeles y señalando pasajes con los dedos.

Y al otro lado de la sala del tribunal, Devlin parecía furioso.

El alegato final de Scott duró poco menos de dos horas. Como siempre, fue razonable. Mesurado.

Definió a Johnny Salcito como un hombre obsesionado con la venganza y a Lena Gobek como una fantasiosa que quería llamar la atención.

—Sus asombrosas afirmaciones sobre su audición sobrehumana nos indican que prefiere crear drama, entretener, a decir la verdad.

Scott se concentró en atacar el planteamiento de la fiscalía y en resaltar el testimonio de Clyde Harrison, pero habló muy poco acerca de Ruth. Mirando al jurado, Pete se preguntó si eso no sería un error.

Y para cuando Hirsch hubo acabado con las conclusiones de la acusación, estuvo seguro de ello.

Hirsch se puso en pie, caminó hacia el jurado y esperó un momento para dejar que la tensión aumentara.

—Señores del jurado, la fiscalía ha establecido los siguientes hechos más allá de toda duda razonable: primero, que en la noche del 13 de julio de 1965, la acusada estranguló a su hijo, Frank, y a su hija, Cindy Marie; segundo, que la acusada trató de

encubrir sus acciones arrojando los cuerpos de sus hijos a cierta distancia de su piso; y, tercero, que la acusada pudo haber tenido un acompañante que la ayudara a mover los cuerpos, pero que es la única (y definitiva) responsable de sus muertes.

»Han oído decir que la señora Lena Gobek vio a la señora Malone con los dos niños la noche en cuestión. Su testimonio contradice directamente la declaración de la propia señora Malone, pero Lena Gobek no gana nada al mentir. Ella se ha atrevido a dar su testimonio pese a que su natural reticencia la habría llevado a permanecer en el anonimato, como cualquier otra ama de casa de Queens. Y se ha atrevido porque ha creído que tenía el deber de ponerse en pie y decir la verdad a este tribunal.

»También han escuchado el testimonio del señor Salcito sobre el carácter de la señora Malone, sobre su actitud hacia sus hijos y hacia la maternidad. Han escuchado su declaración jurada, según la cual ella misma le confesó que había asesinado a sus hijos porque preferiría verlos muertos que perder su custodia.

La voz de Hirsch se elevó.

—El señor Salcito no pretende ser un héroe. Él nunca ha pretendido ser algo que no es. Lo único que ha hecho ha sido levantarse para decir la verdad. Él no tenía nada que ganar y todo que perder, y escogió contar la verdad sobre su relación con la señora Malone. No solo ante ustedes, señores, sino ante todos en este tribunal; les contó a su esposa y al resto del mundo lo que pasó entre ellos. Decir la verdad de esta manera, abierta y sinceramente, puede haber dañado su matrimonio para siempre. Pero nosotros, en este tribunal, no podemos dejar de admirar su honestidad y su respeto por la verdad.

Y entonces llegó a Ruth.

Y volvió a desenterrar toda la basura de siempre: las botellas de licor encontradas en el apartamento; la cantidad de amantes que tenía; o cómo había comprado un vestido nuevo el día después de descubrir que sus hijos habían desaparecido, el día después de que se encontrara el cuerpo de Cindy.

Mientras Pete escuchaba la versión de Hirsch de la historia de Ruth, sintió que su rostro perdía el color y que su mandíbula se tensaba. La miró a ella y vio que tenía la cabeza inclinada, como si suplicara. Le entraron ganas de vomitar, pero tragó saliva y se obligó a centrar su atención en Hirsch de nuevo, pues ya estaba acabando.

—Señores del jurado, les animo a que consideren a la acusada culpable de los cargos que se le imputan. El asesinato de dos niños pequeños a manos de la única persona en el mundo en la que estos deberían haber podido confiar más allá de cualquier duda es el crimen más monstruoso que existe. Frankie y la pequeña Cindy —aquí su mirada se dirigió a las fotografías de los niños que habían presidido el tribunal desde el primer día, y levantó la mano como si quisiera acariciarlos— nos piden que hagamos justicia.

Dejó caer el brazo lentamente y su expresión se volvió seria, casi noble, mientras se dirigía al jurado.

—Por favor, señores. No ignoren los gritos de esos pobres niños.

Después de que el juez entregara el caso al jurado y sus miembros se retiraran para sus deliberaciones, Pete estuvo dando vueltas por el juzgado durante un par de horas más. En un momento dado, el alguacil regresó con la noticia de que los miembros del jurado no iban a llegar a un veredicto en las próximas horas y que, por tanto, se retiraban aquella noche para deliberar. Salió y se estiró, como para librarse del peso que tenía sobre los hombros. Como para saborear el aire fresco de la noche.

Subió a su coche, pero no tenía ganas de volver a casa. Bajó las ventanillas y, simplemente, condujo un rato. Fue pensando en Ruth. Preguntándose cómo se sentiría ella. Pensando en Scott y en su expresión derrotada.

Pete se descubrió entonces conduciendo hacia el antiguo barrio de los Malone y decidió que bien podría ir a la calle 72. Aparcó y, en aquel momento, se dio cuenta de que había una luz encendida en el piso de los Malone. Una sombra se movió tras la persiana.

La adrenalina lo golpeó como una ola de agua fría y sintió que el corazón le latía con fuerza. Se obligó a respirar hondo.

Estúpido.

Sería solo un vecino, comprobando que todo estaba bien. O tal vez Frank lo hubiese subarrendado.

Los fantasmas no existen.

Sin embargo, cuando salió del coche y se obligó a caminar por el sendero, el miedo le recorrió la espalda y la garganta reseca.

Respiró hondo otra vez y trató de que se le calmara el corazón, que le latía con fuerza. Se enderezó y metió las manos en los bolsillos. Necesitaba sentir calor en los puños y, de paso, asegurarse de que nadie que lo observara veía el temblor de sus manos.

La puerta principal estaba abierta y la del apartamento, entreabierta. Como si quienquiera que estuviera allí supiera que venía.

Empujó la puerta y la vio alejarse lentamente de él como en un largo bostezo oscuro. Y luego escuchó la horrible risa mecánica de un juguete de cuerda para niños.

Se arrastró hacia el ruido y, cuando llegó a la puerta de la habitación y vio una figura encorvada apoyada contra la pared, sintió un zumbido en los oídos y pensó que iba a desmayarse.

Sus ojos se adaptaron a la oscuridad y se dio cuenta de quién estaba sentado allí. En el suelo, entre las camas de los dos pequeños, apoyado contra la pared, dando vuelta a la clavija que quedaba en la parte posterior de una muñeca a la que hacía reír una y otra vez, con la luz de la farola iluminándole el pelo y la piel, y confiriéndole un brillo impío...

—Señor Malone.

Frank volvió la cabeza con frialdad, como si nada, como si aquello no fuera más que una reunión normal en un bar. Lo miró con los ojos entornados.

—Ah, hola. Usted es el periodista. Womack, ¿verdad?

—Wonicke. Pete Wonicke.

Extendió la mano y Frank se la estrechó sin levantarse.

—Estaba por aquí y vi la luz.

Pete sacó sus cigarrillos, le ofreció uno y se sentó.

—Señor Malone, ya sé que esto no es de mi incumbencia, pero ¿qué está haciendo aquí? ¿Va todo bien?

Frank se volvió hacia él y sonrió, pero era una sonrisa sin rastro de humor o calidez.

—Señor Wonicke, mis hijos están muertos y parece que mi esposa va a pasar el resto de su vida en la cárcel por haberlos matado. ¿Le parece a usted que algo vaya bien?

—Lo lamento, yo...

—Está bien, está bien. Sé lo que quería decir. —Suspiró—. Debe de parecer un poco extraño que haya venido aquí, ¿no?

—Bueno... un poco.

—Me parece que es un buen lugar para esperar. Estoy demasiado agotado para dormir y, pase lo que pase en el tribunal mañana, tengo que esperar en alguna parte, ¿no?

—Por supuesto.

Frank recorrió la habitación vacía con la mirada; pasó las manos por la alfombra.

—Sabía que estaría vacío. No sé cómo, pero lo sabía. No pueden alquilarlo. Las personas piden cita para verlo (familias con hijos, en su mayoría), pero entonces descubren lo que sucedió en este lugar y ni siquiera entran. Aunque la policía asegura que aquí dentro, en el piso, no pasó nada.

»Pero ya sabe: dicen que hay una atmósfera extraña. Fantasmas. Malas vibraciones. Todo eso. Al final todo es lo mismo, ¿no?

Pete asintió.

—Supongo que sí.

Frank se encogió de hombros.

—Pues parece que a mí no me importan los fantasmas.

Pete estaba de vuelta en el juzgado a las siete de la mañana siguiente. Se tomó uno de esos cafés fuertes que servían en el restaurante de la entrada, y caminó por los pasillos.

Fumó infinidad de cigarrillos. Observó que las puertas se cerraban, con policías, periodistas y curiosos a ambos lados. Scott le hizo un gesto con la cabeza y luego miró a Hirsch, que hablaba en voz baja con su asistente.

Eran más de las once cuando por fin se produjo la última llamada. El alguacil que la hizo parecía tranquilo, pero la noticia corrió entre la multitud y estalló como una

bomba.

—¡El jurado ha vuelto! ¡Ya han regresado!

Mientras tomaban asiento, Pete miró a su alrededor. El jurado había estado reunido un total de dieciséis horas. No podía decir si esto era una buena señal y, a juzgar por sus caras, tampoco Scott o Hirsch.

Ruth se sentó en su lugar habitual. Habían retirado las fotografías de los niños y ella parecía no saber adónde mirar. Mantuvo las manos en el regazo, entrelazadas. Su cara estaba pálida y tenía ojeras. La vio dirigirse a Scott, decir algo y tratar de sonreír.

El jurado volvió a entrar. Scott colocó su mano sobre el brazo de Ruth y se inclinó para susurrarle algo. Ella asintió, mordiéndose el labio, con los ojos fijos en el jurado.

El juez pidió orden y luego dijo:

—Por el cargo de asesinato, ¿están todos de acuerdo en el veredicto?

El portavoz se puso en pie. Era un hombre bajo, gordo, de unos cincuenta años, con entradas y unas gafas bifocales con montura de alambre. El tipo de hombre en el que jamás te fijarías si te cruzaras con él en la calle.

—Lo estamos, su señoría.

—¿Cómo declaran a la acusada?

Pete juntó las manos y mantuvo los ojos fijos en Ruth.

—Culpable de asesinato en primer grado.

«Tiene que ser un error. Ha sido un terrible error».

Pero Pete sintió la realidad en su cuerpo. Se le cerró el estómago y se quedó sin aliento, como si alguien le hubiera puesto una mano en la boca. Se cayó hacia atrás en su asiento, aturdido. Luego escuchó un gemido que sonó en la mesa de la defensa y se dio la vuelta para ver a Ruth enterrando la cara entre las manos.

—Oh, Dios. Oh, Dios, no.

—Y por el cargo de homicidio, ¿están todos de acuerdo en el veredicto?

—Lo estamos.

—¿Cómo declaran a la acusada?

—Culpable de homicidio en primer grado.

Hubo un momento en el que el tiempo pareció detenerse. Y después se oyó un lamento agudo que creció en volumen e intensidad. Ruth se puso en pie y se enfrentó al juez.

—¡No os importa una mierda quién mató a mis hijos! ¡A nadie le importa!

El juez golpeó la mesa con su mazo y Ruth cayó rendida en los brazos de Scott, sollozando. Pete no pudo hacer nada más que mirarla con impotencia mientras su rostro se convertía en una masa roja y húmeda, y su preciosa figura se derrumbaba, cediendo por completo al dolor.

Una burbuja de conversaciones se apoderó de la sala del tribunal. Las puertas se abrieron de golpe, estrellándose contra las paredes. Los reporteros corrieron hacia los teléfonos.

Pete miró a Frank, que estaba desplomado en su asiento, con la cabeza entre las

manos.

El juez volvió a golpear el mazo y alzó la voz para que lo oyeran.

—El caso queda visto para sentencia. El jurado es libre de irse. El tribunal se disuelve.

Dos guardias se acercaron a Ruth. La cogieron por la parte superior de los brazos y la alejaron de Scott, llevándola hacia la puerta.

Pete se puso en pie, tambaleándose, y llegó hasta ella.

—Ruth. Estoy aquí —dijo, y alargó un brazo como si fuera a poder tocarla.

Ella se tambaleaba entre los dos guardias. Tenía la mirada desenfocada.

—Estoy aquí, Ruth. Te sacaré. Encontraré el camino para sacarte, lo juro.

La puerta se cerró tras ellos y él no supo decir siquiera si ella lo había escuchado.

El juzgado empezó a vaciarse rápidamente, ahora que el entretenimiento había concluido. Pete se dirigió hacia los bancos de la primera fila, avanzando en contra de la marea de gente que deseaba salir, y se dejó caer en un asiento, entumecido.

Entonces oyó una carcajada y levantó la mirada para ver a Hirsch, junto a una multitud de policías, dando unas palmaditas en el hombro a Devlin. La cara de Hirsch brillaba por el éxito. Pete arrastró su mirada renuente hacia Devlin, esperando ver el mismo triunfo reflejado en ella. Este, en cambio, estaba mirando las fotografías de los niños que habían dominado la sala durante todo el juicio.

Mientras Pete lo observaba, Devlin se volvió hacia Hirsch y miró con disgusto la mano de este sobre su brazo.

La cara de Devlin era inexpresiva y su voz, sorda al hablar.

—No puedo disfrutar de esto, señor Hirsch. Han muerto dos niños y hay muchas vidas arruinadas. —Entonces asintió—. Pero al menos se ha hecho justicia. Y tenemos a esa puta. La tenemos.

Y dicho aquello se dirigió hacia la puerta, con Quinn trotando siempre detrás.

En muchos sentidos, en los más obvios, Pete ha pasado página.

Dos meses después del juicio se matriculó en un máster para estudiar Historia y luego aceptó un puesto como profesor en una escuela privada. La librería no era suficiente; necesitaba hacer algo más con lo que ganarse la vida. Y a veces, mostrando a los niños los errores del pasado, siente que está marcando una pequeña diferencia.

En sus días de fiesta va al cine, da largos paseos nocturnos y se toma tres o cuatro dedos de *whisky* para poder dormir.

Pero Ruth Malone sigue siendo lo primero que le viene a la cabeza cuando se despierta por las mañanas. Trató de salir con alguna chica, pero se sentía como si estuviera siéndoles infiel a todas, así que dejó de hacerlo. A veces ve a cierto tipo de mujer en un bar, con una cierta forma de moverse, y aunque sabe que no puede ser ella, necesita acercarse para confirmarlo.

Tiene la fecha de su libertad condicional marcada en el calendario de la cocina y le guiña el ojo mientras cena.

Dos semanas antes, Pete se quiebra y le escribe una carta en la que le comunica que estará allí para verla.

La fecha de su libertad condicional está marcada con un círculo rojo en el calendario que cuelga sobre su cama, de modo que es lo primero que ve cuando abre los ojos. Ruth ha tratado de no alimentar sus esperanzas, pero lo cierto es que son lo único que tiene. Esperanza y tiempo para pensar.

Ha intentado no imaginar que el mundo exterior continúa sin ella. Durante casi cuatro años ha tratado de pensar solo en el día a día en la prisión: la biblioteca, la rotación de limpieza, la cola para ir al baño. El tacto del colchón bajo la espalda por la noche y la cruz diaria en su calendario, justo antes de irse a dormir.

Solo ocasionalmente se permite pensar en el pasado. En los niños, en las pocas Navidades que compartieron, en el pelo de Cindy bajo sus dedos mientras lo trenzaba, en la forma en que Frankie sacaba la lengua entre los dientes delanteros cuando intentaba escribir su nombre con letras temblorosas.

Y últimamente, espoleada por la esperanza de su libertad condicional, ciertas escenas del juicio siguen volviéndole a la mente. Pensar en el juicio significa pensar en Devlin: en la forma como la miró esa primera mañana en su piso, en su ancha figura en el estrado de los testigos, en su voz profunda y comedida, que resonaba en la sala del juzgado. Y, sobre todo, en sus ojos entornados mirando los de ella a través

de innumerables mesas en incontables salas desnudas y feas.

Y hay un interrogatorio que sigue recordando una y otra vez, con toda nitidez. Un interrogatorio que ahora, con el tiempo que ha tenido para darle vueltas, ha empezado a convertirse en una acusación, pues incluye un detalle en particular que no cuadra.

Durante cuatro años Ruth no puede dejar de preocuparse por estos hilos sueltos, y tira y tira de ellos, esperando que algún día la madeja se desenrede. Hasta que de pronto una mañana se despierta, y allí está la prueba, clara como el día.

Y de pronto lo sabe.

Así que escribe una nota, adjunta una orden de visita y espera.

Ha estado en esta sala o en alguna muy parecida cientos de veces. Se ha sentado en las mismas sillas duras y ha visto a los mismos visitantes a través de las mismas mesas. Sus abogados. Su madre. Gina.

Lou solo la visitó una vez, la semana después del juicio.

—Tengo que pensar en mi negocio, nena —le dijo—. Lo sabes. Sabes que tengo que pensar en cómo afectará todo esto a mis clientes.

Ella no dijo nada.

—Todo tiene que ser impecable. Lo sabes.

Ella se limitó a observar su rostro mientras él callaba. Mientras él se daba la vuelta. Mientras él se quedaba de pie junto a la puerta, llamaba al guardia y se marchaba sin mirar atrás, portando con él su dinero para pagar a Scott.

Gina era la única que podía esquivar la sombra de la cárcel y llevar a Ruth de vuelta al mundo por un ratito. No le hablaba de las apelaciones, los tribunales o la sentencia, sino que la hacía reír recordando cosas del pasado.

Lo que más odiaba era el olor. Al principio se ofreció como voluntaria para el servicio de limpieza, sabiendo que prefería oler a lejía y jabón antes que estar en la cocina todo el día. Pero la biblioteca era aún mejor: el silencio, el olor a papel viejo... Aunque, por mucho que lo intentara, no podía quitarse de la cabeza ese hedor a cebolla que impregna el ambiente cuando demasiadas personas viven juntas.

Gina la ayudaba a no pensar en todo aquello durante un rato.

Pero entonces, un día, ella también le dijo que ya no podría volver más.

—Mick ha conseguido un trabajo. Uno bueno.

—¿Sí? Es genial, Gina.

—Está en el condado de Orange. Es una oportunidad realmente buena.

Sus palabras se precipitaron una sobre la otra como un río: su emoción, su necesidad de soltar la noticia. Su ansia por purgarse a sí misma.

—Bueno, el condado de Orange no está tan lejos.

Gina sonrió con tristeza.

—Es el condado de Orange en California, cielo. Yo ni siquiera sabía que había más de uno. Es raro, ¿eh? Le han dado un buen trabajo y me ha pedido que me vaya

con él. ¡Incluso ha empezado a hablar de matrimonio!

Gina cogió la mano inerte de Ruth.

—Siento que es mi última oportunidad, Ruth. Si no voy... bueno, ¿qué voy a hacer?

Sus ojos le suplicaban que la entendiera. Ruth intentó devolverle la sonrisa. Le dijo que fuera. Que ella también lo haría si pudiera: irse bien lejos, adonde nadie la conociera.

Así que ahora sus visitas se limitaban a su nuevo abogado de oficio y su madre, y la boca de esta seguía siendo la misma línea delgada, y sus manos seguían entrelazándose para la penitencia y las oraciones.

Todos los meses, Ruth mira más allá de sus visitantes, a las mismas paredes de baldosas blancas, marcadas con iniciales, maldiciones y promesas. Pero Frank, sentado hoy frente a ella, parece ocupar todo el espacio de la habitación. Su presencia es tan intensa que de alguna manera ella no ve las baldosas ni la mesa ni al guardia, sino solo su familiar y sólida figura. Y mientras se sienta frente a él, los recuerdos se elevan como burbujas a su alrededor: cada uno con una historia completa de su pasado. Lo recuerda cantando a coro con Buddy Holly, que sonaba en la radio del coche. No sabe cuándo fue ni adónde iban, pero sí que había lluvia en las ventanas, que sus dedos tocaban el volante y que él cantaba en falsete solo para hacerla reír.

Recuerda la forma en que se sentaba en su silla en clase, con las piernas estiradas y las manos en los bolsillos. Ella se sentó detrás de él en la sala de estudio durante dos años y todavía puede recordar perfectamente el aspecto de Frank a los quince años. La línea de la mandíbula. La forma de los remolinos del cabello. El lunar del cuello, que fue el primer detalle en el que ella se fijó.

Y recuerda su noche de bodas y lo serio que estaba, su propósito de hacerlo bien. Su olor cuando despertó a su lado por primera vez. El calor y la solidez de su cuerpo: dos cosas que aún buscaba siempre antes de despertarse del todo. Incluso después de todos estos años.

Ruth se sienta en su silla y se concede un momento para acostumbrarse a él otra vez. Porque ahora puede. Ha adquirido —por fin— el hábito de no preocuparse por lo que otras personas piensen o sientan... porque ahora no tiene nada que perder. Y entonces, solo cuando está lista, levanta los ojos hacia él y dice:

—Frank.

Él le sonrío. La misma sonrisa lenta que hizo que su corazón saltara cuando tenía diecisiete años. Y la misma que tanto la irritaba a los veinticuatro.

—Ruthie. ¿Cómo te ha ido?

—Bueno, ya sabes.

Él asiente como si ella hubiera dicho algo interesante.

—Tienes buen aspecto.

Ahora ella le devuelve la sonrisa porque ambos saben que eso no es verdad, y que no tiene buen aspecto para sus treinta y dos años. Está delgada y se siente agotada.

Cuando se mira al espejo se ve las canas y las patas de gallo. Se ve como alguien que no ha podido tomar un baño o elegir la hora de acostarse durante casi cuatro años.

—Lo mismo digo.

Solo que en el caso de él es verdad. Ya no luce la barriga que tenía durante el juicio. Su piel está brillante y limpia: Ruth casi huele en él el aire fresco.

—Ha pasado mucho tiempo.

Más de tres años desde que dejó de visitarla. No era mucho tiempo para el mundo de fuera, pero sí para el de dentro, donde cada noche de insomnio duraba trece horas y no había nada que hacer para que las tardes pasaran más rápido. En prisión tres años eran como toda una vida.

Ella no le responde porque sabe que Frank nunca entenderá lo que el tiempo significa para ella. Se limita a encogerse de hombros y deja que interprete aquello como quiera.

—¿Crees que lo de la condicional irá bien?

Ella se pregunta si Frank solo ha respondido a su carta porque quiere enterarse de lo que hará si sale de la cárcel. Quizá lo único que le interesa es saber que ella no va a pedirle nada.

Que no se preocupe.

Ruth levanta la cabeza y se obliga a sonreír.

—Mi abogado dice que hay muchas posibilidades de obtener la libertad condicional. Dios le oiga.

Él asiente, sin saber bien qué decir.

Ella enciende un cigarrillo y piensa en lo extraño que es todo: no solo el hecho de que él esté allí, sino toda la conversación. Que mencionen la prisión y la libertad condicional como si esas palabras no tuvieran nada que ver con sus hijos. El tono normal y plano de ese extraño encuentro.

Sin embargo, incluso mientras lo piensa, siente el miedo creciendo en su interior. Sabe que necesita decirlo. Hace falta decirle por qué le ha pedido que venga. Tiene que hacerle una pregunta y necesita escuchar su respuesta, y luego puede que cierre la puerta para siempre.

Es así de simple, al fin y al cabo. Ella lo mira a los ojos, respira y empuja las palabras rápidamente antes de poder detenerlas.

—Fuiste tú, ¿verdad? Siempre has sido tú.

Y él le devuelve la mirada y asiente, como si hubiera estado esperando esa frase durante todo aquel tiempo. Él acerca la cabeza a la de ella para que el guardia no pueda oírlo y habla en un suspiro, como si hubiera estado esperando mucho tiempo para dejarse ir.

Está acostado en un viejo sofá en el almacén que queda debajo de su piso, con un botellín de cerveza caliente en una mano. Los zapatos están ordenados en el suelo, a

su lado, y su cabeza descansa sobre una pila de revistas viejas.

A veces hojea una para pasar el rato, pero esta noche hace demasiado calor para volver a leer las mismas historias, así que sus ojos están fijos en el techo. Hace un tiempo descubrió que si los dejaba vagar por las manchas húmedas, buscando patrones, las horas se le pasaban más rápido.

Se mueve un poco, se quita la camisa —tiene la piel empapada—, se limpia la frente y toca el botellín. Aparte de eso, silencio. Lleva ya en silencio —mira su reloj — una hora y veintisiete minutos.

Se acaba la cerveza y pone el botellín vacío en el suelo, junto a los zapatos. Mira hacia el techo y une las manos tras la cabeza. Estira las piernas todo lo que puede en el sofá y respira hondo: huele a detergente, a cigarrillos Marlboro y a polvo, y, por debajo de todo, está ese olor a humedad que nunca desaparece, incluso cuando fuera también está todo tan húmedo como ahí dentro.

Por Dios bendito. La puta humedad le hará daño en los pulmones y se pondrá enfermo. ¿Y de quién será la culpa? No duerme aquí cada noche por placer, sino por culpa de la zorra del piso de arriba.

La puta que no para de follar con otros hombres, la que les da a otros lo que le pertenece a él. Su puta mujer.

Él no puede tocarla. Ya no podrá hacerlo nunca más. Todo el mundo, hasta el maldito basurero, puede tocarla —y no solo tocarla, sino tocarla allí— y hacerla gemir y gritar con su boca roja y pegajosa lo suficientemente alto como para que él pueda oírla desde la mierda de sótano.

Seguro que ella sabe que él está allí abajo. Sabe el daño que le hace imaginársela con otros hombres. Por eso grita así. Por eso gime tan fuerte. Todos estos años ha sido esposa y madre, pero ahora le recuerda día tras día que sigue siendo una puta. Ruth hace que se despierte la rabia que le hace hablar así de ella...

Va a tener que recordarle a quién pertenece. Va a tener que recordarle lo que le hizo. Va a tener que castigarla donde más le duela.

Por Dios.

Mira lo que te está obligando a hacer.

Mira las cosas que vas a tener que hacer por amor.

—Cuando creí que ya estaríais dormidos, caminé hasta la cabina telefónica más cercana y te llamé. Sabía que si lo oías te levantarías para responder, porque pensarías que era uno de tus amantes. O Gallagher o el policía ese, Salcito. Y si no lo cogías, significaría que estabas durmiendo profundamente. Entonces pensé que podría entrar directamente por la puerta principal. Al fin y al cabo, era mi casa. La habitación de mis hijos. Pensé que podría entrar como un padre normal.

Su respiración se acelera, su voz se vuelve más grave.

Ella siempre ha creído que él era imbécil. El imbécil tonto de Frank.

—Así que sí, llamé, y cuando respondiste me inventé una pelea para hacer que colgaras. Volví al sótano y oí que te movías de un lado a otro. Oí el gemido de la perra y la puerta que se cerraba, y entonces supe que podía entrar.

Él se aclara la garganta.

—Entré en casa, sin más. Tan fácil como eso.

Ella había pensado que estaba lista para escuchar aquello, pero ahora se da cuenta de que no estaba preparada para poder soportarlo.

—Abrí la puerta y entré. Estaban dormidos, ambos, tumbados de lado, uno frente al otro. Cin murmuraba y suspiraba, y Frankie tenía la boca abierta. Roncaba suavemente, como un cachorro.

»Abrí la ventana, pensando que podría sacarlos por allí en caso de que regresaras. Dejé caer la mosquitera al suelo. Pero entonces me di cuenta de que era demasiado difícil y decidí sacarlos por la puerta.

—Frankie se despertó a medias, pero yo solo dije que íbamos a dar un paseo y, cuando se dio cuenta de que era yo, se durmió tan tranquilo, en un abrir y cerrar de ojos.

Ruth siente un zumbido en los oídos. Es su sangre. Su propia sangre, que amenaza con explotarle en la cabeza.

Ella lo mira, centrándose en los pelos oscuros de su mandíbula. Esos que la navaja de afeitar había olvidado llevarse. En la arruga de su cuello. En las baldosas agrietadas sobre su cabeza. Busca desesperadamente lo cotidiano, lo mundano.

—Cin no llegó a despertarse. Cuando los saqué, volví a cerrar por fuera la puerta de su habitación y me dije que si entrabas a ver cómo dormían querría decir que te preocupabas lo suficiente por ellos. Que los merecías. Entonces te los habría traído inmediatamente, diciéndote que solo había querido gastarte una broma, que solo estábamos al otro lado de la manzana.

»Pero tú no pasaste a mirar cómo dormían, ¿verdad? Cuando regresaste con la perra, no fuiste a ver a tus hijos. Yo me senté en el coche y te observé sentarte en los escalones de la entrada, con una copa y un cigarrillo, como si no hubiera nada que te importara en el mundo. Supe entonces que no te habías molestado en comprobar cómo estaban nuestros hijos y decidí que tenía que llevármelos.

Ella se da cuenta de que tiene la boca abierta y seca. Trata de tragar en vano.

—Cuando los saqué del piso, vi un carro cerca del edificio y una caja cerca de él. Puse la caja sobre el carro y lo empujé hasta la ventana. Supongo que pensé que podría parecer que los niños salieron por su propio pie. Que usaron el carro para saltar por la ventana.

Ella se concentra en los detalles de sus palabras. Como si esto hiciera que el horror fuera más fácil de soportar.

—¿No pensaste que la gente se preguntaría cómo habían movido el carro? ¿Cómo habían bajado la mosquitera? Dos niños pequeños nunca podrían haber hecho eso.

Ruth se maravilla de lo tranquila que suena su voz. Hubiera jurado que iba a

ponerse a gritar. Pero lo cierto es que hablaba en un tono suave y bajito.

Él se encoge de hombros.

—No pensé tanto, la verdad. Solo quería confundir las cosas un poco.

En su historia, todavía están vivos y ella quiere que él le escriba un nuevo final.

—¿Qué ibas a hacer con... con los niños?

Él se encoge de hombros otra vez.

—Los habría traído de vuelta a la mañana siguiente, supongo. No sé, no tenía un plan. Tal vez habría dicho que estaba en el barrio, que los encontré vagando fuera y que los llevé a casa.

—Pero ellos... me lo habrían dicho. Frankie me habría contado que eso no era cierto.

Mientras lo dice, sabe que eso no es verdad. Frankie adoraba a su padre y habría dicho lo que fuera que este le hubiese pedido. Es más, tal vez ni siquiera recordara bien lo que había pasado. Quizá ambos pensarán que era un sueño; que se fueron a dormir en su casa y se despertaron en casa de Frank.

Todas esas entrevistas. Todas esas declaraciones. La policía buscando un plan meticuloso e inteligente. Ella misma queriendo creer que un extraño, detallista y astuto, los había estado observado a todos durante días...

Y resulta que durante todo ese tiempo solo había sido Frank.

—¿Qué pasó después de que los metieras en el coche?

—Puse a los niños en el asiento de atrás y salí de la misma manera en que llegué: quité el freno de mano y empujé el coche hasta el final de la calle; luego subí y me fui a casa. Fue así de fácil. Los llevé a mi habitación. Les di algunos cómics. Zumo de uva.

Ahora ella tiene que apartar los ojos. No puede mirar su rostro y escuchar el resto. Pero él solo dice:

—Nunca quise hacerles daño. —Y luego—: ¿Cómo lo has averiguado?

Aquí está: lo que a ella le desconcertó durante tanto tiempo, la pregunta que le dolía como una llaga, negándose a dejar que la herida sanase. Ahora, por fin, el veneno estaba saliendo. La verdad.

—Alguien les dio de comer después de que yo lo hiciera. Tenía que ser alguien que... —No logra pronunciar la palabra—. Quien se los llevó les dio de comer. A nadie que no fueras tú se le habría ocurrido cuidarlos.

Él asiente y respira, aliviado.

—Es curioso, nadie se dio cuenta de lo que hice con el carro. En cambio, todos se dieron cuenta de lo de la comida, y yo ni siquiera lo pensé.

»La gente nunca se fija en lo que crees. Yo dije a los policías que estaba en la cama antes de medianoche y que no me desperté hasta que me llamaste por la mañana. Pero tú les dijiste que yo te había llamado hacia las tres de la mañana. Me di cuenta de que iban a pillarme y me asusté. Podrían haber verificado los registros telefónicos, pero, ya ves, nunca lo intentaron. O no te escucharon o no les importó.

Estaban demasiado empeñados en que fueras culpable, sobre todo cuando no aceptaste pasar la prueba del detector de mentiras.

Ella parpadea y responde, casi automáticamente:

—Tú tampoco quisiste.

Él asiente.

—Cierto, pero a mí ni siquiera me la pidieron. Y cuando tú te negaste a responderla, los policías casi ni me prestaron atención. —Se aclara la garganta—. Sea como fuere, les di de comer. Subí a buscar un poco de zumo y, cuando volví, Frankie estaba despierto otra vez. Tenía que hacer pis y luego dijo que tenía hambre. Le pregunté qué habían cenado, ¿y sabes lo que me dijo? Me dijo: «No hemos cenado nada, papá».

—Pero ¡yo les di de cenar! ¡Les di de cenar! Les di carne de ternera. Ternera y alubias enlatadas, y leche. Como le dije a la policía. Solo que... solo que no quisieron comérsela. La carne estaba dura y Frankie dijo que no le gustaba.

No tiene idea de por qué le parece tan importante hacerle comprender esto.

—Les dije que no había nada más y que tendrían que pasar hambre si no se lo comían. Frankie arrojó su plato al suelo y yo... estaba tan cansada...

La cara obstinada de Frankie, el labio echado hacia delante, la mejilla roja por la bofetada que ella acaba de darle. Cindy llora, pero se niega a comer al ver que su hermano tampoco lo hace. Quiere ser como él.

—Tenían hambre, Ruth. Y yo no quería que estuvieran gimiendo y lloriqueando, así que preparé una hamburguesa con queso y comieron un poco y se volvieron a dormir un rato. Pero cuando se despertaron otra vez, Cin empezó a llorar.

»Dijo que quería ir con su mami. Que quería irse a casa. Seguí diciéndole que se callara, que se calmara, pero cuanto más le hablaba, peor se ponía, hasta que empezó a chillar. Entonces Frankie se levantó y me dijo gritando que iba a decírselo todo a su mami y que ella se enfadaría muchísimo conmigo.

Sintió que la garganta se le cerraba. No podía respirar.

—Me entró un ataque de pánico. Temí que despertaran a todo el mundo, así que le di una bofetada a Frankie y cogí a Cin y la sacudí. Eso no hizo más que empeorarlo todo, y ella se puso a gritar como una loca. Estaba roja, gritaba y tenía la cara húmeda. Yo no sabía qué hacer. Le puse una mano en la boca y otra en el cuello, para que se callara. Y luego no recuerdo mucho más, excepto que ella estaba allí tumbada, flácida, y había una especie de... espuma que le salía de la boca. La sacudí de nuevo, pero allí no... ya no estaba.

»Y cuando me di la vuelta, Frankie estaba acurrucado en el sofá, mirándome. Extendí una mano, pero él se arrastró hacia la pared, alejándose de mí como si yo

fuera un demonio, y eso me hizo enloquecer.

Posó sus ojos en ella, colérico.

—Tú hiciste que tuviera miedo de mí. Mi propio hijo.

»Yo le dije “no pasa nada, Frankie, no pasa nada”, y él negó con la cabeza y comenzó a mecerse, como fuera de sí. Y me dijo: “Has hecho daño a Cin. Has hecho daño a mi Cin”. Lo repetía una y otra vez, y yo no podía soportarlo, así que también tuve que hacerlo callar.

Su voz tembló brevemente y, por primera vez, tuvo que mirar hacia otro lado.

—Tuve que hacerlo callar.

Ella lo mira, buscando un atisbo del hombre al que conoció durante más de la mitad de su vida. Busca el humor, la ternura que sabe que hay en él. Pero ya no están.

Ella amó a ese hombre una vez. Llevó a sus hijos en el vientre.

Tiene ganas de vomitar.

Su padre.

Su propio padre.

El hecho es tan real como el latido de su corazón. Su sangre, que le hervía aquel horror.

Está temblando.

—¿Por qué? ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué? ¿Frank?

Él levanta la cabeza y, más allá de la conmoción, Ruth ve que le está sonriendo. Como si fuera una tarde soleada en Coney Island y él acabara de invitarle a un perrito caliente. Pero hay algo en su sonrisa... algo que brilla detrás de sus ojos...

Y aunque su cabeza está inclinada hacia abajo y su respiración es regular, las palabras le salen como a borbotones.

—Ruth, cariño, te estabas comportando como una perra en celo. Dejándote ver con todos esos hombres. Abriéndote de piernas ante cualquier tío que tuviera un buen monedero y un reloj moderno. Eras madre, pero no actuabas como tal. Tenías que aprender la lección. Yo estaba listo para perdonarte, pero tú tenías que pedir perdón. Y sabía que si los niños no estaban, me necesitarías de nuevo. Necesitarías mi ayuda. Sabía que querías que volviera.

Sus ojos la atravesaron, la recorrieron de arriba abajo y su boca se contrajo.

—Y lo hiciste, ¿verdad, nena? Fui la primera persona a la que llamaste. Me necesitabas de nuevo. —La sonrisa de Frank se convirtió en un borrón rojo a través de sus lágrimas—. Volviste a mí.

De algún modo, ese tono arrogante que se le escapa en la voz rompe el hechizo, y ella deja escapar el aliento que lleva tanto rato conteniendo. Se da cuenta de que, bajo el horror y la desesperación, está cargada de ira. Aprieta los puños y nota como las uñas le rompen la piel, y por un momento siente la infinita profundidad de su odio.

Levanta la cabeza.

—Pero rompimos de nuevo, Frank. Terminamos. Y estuve con otros hombres después.

La lengua de él se movió, solo por un instante, para humedecer sus labios.

—Muchos hombres.

Él sonríe de nuevo.

—Sí. Sí. Sabía que eso pasaría, Ruthie. Sabía que te irías de nuevo.

Suspira, echa su silla hacia atrás y observa a Ruth inclinando la cabeza.

—Y también sé que, cuando salgas de aquí, desaparecerás para siempre. Te irás con Gallagher o con cualquier otro, y creerás que puedes seguir adelante sin mí.

De pronto, su silla se inclina hacia delante, sus piernas chocan contra el suelo, y ella salta hacia atrás. Él mira al guardia y asiente como si todo estuviera bien, y luego se inclina hacia ella. Ruth no quiere acercarse ni un centímetro, pero no puede evitarlo y, aunque retrocede, está lo suficientemente cerca como para oler su aliento agrio al escupir las palabras.

—Pero no importa adónde vayas o con quién estés, no importa a quién te estés tirando, ni a qué rico engañes para que cuide de ti. A partir de ahora sabrás lo que hice y sabrás por qué. Estaré en tu cabeza todos los días. Tendrás lo que mereces.

Frank vuelve a inclinarse hacia atrás, cruza los brazos y su sonrisa vuelve a su lugar.

—Cuando esperábamos el veredicto, tenía tanto miedo de que te absolvieran... Durante los cuatro últimos años, por fin he sabido dónde estabas. Sabía que no estabas con otro. Y ahora... ahora no importa lo que pase. Podrás irte de aquí mañana y no me importará. Después de hoy, siempre estaré aquí mismo.

Y al decir aquello se acercó a ella y se dio dos golpecitos con el dedo índice en la sien. Dos.

Esa será la imagen que la acompañará siempre: el dedo de Frank golpeándose la sien, los ojos brillantes, la sonrisa.

No recuerda mucho después de eso: no recuerda cuándo se fue él ni cómo llegó ella a su celda. No recuerda que la campana sonara para cenar ni cuándo tomó la decisión de no levantarse a comer. Solo recuerda que cuando volvió en sí estaba acurrucada en su cama y todo estaba oscuro. Solo se percibía el pálido resplandor del pasillo y el sonido de cientos de mujeres durmiendo: susurros, toses, alguien sollozando en silencio.

Ruth cierra los ojos y todo lo que ve es su sonrisa, y piensa: «Así es como será ahora».

Y así es los días siguientes.

Come, se ducha y se mete en la cama cuando le dicen que lo haga. Friega el suelo, limpia el baño, empuja el carrito de la biblioteca... y Frank siempre está ahí, como prometió.

Llega el día de la libertad condicional y su abogado contempla su cara desnuda, sus ojos rojos, y asiente.

Ella se sienta en una pequeña sala de estar, frente a otra hilera de caras, frente a otra mesa. Habla con voz suave. Oye las palabras «remordimiento» y «culpa» e

inclina la cabeza admitiéndolo todo, y llora.

«Sí —quiere decir—. Soy culpable. No los protegí. No lo detuve. No reconocí el monstruo que era. Lo admito. Soy culpable».

Deja que sus voces la envuelvan y piensa en contarle todo. Imagina esas palabras en su boca. Cómo sonarían. Imagina la verdad flotando en el aire cerca de su habitación. Qué sabor tendrá. Y luego se imagina que miran en su interior y solo ven su furia y su dolor. Imagina la reacción de todos los allí presentes: las expresiones incrédulas y los ojos volviendo a los papeles, y el murmullo sacudiendo las cabezas.

E imagina que la envían de vuelta a su celda. Sabe que las palabras de Frank le habrían supuesto más años tras las rejas. Imagina la sonrisa de él al enterarse. Triunfante.

Así que, en su lugar, saca un pañuelo de papel de la caja que le acercan y lo presiona contra su rostro mojado. Lo presiona contra la boca para mantener la verdad contenida.

Todo lo que ven y oyen son sus lágrimas, y asienten porque, por fin, está rota.

Pete la ve salir del recinto oscuro de la entrada de la prisión y emerger bajo la luz del sol con su bufanda rosa ligeramente ondulada. El guardia le dice algo. Pete cree que es Baker, aunque no está seguro; han pasado casi tres años desde que ella le pidió que dejara de venir.

Mientras ella se acerca para escuchar al guardia, él deja que sus ojos descansen en su falda ajustada, en su blusa clara y en su sonrisa cuidadosamente maquillada. Para ella, los años sesenta no han acabado. Jim y Janis y Jimi y Altamont... no se ha enterado de nada de eso.

Pete sale de sus propias sombras, da un paso esperanzador, y luego otro y otro, con la respiración espesa en la boca seca y las manos húmedas. Piensa en cuánto tiempo les ha costado llegar hasta aquí, las mentiras que ha contado, las promesas que ha roto y el dinero que ha gastado. Piensa en Clyde Harrison, en su madre y en su padre, y en las cosas que ha tenido que hacer por amor.

Ella se detiene bajo el sol un momento y cierra los ojos, levanta la cara hacia la luz. Mientras Pete camina hacia ella, con el paso ya más firme, Ruth abre los ojos y él se detiene.

Hay una pequeña distancia entre ambos y ella la recorre con la mirada insegura, cubriéndose los ojos con la mano.

—Ruth. He venido para... Pensé que tal vez podríamos comer juntos.

Ella sigue mirándolo, con los ojos protegidos por la sombra de su mano.

Él prosigue:

—Y... no sé si tienes un lugar en el que estar, pero yo...

Él se adentra en su silencio.

—Pensé que querrías celebrar este momento.

La mano de ella cae y frunce el ceño, y él ve la mella de los años en su rostro, las sombras bajo los ojos, las arrugas en torno a la boca. Parece vieja, cansada y asustada.

—¿Celebrar?

—Claro. ¿Por qué no? Ahora eres libre. Eres una mujer libre.

Pero ella niega con la cabeza, lentamente al principio y luego más rápido, como si no pudiera parar.

Y oye la voz de Pete como desde una gran distancia.

—¿Ruth?

—¿Cómo puedo ser libre?

—No entiendo. Yo quiero... Quería cuidar de ti.

Ella lo mira y niega con la cabeza otra vez, y el sonido del claxon de un coche rompe el silencio. Un taxi que ha llegado como un rayo ocupa el espacio que queda entre ellos, y un instante después Ruth ya no está.

Ella siente su mirada clavada en su espalda todo el camino hasta que alcanzan la carretera, pero se sienta erguida sobre el desgastado asiento de vinilo y no mira hacia atrás.

Había imaginado este momento mucho tiempo: alejándose de la cárcel con un extraño, con una carretera vacía frente a ella. Anonimato. Se preguntaba cómo sería vivir la vida sin Frankie y Cindy, sin Lou, sin la promesa de noches interminables.

Frank lo había cambiado todo. Desde que le había contado la verdad, a menudo pensaba que no sería capaz de soportar el peso de su dolor y de su culpa. Ha fantaseado despierta con pastillas y vodka en una habitación barata de un motel. Ha fantaseado con todo y con nada.

Pero ahora, mirando hacia la ciudad que se aproxima, sintiendo la velocidad y percibiendo el ritmo medio olvidado de una tarde en Nueva York, se da cuenta de que no puede ceder. Por su bien, por el de Frankie y Cindy, no permitirá que Frank gane esa partida.

Se sienta un poco más erguida. Huele a gasolina, a zumos de frutas y donuts calientes de un puesto de carretera. Huele el dulce y rico cuero de la chaqueta del conductor. El camino se abre ante ellos, y el coche empieza a elevarse hacia el azul infinito del cielo de verano.

Agradecimientos

Muertes pequeñas es una obra de ficción. Los lectores que estén interesados en el caso que lo inspiró pueden encontrar más detalles en *The Alice Crimmins Case*, de Kenneth Gross, y en *Ordeal by Trial*, de George Carpozi Jr.

Hay mucha gente que me ayudó a dar forma a este libro y me permitió escribirlo, y yo quiero ejercer la prerrogativa que tengo como autora novel para agradecerse a todos.

Muchas gracias a mi familia. A mi madre y mi padre por inculcarme el amor por la historia, por los sacrificios que hicisteis para que yo pudiera ir a la universidad y leer durante cuatro años, y por estar tan orgullosos de mí. A mi hermano Martin, por ampliar mi gusto por la novela negra y policíaca, y por mostrarme que la gente como nosotros también podía escribir novelas. Me muero de ganas de leer la tuya. Y a mi abuela Mary Cuthbert, por todo, con mucho amor.

A mi maravillosa agente, Jo Unwin. Gracias por tu apoyo incansable e inquebrantable, tu comprensión y confianza total en mí y en Ruth. Te agradezco que hayas descubierto nuestro potencial y te hayas mantenido ahí, sabiendo siempre lo que debías decir; gracias por tu sinceridad, tu amabilidad y tus impagables consejos.

Soy muy afortunada de tener un equipo maravilloso junto a mí en el mundo editorial. Gracias a todos en la agencia literaria Jo Unwin; en Rogers, Coleridge & White, en Hachette, y en Gelfmann Schneider, pues han trabajado duro para traer *Muertes pequeñas* al mundo y darle la oportunidad de tener el mejor éxito: sobre todo a Deborah Schneider, Paul Whitlatch, Lauren Hummel, Michelle Aielli, Saba Ahmed e Isabel Adomakoh Young. Y en Picador, un enorme agradecimiento a todos los que se han involucrado con *Muertes pequeñas*, especialmente Paul Baggaley, Lara Borlenghi, Laura Carr, Lucie Cuthbertson-Twiggs, Alice Dewing, Amy Lines y Nuzha Nuseibeh. Gracias también a Justine Anweiler por la exquisita y llamativa portada; a Sarah McLean por hacerme sentir como en casa hablando de asesinos en serie, y a mi maravillosa editora y acérrima animadora, la enormemente talentosa Francesca Main.

A todos los que leyeron y comentaron los primeros borradores de este libro, en especial Francesca Pagnacco, Carrie Plitt, Karen Campbell, Andrew Wille y L. E. Yates. Vuestros comentarios y sugerencias hicieron de estas páginas un libro mucho mejor.

A Clare Palmer, por su ayuda práctica y su generosidad. Sin ella y su retiro, sin su mesa de la cocina y sus chirridos, escribir este libro habría sido una experiencia mucho más dura y solitaria.

Y al resto de escritores de Kings Place, quienes continúan ofreciéndome su

amistad, apoyo y duras críticas: Andrea Terroni, Geraldine Terry, Harriet Sawyer y Sydnee Blake.

A mi Grupo de Escritores de North London, que tan generosamente leyeron un borrador completo de esta novela y brindaron opiniones valiosísimas y una muy constructiva crítica a una escritora exigente y estresada: Adi Bloom, Alix Christie, Cathy de Freitas, Zoe Gilbert, Eva Holland, Adam Marek, Anna Mazzola y Evie Miller. (Neil Blackmore, Lily Dunn y Yojana Sharma, ¡eché de menos vuestra opinión!).

A mis otros amigos escritores: Rae Stoltenkamp, Raf Torrubia, Claire McTague, Deb Jess Kermode, Katja Sass, Sarah Steele y Frances Pearce. Gracias por vuestro apoyo y camaradería a lo largo de los años, y por estar tan dispuestos a compartir conmigo los altibajos del proceso de convertirse en escritor. Y a Nichole Beauchamp, gracias por presentarme al grupo original de escritores, y por tu constante y valiosa amistad.

A mis más viejos amigos, especialmente a Nicola Hill, Yvonne Rhodes-James, Helen Parr, Veronica Teall, Matthew Redhead y Libby Summers, Una y James Eve, y Candi Bloxham: este libro ha tardado mucho tiempo en escribirse, y todos habéis influido en él. Y a Faye Emery y Bernardo Rodriguez-Gonzalez: gracias por brindarme una ubicación maravillosa para trabajar en el (casi) último borrador. Hilton Farm salvó a Five Writers Go (ing) Mad en Bude, que tenían una urgente necesidad de retirarse a corto plazo.

A mis fabulosos compañeros de Faber: gracias por vuestra calidez, honestidad y aliento. Ha sido un viaje asombroso y estoy orgullosa de haberlo compartido con vosotros.

A mis profesores, en especial a Sarah Fearon y Robin Hodnett, por enseñarme a pensar de manera crítica y a interesarme por el mundo que me rodea. Y a Adrian Beard: gracias por no rendirte a pesar de mi desastroso comienzo en mis exámenes de inglés, y por enseñarme a leer con espíritu crítico. Sin ti no me habría enamorado de la lengua y no habría comenzado a estudiar inglés.

A Marie Larkin, quien me dijo que podía hacerlo.

A Julia Bell, que fue la primera escritora real que conocí, y que me dio a entender que yo también era escritora. Gracias por tomarme en serio.

A todas las personas con las que he trabajado y que han acabado siendo más amigos que colegas: gracias por mantenerme cuerda durante los últimos veinte años, y por todas esas noches en el *pub*. Os debo una cerveza. Un agradecimiento especial a Christian Reichert y Laura Colclough, quienes hicieron posible que yo dedicara más tiempo a los últimos dos borradores en 2016.

Y por fin a todos los directivos y jefes terribles que he tenido: gracias por hacer que mi trabajo diario fuera tan horrible que me llevara a salir corriendo hacia el mundo de Ruth todas las noches y todos los fines de semana. Habéis hecho de mí una persona decidida.

· ALIOS · VIDI ·
· VENTOS · ALIASQVE ·
· PROCELLAS ·



EMMA FLINT (Newcastle, Inglaterra). Estudió lengua y literatura inglesa en la Universidad de Saint Andrews. Desde su infancia se interesó por historias de crímenes reales y mujeres poco ortodoxas del pasado y del presente, reales o ficticias. En la actualidad vive en Londres.

Muertes pequeñas es su primera novela.